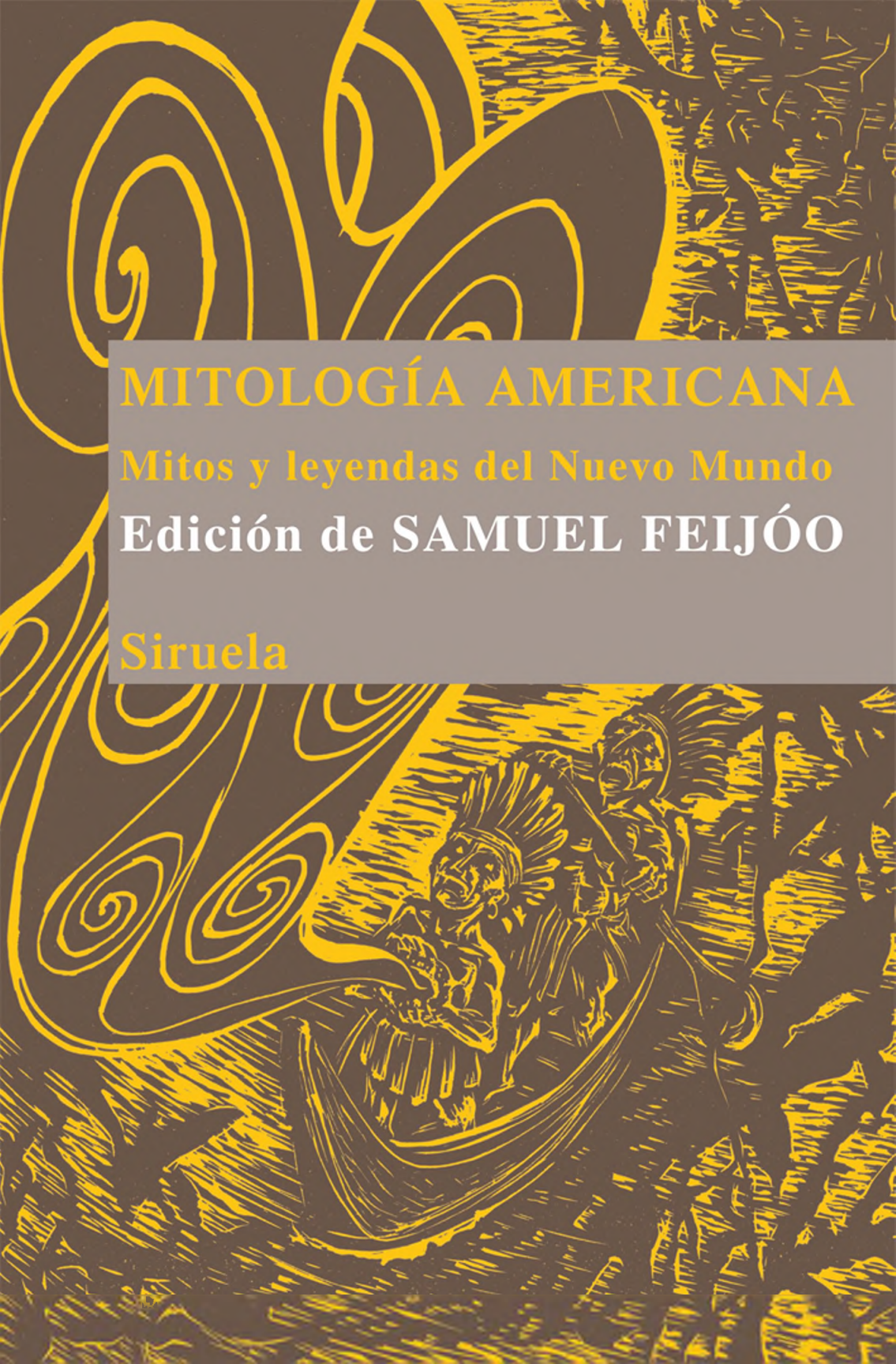

MITOLOGÍA AMERICANA

Mitos y leyendas del Nuevo Mundo

Edición de SAMUEL FEIJÓO

Siruela

MITOLOGÍA AMERICANA

EDICIÓN DE:
SAMUEL
FEIJOÓ

LAS TRES EDADES

Y DIJO LA ESFINGE:
SE MUEVE A CUATRO PATAS
POR LA MAÑANA,
CAMINA ERGUIDO
AL MEDIODÍA
Y UTILIZA TRES PIES
AL ATARDECER.
¿QUÉ COSA ES?
Y EDIPO RESPONDIÓ:
EL HOMBRE.

MITOLOGÍA AMERICANA

Mitos y leyendas del Nuevo Mundo

Edición de Samuel Feijóo

Biblioteca de Cuentos Populares **Ediciones Siruela**

Creative Commons

Colección dirigida por Michi Strausfeld y Ana Cristina Herreros
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© Heredera de Samuel Feijóo
© De la ilustración de cubierta, Fabio Marras
© Ediciones Siruela, S. A., 2010
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20
Fax: + 34 91 355 22 01
siruela@siruela.com www.siruela.com
ISBN: 978-84-9841-464 6
Depósito legal: M 44.180-2010
Impreso en Rigormagráfic
Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados

Índice

Prólogo
Samuel Feijóo 15

Mitología americana

Teogonías, cosmogonías, origen de la humanidad 35
La creación de los dioses, la Tierra y el hombre (azteca) 37
La creación del mundo, de los animales, de las plantas y del primer hombre (maya) 39
La creación del segundo hombre (maya) 46
La creación I (muisca) 49
La creación II (mixteco) 50
La creación III (inca) 52
La creación IV (según la tradición de Tunja) 54
La creación de la Tierra I (maya) 54
La creación de la Tierra II (winnebago) 55
La creación de la Tierra III (ottawa) 56
Cosmogonía (pipiles) 56
Los dioses 57
Los bacab 58
Los arbolarios 58
La creación del cielo, la Tierra y el inframundo (guaimí, Panamá) 59
La matriz del mundo (huichol) 60

La creación del mundo I (maya) 61
La creación del mundo II (huitoto) 63
La creación del mundo III (onondaga) 66
Mito de Quetzalcóatl (azteca) 66
Con, dios creador (inca) 67
La creación del mundo y el hombre I (inca) 68
La creación del mundo y el hombre II (pienegro) 68
La creación de los hombres (quechua) 70
La creación del hombre I (azteca) 71
La creación del hombre II (cakchiquel) 71
La creación y decadencia del hombre (maya) 73
La creación del hombre por el coyote (indios norteamericanos) 74
La creación de la mujer (esquimal) 77
La creación del fuego y nuevo origen del hombre (azteca) 78
La creación del diablo (indios del noroeste de la América del Norte) 79
El nacimiento del diablo (azteca) 82
Las maldades del diablo (winnebago) 85
La primera batalla entre el Bien y el Mal (iroqués) 85
Los cielos (azteca) 87
Los cuatro cargadores del cielo (tarasco) 87
El origen del Sol (guarao) 88
La muerte del cielo y del hombre (azteca) 88
El dios Oba, su hijo el Sol, la creación del mundo, del árbol que llegó al Sol, de los hombres y relato de los amores entre la Luna y el Sol (cuna) 89
La creación de soles y gigantes (azteca) 93
La creación de los gigantes (inca) 94
El dios maya (maya) 95
Los dioses de los indios nicaragüenses (indios nicaragüenses) 95
El dios Quetzalcóalt (azteca) 96
Huitzilopuchtli (azteca) 97
Quetzalcóhualtl (azteca) 101
Las diosas Toci (azteca) 103
La cabeza de Incardi (inca) 104
El origen de las estrellas (guaraní) 104

Mitos siderales y terrestres 107
Los muertos en el Sol (azteca) 109

El mensajero del Sol (inca) 110
El Sol enlazado (shawnee) 112
El viento que hizo mover al Sol (azteca) 114
La creación de la Luna (zaparo, Brasil) 115
El Sol y la Luna I (jíbaro, Ecuador) 116
El Sol y la Luna II (azteca) 117
El hijo del Sol (muisca) 119
Los hijos del Sol (inca) 121
El inca Yupanqui y el dios del Sol (inca) 123
El pastor y la doncella hija del Sol (inca) 124
La Luna y el Sol dan origen al Imperio Inca (inca) 129
La Luna y las estrellas (inca) 131
El montón de estrellas (cakchiquel) 131
El diluvio I (huichol) 134
El diluvio II (inca) 134
El invierno y la primavera (ojibway) 135
El agua de la vida (indios norteamericanos) 137
Viaje al infierno (cakchiquel) 137

Sobre la raza humana 145
La adopción de la raza humana (natchez) 147
El crimen de Giayalael (maya) 148
El origen de los indios nishinam (nishinam) 149
El origen de las tribus (quileute) 150
El origen de las tres razas (seminola) 152
El Doctor de la Tierra creó cuatro razas humanas (papago) 153
Monaira Jitoma, el socorro de su pueblo (huitoto) 155

Origen de los animales 157
El origen de la langosta (maya) 159
El origen de la luciérnaga I (guaraní) 161
El origen de la luciérnaga II (paraguayo) 162
El origen del sapo (paraguayo) 163
El origen del mono I (paraguayo) 163
El origen del mono II (paraguayo) 164
El origen del mono *pwácari* (baniba) 164
El origen del venado I (tarasco) 167
El origen del venado II (quechua) 168
El origen de los tigres (puinabe) 169

El origen de los pájaros (indios canadienses) 171
El origen del petirrojo (indios norteamericanos) 173
El origen del cardenal (maya) 175
El origen de la paloma blanca (guaraní) 177
El origen de la garza blanca (inca) 178
El origen del pájaro urutaú (guaraní) 179
El ave chajá (guaraní) 181
El origen del halcón wyrohueté (tembé, Pará y Marañón) 182
El origen de los buitres (mexicano) 184

Origen de las plantas 185
Yóii, el padre de los frutos y de los peces del río (puinabe) 187
El origen de los frutos (cariña, Venezuela) 188
Can-Tim, el creador de la yuca (puinabe) 189
La creación del maíz (azteca) 191
El pájaro dziú salva el maíz (maya) 191
La creación del algodón (caduveo, Brasil) 193
El fruto que da olvido a amores (paraguayo) 193
La abuela de la hierba mate (Caá-Yarí) (paraguayo) 194
El árbol izapí (guaraní) 195

Origen del fuego 199
Mitos sobre el origen del fuego (coleccionados por Frazer) 201
La creación del fuego (azteca) 227
La lagartija, el tigre y el fuego (cuna) 228
El origen del fuego I (cuna) 229
El origen del fuego II (haida) 232
El origen del fuego III (guarao) 233

Otros orígenes 235
El origen de la noche (indios brasileños) 237
El origen de las piedras (papago) 239
El origen del vino (azteca) 241
El origen de la sal (huichol) 242
El origen del mar (cariña) 243
El origen del trabajo (cariña) 243
El origen de la guerra I (navajo) 244
El origen de la guerra II (azteca) 244
El origen del verano (indios norteamericanos) 246

Piedras, rocas, islas 249
La piedra de Callca (inca) 251
La piedra de la laguna (inca) 253
Montes que se casan y piedras que hablan (inca) 254
El cerro de Oyocco (quechua) 256
Anchicara y Huaillama (inca) 257
Las islas de Pachacamac (quechua) 258
Sinulú (fueguino) 259
Tawiskaron (mohawk) 260
Sus-ten-ha-nah (onondaga) 260
Nûñ yunu'wi (cherokee) 261
El gigante de piedra (navajo) 261

Mitos-leyendas 263
El dios del cielo y sus rebeldes hijos (araucano) 265
Yum Chaac castiga a sus hijos (maya) 267
Tepozton, hijo de un dios, matador del gigante (mexicano) 269
Kuniraya y Kahuillaca (inca) 273
Kuniraya y el inca Huaina-Chapac (inca) 276
Llujllayhuancupa (inca) 278
Ni-ni-bo-sho (shippewa) 278
Ni-ni-bo-sho cazador (shippewa) 279
El banquete que Ni-ni-bo-sho dio a los animales (shippewa) 281
La huida de los abismos (pueblo) 282
El huerto de la tumba (seneca) 282
La reina de los abismos (esquimal) 283
Las doncellas del maíz (pueblo) 284
Hiawatha y el hombre serpiente (iroqués) 284
La proeza del cuervo (indios del noroeste de la América del Norte) 285
El espíritu del búfalo (fox) 285
La danza dentro del pez (pienegro) 286
Los animales de piedra (paiute) 286
El dominio de *Uallallo (inca)* 287
El combate de Pariacaca y Uallallo (inca) 287
Tupá, dios conciliador (guaraní) 288
La estrella de la mañana (ojibway) 290
La estrella errante (ojibway) 291
La forma de la estrella (ojibway) 292

Cómo Rairu perdió su estrellita por un baile (indios brasileños) 293
El sol rojo (guaraní) 296
El joven que subió al cielo (inca) 297
El pueblo submarino (hitchiti) 304
La india coqueta (chocó, Panamá) 305
El combate por la coqueta princesa Flor Amarilla (maya) 307
Guanaroca (siboney, Cuba) 310
La india maldita (siboney, Cuba) 312
Jagua (siboney, Cuba) 313
El arquero Buen brazo (guarao) 315
Juego de pelota funesto (azteca) 316
Kalahuala, la reina de las perlas (araucano) 317
La culebra de las Siete Cabezas (colombiano) 319
La madremonte (colombiano) 319
La Patasola (colombiano) 320
El Viejo Musgo (colombiano) 320
La chichita (colombiano) 321
La viuda alegre (colombiano) 321
La mula de tres patas (colombiano) 321
El Tomador de Agua (colombiano) 322
La Batea (colombiano) 323

Mitos mágicos 325
Los espíritus de la selva (esquimal) 327
La esposa fantasma (pawnee) 328
Morotí y Pita (guaraní) 329
El perro guardián (maya) 331
El toro rey (maya) 332
Los aluxes (maya) 334
El alux cautivo (maya) 337
Mankantún (maya) 339
Bécal (maya) 341
Curupí, el enano (guaraní) 344
Curupí, amante (guaraní) 345
El hombre que se volvió pez (pienegro) 346
El hombre que se transformó en gallinazo (chocó, Colombia) 347
La babosa que se convirtió en hombre (iroqués) 348
El cenote de la gallina negra (maya) 350

Mitos del agua (incas) 352
Madre de Agua I (indios colombianos) 353
Madre de Agua II (indios brasileños) 354

Fuentes 357

Bibliografía 377

Prólogo[1]

«La mitología ha hecho luz donde la historia
no había podido hincar su piqueta.»
Miguel A. Espino

La mitología americana –continental– es un poderoso aporte a la cultura mundial, como bien se sabe. En este libro se escogen algunos de los mejores mitos indígenas, para poner en manos de artistas, eruditos, filósofos, antropólogos, científicos y pueblo en general, un breve pero vivo muestrario de la sabiduría mitológica de las primitivas razas americanas, ya en su imaginación poética asombrosa, en la peripecia del milagro con la viva carga germinal, tan útil para el conocimiento a fondo del desarrollo cultural de los pueblos, para auxiliar la tarea completa del artista moderno. Y también para conocer de horribles dioses y de sus criminales fanáticos.

Mitología, definiciones

No pretendemos agotar el henchido tema de las definiciones sobre el mito, sus posibles orígenes, función histórica, etcétera, en el presente prólogo, que más que un acucioso, ultraenjundioso ensayo, es un conjunto de páginas didácticas. Una buena definición para escolares es la que nos ha legado Alfonso Reyes:

[1] Este prólogo es el que recoge la edición cubana publicada en la Habana en 1983.

La mitología es el conjunto de leyendas tradicionales en que la imaginación primitiva ha recogido sus nociones, sus sueños y sus experiencias en cuanto al mundo natural y al mundo sobrenatural. Se manifiesta en forma de cuentos o «mitos» comunicados de boca en boca, objetos de creencia en principio y siempre testimonio precioso sobre cierta etapa o cierta fase de la mente. Se conoce la mitología de muchos pueblos –el australiano, el escandinavo, el azteca–; pero la palabra se ha usado más comúnmente para la antigüedad clásica, en que se confunde a los griegos y a los romanos.

No está de más conocer algunas interpretaciones modernas sobre el mito, su valor, sus funciones. Para Bronislaw Malinowski, en su libro *Función del mito en la vida*:

El mito es sobre todo una fuerza cultural. Pero no es solamente eso. Es, evidentemente, también una narración, y como tal tiene forma literaria –aspecto indebidamente acentuado por muchos estudiosos, pero al que, sin embargo, no debe desdeñarse por completo–. El mito contiene los gérmenes de lo que serán luego la epopeya, la novela y la tragedia, y ha sido utilizado en esas producciones por el genio creador de los pueblos y por el arte consciente de la civilización.

Los mitos del amor y de la muerte, los relatos de la pérdida de la inmortalidad, del tránsito de la Edad de Oro y de la expulsión del Paraíso, los mitos de incesto y de hechicería, contienen los mismos elementos que entran en las formas artísticas de la tragedia, de la lírica y de la narración novelesca.

En cuanto a las dificultades del estudio, interpretación, uso de los mitos en las ciencias y las artes, Malinowski advierte:

Creo que el estudio de la mitología, en cuanto funciona y obra en las sociedades primitivas, debe preceder a las conclusiones derivadas de los materiales de las sociedades cultas. Parte de este material consérvase solamente en textos literarios aislados, despojados de la realidad de su vida, sustraídos de su ambiente social.

La reducción del estudio del mito al simple examen de sus textos ha sido fatal para el conocimiento acertado de su índole. La forma del mito que nos han transmitido la antigüedad clásica y los libros sagrados del Oriente, u otras fuentes similares, se nos ofrecen arrancados del seno

de la fe viva, sin que podamos hacerlo comentar por los que fueron sus creyentes.

Malinowski comprende también los peligros de las presentes desvirtuaciones y falseamientos de los mitos por personas interesadas en dañarles su origen forma-esencia, para presentarlos en un falso contexto literario:

> De otra parte, es indudable que la actual forma literaria de esos relatos ha sufrido considerable transformación por obra de los escribas, comentaristas, sacerdotes, eruditos y teólogos. Ha de volverse hacia la mitología primitiva si se quiere aprehender el secreto del mito aún vivo, antes que lo modifique la sabiduría sacerdotal y quede enclaustrado en el repertorio eterno pero inanimado de las religiones muertas.

Para el famoso James Frazer (prefacio a *Mitos sobre el origen del fuego*), la mitología tiene grande importancia en la cultura mundial, y en ello incide numerosamente:

> La Mitología podría definirse, quizá, como la filosofía del hombre primitivo. Es su primera tentativa de respuesta a esas interrogantes generales concernientes al mundo, que sin duda se impusieron a la mente humana desde los primeros tiempos.
>
> Para ser completa una historia de la filosofía y hasta de la ciencia, ha de empezar dando cuenta de la mitología. La importancia de los mitos como documentos del pensamiento humano en embrión es ahora generalmente reconocida, y se los recoge y compara, no ya como ocioso pasatiempo, sino por la luz que arrojan sobre la evolución intelectual de nuestra especie.

La mitología para Joseph Campbell es «un rico y elocuente documento de las más oscuras profundidades del alma humana». Para Campbell, los mitos son «productos espontáneos de la psique y cada uno lleva dentro de sí mismo, intacta, la fuerza germinal de su fuente». Ello es la razón de tantos mitómanos... También afirma Campbell que el mito «es la entrada secreta por la cual las inagotables energías del cosmos se vierten en las manifestaciones culturales humanas».

Para nosotros, el mito, por su natural relación con las mentales fuerzas primigenias, es el libro de la sangre inicial, el libro que elaboraron

la imaginación y el arte primero, poderoso, virgen, entre enormes sombras.

Cierto es que nos quedan las ruinas mesopotámicas, aztecas, mayas, incas, tantas, con sus provechosas, tan iluminadoras enseñanzas, sus jeroglíficos y escrituras cuneiformes, esculturas, templos; artesanías prodigiosas, pero antes, mucho antes, ya la literatura oral, entre su tesoro de apólogos, sucesos históricos, leyendas, epopeyas, canciones, farmacopeas... acarreaba los mitos, esa graciosa errancia de la imaginación, tantas veces absorta, en su arte único...

Los expertos narradores –tal vez los mismos mitómanos– cultivaban sus memorias con el diario ejercicio; seguramente que perfeccionaban los mitos al repetirlos, como harían los posteriores narradores, si eran legítimos artistas transmisores. Memorias de prodigio debieron conocerse en aquella época. Merced a ellas se ha enriquecido la historia cultural de los pueblos, repetimos.

Desde las más antiguas edades el mito pasaba de boca en boca al extremo de no saberse ya dónde se originó, a ciencia cierta, ni en quién se asimila aun en nuestros días. Pero qué prodigiosas mentes humanas las que grababan en sus memorias la herencia enorme, esa sabiduría oral de los pueblos ágrafos, esos textos sagrados que se guardaban en los archivos de la mente, ejercitada con extremo rigor en su fidelidad sin extravíos. Jamás la humanidad ha aplicado la memoria con más severos ejercicios a fines tan creativos. Jamás la memoria ha brillado como en la antigüedad, donde su aplicación era tarea primordial, fuente de leyes, rituales, historias, saberes medicinales, mágicos, etcétera.

Este fuerte saber oral, transmitido por las migraciones de las culturas primitivas, fue un hecho que gobernó las civilizaciones. Sin ese torrente repetido, fijo, las variaciones e interpretaciones que caracterizan a las culturas modernas apenas existirían. El estilo intelectual, inquieto, acucioso, sumo investigador de nuestros tiempos, bebe en la quietud celosa de la expresión primera. Aquellos que tuvieron fe en los mitos salieron a buscar su «tesoro de Agamenón» y, como Enrique Schliemann, por un solo ejemplo, dieron con las ciudades del mito: Troya, Micenas, Tirinto, etcétera.

Mitos en las Américas Central y del Sur

Los mitos americanos de Centro y Sudamérica son conocidos a través de los investigadores que los tradujeron mal que bien y los anotaron, en épocas coloniales, y aun en los posteriores períodos republicanos.

El sacerdote español Bernardino de Sahagún, que recogiera mitos en México, es uno de los escritores a quien más hay que agradecer la salvación de estos tesoros de la América precortesiana. En su importante *Historia general de las cosas de Nueva España*, salvó buena parte de la mitología azteca. Sabemos que sus informantes eran indios, algunos de ellos, tal vez, sacerdotes de la abolida religión azteca. A esa obra supera el famoso *Popol Vuh*, libro mayor de la mitología maya, escrito en lengua quiché. También aparece en cakchiquel, variante del maya, otro libro, *Anales de los cakchiqueles*, de sumo interés mitológico. No hay que olvidar, por supuesto, el *Chilam Balam* de Chumayel, un códice importante en la mitología maya.

Códice muy valioso es el afamado *Códice Borgia*, que se halla en el Vaticano. Habría que agradecer los mitos salvados o indicados por el peruano Garcilaso, así como a Santa Cruz, Durán, Camargo, Fernando de Alva, Sarmiento..., tantos, hasta nuestros días, cuando vemos a responsables investigadores latinoamericanos recorrer montes, costas, selvas, tras la saga preciosa.

Walter Krickeberg, en el prólogo a su libro *Mitos y leyendas de los aztecas, incas, mayas y muiscas*, afirma, a nuestro juicio muy ligeramente, que «de los mitos de la creación del mundo y de las tradiciones que se refieren a dioses y héroes no parece faltar nada de gran importancia». A pesar de tan osada conclusión, y de ese «parece» flexible, Krickeberg halla una falta de coherencia mitológica en la América que colonizara el español:

> Aunque se nota ya en la mitología antigua de América, y sobre todo en la del México pre-hispánico, la mano de un sacerdocio influyente, que escogía, transformaba y equilibraba los componentes de diversos orígenes, creando así un ciclo de mitos y tradiciones, no se ha logrado, sin embargo, la síntesis completa de todos estos componentes en una gran epopeya mítica, cuyo encadenamiento sea completo.

Krickeberg insiste sobre la alteración interesada del texto oral mitológico por el interesado sacerdote, ya católico y cronista:

Es frecuente que el fervor religioso o la mala interpretación haya querido encontrar en la antigua historia indígena rastros de la creencia cristiana, y que la adornara, agregándole arbitrariamente diferentes ideas cristianas. Hay cuentos y leyendas que no son más que una parte del catecismo romano que llevan intercalados los nombres de los dioses paganos (...), las leyendas así enmendadas, que encontramos por ejemplo en los relatos del P. Francisco Hernández (en Las Casas), que se refieren a la Santísima Trinidad y que hablan de la madre de Dios entre los mayas de Yucatán.

Sobre ello abunda Miguel Ángel Espino, en su libro *Mitología de Cuscatlán*, 1959:

Todos los documentos se quemaron (...) vinieron los ejércitos negros de la religión (...). Aquí mismo, en Guatemala, la Inquisición implantó su obra destructora. Entre esa especie de canibalismo adquiere proporciones de humanicidio el Auto de Fe de Maní, en el que quemaron 35 piedras y 27 libros que hubieran sido otros tantos soles de la verdad.

Sobre los mitos religiosos de los indios americanos, afirma Espino: «Todo acto, toda cosa que recordara su pasado, era considerada como una hechicería, y castigada como tal». Krickeberg aclara su punto de vista sobre la adulteración interesada del mito americano:

Pero no hay que desechar leyendas completas suponiéndolas inventos españoles porque contengan algunas ideas cristianas, como es el caso de caracterizar a héroes culturales como Quetzalcóatl, Bochica, o Viracocha, con la apariencia de un apóstol o cuando se adornan las leyendas del diluvio con detalles del Génesis (...).

Y añade:

Los demás paralelismos existentes entre las tradiciones americanas y las del viejo mundo pertenecen al gran número de concordancias entre los pueblos de alta cultura del viejo y del nuevo mundo, que se encuentran también en otros aspectos.

Sobre los peligros de la desvirtuación interesada del mito, o la influencia de las religiones en él, ampliamos el tema con el mito que

recogiera Rogelio Velázquez M. en el Alto y Bajo Chocó, Colombia –región de negros–, recientemente. En él se aprecia un mito influido por el catolicismo, que sirve de extraordinario ejemplo sobre las contaminaciones de los mitos:

> Dios creó a un hombre y a una mujer. Ambos eran negros. Andando el tiempo el matrimonio tuvo dos hijos que se llamaron Caín y Abel. Caín fue malo y perverso, pues desde chiquito se dedicó al trago, a las mujeres y al juego. Abel, por el contrario, fue bueno. Oía misa, respetaba a sus padres y las cosas ajenas, y cumplía sus compromisos. Caín, envidioso de su hermano, lo mató una tarde al volver del trabajo. Pero como no hay crimen oculto, Dios se le presentó y, reprochándole su falta, lo maldijo. La *canillera*[2] de Caín fue tan grande que palideció hasta tomar el color blanco que conservó hasta su muerte.

Algunos mitos que los conquistadores españoles encontraron y tal vez recrearon, o crearon para consumo propio en la América

Los conquistadores españoles encontraron, adulteraron o fabularon mitos americanos, que excitaban a veces su codicia, a veces su fantasía. No hay que olvidar que ellos llegaron a la América con la mente poblada de fábulas medioevales.

Enrique de Gandía, el acucioso historiador argentino, en su útil libro *Historia crítica de los mitos de la conquista americana* (Madrid 1929), analiza los mitos americanos que influyeron en los españoles, y aun aquellos que éstos crearon. Así encontramos el mito de las Amazonas –que surge de fuentes griegas–, el de la Fuente de la Juventud, el mito de El Dorado, etcétera. Lo que de tales mitos permanece es lo que recogieron los cronistas españoles de la época, bien religiosos, bien hombres curiosos de tan extrañas fábulas.

Desde ellos hay que partir.

[2] Temblor de piernas. *(N. del Compilador)*

El mito de las Amazonas

Según los griegos, este mito de las Amazonas puede ser el de las centauresas. «En Megara, en Queronea y en Tesalia se conservaban las tumbas de las amazonas muertas por Teseo. En la guerra de Troya defendieron a Príamo... En África, otras amazonas subyugaron a los atlantes, númidas, atíopes y gorgones, fundaron una ciudad a orillas del lago Tritón y fueron exterminadas por Hércules.» Hasta aquí el mito griego.

Sobre ellas se afirmaba que «se mutilaban el seno derecho para manejar el arco con mayor facilidad». El mito llegó hasta el medioevo. Para Gandía, cuya investigación seguiremos:

> Entre todos los mitos de la conquista americana no hay ninguno tan confuso, tan deformado e insondable como el mito de las Amazonas (...) y, sin embargo, es el más auténtico y el más luminoso, no por lo que su nombre evocaba –mero ensueño de conquistadores–, sino por lo que su espejismo representaba (...) llegado Colón al Nuevo Mundo (...) vemos cómo las islas Femenina y Masculina de los mapas medievales se transforman en islas de Carib y Martinino, una habitada por Caribes y la otra por Amazonas, exactamente igual que en las orillas del Termodonte, donde, según las fábulas clásicas, Caribes y Amazonas vivían en relativa vecindad. Al mismo tiempo, las Amazonas, vistas por la fantasía de Colón, revelaban los mismos hábitos que las mencionadas por Herodoto: se relacionaban una vez al año con los hombres, en primavera, sólo con el fin de perpetuar la raza: guardaban para sí las niñas y entregaban los niños a los padres.

Así se lee en el *Diario* del primer viaje de Colón que «de la isla Martinino dijo aquel indio que era toda poblada de mujeres sin hombres».

Para el fantasioso Pedro Mártir de Anglería: «(...), en ciertos períodos del año pasan hombres a la isla de ellas, no para usos maritales, sino movidos de compasión, para arreglarles los campos y huertos, con el cultivo de los cuales puedan vivir». Y más adelante, refiriéndose a datos que le ofrecían conquistadores españoles: «Añaden que es verdad lo que se cuenta de la isla habitada solamente por mujeres, que a flechazos defienden con bravura sus costas, y que en ciertas temporadas del año pasan allá los caníbales para engendrar, y que desde que están encintas ya no aguantan a los hombres, y que a los niños que les nacen les echan fuera y se guardan las hembras».

Con el tiempo ya las amazonas no se situaban solamente en su isla. Ya peleaban en el continente. Gandía cita a Antonio de Salcedo, en cuyos escritos se nombran «mujeres que combatieron contra Gonzalo Jiménez de Quesada, en Tunja; contra Benalcázar en Popoyán y contra Valdivia en Chile».

En la relación que Fray Gaspar de Carvajal hiciera sobre el descubrimiento del Río Grande, escribe: «(...) nos dieron noticias de las Amazonas y de la riqueza que abajo hay y el que las dio fue un indio llamado Aparia, viejo que decía haber estado en aquella tierra». Al encontrar indios adoradores del Sol, éstos dijeron «que eran tributarios de las Amazonas». Y después refiere el fraile lo más asombroso, que al entrar en combate contra los indios, éstos fueron a pedir ayuda a las amazonas, «y vinieron hasta diez o doce, que éstos vimos nosotros, que andaban peleando delante de todos los indios capitanes, y peleaban ellas tan animosamente que los indios no osaban volver las espaldas, y al que las volvía delante de nosotros lo mataban a palos, y ésta es la causa por donde los indios se defendían tanto».

Éste fue el origen del nombre del río Amazonas. El fraile Gaspar da más informaciones:

> El Capitán le preguntó si estas mujeres parían: el indio dijo que sí. El Capitán le dijo que cómo no siendo casadas, ni residía hombre entre ellas, se empreñaban: él dijo que estas indias participan con indios en tiempos, y cuando les viene aquella gana juntan mucha copia de gente de guerra y van a dar guerra a un muy gran señor que reside y tiene su tierra junto a la destas mujeres, y por fuerza les traen a sus tierras y tienen consigo aquel tiempo que se les antoja, y después que se hallan preñadas les tornan a enviar a su tierra sin les hacer otro mal.

Otras escrituras españolas de aquellos tiempos –que recoge Gandía– aceptan o rechazan el mito de las Amazonas americanas, pero es un hecho absoluto que el mito prosperó en su tiempo y aún hoy tiene distintos defensores.

Como casi siempre ocurre, la imaginación humana llevó el mito a su exceso, donde, para el arte y la fantasía, es más rico, más atrayente, más fecundante.

El mito de la Fuente de la Juventud

Es éste, entre los mayores de la humanidad, el muy antiguo mito de la Inmortalidad, que aparece en las leyendas y mitologías de las grandes naciones de la Antigüedad.

Seguramente que el gran impulsor del mito de la Fuente de la Juventud en Europa fue Juan de Mandeville, que publicara sus relatos en 1356. Afirma, describiendo sus viajes por Asia:

> Junto a una selva estaba la ciudad de Polombe, y, junto a esta ciudad, una montaña, a cuyo pie se encuentra una gran fuente, noble y hermosa; el sabor del agua es dulce y oloroso, como si la formaran diferentes especerías. El agua cambia con las horas del día; es otro su sabor y otro su olor. El que bebe de esa agua en cantidad suficiente, sana de sus enfermedades, ya no se enferma y es siempre joven. Yo, Juan de Mandeville, vi esa fuente y bebí tres veces de esa agua con mis compañeros, y desde que bebí me siento bien (...). Algunos llaman a esta agua Fons Juventutis, pues los que beben de ella son siempre jóvenes.

En 1372 murió Juan de Mandeville en Lieja. Como afirma Gandía: «En América el mito de la fuente de la eterna juventud nació de la mezcla de tradiciones indígenas con el recuerdo de la leyenda medioeval traído por los conquistadores». Es cierto que los indios del Orinoco veneraban un árbol llamado «El árbol de la vida»; también existían otros árboles que «proporcionaban a las aguas virtudes curativas», entre ellos el llamado «Árbol de la Inmortalidad».

Sobre las aguas maravillosas, escribe Gandía: «la historia nos relata que los indios de Cuba emigraban en busca de un río cuyas aguas rejuvenecían, y que Juan Ponce de León, después de oír las confidencias de los indígenas, también se decidió a buscar el río de la vida, en el cual, bañándose en él "los hombres viejos se volvían mozos"». El cronista Herrera, que estudiara los manuscritos de Ponce de León, afirma:

> Es cosa cierta, que además del principal propósito de Juan Ponce de León, que fue descubrir nuevas tierras (...) fue a buscar la Fuente de Bimini y en la Florida un río, dando en esto crédito a los indios de Cuba, y a otros de La Española, que decían que bañándose en él o en la Fuente, los hombres viejos se volvían mozos. Y fue verdad que muchos indios de Cuba, teniendo por cierto que había este río, pasaron (...) a las

> Tierras de la Florida, en busca de él, y allí se quedaron y poblaron un Pueblo y hasta hoy dura aquella generación de los de Cuba. Esta fama de la causa que movió a estos para entrar en la Florida, movió también a todos los reyes y caciques de aquellas comarcas para tomar muy a pechos qué río podía ser aquél (...) y no quedó río ni arroyo en toda la Florida, hasta las lagunas y pantanos adonde no se bañasen.

Pedro Mártir de Anglería, López de Gomara, Antonio de Herrera, etcétera, cronistas de Indias, llevaron la fama de la supuesta Fuente de la Juventud al conocimiento de Europa. Un mito creado por los españoles en la América, siguiendo las inocentes fábulas de sus indios.

El mito de El Dorado

Es éste uno de los mitos mayores que transformó la codiciosa –de oro– imaginación española partiendo de leyendas indoamericanas. El mito de El Dorado se relaciona con la sed de oro de los guerreros españoles, que torturaban y mataban por el oro, en su búsqueda desesperada de riquezas físicas en los pueblos indoamericanos, despiadada, sanguinariamente, al estilo usual de los colonizadores. Mito falso, grande el de una conquista para implantar un falso cristianismo, guerrero, ladrón y asesino, o para «civilizar» a los aborígenes. Fue la codicia y la ambición de oro lo que movió la conquista. Sometidos a espantosas explotaciones, millones de indios murieron en minas y lavaderos de oro, o en fatigosas labores agrícolas.

El mito se crea sobre una posible realidad: el adulterio que cometiera en Guatavitá una cacica. Su marido la castigó mediante el constante vituperio ante el pueblo de su cacicazgo. En su desconcierto, la adúltera se echó, con su hija, a la laguna de Guatavitá, donde desapareció. Muy afligido, el cacique pidió consuelo a los sacerdotes y éstos le aseguraron que ella vivía en un palacio en el fondo de la laguna, y que sería bueno se le ofreciesen objetos de oro en desagravio. Los indios así lo hicieron y la laguna recibió oro y piedras preciosas.

Según Herrera, el indio Muequetá fue quien llevó por primera vez noticias a los españoles de esta fabulosa laguna y sus tesoros, y refirió cómo el cacique entraba a la laguna, el cuerpo lleno de polvo de oro, que se espolvoreaba sobre su cuerpo cubierto por resinas pegajosas para fijarlo, y que arrojaba en la laguna oro y esmeraldas. Éste era pues

El Dorado, el hombre dorado, que dio pie al mito que enloqueció a los españoles, tras su tesoro.

Sebastián de Benalcázar decidió salir en busca de «este indio dorado». Y así comenzó la gran persecución de El Dorado. Según Fray Pedro Simón, Benalcázar y sus soldados «para entenderse y diferenciar aquella provincia y las demás de sus conquistas, determinaron llamarle la Provincia del Dorado».

Sobre El Dorado crecieron las asombrosas noticias. Juan Martínez ya nombraba a la ciudad del Oro cuando, muy seguro, escribió una relación donde aseguraba, al referirse a los guyanos, que

> cuando el Emperador brinda con sus capitanes y tributarios, entran los criados y untan el cuerpo de éstos con un bálsamo blanco que llaman Curcay, y luego soplan sobre ellos oro en polvo por medio de cañas huecas, hasta que quedan brillantes de pies a cabeza (...) Por haber visto esto y por la abundancia de oro que vi en la ciudad, las imágenes de oro en los templos y las planchas, armaduras y escudos de oro que usan en sus guerras, llamé a aquella región El Dorado.

Como afirma Gandía, «El Dorado ya no era un cacique: se había convertido en una ciudad, en un país, en una montaña de oro y en su lago. El nombre subsistía como sinónimo de riqueza».

Le buscaron expediciones sin cuento. Humboldt llegó a decir que El Dorado era el fantasma de los españoles, atrayéndole... «Aun las cosas más viles son de oro», afirmaba Pérez Bustamante, al referirse a los dichos de Orellana, otro fabulador, «se anda sobre piedras preciosas».

La laguna de Guatavitá famosa se siguió buscando, siglo a siglo. Muchos desagües se hicieron en ella. Gandía –a quien hemos seguido en este mito– da una relación de las búsquedas:

> Entre los numerosos intentos de desaguar la laguna de Guatavitá con objeto de recoger las riquezas arrojadas a su fondo, citamos el de Hernán Pérez de Quesada, que obtuvo como beneficio tres o cuatro mil pesos de oro fino; el de Antonio de Sepúlveda, que en 1580 consiguió doce mil pesos por las joyas halladas, el de una compañía inglesa que en vista de las pocas ganancias obtenidas pretendió pedir daños y perjuicios a Humboldt, un tal Martos exploró la laguna de Guarca, y un tal Carriaga murió en su intento de sacar el tesoro escondido en la laguna de Ubaque. En 1856, Tovar, París y Chacón desaguaron parcialmente la

laguna de Siecha y hallaron, entre otras joyas, la balsa de oro. En 1870, Growther y Enrique Urdaneta murieron asfixiados en una galería de ciento ochenta y siete metros casi terminada, para desaguar la laguna.

Así recreaban las mentes españolas, sedientas de riquezas materiales, las leyendas y costumbres de los indios americanos para convertirlos en los mitos de la conquista americana.

Un mito-protesta

Existe en la mitología inca un mito-protesta, ya durante la brutal colonización española. José María Arguedas lo expone:

> Se han descubierto últimamente algunos mitos, que son la expresión más cabal de lo que los indios piensan respecto de los «señores». La mayor parte de las haciendas de la zona andina del país tienen siervos, es decir, que trabajan gratuitamente para el hacendado. En una hacienda se descubrió un mito creado por los indios, en el cual se asegura que hubo dos humanidades: una humanidad muy antigua, que fue creada por el Dios Adán-Eva. El Dios Adán-Eva creó una humanidad formada por gentes que eran muy fuertes, que hacían caminar las piedras con azotes y que construyeron grandes edificios mediante ese poder descomunal que tenían; el defecto que tenían es que eran relativamente escasos de inteligencia. El Dios Adán-Eva se prendó de una mujer muy hermosa, pero ella no aceptó los requerimientos del Dios, y entonces el Dios la llevó por la violencia a su casa, y cuando la mujer estuvo encinta la arrojó de su casa. Esta mujer era la Virgen de las Mercedes.
>
> La Virgen de las Mercedes dio a luz un niño que es Teete Mañoco. Teete Mañoco, cuando fue hombre, destruyó la humanidad creada por su padre, haciendo caer una lluvia de fuego. Como quedaban algunos todavía vivos, él, con, el hueso de una canilla acabó de matar a los últimos que quedaban de la humanidad creada por su padre y creó luego a la humanidad actual, pero dividió a la humanidad en dos gentes: los indios y los blancos. (Pero no les llamaban blancos, sino *mistis*, porque la división es mucho más cultural que racial.)
>
> Dividió a la humanidad en indios que debían trabajar para los mistis, y los mistis, que retenían el privilegio de gozar del fruto del trabajo de los indios, a los cuales se les podía hacer trabajar por la fuerza y

azotándolos. Pero también creó al mismo tiempo el infierno y el Cielo. El Cielo es exactamente igual que la Tierra; la única diferencia que hay es que, en el Cielo, los que fueron indios en la Tierra se convierten en blancos señores y hacen trabajar a los que en este mundo los hicieron trabajar a ellos. Y así como los blancos o mistis los consideraban a ellos una humanidad aparte, los indios también consideran a los otros como una humanidad enteramente aparte.

Mitología de la América del Norte

Mitos de los indios canadienses, de los habitantes de Alaska, de los indios norteamericanos, enriquecen estas páginas, que no es una mitología americana parcial sino continental. Aportan grande poesía y sencillez. Muchos de ellos los hemos traducido del inglés; son inéditos, pues, en nuestra lengua, poéticos, raros, originales, con sus singulares aportes.

Conclusiones

En cuanto a la región de las islas caribeñas, poco mito quedó, tras la tremenda, muy cruel exterminación humana producida por el conquistador español, grave ignaro hambriento del oro físico de «los indios». Que sepamos, no existió ningún Sahagún excepcional en estas islas. De los indios cubanos, que ya tenían sus güijes y diosecillos, poco mito se ha encontrado, salvo los que recogiera durante tres generaciones la familia de Pedro Modesto Hernández, en la muy aindiada región de Jagua –Cienfuegos actualmente–, y que diera, para su corrección de estilo, a Adrián del Valle, y que éste editara con el título de *Tradiciones y leyendas de Cienfuegos* (La Habana 1920).

Durante décadas hemos ido coleccionando libros y folletos, revistas, con los mitos americanos, así como otros materiales de los compañeros investigadores de las dos Américas.

Los mitos que aparecen en este libro han sido seleccionados por su fuerza artística, su originalidad, la fantasía y el símbolo americano. Mucho mito, menor a nuestro juicio, ha quedado fuera de esta antología por carecer de los valores requeridos, o bien, porque, teniéndolos, son mitos miméticos, o versiones desvaídas, o porque no los conocemos

aún, ya que no han llegado a nuestro poder. Así, pues, este libro es también una expresión mitológica en desarrollo. De todos modos, numerosas teogonías, cosmogonías pasmosas, los sucesos del asombro, pasan al lector cubano deseoso de ensancharse la mente con los tesoros fantásticos de la América primigenia.

Samuel Feijóo

Mitología americana

Por la naturaleza de esta compilación, no siempre ha sido posible lograr una unificación en términos y estilos literarios, ya que hemos tratado de respetar al máximo las fuentes de las cuales fueron tomados los mitos. Las frases explicativas y adicionales se han puesto entre corchetes, así como las supresiones hechas por el colector de la fuente original, de la misma forma que el paréntesis ha sido utilizado para indicar omisiones dentro de los textos de esta antología. En el caso de las traducciones, se ha respetado el criterio del traductor.

«América está muy lejos de haber agotado su caudal de mitologías.»
Alejo Carpentier

«En la mitología, junto al reflejo fantástico y tergiversado de la realidad, figuran momentos de gran realismo, que la reflejan de modo adecuado.»
A. D. Sujov

Teogonías, cosmogonías, origen de la humanidad

La creación de los dioses, la Tierra y el hombre

(azteca)

Nuestros padres y abuelos nos dicen que él nos creó y formó, él cuyas criaturas somos nosotros y nuestro príncipe Quetzalcóatl. También creó el cielo, el Sol y la deidad de la Tierra.

...Quetzalcóatl tuvo por mujer a Tonacacíhuatl o por otro nombre Xochiquetzal –señor y señora de nuestra carne–, los cuales se criaron y estuvieron siempre en el decimotercer cielo, de cuyo principio no se supo jamás...

Este dios y diosa engendraron cuatro hijos: al mayor llamaron Tezcatlipoca rojo y los de Uexotzinco y Tlaxcala, los cuales tenían a éste por su dios principal, que le llamaban Camaxtli; éste nació todo colorado. Tuvieron el segundo hijo, al cual llamaron Tezcatlipoca negro, el cual fue el mayor y peor, y el que más mandó y pudo que los otros tres, porque nació en medio de todos [los seres y cosas]; éste nació negro. Al tercero llamaron Quetzalcóatl, y por otro nombre «Noche y Viento». Al cuarto y más pequeño llamaban «Señor del Hueso», y por otro nombre «La Culebra con dos Cabezas», y los mexicanos le decían: Huitzilopochtli, al cual tuvieron los de México por dios principal... De estos cuatro hijos de Tonacatecuhtli y Tonacacíhuatl, el Tezcatlipoca negro era el que sabía todos los pensamientos y estaba en todo lugar y conocía los corazones, y por esto le llamaban Moyocoya, que quiere

decir que es todopoderoso o que hace todas las cosas sin que nadie le ayude... Huitzilopochtli, hermano menor y dios de los de México, nació sin carne, con los huesos, y de esta manera estuvo seiscientos años, en los cuales no hicieron cosa alguna los dioses...

Pasados seiscientos años del nacimiento de los cuatro dioses hermanos, los hijos de Tonacatecuhtli se juntaron todos cuatro y dijeron que era bien que ordenasen lo que habían de hacer, y la ley que habían de tener, y convinieron en nombrar a Quetzalcóatl y Huitzilopochtli para que ellos dos ordenasen, y estos dos, por comisión y parecer de los otros dos, hicieran luego el fuego, y hecho éste, hicieron medio Sol, el cual por no ser entero no relumbraba mucho sino poco.

Luego hicieron a un hombre y a una mujer; al hombre llamaron Oxomoco y a la mujer Cipactónal, y mandáronles que labrasen la tierra y que ella hilase y tejiese, y que de ellos nacerían los *macehuales,* y que no holgasen sino que siempre trabajasen, y a ella le dieron los dioses ciertos granos de maíz para que con ellos ella curase y usase en adivinanzas y hechicerías, y así lo acostumbran hacer hoy día las mujeres. Luego hicieron los días y los partieron en meses, dando a cada mes veinte días y así tenían dieciocho meses, y trescientos sesenta días en el año, como se dirá adelante. Hicieron luego al «señor del inframundo» y a la «señora del inframundo», marido y mujer, y éstos eran dioses del infierno, y los pusieron en él; y luego crearon los cielos, comenzando del trece para abajo, e hicieron el agua y en ella criaron un pez grande que llamaron *cipactli*, que es como caimán, y de este pez hicieron la Tierra, como se dirá; y para crear al dios y diosa del agua juntaron los cuatro dioses a Tláloc y a su mujer, Chalchiuticle, a los cuales tuvieron por dioses del agua, y a éstos se pedía cuando tenían de ella necesidad. Después, estando todos los cuatro dioses juntos, hicieron del pez cipactli la Tierra, a la cual llamaron Tlaltecuhtli, pintándola como deidad tendida sobre un pescado por haberse hecho de él.

Algunos otros dijeron que la Tierra fue creada de esta manera: dos dioses, Quetzalcóatl y Tezcatlipoca, bajaron la diosa de la Tierra del cielo. Ella tenía las articulaciones completamente llenas de ojos y bocas, con las cuales ella mordía como una bestia salvaje. Antes de que la bajaran ya había agua, la cual nadie sabe quién la creó, [y] sobre la cual esta diosa caminaba. Viendo esto los dioses dijeron el uno al otro: «Es necesario hacer la Tierra», y diciendo esto se convirtieron ambos en dos grandes serpientes, las cuales agarraron a la diosa, la una en la mano derecha y en el pie izquierdo; la otra en la mano izquierda y el

pie derecho, y la halaron tanto que la hicieron romperse por la mitad. De la mitad detrás de los hombros hicieron la Tierra, y la otra mitad la llevaron al cielo. Por eso se enojaron mucho los otros dioses. Para recompensar a la dicha diosa de la Tierra por el daño que los dos dioses le habían hecho, todos los dioses descendieron del cielo para consolarla y ordenaron que de ella salieran todos los frutos necesarios para la vida de los hombres. Por eso hicieron de sus cabellos árboles, flores y hierbas; de su piel, las hierbas muy pequeñas y las pequeñas flores; de los ojos, pozos, fuentes y pequeñas cavernas; de la boca, ríos y grandes cavernas; de los agujeros de la nariz valles de montañas, y de los hombros montañas. Y esta diosa lloraba algunas veces durante la noche queriendo comer corazones de hombres y no se quería callar hasta que se los daban; no queriendo llevar fruta si no estaba rociada con sangre humana.

La creación del mundo, de los animales, de las plantas y del primer hombre

(maya)

Ésta es la relación de cómo estaba todo en suspenso, todo en calma, en silencio; todo inmóvil, callado, y vacía la extensión del cielo.

Ésta es la primera relación, el primer discurso. No había todavía un hombre, ni un animal, pájaros, peces, cangrejos, árboles, piedras, cuevas, barrancas, hierbas ni bosques: sólo el cielo existía.

No se manifestaba la faz de la Tierra. Sólo estaban el mar en calma y el cielo en toda su extensión.

No había nada que estuviera en pie; sólo el agua en reposo, el mar apacible, solo y tranquilo. No había nada dotado de existencia.

Solamente había inmovilidad y silencio en la oscuridad, en la noche. Sólo el Creador, el Formador, Tepeu, Gucumatz, los Progenitores, estaban en el agua rodeados de claridad. Estaban ocultos bajo plumas verdes y azules, por eso se les llama Gucumatz. De grandes sabios, de grandes pensadores es su naturaleza. De esta manera existía el cielo y también el Corazón del Cielo, que éste es el nombre de Dios y así es como se llama.

Llegó aquí entonces la palabra, vinieron juntos Tepeu y Gucumatz, en la oscuridad, en la noche, y hablaron entre sí Tepeu y Gucumatz. Hablaron, pues, consultando entre sí y meditando; se pusieron de acuerdo, juntaron sus palabras y su pensamiento.

Entonces se manifestó con claridad, mientras meditaban, que cuando amaneciera debía aparecer el hombre. Entonces dispusieron la creación y crecimiento de los árboles y los bejucos y el nacimiento de la vida y la creación del hombre. Se dispuso así en las tinieblas y en la noche por el Corazón del Cielo, que se llama Huracán.

El primero se llama Caculhá-Huracán. El segundo es Chipi-Caculhá. El tercero es Raxá-Caculhá. Y estos tres son el Corazón del Cielo.

Entonces vinieron juntos Tepeu y Gucumatz; entonces conferenciaron sobre la vida y la claridad, cómo se hará para que aclare y amanezca, quién será el que produzca el alimento y el sustento.

–¡Hágase así! ¡Que se llene el vacío! ¡Que esta agua se retire y desocupe [el espacio], que surja la Tierra y que se afirme! –así dijeron–. ¡Que aclare, que amanezca en el cielo y en la Tierra! No habrá gloria ni grandeza en nuestra creación y formación hasta que exista la criatura humana, el hombre formado. Así dijeron.

Luego la Tierra fue creada por ellos. Así fue en verdad como se hizo la creación de la Tierra:

–¡Tierra! –dijeron, y al instante fue hecha.

Como la neblina, como la nube y como una polvareda fue la creación, cuando surgieron del agua las montañas; y al instante crecieron las montañas.

Solamente por un prodigio, sólo por arte de magia se realizó la formación de las montañas y los valles; y al instante brotaron juntos los cipresales y pinares en la superficie.

Y así se llenó de alegría Gucumatz, diciendo:

–¡Buena ha sido tu venida, Corazón del Cielo; tú, Huracán, y tú, Chipi-Caculhá, Raxá-Caculhá!

–Nuestra obra, nuestra creación será terminada –contestaron.

Primero se formaron la tierra, las montañas y los valles; se dividieron las corrientes de agua, los arroyos se fueron corriendo libremente entre los cerros, y las aguas quedaron separadas cuando aparecieron las altas montañas.

Así fue la creación de la Tierra, cuando fue formada por el Corazón del Cielo, el Corazón de la Tierra, que así son llamados los que primero

la fecundaron, cuando el cielo estaba en suspenso y la Tierra se hallaba sumergida dentro del agua.

Así fue como se perfeccionó la obra, cuando la ejecutaron después de pensar y meditar sobre su feliz terminación.

Luego hicieron a los animales pequeños del monte, los guardianes de todos los bosques, los genios de la montaña, lo venados, los pájaros, leones, tigres, serpientes, culebras, cantiles (víboras) guardianes de los bejucos.

Y dijeron los Progenitores:

–¿Sólo silencio e inmovilidad habrá bajo los árboles y los bejucos? Conviene que en lo sucesivo haya quien los guarde.

Así dijeron cuando meditaron y hablaron enseguida. Al punto fueron creados los venados y las aves. Enseguida les repartieron sus moradas a los venados y a las aves...

–Tú, venado, dormirás en la vega de los ríos y en los barrancos. Aquí estarás entre la maleza, entre las hierbas; en el bosque os multiplicaréis, en cuatro pies andaréis y os sostendréis.

Y así como se dijo se hizo.

Luego designaron también su morada a los pájaros pequeños y a las aves mayores.

–Vosotros, pájaros, habitaréis sobre los árboles y los bejucos, allí haréis vuestros nidos, allí os multiplicaréis, allí os sacudiréis en las ramas de los árboles y de los bejucos.

Así les fue dicho a los venados y a los pájaros para que hicieran lo que debían hacer, y todos tomaron sus habitaciones y sus nidos.

De esta manera los Progenitores les dieron sus habitaciones a los animales de la Tierra.

Y estando terminada la creación de todos los cuadrúpedos y las aves, les fue dicho a los cuadrúpedos y pájaros por el Creador y el Formador y los Progenitores:

–Hablad, gritad, gorjead, llamad, hablad cada uno según vuestra especie, según la variedad de cada uno.

Así les fue dicho a los venados, los pájaros, leones, tigres y serpientes.

–Decid, pues, vuestros nombres, alabadnos a nosotros, vuestra madre, vuestro padre. ¡Invocad, pues, a Huracán, Chipi-Caculhá, Raxá-Caculhá, el Corazón del Cielo, el Corazón de la Tierra, el Creador, el Formador, los Progenitores; hablad, invocadnos, adoradnos! –les dijeron.

Pero no se pudo conseguir que hablaran como los hombres; sólo

chillaban, cacareaban y graznaban; no se manifestó la forma de su lenguaje, y cada uno gritaba de manera diferente.

Cuando el Creador y el Formador vieron que no era posible que hablaran, se dijeron entre sí:

–No ha sido posible que ellos digan nuestro nombre, el de nosotros, sus creadores y formadores. Esto no está bien –dijeron entre sí los Progenitores.

Entonces se les dijo:

–Seréis cambiados porque no se ha conseguido que habléis. Hemos cambiado de parecer: vuestro alimento, vuestra pastura, vuestra habitación y vuestros nidos los tendréis, serán los barrancos y los bosques, porque no se ha podido lograr que nos adoréis ni nos invoquéis. Todavía hay quienes nos adoren, haremos otros [seres] que sean obedientes. Vosotros aceptad vuestro destino: vuestras carnes serán trituradas. Así será. Ésta será vuestra suerte. Así dijeron cuando hicieron saber su voluntad a los animales pequeños y grandes que hay sobre la faz de la Tierra.

Luego quisieron probar suerte nuevamente; quisieron hacer otra tentativa y quisieron probar de nuevo a que los adoraran.

Pero no pudieron entender su lenguaje entre ellos mismos, nada pudieron conseguir y nada pudieron hacer. Por esta razón fueron inmoladas sus carnes y fueron condenados a ser comidos y matados los animales que existen sobre la faz de la Tierra.

Así, pues, hubo que hacer una nueva tentativa de crear y formar al hombre por el Creador, el Formador y los Progenitores.

–¡A probar otra vez! ¡Ya se acercan el amanecer y la aurora; hagamos al que nos sustentará y alimentará! ¿Cómo haremos para ser invocados, para ser recordados sobre la Tierra? Ya hemos probado con nuestras primeras obras, nuestras primeras criaturas; pero no se pudo lograr que fuésemos alabados y venerados por ellos. Así, pues, probemos a hacer unos seres obedientes, respetuosos, que nos sustenten y alimenten –así dijeron.

Entonces fue la creación y la formación. De tierra, de lodo, hicieron la carne [del hombre]. Pero vieron que no estaba bien, porque se deshacía, estaba blando, no tenía movimiento, no tenía fuerza, se caía, estaba aguado, no movía la cabeza, la cara se le iba para un lado, tenía velada la vista, no podía ver hacia atrás. Al principio hablaba, pero no tenía entendimiento. Rápidamente se humedeció dentro del agua y no se pudo sostener.

Y dijeron el Creador y el Formador:

–Bien se ve que no podría andar ni multiplicarse. Que se haga una consulta acerca de esto –dijeron.

Entonces desbarataron y deshicieron su obra y su creación. Y enseguida dijeron:

–¿Cómo haremos para perfeccionar para que salgan bien nuestros adoradores, nuestros invocadores?

Así dijeron cuando de nuevo consultaron entre sí:

–Digámosles Ixpiyacoc, Ixmucané, Hunahpú-Vuch, Hunahpú-Utiú: ¡Probad suerte otra vez! ¡Probad a hacer la creación!

Así dijeron entre sí el Creador y el Formador cuando hablaron a Ixpiyacoc e Ixmucané. Enseguida les hablaron a aquellos adivinos, la abuela del día, la abuela del alba, que así eran llamados por el Creador y el Formador, y cuyos nombres eran Ixpiyacoc e Ixmucané.

Y dijeron Huracán, Tepeu y Gucumatz cuando le hablaron al agorero, al Formador, que son los adivinos:

–Hay que reunirse y encontrar los medios para que el hombre que vamos a crear nos sostenga y alimente, nos invoque y se acuerde de nosotros.

»Entrad, pues, en consulta, abuela, abuelo, nuestra abuela, nuestro abuelo, Ixpiyacoc, Ixmucané, haced que aclare, que amanezca, que seamos invocados, que seamos adorados, que seamos recordados por el hombre creado, por el hombre formado, por el hombre mortal, haced que así se haga.

»Dad a conocer vuestra naturaleza, Hunahpú-Vuch, Hunahpú-Utiú, dos veces madre, dos veces padre, Nim-Ac, Nimá-Tziís, el señor de la esmeralda, el joyero, el escultor, el tallador, el señor de los hermosos platos, el señor de la verde jícara, el maestro de la resma, el maestro Toltecat, la abuela del sol, la abuela del alba, que así seréis llamados por nuestras obras y nuestras criaturas.

»Echad la suerte con vuestros granos de maíz y de *tzité*[1]. Hágase así y se sabrá y resultará si labraremos o tallaremos su boca y sus ojos en madera.

Así les fue dicho a los adivinos. A continuación vino la adivinación, la echada de la suerte con el maíz y el tzité.

–¡Suerte, criatura! –les dijeron entonces una vieja y un viejo. Y este

[1] Árbol de Guatemala cuyos frutos rojos eran usados en hechicerías y sortilegios. *(N. del Editor)*

viejo era el de las suertes del tzité, el llamado Ixpiyacoc. Y la vieja era la adivina, la formadora que se llamaba Chiracán Ixmucané.

Y comenzando la adivinación, dijeron así:

–¡Juntaos, acoplaos! Hablad que os oigamos, decid, declarad si conviene que se junte la madera y que sea labrada por el Creador y el Formador, y si éste [el hombre de madera] es el que nos ha de sustentár y alimentar cuando aclare, cuando amanezca.

»Tú, maíz; tú, tzité; tú, suerte; tú, criatura; ¡uníos, ayuntaos! –les dijeron al maíz, al tzité; a la suerte, a la criatura–. ¡Ven a sacrificar aquí, Corazón del Cielo; no castiguéis a Tepeu y Gucumatz!

Entonces hablaron y dijeron la verdad:

–Buenos saldrán vuestros muñecos hechos de madera; hablarán y conversarán sobre la faz de la Tierra.

–¡Así sea! –contestaron, cuando hablaron.

Y al instante fueron hechos los muñecos labrados en madera. Se parecían al hombre, hablaban como el hombre y poblaron la superficie de la Tierra.

Existieron y se multiplicaron; tuvieron hijas, tuvieron hijos los muñecos de palo; pero no tenían alma, ni entendimiento, no se acordaban de su Creador, de su Formador; caminaban sin rumbo y andaban a gatas.

Ya no se acordaban del Corazón del Cielo, y por eso cayeron en desgracia. Fue solamente un ensayo, un intento de hacer hombres. Hablaban al principio, pero sus caras estaban enjutas; sus pies y sus manos no tenían consistencia; no tenían sangre, ni sustancia, ni humedad, ni gordura; sus mejillas estaban secas, secos sus pies y sus manos, y amarillas sus carnes.

Por esta razón ya no pensaban en el Creador ni en el Formador, en los que les daban el ser y cuidaban de ellos. Éstos fueron los primeros hombres que en gran número existieron sobre la faz de la Tierra.

Enseguida fueron aniquilados, destruidos y deshechos los muñecos de palo; recibieron la muerte. Una inundación fue producida por el Corazón del Cielo; un gran diluvio se formó, que cayó sobre las cabezas de los muñecos de palo.

De tzité se hizo la carne del hombre, pero cuando la mujer fue labrada por el Creador y el Formador, se hizo de espadaña la carne de la mujer. Estos materiales quisieron el Creador y el Formador que entraran en su composición.

Pero no pensaban, no hablaban con su Creador, su Formador, que los habían hecho, que los habían creado. Y por esta razón fueron muertos,

fueron anegados. Una resina abundante vino del cielo. El llamado Xecotcovach llegó y les vació los ojos; Camalotz vino a cortarles la cabeza; y vino Cotzbalam y les devoró las carnes. El Tucumbalam llegó también y les quebró y magulló los huesos y los nervios; les molió y desmoronó los huesos.

Y esto fue para castigarlos, porque no habían pensado en su madre, ni en su padre, el Corazón del Cielo, llamado Huracán. Y por este motivo se oscureció la faz de la Tierra y comenzó una lluvia negra, una lluvia de día, una lluvia de noche.

Llegaron entonces los animales pequeños los animales grandes, y los palos y las piedras les golpearon las caras. Y se pusieron todos a hablar; sus tinajas, sus comales, sus platos, sus ollas, sus perros, sus piedras de moler, todos se levantaron y les golpearon las caras.

–Mucho mal nos hacíais; nos comíais, y nosotros ahora os morderemos –les dijeron sus perros y sus aves de corral.

Y las piedras de moler:

–Éramos atormentadas por vosotros; cada día, cada día, de noche, al amanecer, todo el tiempo hacían *holi, holi, huqui, huqui* nuestras caras, a causa de vosotros. Éste era el tributo que os pagábamos. Pero ahora que habéis dejado de ser hombres probaréis nuestras fuerzas. Moleremos y reduciremos a polvo vuestras carnes –les dijeron sus piedras de moler.

Y he aquí que sus perros hablaron y les dijeron:

–¿Por qué no nos dabais nuestra comida? Apenas estábamos mirando y ya nos arrojabais de vuestro lado y nos echabais fuera. Siempre tenías listo un palo para pegarnos mientras comíais. Así era como nos tratabais. Nosotros no podíamos hablar. Quizá no os diéramos muerte ahora; pero ¿por qué no reflexionabais, por qué no pensabais en vosotros mismos? Ahora nosotros os destruiremos, ahora probaréis vosotros los dientes que hay en nuestra boca: os devoraremos, dijeron los perros; y luego les destrozaron las caras.

Y a su vez sus comales, sus ollas, les hablaron así:

–Dolor y sufrimiento nos causabais. Nuestra boca y nuestras caras estaban tiznadas, siempre estábamos puestos sobre el fuego y nos quemabais como si no sintiéramos dolor. Ahora probaréis vosotros, os quemaremos –dijeron sus comales, y todos les destrozaron las caras. Las piedras del hogar, que estaban amontonadas, se arrojaron directamente desde el fuego contra sus cabezas causándoles dolor.

Desesperados corrían de un lado para otro; querían subirse sobre las casas y las casas se caían y los arrojaban al suelo; querían subirse

sobre los árboles y los árboles los lanzaban a lo lejos; querían entrar a las cavernas y las cavernas se cerraban ante ellos. Así fue la ruina de los hombres que habían sido creados y formados, de los hombres hechos para ser destruidos y aniquilados: a todos les fueron destrozadas las bocas y las caras.

Y dicen que la descendencia de aquéllos son los monos que existen ahora en los bosques; éstos son la muestra de aquéllos, porque sólo de palo fue hecha su carne por el Creador y el Formador. Y por esta razón el mono se parece al hombre; es la muestra de una generación de hombres creados, de hombres formados que eran solamente muñecos y hechos solamente de madera.

La creación del segundo hombre

(maya)

He aquí, pues, el principio de cuando se dispuso hacer al hombre, y cuando se buscó lo que debía entrar en la carne del hombre. Y dijeron los Progenitores, los Creadores y Formadores, que se llaman Tepeu y Gucumatz:

–Ha llegado el tiempo del amanecer, de que se termine la obra y que aparezcan los que nos han de sustentar y nutrir, los hijos esclarecidos, los vasallos civilizados; que aparezcan el hombre, la humanidad, sobre la superficie de la Tierra –así dijeron.

Se juntaron, llegaron y celebraron consejo en la oscuridad y en la noche; luego buscaron y discutieron, y aquí reflexionaron y pensaron. De esta manera salieron a la luz claramente sus decisiones y encontraron y descubrieron lo que debía entrar en la carne del hombre.

Poco falta para que el Sol, la Luna y las estrellas aparecieran sobre los Creadores y Formadores. De Paxil, de Cayalá, así llamados, vinieron las mazorcas amarillas y las mazorcas blancas.

Éstos son los nombres de los animales que trajeron la comida: Yac (el gato de monte), Utiú (el coyote), Quel (una cotorra vulgarmente llamada chocoyo) y Hoh (el cuervo). Estos cuatro animales les dieron la noticia de las mazorcas amarillas y las mazorcas blancas les dijeron que fueran a Paxil y les enseñaron el camino de Paxil.

Y así encontraron la comida y ésta fue la que entró en la carne del hombre creado, del hombre formado; ésta fue su sangre, de ésta se hizo la sangre del hombre. Así entró el maíz [en la formación del hombre] por obra de los Progenitores.

Y de esta manera se llenaron de alegría, porque habían descubierto una hermosa tierra, llena de deleites, abundante en mazorcas amarillas y mazorcas blancas y abundante también en *pataxte*[2] y cacao, y en innumerables zapotes, anonas, jocotes, nances, «matasanos» y miel. Abundancia de sabrosos alimentos había en aquel pueblo llamado de Paxil y Cayalá.

Había alimentos de todas clases, alimentos pequeños y grandes, plantas pequeñas y plantas grandes. Los animales enseñaron el camino. Y moliendo entonces las mazorcas amarillas y las mazorcas blancas, hizo Ixmucané nueve bebidas, y de este alimento provinieron la fuerza y la gordura, y con él crearon los músculos y el vigor del hombre.

Esto hicieron los Progenitores, Tepeu y Gucumatz, así llamados.

A continuación entraron en pláticas acerca de la creación y la formación de nuestra primera madre y padre. De maíz amarillo y de maíz blanco se hizo su carne; de masa de maíz se hicieron los brazos y las piernas del hombre. Únicamente masa de maíz entró en la carne de nuestros padres, los cuatro hombres que fueron creados.

Éstos son los nombres de los primeros hombres que fueron creados y formados: el primer hombre fue Balam-Quitzé, el segundo Balam-Acab, el tercero Mahucutah y el cuarto Iqui-Balam.

Éstos son los nombres de nuestras primeras madres y padres.

Se dice que ellos sólo fueron hechos y formados, no tuvieron madre, no tuvieron padre. Solamente se les llamaba varones. No nacieron de mujer, ni fueron engendrados por el Creador y Formador, por los Progenitores. Sólo por un prodigio, por obra de encantamiento fueron creados y formados por el Creador, el Formador, los Progenitores, Tepeu y Gucumatz. Y como tenían la apariencia de hombres, hombres fueron; hablaron, conversaron, vieron y oyeron, anduvieron, agarraban las cosas; eran hombres buenos y hermosos y sus figuras eran figuras de varones.

Fueron dotados de inteligencia; vieron y al punto se extendió su vista, alcanzaron a ver, alcanzaron a conocer todo lo que hay en el mundo. Cuando miraban, al instante veían a su alrededor y contemplaban en torno a ellos la bóveda del cielo y la faz redonda de la Tierra.

[2] Fruto semejante al cacao. *(N. del E.)*

Las cosas ocultas [por la distancia] las veían todas, sin tener primero que moverse; enseguida veían el mundo y asimismo desde el lugar donde estaban lo veían.

Grande era su sabiduría; su vista llegaba hasta los bosques, las rocas, los lagos, los mares, las montañas y los valles. En verdad eran hombres admirables Balam-Quitzé, Balam-Acab, Mahucutah e Iqui-Balam.

Entonces les preguntaron el Creador y el Formador:

–¿Qué pensáis de vuestro estado? ¿No miráis? ¿No oís? ¿No son buenos vuestro lenguaje y vuestra manera de andar? ¡Mirad, pues! ¡Contemplad el mundo; ved si aparecen las montañas y los valles! ¡Probad, pues, a ver! –les dijeron.

Y enseguida acabaron de ver cuanto había en el mundo. Luego dieron las gracias al Creador y al Formador:

–¡En verdad os damos gracias dos y tres veces! Hemos sido creados, se nos ha dado una boca y una cara; hablamos, oímos, pensamos y andamos; sentimos perfectamente y conocemos lo que está lejos y lo que está cerca. Vemos también lo grande y lo pequeño en el cielo y en la Tierra. Os damos gracias, pues, por habernos creado, ¡oh Creador y Formador!, por habernos dado el ser, ¡oh abuela nuestra! ¡Oh nuestro abuelo!, dijeron dando las gracias por su creación y formación.

Acabaron de conocerlo todo y examinaron los cuatro rincones y los cuatro puntos de la bóveda del cielo y de la faz de la Tierra.

Pero el Creador y el Formador no oyeron esto con gusto:

–No está bien lo que dicen nuestras criaturas, nuestras obras; todo lo saben, lo grande y lo pequeño –dijeron.

Y así celebraron Consejo nuevamente los Progenitores:

–¿Qué haremos ahora con ellos? ¡Que su vista sólo alcance lo que está cerca, que sólo vean un poco de la faz de la Tierra! No está bien lo que dicen. ¿Acaso no son por naturaleza simples criaturas y hechuras [nuestras]? ¿Han de ser ellos también dioses? ¿Y si no procrean y se multiplican cuando amanezca, cuando salga el sol? ¿Y si no se propagan? –así dijeron.

–Refrenemos un poco sus deseos, pues no está bien lo que vemos. ¿Por ventura se han de igualar ellos a nosotros, sus autores, que podemos abarcar grandes distancias, que lo sabemos y vemos todo?

Esto dijeron el Corazón del Cielo, Huracán, Chipi-Caculhá, Raxá-Caculhá, Tepeu, Gucumatz, los Progenitores, Ixpiyacoc, Ixmucané, el Creador, y el Formador. Así hablaron y enseguida cambiaron la naturaleza de sus obras, de sus criaturas.

Entonces el Corazón del Cielo les echó un vaho sobre los ojos, los cuales se empañaron como cuando se sopla sobre la luna de un espejo. Sus ojos se velaron y sólo pudieron ver lo que estaba cerca, sólo esto era claro para ellos.

Así fueron destruidos la sabiduría y todos los conocimientos de los cuatro hombres, origen y principio [de la raza quiché].

Así fueron creados y formados nuestros abuelos, nuestros padres, por el Corazón del Cielo, el Corazón de la Tierra.

La creación I

(muisca)

Cuando era noche –o como ellos, los muiscas, lo interpretaban–, antes que hubiera nada de este mundo, estaba la luz metida allá en una cosa grande, que para significarla la llamaban *chiminigagua*, de donde después salió; y que aquella cosa o este chiminigagua en que estaba metida esta luz, y según el modo que tienen de darse a entender en esto, quiere decir lo que nosotros llamamos Dios, comenzó a amanecer y mostrar la luz que en sí tenía, y dio luego principio a crear cosas en aquella primera luz. Las primeras que creó fueron unas aves negras, grandes, a las cuales mandó, al punto que tuvieron ser, fuesen por todo el mundo echando aliento o aire por los picos, el cual aire era todo lúcido y resplandeciente; con que habiendo hecho lo que les mandaron quedó todo el mundo claro e iluminado como está ahora... A este dios reconocen por omnipotente señor universal de todas las cosas y siempre bueno, y que creó también todo lo demás que hay en este mundo, con que quedó tan lleno y hermoso; pero como de entre las demás criaturas veían la más hermosa al Sol, decían que a él se debía adorar, y a la Luna como a su mujer y compañera, de donde les vino que aún en los ídolos que adoraban, jamás es uno solo sino macho y hembra. No se persuadían de que entre las demás cosas creó Dios hombres y mujeres, sino que estando en el mundo las demás, faltaban estas dos, y así se remedió esta falta de esta manera:

En el distrito de la ciudad de Tunja, a cuatro leguas a la parte del norte y una de un pueblo de indios que llaman Iguaque, se hace una

coronación de empinadas sierras, tierra muy fría y tan cubierta de páramos y ordinarias neblinas que casi en todo el año no se descubren sus cumbres, si no es al mediodía por el mes de enero. Entre estas sierras y cumbres se hace una muy honda, de donde dicen los indios que a poco de como amaneció o apareció la luz y fueron creadas las demás cosas, salió una mujer que llaman Bachue y por otro nombre, acomodado a las buenas obras que les hizo, Furachoque, que quiere decir mujer buena [porque *fura* llaman a la mujer y *choque* es cosa buena]. Sacó consigo de la mano un niño de entre las mismas aguas, de edad de hasta tres años, y bajando ambos juntos de la sierra a lo llano, donde ahora está el pueblo de Iguaque, hicieron una casa donde vivieron hasta que el muchacho tuvo edad para casarse con ella, porque luego que la tuvo se casó, y fue el casamiento tan importante y la mujer tan prolífera y fecunda, que de cada parto paría cuatro o seis hijos, conque se vino a llenar toda la Tierra de gente, porque andaban ambos por muchas partes dejando hijos, hasta que después de muchos años, estando la Tierra llena de hombres y los dos ya muy viejos, se volvieron al mismo pueblo; y de él llamando a mucha gente para que los acompañara a la laguna de donde salieron, junto a la cual les hizo la Bachue una plática exhortando a todos a la paz y conservación entre sí, la guarda de los preceptos y leyes que les había dado, que no eran pocos, en especial en orden al culto de los dioses, y concluido se despidió con singulares clamores y llantos de ambas partes; y convirtiéndose ella y su marido en dos grandes culebras, se metieron por las aguas de la laguna, y nunca más aparecieron por entonces, si bien la Bachue después se apareció muchas veces en otras partes, por haber determinado desde allí los indios contarla entre sus dioses, en pago de los beneficios que les había hecho...

La creación II

(mixteco)

En el año y en el día de la oscuridad y tinieblas, antes que hubiese días, ni años, estando el mundo en grande oscuridad, que todo era caos y confusión, estaba la Tierra cubierta de agua, sólo había limo y lama sobre la faz de la Tierra.

En aquel tiempo, dicen los indios que aparecieron visiblemente un dios que tuvo por nombre «Un Ciervo», y por sobrenombre «Culebra de León», y una diosa muy linda y hermosa, cuyo nombre era «Una Cierva» y por sobrenombre «Culebra de Tigre». Estos dos dioses dicen haber sido principio de los demás dioses que los indios tuvieron.

Luego que aparecieron estos dos dioses en el mundo, y con figura humana, cuentan las historias de esta gente que con su omnipotencia y sabiduría hicieron y fundaron una gran peña [sacándola fuera del agua] sobre la cual edificaron unos muy suntuosos palacios, hechos con grandísimo artificio, donde fue su asiento y morada en la Tierra. Encima de lo más alto de la casa y habitación de estos dioses estaba un hacha de cobre, el corte hacia arriba, sobre la cual estaba el cielo. Esta peña y palacios de los dioses estaban en un cerro muy alto, junto al pueblo de Apoala que está en la provincia que llaman Mixteca Alta. Esta peña en lengua de la gente tenía por nombre: «Lugar donde estaba el cielo». (...) tuvieron dos hijos varones muy hermosos, discretos y sabios en todas las artes. El primero se llamó «Viento de Nueve Culebras», que era nombre tomado del día en que nació. El segundo se llamó «Viento de Nueve Cavernas», que también fue nombre del día de su nacimiento. Estos dos niños fueron criados en mucho regalo. El mayor, cuando quería recrearse, se volvía águila, la cual andaba volando por los altos. El segundo también se transformaba en un animal pequeño, figura de serpiente, que tenía alas con que volaba por los aires con tanta agilidad y sutileza que entraba por las peñas y paredes y se hacía invisible; de suerte que los que estaban abajo sentían el ruido y estruendo que hacían ambos. Tomaban estas figuras para dar a entender el poder que tenían para transformarse y volverse a la que antes tenían.

Estando, pues, estos hermanos en la casa de sus padres, gozando de mucha tranquilidad, acordaron de hacer ofrenda y sacrificio a los dioses sus padres, para lo cual tomaron unos como incensarios de barro con unas brasas, sobre los cuales echaron cierta cantidad de beleño molido, en lugar de incienso. Ésta dicen los indios que fue la primera ofrenda que se hizo en el mundo. Ofrecido este sacrificio, hicieron estos dos hermanos un jardín para su recreación, en el cual pusieron muchos géneros de árboles que llevaban flores y rosas, y otros que llevaban frutas, muchas hierbas de olor y otras especies. En este jardín y huerta se estaban de ordinario recreando y deleitando; junto al cual hicieron otro prado muy hermoso en el cual había todas las cosas

necesarias para las ofrendas y sacrificios que habían de hacer a los dioses, sus padres... Hacían asimismo oraciones, votos y promesas a sus padres y pedíanles que por virtud de aquel beleño que les ofrecían y los demás sacrificios que les hacían, que tuviesen por bien hacer el cielo y que hubiese claridad en el mundo: que se fundase la Tierra o, por mejor decir, apareciese, y las aguas se congregasen, pues no había otra cosa para su descanso sino aquel pequeño vergel. Para más obligarles a que hiciesen esto que pedían, se punzaban las orejas con unas lancetas de pedernal, para que saliesen gotas de sangre. Lo mismo hacían en las lenguas, y esta sangre la esparcían y echaban sobre los ramos de los árboles y plantas con un hisopo de una rama de un sauce, como cosa santa y bendita...

Después de haber referido los hijos e hijas que [además] tuvieron aquellos dioses marido y mujer..., dicen los indios que hubo un diluvio general, donde muchos dioses se ahogaron. Después de pasado el diluvio se comenzó la creación del cielo y la Tierra por el dios que en su lengua llamaron «Creador de Todas las Cosas». Restauróse el género humano y de aquesta manera se pobló aquel reino mixteco.

La creación III

(inca)

Ataguju es el creador de todas las cosas. Dicen que está en el cielo y que no se mueve de allí, sino que desde allí gobierna todas las cosas y las crea. Dicen que él hizo el cielo y la Tierra, y viéndose solo, creó otros dos ayudantes y todos estos tres tuvieron una voluntad y un parecer, no tenían mujeres y estaban de acuerdo en todas las cosas. De estos dos dioses que hizo Ataguju, el uno se llamaba Sagadzabra y el otro Vaungrabrad...

Ataguju tenía dos criados que le servían: el uno se llamaba Uvigaicho y el otro Vustiqui... Los indios consideraban a éstos como intercesores del pueblo y acudían a ellos como nosotros a los santos. Cuando Ataguju creó a estos dos, creó a otro que se llamaba Guamansuri...

Ataguju mandó a Guamansuri al mundo desde el cielo y éste llegó a la provincia de Guamachuco, que desde entonces comenzó a existir.

Halló en ella hombres, que en lengua de Guamachuco se llaman *guachemimes* y él andaba muy pobre entre ellos. Los guachemines le hacían trabajar y cultivar sus campos. Ellos tenían una hermana, que llamaban Cautaguan, la cual tenían muy encerrada para que no la viera nadie. Cuando los hermanos estuvieron fuera un día, Guamansuri fue hacia ella, y con halagos y engaños, la tuvo y la empreñó. Y como los hermanos guachemines la vieron preñada y supieron del negocio, y que Guamansuri había sido el estuprador y agresor, lo prendieron y lo quemaron y lo hicieron polvo. Dicen los indios que el polvo se subió al cielo y que Guamansuri se quedó allá con Ataguju...

Al cabo de pocos días Cautaguan parió dos huevos y murió del parto. Entonces tomaron los huevos y los echaron a un muladar, y de allí salieron dos muchachos dando gritos, a los cuales tomó una señora y los crió. El uno se llama[ba] Apocatequil; él [era] el principio de muchos males y el dios más temido y honrado que había dado todo el Perú, siendo adorado y reverenciado desde Quito hasta el Cuzco. El otro hermano se llamaba Piguerao. Apocatequil fue al lugar donde se murió su madre y la resucitó. Entonces la madre le dio dos hondas que su padre Guamansuri había dejado para que las diese al que iba a parir, porque con aquéllas había de matar a los guachemines. Entonces el fuerte mancebo mató a los guachemines, y a algunos que quedaron los echó de la Tierra. Entonces se subió al cielo y le dijo a Ataguju:

–Ya la Tierra está libre, los guachemines muertos y echados de la Tierra. Ahora te ruego que se críen indios que la habiten y la labren.

Ataguju respondió que puesto que había actuado tan valientemente y había matado a los guachemines, se fuese al cerro que ellos llamaban Ipuna y que ahora se llama Guacat, situado encima de Santa Cruz, en el lugar donde ahora está fundada la villa de la Parrilla entre Trujillo y Lima. Que fuese a dicho cerro y cavase con taquillas o azadas de plata y oro y de allí sacaría a los indios que después se multiplicarían. Así se hizo, y de allí salieron los actuales indios.

La creación IV

(según la tradición de Tunja)

Cuando amaneció había cielo y Tierra y todo lo demás de ellos y de ella, fuera del Sol y la Luna, y así todo estaba en oscuridades en las cuales no había más personas que el cacique de Sogamoso y el de Ramiriquí o Tunja (porque en estos dos pueblos nunca hubo más de un cacique o señor y fue el que lo era de toda la provincia). Estos dos caciques dicen que hicieron a todas las personas, a los hombres de tierra amarilla y a las mujeres de una hierba alta que tiene un tronco hueco. Estaban todavía las tierras en tinieblas y para darles luz mandó el cacique de Sogamoso al Ramiriquí, que era su sobrino, se subiese al cielo y alumbrase al mundo hecho sol, como lo hizo, pero viendo que no era bastante para alumbrar la noche, subióse el mismo Sogamoso al cielo e hízose luna con que quedó la noche clara... Esto, según se cuenta, sucedió por el mes de diciembre y así, en recuerdo y memoria de este suceso, hacían los indios de esta provincia en especial los *sogamosos,* en este mes, una fiesta que llamaban *huan* (...) .

La creación de la Tierra I

(maya)

Del abismo nació la Tierra, cuando no había cielos ni Tierra.

El que es la Divinidad y el Poder labró la gran Piedra de la Gracia, allí donde antiguamente no había cielo. Y de allí nacieron siete piedras sagradas, siete guerreros suspendidos en el espíritu del viento, siete llamas elegidas.

Y se movieron. Y siete fueron sus gracias también, y siete sus santos.

Y sucedió que incontables gracias nacieron de una piedra de gracia. Y fue la inmensidad de las noches, allí donde antiguamente no había dios, porque no habían recibido a su dios, que sólo por sí mismo estaba dentro de la Gracia, dentro de las tinieblas, allí donde no había cielos ni Tierra...

Nilu es el nombre de la noche. Es la primera palabra de Dios, es la primera palabra del Verbo. Así, machacó la piedra, sólo por sí mismo, dentro de la noche... Y fue creada la Piedra que fundó las piedras, las tres piedras que fueron a asentarse a los pies de la Sustinal Gracia. Las piedras que nacieron estaban debajo de la primera piedra. Y eran hermanas iguales.

Entró entonces Chac, el Gigante, por la grieta de la piedra. Gigantes fueron entonces todos, en un solo pueblo, los de todas las tierras. Y el primer rey fue Dios...

Los ángeles, los espíritus se alzaron mientras eran creadas las estrellas. No se había alumbrado la Tierra, no había cielo ni tierra.

Eran:

El *pauah* rojo.

El pauah blanco.

El pauah negro.

El pauah amarillo.

Entonces en el primer cielo, Dios, el Verbo, tenía sujeta su piedra, tenía sujeta su serpiente, tenía sujeta su sustancia.

La creación de la Tierra II

(winnebago)

En los tiempos antiguos, el Gran Espíritu se despertó de un largo sueño y, encontrándose solo, tomó un pedazo de su cuerpo, cerca del corazón, y un puñado de tierra, y de esta combinación formó un *manitto,* un espíritu.

Muy complacido con su creación, hizo tres manittos más, en la misma forma. Éstos son los espíritus de los cuatro vientos: Este, Oeste, Norte y Sur.

Después de hablar con ellos un rato, creó un manitto hembra, el cual es la Tierra. Al principio ésta se hallaba desnuda, sin hierba y sin árboles.

Al notar esto, el Gran Espíritu creó los árboles junto a una gran variedad de hierbas. Pero resultó que la Tierra no andaba bien. El Gran

Espíritu formó entonces cuatro bestias y cuatro serpientes, y las colocó en la Tierra para ayudarla a sostenerse. Esto puso furioso a los cuatro vientos que soplaron sobre ella con tanta violencia que empezó a moverse por el espacio muy rápidamente.

Entonces el Gran Espíritu creó al búfalo, y lo puso sobre ella, y de este modo la Tierra se movió en forma suave y conveniente, tal como lo sigue haciendo en nuestros días.

La creación de la Tierra III

(ottawa)

La Tierra fue encontrada en las garras y en la boca de una rata almizclera. Después comenzó a expandirse sobre la superficie del agua y Na-na-bou-jou se sentó, día tras día, para observar su crecimiento.

Pero la Tierra crecía y crecía y Na-na-bou-jou ya no podía ver su extensión. Entonces llamó a un lobo y lo mandó a correr alrededor de la Tierra, de manera que se pudiera saber el tamaño que ésta iba cogiendo.

El lobo así lo hizo, se ausentaba un tiempo y regresaba, trayendo noticias.

Después de unos meses, Na-na-bou-jou envió al lobo otra vez para que corriera hasta donde llegaba la Tierra en su constante crecimiento.

El lobo estuvo corriendo por dos años y regresó sin que le hubiera encontrado fin. Entonces Na-na-bou-jou lo mandó de nuevo, a que insistiera con todas sus fuerzas, y el lobo no regresó jamás.

Cosmogonía

(mitos pipiles)

La profunda imaginación de los pipiles creó su cosmogonía, que tanta poesía encierra. La Tierra rodaba en el espacio, zumbando en el silencio, dice. La noche se agrandaba en los contornos de las cosas.

Todo es negro: negra la Tierra y negro el cielo. El frío se extendía en las frías cavernas de la Nada.

Es el vacío.

La muerte está echada sobre el mundo. Nada vuela, nada flota, nada calienta. Ni ríos, ni valles ni montañas. Sólo está el mar.

Un día Teotl frotó dos varitas de achiote y produjo el fuego. Con las manos regaba puñados de chispas que se esparcían por el vacío formando las estrellas. El misterio se poblaba de puntos de luz.

De pronto, en lo más alto del cielo, surgió Teopantli, el Reformador, que rige el universo. Surgió sonriente, envuelto en una cascada de luz.

Teotl lanzó el último puñado de fuego, que allá abajo se condensó en un témpano de luz: ése fue Tónal, el buen padre Sol.

Pero entre el ruido de los capullos de la vida que reventaban, de los mundos que se engolfaban en sus órbitas, de las explosiones de la luz, Teopantli lloró.

Y su lágrima rodó, hasta quedarse suspendida. Se hizo blanca y giró. Ésa fue Metzti, la buena madre Luna. Por eso es triste. Proyectó su luz sobre la Tierra y ya no estaba vacía. Los mares se rompían contra las costas. Había montañas y había barrancos. Sobre las cumbres peladas rugían las fieras. Su luz pálida iluminó un combate de leones. En las charcas y entre las lianas corrían las lagartijas. Los ríos se retorcían como culebras blancas. La vida cantaba.

Explica después cómo fue creado el hombre, nacido del coágulo de un nopal, que se enfangó dando origen a una casta de hombres malos, que indignaron al Creador. Se desató sobre ellos una furiosa lluvia, y el huracán silbaba quebrando las montañas. Todos murieron, a excepción de Coscotágat y Tlacatixitl, nuestros padres.

Después de ese desastre la humanidad ha venido perfeccionándose poco a poco.

Los dioses

No hablaremos largamente de los dioses pipiles, a cuya cabeza estaba Teotl, el creador, padre de la vida; Teopantli, que regula el cielo y la Tierra; Tónal, esposo de Metzti (el Sol y la Luna); Tlaloc, dios del agua; Camaxtli, de la guerra; Teomikistli, de la muerte; Lulin, del infierno; Centeotl, diosa del maíz, y Cuetzpalin, diosa de la riqueza.

Entre los chortis, de Chalatenango, Acat, dios de la vida; A-Balam,

de los bosques; Abolok-Balam, de la cosecha; Chaac, inventor de la agricultura, dios de los truenos y relámpagos; Ahulneb, dios guerrero; Ixchebel-Yak, diosa de la pintura; Zuhuy-Kak (la virgen del fuego), vestal de Uxmal, deificada a causa de sus grandes virtudes; Ixchel, diosa de la medicina; Xocbitún, dios del canto; Pizlintec, de la música y poesía; Citbolontun, de la medicina; Ah-Tubtún, que escupía piedras preciosas.

Los bacab

Hubo un tiempo en que la creación se vio amenazada. El cielo se estaba desmoronando. Vacilaba al peso de las estrellas.

Era la infancia de la humanidad. Poco hacía que la Tierra, en forma de una nube larga y gris, se arrastraba por el espacio húmedo. Poco hacía que se había condensado, dando origen a esta inmensa bola en que vivimos.

Pero era lo cierto que el cielo se caía, como una plancha sin sostén. Tal era el derrumbe, y las quejas de la Tierra eran tan numerosas, que Dios pensó seriamente en cortar el mal.

Y creó cuatro gigantes.

En las cuatro esquinas del cielo apoyaron sus espaldas los enormes hombres. Y el cielo se detuvo. Las estrellas afianzaron sus pilgajos de luz.

Desde entonces están, firmes siempre, parados los gigantes en las esquinas del cielo. Son cuatro: Kan-Xibchac, en el sur; Chac-Xibchac, en el oriente; Zac-Xibchac, en el norte; Ek-Xibchac, en el poniente. Kan es amarillo, Chac, rojo; Zac, blanco, y Ek, negro.

Presidían cada uno, por turno, un período de cuatro años. Representaban los puntos cardinales, a quienes daban su nombre.

Eran tenidos como dioses del aire. Súbditos de Achuncan (centro o fundamento del cielo), su poder se cernía por sobre las estrellas, y agitaban sus alas membranosas entre las furias de las tempestades.

Los arbolarios

Eran los genios de las tempestades. Ladrones de los lagos, hace poco tiempo que aún cometían sus fechorías. Una vez traían robada una laguna en un cascarón de huevo, de quién sabe dónde, y al pasar por el

volcán de Tecapa se les cayó, de lado, motivo por el cual esa laguna está inclinada. Otra vez intentaron, con mal éxito, robarse el lago de Güija.

Era de verlos, cuando la tormenta venía bramando, despedir chispas con sus ojos barcinos. Eran mujeres malas y dejaban la destrucción por donde pasaban.

Si en las tardes borrascosas se oía un ruido sordo, era que venían montadas sobre palos secos, chiquitos y terribles. Caían sobre las milpas y las tronchaban. Se volvían lagartijas o culebras y mordían a los curiosos que las veían.

La creación del cielo, la Tierra y el inframundo

(guaimí, Panamá)

Estos indios tienen conocimiento de un dios que gobierna a todo el mundo y a quien llaman Noncomala; él creó el cielo y la Tierra. Estando [la Tierra todavía] en tinieblas sus habitantes [vivían] melancólicos, salió Noncomala a pasear a la orilla del río Guaimí. Allá vio una hermosa mujer nombrada Rutve. Se aficionó de ella, la tuvo y la dejó preñada de dos criaturas. Después de nueve meses parió un varón y una hembra muy bellos. La madre los crió por espacio de doce años, al fin de los cuales, estando ella ausente en un convite [dejando a sus hijos solos en la casa] los raptó su padre quien los trasladó al cielo; al varón le dio la claridad del Sol, y a la niña la de la Luna. Desde entonces el uno alumbró de día y la otra de noche.

Aunque Noncomala es el dios universal, se vale de otros en quienes reparte el gobierno de las provincias. A quien le cupo el de Guaimí, es un cerro llamado Nubu que los indios veneran como a su dios. Le tienen tan gran respeto y temor, que yendo a hacerle sus rogativas y plegarias, no se atreven a llegar cerca de él. Solamente los viejos de sesenta años y los caciques le adoran y le reverencian un cuarto de legua distantes de él, y los demás a media legua. Esto se debía a los embustes del demonio que, con el furor de los vientos que braman y se levantan en el cerro, no les dan lugar a que la curiosidad los acerque un paso más.

En su lengua llaman al demonio Tucla, a quien conocen por malo

y como tal le temen. A quien se le aparece la primera vez lo deja casi muerto del miedo. Con este desmayo queda hecho el pacto y la persona es tenida por brujo, que de allí en adelante busca al demonio por los montes y soledades más retiradas, en donde le habla. Quien trata con él le temen y aborrecen los demás, por el mal que saben les puede hacer.

Acerca del diluvio afirman que Noncomala, dios universal, enojado con su provincia de Guaimí, la inundó y anegó [todo lo que en ella vivía]. Pero su dios Nubu guardó la simiente de un hombre que éste expelió entre sueños.

[Cuando había pasado el diluvio] y Noncomala ya estaba desenojado, la sembró, [y de la semilla buena] nacieron hombres mujeres, y de la corrompida, los monos.

[En las tierras del Darién] los de la costa de Tolú... decían que su origen había sido de un hombre llamado Mechion y de una mujer llamada Maneca, y que ésta tenía sólo una teta, donde se recogía la leche de ambas y la daba con más fuerza y abundancia a sus hijos, razón bastante por donde salían tan valientes. También tienen por tradición o por saberlo por noticias o por haber descubierto huesos (...), que hubo gigantes en toda aquella provincia, gente que tenía tres cuerpos de los hombres ordinarios, y con el mismo exceso eran sus fuerzas y comidas (...).

La matriz del mundo

(huichol)

Este mundo viene de una mujer llamada Tatéi Yurianaca, Nuestra Madre Tierra Fecunda. Nuestro hermano mayor, Venadito del Sol, fue quien la fecundó. En el mundo primero y oscuro de Huatetüapa, la Tierra vivía en la forma de una mujer. Allá, Cauyumarie le preguntó si quería convertirse en un mundo amplio y le explicó:

–Tú tendrás algunos de los dioses más importantes y serás un mundo grande. Tú serás una jícara, como matriz del mundo, y te criará a base de mi fuerza.

Yurianaca estuvo de acuerdo y entonces Cauyumarie, haciéndose

muy chiquito, se introdujo en la matriz de Yurianaca. Ésta quedó embarazada y empezó a ensancharse, para que hubiera en ella campo suficiente para las frutas y las comidas. Así nació el mundo, o sea, la Tierra. Cauyumarie está dentro de la panza de Yurianaca, con cabeza de venado y cuerpo de persona. En el centro de la matriz sembró lo que el huichol podía comer antes de conocer la agricultura: el hongo, la cebolla bronca, tomatillo, chile, *guajes* (leguminosas) y dos especies de nopal... Además, Cauyumarie dejó el gusano comestible y la iguana.

Cauyumarie obró con la ayuda de sus aliados. Tatehuarí, el amo del fuego, fue encargado del Venado Azul, el antepasado de los venados, cuya sangre alimenta el alma de los dioses. Tatehuarí camina sobre las flores, así como Tahueviécame, Nuestro Padre Sol. El mundo está rodeado de agua, cuya vida simbolizan cuatro águilas nacidas de la espuma de los mares. Las águilas vigilan los cuatro puntos cardinales.

La creación del mundo I

(maya)
Fragmento

Así explicó el primer gran sabio Merchise, el primer profeta Napuctun, primer sacerdote solar. Así es la canción. Sucedió que nació el mes ahí donde no había despertado la Tierra antiguamente. Y empezó a caminar por sí mismo. Y dijo su abuela materna, y dijo su tía, y dijo su abuela paterna, y dijo su cuñada:

–¿No nos fue dicho que veríamos al hombre en el camino? –decían mientras caminaban.

Pero no había hombre antiguamente. Llegaron al Oriente y empezaron a decir:

–¿Ha pasado alguien por aquí? He allí las huellas de sus pies.

–Mide tu pie –dijo la señora Tierra, y fue y midió su pie allí donde está el señor Dios.

Éste fue el origen de que se dijera:

–Cuenta toda la Tierra a pie, doce pies.

Y se explica que haya nacido porque sucedió que Oxlahun Oc emparejó su pie. Partieron del Oriente. Y se dijo el nombre del día ahí

donde no lo había antiguamente. Y caminó su abuela materna, y su tía y su abuela paterna y su cuñada. Así nació el mes y nació el nombre del día, y nacieron el cielo y la Tierra; la escalera del agua, la Tierra, las piedras y los árboles, nacieron el mar y la Tierra.

El Uno Chuen sacó de sí mismo su divinidad e hizo el cielo y la Tierra.

El Dos Eb hizo la primera escalera y bajó su divinidad en medio del cielo, en medio del agua, donde no había tierra, ni piedra, ni árbol.

El Tres Ben hizo todas las cosas, la muchedumbre de las cosas, las cosas de los cielos, del mar y de la Tierra.

El Cuatro Ix sucedió que se encontraron, inclinándose, el cielo y la Tierra.

El Cinco Men sucedió que todo trabajó.

El Seis Cib sucedió que se hizo la primera luz, donde no había sol ni luna.

El Siete Caban nació por primera vez la Tierra donde no había nada para nosotros antiguamente.

El Ocho Edznab asentó su mano y su pie, que clavó sobre la Tierra.

El Nueve Cauac ensayó por primera vez el inframundo.

El Diez Ahau sucedió que los hombres malos fueron al inframundo porque antiguamente Dios no se veía.

El Once Imix sucedió que modeló piedra y árbol, lo hizo así dentro del Sol.

El Doce Ik' sucedió que nació el viento, y así se originó su nombre: «Viento», «Espíritu», porque no había muerte dentro de él.

En el Trece Ak'bal sucedió que tomó agua, humedeció la tierra y modeló el cuerpo del hombre.

El Uno Kan por primera vez se enojó su espíritu por lo malo que había creado.

El Dos Chicchan sucedió que apareció lo malo y se vio dentro de los ojos de la gente.

El Tres Cimil sucedió que el señor Dios pensó la primera muerte.

El Cinco Lamat pensó el gran sumidero del mar de agua de lluvia.

La creación del mundo II

(huitoto)
Fragmento

Antes no había más que tinieblas. Una vez Juttíñamüi, Padre Creador, dominador del universo, conversó, a solas, con su espíritu, acerca de cómo formar el mundo. Después de reflexionar mucho, se decidió por hacer primero la superficie, luego los árboles y luego los animales.

Cuando hizo los animales, los examinó cuidadosamente y, como no quedó contento, resolvió modificarlos para que quedaran mejor a su imagen, a su deseo. Se dedicó, pues, a componerlos; y cuando terminó la modificación de aquéllos, cuya naturaleza era buena para tal, decidió:

–Voy a hacer a Jitoma, pues no veo bien lo que he hecho.

Y el Sol apareció iluminando al mundo.

Pero como Juttíñamüi no los había modificado a todos, muchos quedaron con plumas, con colas, como los lagartos.

Quedaron animales, porque no los alcanzó a crear bien; pues cuando Jitoma alumbró al mundo, dividió a los seres en dos clases: hombres y animales. De ahí que los animales quedaran envidiosos del hombre, porque debido al Sol no alcanzaron a ser creados bien. Por eso en la noche son mansos y al amanecer se tornan ariscos; ésa es su naturaleza.

Quedaron, pues, los animales en un lado y en el otro los primeros creados, cuyos nombres fueron: Yinaka Puinaño, la primera madre, y Yinaka Koinuya Puinoima, el primer padre.

Ellos, los primeros padres, vivieron mucho y tuvieron numerosos hijos entre quienes se contaron los cuatro más notables, las raíces del género humano, cuyos nombres fueron: Monaya Nuroma, Monaya Jurama, Jajtoma Kojotta y Yinaka Dórak.

Cuando los primeros padres envejecieron y sus cuerpos los dejaron, sus espíritus quedaron flotando en el universo. Entonces las cuatro raíces, los jefes, reunieron a sus demás hermanos y dijeron:

–¡Vamos a buscar los rincones del mundo! –dicho lo cual, cada uno se fue con un grupo en las cuatro direcciones.

Llegados hasta los extremos del mundo, allí se establecieron. Comenzaron a multiplicarse, y su número aumentó en gran manera.

Pero Juttíñamüi pensó: «No tienen nombres; se fueron sin nombres».

Y arrancando del dedo grande de su pie un pelito, lo arrojó al mundo. El pelito cayó sobre una laguna; y he aquí que, cuando tocó el agua, se convirtió en una boa.

Al suceder esto, los espíritus de los primeros padres, que estaban flotando en el universo, acudieron a donde sucedía tan increíble hecho, y cuando llegaron a la laguna, fueron transformados en Jidéurui Pajnueni y Rama Takúnari, los enviados, los portadores de la palabra, del nombre. Ya transformados, iluminado su entendimiento, dijeron:

–Ése es el secreto de los nombres de las tribus, el secreto está en la boa.

–Sí, vamos a buscar a nuestros hijos.

Se fueron entonces a recorrer todo el mundo, llamando a la gente, a los que se habían ido sin nombres, para dárselos. Cuando todos fueron llamados, cuando ya habían sido guiados de vuelta por las cuatro raíces, se reunieron en la laguna.

Jidéurui Pajnueni y Rama Takúnari se introdujeron en el agua para capturar la boa y obtener el secreto de los nombres; durante días y noches trataron inútilmente de apresarla. Cansados, acudieron a sus hijos para perseguirla entre todos; pero aun así, resultó imposible; intentaban e intentaban, mas no podían. Clamaban, apesadumbrados:

–No podemos capturarla. No podremos tener el secreto de nuestros nombres.

Por lo cual Juttíñamüi, el Padre Creador, se compadeció de los hombres y envió un águila en su auxilio para capturar la boa.

El águila vino volando por los cielos, a gran velocidad; con mucha fuerza se dirigió a la laguna y, cuando ya iba a cogerla, la boa se escapó; el águila volvió a remontarse y fue descendiendo, como sin querer cazarla; cuando ya estuvo cerca la picó rápidamente y, agarrándola, voló con ella hasta la orilla. Ya en su poder, dijeron los enviados:

–Y ahora, ¿qué haremos? –a lo que Juttíñamüi aclaró sus inteligencias, con la revelación de que debían cocinarla primero para dar nombres a la gente. Regocijados, exclamaron:

–Vamos a cocinarla y repartirla entre todos para darles nombres, para que puedan llamarse.

Así, pues, trajeron una olla de barro y en ella pusieron a cocinar la boa. Instruyeron luego a la gente:

–Id a buscar hojas en que recibir la comida. Id a buscarlas para que podáis llamaros.

Todos, felices porque ya iban a tener nombres, fueron a buscar las

hojas. Regresaron con ellas para recibir la comida de la boa; entonces los padres los fueron llamando, así, sin nombres, sólo para que se acercaran a recibir la comida. El primero que se acercó tenía un plato formado con hojas de paño de chucha; los enviados le sirvieron y le dijeron, tal como les había sido revelado:

–De ahora en adelante tu nombre será Jéiya, palo de chucha; y tu tribu será la de los *jéiyai.*

Del mismo modo siguieron nombrando a cada uno y a su tribu, según las hojas del árbol que hubieran tomado; pero como unos no alcanzaron a bajar hojas, cogieron aves del monte para arrancarles las plumas y así quedaron también.

...Todas las tribus tomaron, recibieron sus nombres de las hojas, de las plumas, sin ser ellas su origen, sino el instrumento de que se valió la sabiduría de Juttíñamüi, con el mandato de que cada clan fuera guardián de su planta, de su ave.

Acontecido esto, las cuatro raíces, los primeros conductores, cumplida su larga misión en la Tierra, dijeron:

–Muy bien, ya cada tribu tiene su nombre, ha formado su clan. De manera que podéis elegir vuestro lugar, podéis cazar, pescar, sembrar y reproduciros. Ahora nosotros nos vamos a gobernar los reinos.

...Sucedió que, cuando ya se había repartido todo, después de la partida de las cuatro raíces a gobernar los reinos; cuando habían sido asignados los nombres a todas las tribus y no quedaban más que débiles rastros de la boa, se llegaron hasta Jidéurui Pajnueni y Rama Takúnari dos grupos retrasados, que no habían alcanzado a acudir a la repartición. Pidieron los del primer grupo:

–Por favor, dadnos algo, que queremos nuestro nombre. Ellos vieron si quedaba algo todavía y, como así era, con los débiles rastros de la sangre de la boa les humedecieron sus cuerpos y les dijeron:

–Vuestro nombre será *mwinane,* el de los humedecidos con la sangre de la boa. Buscad también vuestro lugar para vivir, formad vuestro clan, vuestra tribu, que también habéis alcanzado a ser parientes de los huitotos.

Los mwinanes se retiraron felices y muy agradecidos, porque habían alcanzado a recibir su nombre.

Pero para el otro grupo no había quedado nada, ningún rastro; ellos dijeron preocupados:

–¿Y nosotros? ¿No nos dais nada? ¡Oh!, dadnos algo.

Con pesar en sus corazones, debieron responderles:

–Hijos, habéis llegado tarde, y no tenemos nada para daros vuestro nombre –a lo que ellos palidecieron de angustia sin saber qué hacer, sin nombre, sin poder tomar espíritu. Ablandado su corazón, Rama Takúnari les dijo:

–No os aflijáis, que no moriréis; por ahora tendréis que ir al norte, muy lejos, pero después podréis volver y uniros a los huitotos.

Así fue que el generoso corazón de Rama Takúnari les permitió continuar viviendo a ellos, los palidecidos, hasta cuando un día se cumpliera el tiempo, la profecía de poder regresar donde los huitotos.

Así fue también el origen de las tribus huitotos, de sus nombres y de sus raíces.

La creación del mundo III

(onondaga)

Según los indios onondagas, el mundo fue creado cuando el cacique del cielo celó a su mujer. Arrancando el Árbol de la Luz que iluminaba el cielo, la arrojó por el agujero que dejaron las raíces. Al caer la mujer celestial hacia el mar, las aves marinas levantaron el vuelo para sostenerla. La gaviota fue en busca de animales marinos que trajesen tierra del fondo oceánico donde la mujer celestial pudiera descender. El ratón almizclero colocó tierra sobre el lomo de una gran tortuga, que la llevó hasta la superficie. La viajera, suavemente conducida por las aves, llegó hasta el suelo, donde se convirtió en la Gran Madre Tierra.

Mito de Quetzalcóatl

(azteca)

Como dios de la vida, aparece Quetzalcóatl como el benefactor constante de la humanidad, y así vemos que, después de haber creado al hombre con su propia sangre, busca la manera de alimentarlo y

descubre el maíz, que tenían guardado las hormigas dentro de un cerro, haciéndose él mismo hormiga y robando un grano que entrega después a los hombres. Les enseña la manera de pulir el jade y las otras piedras preciosas, y de encontrar los yacimientos de estas piedras; a tejer las telas policromas, con algodón milagroso que ya nace teñido de diferentes colores y a fabricar los mosaicos con plumas de quetzal, del pájaro azul, del colibrí, de la guacamaya y de otras aves de brillante plumaje. Pero sobre todo enseñó al hombre la ciencia, dándole el medio de medir el tiempo y estudiar las revoluciones de los astros; les enseñó el calendario e inventó las ceremonias y fijó los días para las oraciones y los sacrificios.

Con, dios creador

(inca)

[Dicen que] al principio del mundo vino por la parte septentrional un hombre que se llamó Con, el cual no tenía huesos. Andaba mucho y ligero, acortaba el camino abajando las sierras y alcanzando los valles con la voluntad solamente y la palabra, como hijo del Sol que decía ser. Hinchó la Tierra de hombres y mujeres que creó, y dioles mucha fruta y pan, con lo demás a la vida necesario. Mas empero, por enojo que algunos le hicieron, volvió la buena tierra que les había dado en arenales secos y estériles, como son los de la costa; y les quitó la lluvia, y nunca después llovió allí. Dejóles solamente los ríos de piadoso, para que se mantuviesen con regadío y trabajo. Sobrevino Pachacamac, hijo también del Sol y de la Luna, que significa creador, desterró a Con, y convirtió sus hombres en los gatos, de estos negros que hay; tras lo cual creó él de nuevo los hombres y mujeres como son ahora, y proveyóles de cuantas cosas tienen.

La creación del mundo y el hombre I

(inca)

Habiendo el dios que los peruanos llaman Pachayachachic, que quiere decir maestro y creador del mundo, y el dios invisible, creado el mundo y en el mundo los hombres, le fueron menospreciando, porque unos adoraban ríos, otros fuentes, montes y peñascos, y los hacían iguales a él en divinidad; sentía mucho el dios Pachayachachic semejante delito y les castigaba con rayos esta injuria. El castigo no enfrenaba su iniquidad, y así irritado del todo les arrojó tan gran aguacero y tan inmensa cantidad de agua que ahogó todos los hombres y de los cuales se escaparon algunos (no culpados) permitiéndoles este dios que se subiesen en altísimos árboles a las cimas de los encumbrados montes y se escondiesen en cuevas y grutas de la Tierra, de donde los sacó cuando el llover había cesado y les dio orden que poblasen la Tierra y fuesen dueños de ella, viviesen alegres y dichosos. Ellos, agradecidos a las cuevas, montes, árboles y escondrijos, los tenían en gran veneración y les comenzaron sus hijos a adorar, haciendo a cada uno ídolo y huaca. He aquí el origen de tanta multitud de adoratorios y huacas; que fue el decir que cada familia que a su progenitor amparó tal monte, árbol o cueva, enterrándose donde estaba enterrado su progenitor. Volvióse su dios a enojar e indignar y convirtió a todos los iniciadores de estas adoraciones en piedras duras, porque eran tan necios que ni rayos de fuego, ni grandes diluvios de agua podían enfrenarlos. Hasta entonces no había el Pachayachachic creado al Sol, la Luna y las estrellas, y fuelas a crear al pueblo de Tiahuanaco, a la laguna Titicaca (...).

La creación del mundo y el hombre II

(pienegro)

Un viejo vino del sur y fue hacia el norte, haciendo animales y pájaros mientras pasaba. Hizo primero las montañas, las praderas, los árboles del monte y del bosque. Así pasó, viajando hacia el norte, creando

cosas mientras pasaba: poniendo ríos aquí y allá; y cascadas, y poniendo pintura roja en el suelo aquí y allá, y compuso el mundo como lo vemos hoy. Hizo el Río de Leche (el Teton), lo cruzó, y como estaba cansado, subió por una colina y se acostó a descansar. Cuando yacía de espaldas, estirado en el suelo y con los brazos extendidos, marcó con piedras el contorno de su cuerpo, de su cabeza, de sus brazos, de sus piernas y de todo. Allí pueden verse todavía esas rocas. Después que hubo descansado fue hacia el norte, tropezó con un montecillo y cayó sobre sus rodillas. Entonces dijo: «Es fácil tropezar contigo». De manera que allí levantó dos grandes topes y los llamó «Rodillas», y así se llaman hasta el día de hoy. Siguió hacia el norte y con algunas de las rocas que llevaba con él construyó las Colinas del Pasto Dulce...

Un día el viejo determinó hacer una mujer y un niño; así pues, formó con barro a una mujer y a un niño, su hijo. Después de haberle dado al barro forma humana, le dijo: «Debéis ser gente». Entonces lo cubrió, lo dejó y se fue. A la mañana siguiente fue al mismo lugar y quitó la cubierta y vio que las formas del barro habían cambiado un poco. A la segunda mañana habían cambiado más y a la tercera más. A la cuarta mañana fue al lugar, quitó la cubierta, miró las imágenes, les dijo que se levantaran y caminaran, y ellas así lo hicieron. Caminaron hacia el río con su hacedor y él les dijo que su nombre era Na' pi, el Viejo.

Cuando estaban parados cerca del río, la mujer le dijo:

–¿Cómo es esto? ¿Viviremos siempre y esto no tendrá final?

Él dijo:

–Nunca he pensado en eso, tendremos que decidirlo. Voy a tomar una astilla del hueso de un búfalo y la tiraré al río. Si flota, cuando la gente muera ha de resucitar en cuatro días. Pero si se hunde, el hombre tendrá fin.

Tiró la astilla en el río y la astilla flotó. La mujer se volvió, levantó una piedra y dijo:

–Yo voy a tirar esta piedra en el río; si flota viviremos siempre, si se hunde la gente deberá morir y siempre han de sentir compasión los unos por los otros.

La mujer tiró la piedra al agua y se hundió.

–Muy bien –dijo el Viejo–, has escogido. Todos habrán de perecer.

La creación de los hombres

(quechua)

En tiempos remotos, el actual valle de Jauja, o del Mantaro, estaba cubierto por las aguas de un gran lago, en cuyo centro sobresalía un peñón llamado Huanca, sitio de reposo del *amaru,* monstruo horrible con cabeza de llama, dos pequeñas alas y cuerpo de batracio que terminaba en una gran cola de serpiente. Más tarde, el *tulunmaya* (arco iris) engendró en el lago otro amaru para compañero del primero y de color más oscuro. Este último nunca llegó a alcanzar el tamaño del primero, que por su madurez había adquirido un color blancuzco. Los dos monstruos se disputaban el dominio del lago, cuyo peñón, aunque de grandes dimensiones, no alcanzaba ya a dar cabida para su reposo a los dos juntos. En estas frecuentes luchas, por cuya violencia se elevaba a grandes alturas en el espacio sobre trombas de agua, agitando el lago, el amaru grande perdió un gran pedazo de su cola al atacar furiosamente al menor.

Irritado el dios Tikse, descargó sobre ellos una tempestad cuyos rayos mataron a ambos, que cayeron deshechos con diluvial lluvia sobre el ya agitado lago, aumentando su volumen hasta romper sus bordes y vaciarse por el sur.

Cuando así húbose formado el valle, salieron lanzados del Huarina o Huari-puquio, los dos primeros seres humanos llamados «Mama» y «Taita», que hasta entonces habían permanecido por mucho tiempo bajo tierra por temor a los amarus. Los descendientes de esta pareja construyeron después el templo de Huarihuilca, cuyas ruinas existen todavía.

Hoy es creencia general entre los *huancas* que el amaru es la serpiente que, escondida en alguna cueva, ha crecido hasta hacerse inmensa, y aprovechando los vientos que se forman durante las tempestades intenta escalar el cielo, pero es destrozada por los rayos entre las nubes, y, según sea blanca o negra la figura del amaru en el cielo, presagia buen o mal año.

La creación del hombre I

(azteca)

Un día, muy de mañana, el dios del sol tiró una flecha del cielo, la cual cayó en un lugar llamado Tezcalco, donde actualmente está una ciudad. Del agujero de aquella flecha salieron un hombre y una mujer; el nombre del hombre era Cabeza o Gavilán, el nombre de la mujer era Cabello de Hierba. Del dicho hombre no había más cuerpo que las axilas para arriba, ni tampoco de la mujer, y para engendrar él metía su lengua en la boca de la mujer. Ellos no caminaban más que a saltos como la urraca o el gorrión. El hombre entonces hizo un arco y una flecha con los cuales tiraba a los pájaros que volaban, y si de ventura no mataba al pájaro al cual tiraba, la flecha caía en cualquier conejo u otra caza, la cual ellos comían cruda, pues no había aún el uso del fuego, y se vestían con la piel. La pareja tuvo seis hijos y una niña, los cuales se fueron al lugar donde actualmente está Texcoco, pero que entonces no era más que un espeso monte, lleno de toda clase de bestias, con cuyas pieles ellos se vestían.

La creación del hombre II

(cakchiquel)

1. Aquí escribiré unas cuantas historias de nuestros primeros padres y antecesores, los que engendraron a los hombres en la época antigua, antes que estos montes y valles se poblaran, cuando no había más que liebres y pájaros, según contaban; cuando nuestros padres y abuelos fueron a poblar los montes y valles, ¡oh hijos míos!, en Tulán.

2. Escribiré las historias de nuestros primeros padres y abuelos que se llamaban Gagavitz el uno y Zactecauh el otro, las historias que ellos nos contaban: que del otro lado del mar llegamos al lugar llamado Tulán, donde fuimos engendrados y dados a luz por nuestras madres y nuestros padres, ¡oh hijos nuestros!

«De cuatro [lugares] llegaron las gentes a Tulán. En oriente está una Tulán; otra en Xibalbay; otra en el poniente, de allí llegamos nosotros, del poniente, y otra donde está Dios. Por consiguiente había cuatro Tulanes, ¡oh hijos nuestros!» Así dijeron. «Del poniente llegamos a Tulán, desde el otro lado del mar; y fue a Tulán donde llegamos para ser engendrados y dados a luz por nuestras madres y nuestros padres.» Así contaban.

5. Entonces fue creada la Piedra de Obsidiana por el hermoso Xibalbay, por el precioso Xibalbay. Entonces fue hecho el hombre por el Creador y el Formador, y rindió culto a la Piedra de Obsidiana.

Cuando hicieron al hombre, de tierra lo fabricaron, y lo alimentaron de árboles, lo alimentaron de hojas. Únicamente tierra quisieron que entrara [en su formación]. Pero no hablaba, no andaba, no tenía sangre ni carne, según contaban nuestros antiguos padres y abuelos, ¡oh hijos míos! No se sabía qué debía entrar [en el hombre]. Por fin se encontró de qué hacerlo. Sólo dos animales sabían que existía el alimento en Paxil, nombre del lugar donde se hallaban aquellos animales que se llamaban el coyote y el cuervo. El animal coyote fue muerto y entre sus despojos, al ser descuartizado, se encontró el maíz. Y yendo el animal llamado *tiuh-tiuh* a buscar para sí la masa del maíz, fue traída de entre el mar por el tiuh-tiuh la sangre de la danta y de la culebra y con ellas se amasó el maíz. De esta masa se hizo la carne del hombre por el Creador y el Formador. Así supieron el Creador, el Formador, los Progenitores, cómo hacer al hombre formado, según dijeron. Habiendo terminado de hacer al hombre formado resultaron trece varones y catorce mujeres; había [una mujer] de más.

Enseguida hablaron, anduvieron, tenían sangre, tenían carne. Se casaron y se multiplicaron. A uno le tocaron dos mujeres. Así se unieron las gentes, según contaban los antiguos, ¡oh hijos nuestros! Tuvieron hijas, tuvieron hijos aquellos primeros hombres. Así fue la creación del hombre, así fue la hechura de la Piedra de Obsidiana.

La creación y decadencia del hombre

(maya)

Dicen que la Tierra en que se afirman los pies estaba recién nacida quando el que todo lo hace vino y la vio.

Entonces hizo al hombre varón con sus manos y lo puso en la Tierra. Para eso labró la figura con barro húmedo y con heno verde. El barro fue la carne y del heno salieron los huesos. El hombre quedó así hecho y el amor del Sol bajó sobre él. Tomó forma y vida del calor santo, y de la luz le fue dado su espíritu.

Cuando eso, el hombre echó a andar sobre la Tierra, solitario. Hasta que de él mismo nació la mujer, que dentro de él estaba, y para ser aparte se escapó del costado del hombre y le miró sonriendo.

Entonces el hombre rojo tuvo quien respondiera a sus palabras y pobló la Tierra con sus hijos.

El techo de la Tierra es azul, para que en él descansen los ojos que se elevan a lo alto.

Cuatro gigantes, uno a cada viento, sostienen el cielo con sus grandes brazos. Éstos son los Bacab que se oyen nombrar.

Uno está pintado de color blanco y es el del norte, que tiene por servidor al viento fuerte que anima a los guerreros en las batallas y transporta las cosas para arriba, Su signo es una lanza.

Otro es de color rojo, y es el de oriente, que manda al viento perfumado que da la vida y trae las grandes lluvias buenas y hace florecer las semillas en el vientre de la Tierra y enciende el amor en los enamorados. Su signo es el girasol.

Otro es el del sur, que es amarillo como el color del bien y tiene consigo al viento que mandan los dioses para suavizar las fuerzas del mundo y levantar la oración en el espíritu y en la boca del hombre. Su signo es el pebetero de humo tranquilo y oloroso.

El cuarto Bacab, es malo y negro y gobierna al viento afilado del poniente, que trae la noche y la enfermedad. Su signo es la lechuza.

Los cuatro Bacab disputan entre sí por el gobierno de los días que sobran en cada cuatro años. Y según el que manda, así los días son malos y de muerte y de sequía, o son buenos y de vida y abundancia.

El hombre rojo alcanzó muchos bienes cuando vivía sobre la Tierra que ya no existe. Fue dueño de mandar en todas las fuerzas que se ven y

en las que no se ven. Los cuatro mundos que hay dentro de este mundo le obedecían y era rey del agua y del aire, del fuego y de la Tierra. Le fue dado gran saber y poder, que luego perdió.

Y lo perdió porque se apartó de la luz, de que estaba lleno por arriba, para bajar adentro de su cuerpo de barro y de paja ensoberbecido y sublevado, que todo lo pedía para él. Cuando el hombre bajó adentro de su cuerpo, la luz que el Sol había encendido en su alma se fue apagando poco a poco.

Todo cuanto hizo desde entonces fue negro y malo. Le sirvió su gran poder para hacer la iniquidad y trató con los malos espíritus, que antes temblaban delante de él.

Los malos espíritus se atrevieron a todo, al ver que la frente del hombre ya no resplandecía. Y le pidieron sangre de los animales, que eran sus hermanos, y él los mató para darla.

Le pidieron después sangre de los niños y los sacrificó en los templos, llenándolo todo de sangre pura. Y los malos espíritus se hicieron como dioses sobre el hombre rojo y le ordenaron las grandes matanzas, y le enseñaron el mal placer. Así cambió todo, y los poderes de abajo se bebieron la sangre del hombre, que le había dado el poder de arriba.

El hombre rojo fue castigado cuatro veces. Una, por el aire, que vino y lo arrasó todo; otra, por el fuego, que vino y todo lo quemó; otra vez por la tierra que saltaba y se abría para sacudirse del mal, y otra vez por el agua, que inundó el mundo.

La creación del hombre por el coyote

(indios norteamericanos)[3]

Después que el coyote hubo creado el mundo y los seres inferiores, quiso crear al hombre, para lo cual convocó un consejo de animales. Escogieron para reunirse un lugar despejado en el bosque, donde se sentaron formando un gran círculo.

[3] No siempre se ha podido identificar exactamente el grupo étnico al que pertenece cada mito recogido en esta antología. En esos casos, nos vemos obligados a prescindir de ello y señalar la región geográfica donde fueron colectados. *(N. del E.)*

El león presidía. A su derecha se sentó el oso pardo y próximo a éste, el oso castaño. Así, de esta manera, se fueron unos tras otros, hasta colocarse el último el ratoncillo, que se sentó a la izquierda del león.

Éste fue el primero en hablar y declaró que deseaba un hombre con una potente voz, semejante a la suya, con la que asustaría a todos los animales; además debería estar cubierto de piel, tener largos colmillos y fuertes garras. Respecto al color, opinaba que debía ser de un tostado semejante al suyo.

Entonces lo interrumpió el oso pardo:

–Esto es ridículo. ¿Por qué debe tener el hombre una voz como la vuestra? Opino que el hombre debe ser de gran fuerza y moverse rápido y en silencio, sin hacer el menor ruido.

El ciervo aseguró que él no estaba de acuerdo con aquello. El hombre, según su manera de pensar, debería tener buenas astas sobre la cabeza, semejantes a las suyas, para poder luchar. También daba mucha importancia a los ojos y oídos, que deberían tener la sutileza de los suyos.

–Nada de eso –protestó la oveja–. El hombre necesita unos cuernos como los míos, con los cuales pueda topar contra su presa, y no las complicadas astas del ciervo, que se le engancharían en todos los matorrales.

A continuación tomó la palabra el coyote y declaró que en la vida había oído decir tantas tonterías. Él era, sin duda, superior a todos los animales allí congregados, y, por lo tanto, le correspondía hacer el hombre a su semejanza, pero más perfecto aún que él mismo. Tendría cuatro patas, cinco dedos y una cabeza con ojos, oídos y nariz. No le parecía mal que tuviese una voz como la del león; pero no sería necesario que rugiese.

Entonces el león ordenó al coyote, que paseaba nervioso, que se sentase en su sitio y cesase de hablar.

El oso pardo prosiguió:

–Encuentro que el coyote ha hablado acertadamente en lo que se refiere a la forma de los pies, pues esto le permitiría permanecer derecho fácilmente; por lo tanto, los pies del hombre deberían ser, poco más o menos, como los del oso.

El coyote subrayó después la ventaja que tenían los osos al no tener rabo. Él sabía por experiencia que no servía más que de refugio a las pulgas. También habló de las ventajas que tenían los ojos y oídos de los ciervos, quizá mejores que los suyos, y de las que tenía el pez, a quien

siempre había envidiado por la desnudez de su cuerpo. El pelo de los animales era una pesada carga, y, por lo tanto, él deseaba ver al hombre libre de pelo, con poderosas uñas, tan largas como las de las águilas.

Por último, reconoció que no había en la reunión, a excepción de él, un animal capaz, por su ingenio, de hacer al hombre. Y al decir estas palabras, levantó su hocico y miró a los reunidos con un aire importante.

El castor se levantó para dar su opinión:

–El hombre debe tener una ancha y gruesa cola, con la cual deba arrastrar fango y arena.

–Todos los animales habéis perdido el sentido –dijo la lechuza, gruñona–. Ninguno de vosotros desea ver al hombre con alas, y yo no comprendo qué podría hacer sobre la Tierra un hombre que no las tuviera.

El topo aseguró que estaban todos locos. El pensar en un hombre con alas era el mayor disparate, porque estrellaría su cabeza contra el cielo; además, sus ojos se quemarían con la proximidad del Sol. Sin ojos, en cambio, podría horadar la tierra y ser tan feliz como él.

Finalmente, el ratoncillo levantó su chillona voz:

–Yo haría al hombre con ojos, de manera que pudiera ver el alimento que lleva a la boca; pero nunca debería arañar la tierra.

Todos los animales discrepaban entre sí. El Consejo estaba sumido en el mayor desorden; nadie ocupaba su puesto, y, al fin, empezaron a luchar unos con otros. El coyote intentó huir; pero en ese momento la lechuza se abalanzaba sobre él, mientras el castor le arañaba la quijada. El león y el oso pardo luchaban como fieras.

Pasado un largo rato, cuando comenzaban a desfallecer, agotados por la lucha, cada animal se sentó y empezó a trabajar, para hacer al hombre de acuerdo con sus propias ideas. Tomaron un terrón de tierra y comenzaron a moldearlo. Pero el coyote lo hacía según lo había descrito en el Consejo.

Era muy tarde cuando se habían puesto a trabajar, y así, la noche llegó antes de que hubiesen terminado su modelo. Empezaron a bostezar, y pronto todos los animales se retiraron a descansar. Uno sólo continuaba laborando afanosamente: el coyote, que permaneció así sobre su modelo durante toda la noche. Muy temprano, y antes de que los restantes animales despertasen, el coyote terminó su obra y le dio vida. Al levantarse los demás, vieron con sorpresa que el hombre había sido hecho por el coyote.

La creación de la mujer

(esquimal)

Un niño se despertó. Estaba sentado solo, en un pequeñísimo trozo de corazón, que flotaba en el aire. El niño se hizo pequeño y el trozo de corazón se hizo más y más pequeño a su alrededor. Quería alargar sus brazos y coger bayas, comerlas y hacerse mayor.

Y el corazón creció y se hizo grande, grande al mismo tiempo que el niño. Cuando el niño empezó a andar, el corazón se hizo tan grande que podía cazar en una gran extensión sin alcanzar sus orillas. Así vivió muy feliz: tenía el Sol que brillaba, la carne de caribú para comer y el agua fresca para beber.

Pero conforme se hacía mayor, se encontraba cada vez más solo. Algunas veces se encontraba tan solo que no sentía ni siquiera deseos de cazar. No pensaba en comer o beber. Únicamente deseaba no hallarse tan solo en el gran mundo.

Por eso, rogó al Gran Espíritu: «Hazme una merced. Dame un compañero que se parezca a mí, con el cual pueda hablar, con el que ya no me encuentre tan solitario».

Un día, el jovencito se despertó y vio a alguien descansando a su lado. El joven miró a su alrededor: el Gran Espíritu había escuchado su ruego y le había enviado un compañero. En adelante ya no se encontraría tan solo. Su corazón latió deprisa, pues el compañero que le había enviado el Gran Espíritu para que el hombre fuese feliz era distinto al hombre y yacía dormido e inmóvil.

El hombre estuvo un rato esperando que se despertase tan bella persona, pero no se despertaba. El hombre acarició suave y dulcemente su piel y estrujó sus largos cabellos. Tocó con sus dedos los párpados de la mujer, y ésta, abriendo sus ojos, le miró.

Entonces, ella se levantó y empezó a preparar la comida para los dos.

Ellos viven todavía.

La creación del fuego y nuevo origen del hombre

(azteca)

Cuando los cuatro dioses vieron que el cielo se había caído sobre la Tierra, lo cual sucedió en el primero de los cuatro años que hubo después que cesó el sol y llovió mucho, el cual se llamaba *l tochtli* (uno-conejo), ordenaron los cuatro que se hicieran por el centro de la Tierra cuatro caminos, para entrar por ellos y alzar el cielo. Y para que los ayudasen en el levantamiento del cielo, crearon cuatro hombres: uno llamado Tzontémoc, otro Itzcóatl, otro Itzmalín y otro Tenexxóchitl. Creados estos cuatro hombres, los dioses Tezcatlipoca y Quetzalcóatl se hicieron árboles grandes: Tezcatlipoca se transformó en un árbol que llaman «árbol de espejo» y Quetzalcóatl en un árbol que llaman «gran flor de quetzal». Con la ayuda de los hombres y los árboles y los demás dioses, alzaron el cielo con las estrellas, como ahora está. Por haberlo alzado así el «Señor de Nuestra Carne», hizo a Tezcatlipoca y Quetzalcóatl Señores del Cielo y de las Estrellas; y porque levantando el cielo iban por él, hicieron el camino que aparece en el cielo, en el cual se encontraron, y donde están desde entonces y donde tienen su asiento.

Después de que el cielo fue levantado, los dioses dieron la vida a la Tierra, porque murió cuando cayó el cielo sobre ella. En el segundo año después del diluvio que era *2 ácatl* (dos-caña) Tezcatlipoca cambió su nombre y se transformó en Mixcóatl, que quiere decir «serpiente de nubes». En este año quiso hacer una fiesta en honor de los dioses, y para eso sacó lumbre de los palos, como lo acostumbran hacer. Ésa fue la primera vez que se sacó fuego por medio de un instrumento, que consta de unos palos que tienen corazón. Sacado el fuego, la fiesta consistió en hacer muchos grandes fuegos.

Después de haber levantado el cielo, se consultaron los dioses y dijeron:

–El cielo ha sido construido; pero ¿quiénes, oh dioses, habitarán la Tierra?

Se ocuparon en el negocio; luego fue Quetzalcóatl al inframundo; llegó al Señor y a la Señora del Reino de los Muertos y dijo:

–He venido por los huesos preciosos que tú guardas.

Aquél contestó:

–¿Qué harás tú con ellos, Quetzalcóatl?

Otra vez dijo éste:

–Los dioses tratan de hacer con ellos a quien habite sobre la Tierra.

De nuevo dijo el dios de los muertos:

–Sea en buena hora. Toca mi caracol y lleva [el hueso] cuatro veces alrededor de mi asiento de piedras preciosas.

...Pronto subió Quetzalcóatl a la Tierra. Luego que cogió los huesos preciosos, estaban juntos en un lado los huesos de varón, y también juntos, de otro lado, los huesos de mujer. Tan pronto como los tomó, Quetzalcóatl hizo de ellos un lío, que se trajo. Otra vez les dijo el dios de los muertos a sus mensajeros:

–¡Dioses! De veras se llevó Quetzalcóatl los huesos preciosos. ¡Dioses! Id a hacer un hoyo en su camino.

Ellos fueron a hacerlo, y por caerse en el hoyo se golpeó y se espantaron las codornices; cayó desmayado y esparció por el suelo los huesos preciosos, que luego mordieron y royeron las codornices. A poco volvió en sí Quetzalcóatl y lloró y dijo a su nagual:

–¿Cómo será esto, nagual mío?

El cual dijo:

–¡Cómo ha de ser! Que se echó a perder el negocio.

Luego los recogió, los juntó e hizo un lío, que inmediatamente llevó a Tamoanchan. Después que los hizo llegar, los molió la diosa Cihuacóatl-Quilaztli, que a continuación los echó a una vasija preciosa. Sobre él se sangró Quetzalcóatl su miembro; y enseguida hicieron penitencia todos los dioses. Se dice que después nacieron los hombres, puesto que los dioses habían hecho el sacrificio de su sangre sobre ellos.

La creación del diablo

(indios del noroeste de la América del Norte)

Cierta vez el Gran Espíritu se ocupaba en hacer una criatura de maravilloso tamaño, la cual era objeto de gran curiosidad por los pequeños manittos que lo visitaban a menudo. Pero más curiosos fueron los duendes *puckwudjinnies* y los *nibanabas* (que eran enanos que se

vanecían), los cuales encontraban gran diversión escondiéndose de- s de sus orejas y subiendo por su espalda. A veces le entraban por la ca y se sentaban en sus dientes. Estos tontos pensaban que el Gran píritu no los veía, completamente absorto en su trabajo. Pero el Gran píritu puede ver todas las cosas; él ve a través de las criaturas que ha cho. Con dolorosos esfuerzos creaba a su animal, pero le salía muy ande para su gusto. El Gran Espíritu estaba confuso, pues no quería rle la vida a una criatura de tanta fuerza, y concluyó por dejarlo como encontraba. Lo llevó a una islita y lo colgó por su cabeza y por su ola; pero una parte del cuerpo se sumergió en el agua.

Después de esto el Gran Espíritu se distrajo haciendo criaturas pe- ueñas, pero al notar que no eran tan atractivas para los puckwudjinnies los nibanabas, les quitó la vida y echó sus restos junto al gran animal ue no había terminado. Pero ocurrió que una gran cantidad de extrañas guras, de feas formas, se escondieron en el lugar de los fragmentos, donde estaba el gran animal, lugar al que llamaron Roncommon, y que era una gran caverna.

Un día el Gran Espíritu se fue a la isla y moldeó dos piezas de barro e hizo dos grandes patas, como las patas de las panteras. Metió sus pies dentro de ellas y quedó muy satisfecho porque podía andar con paso ligero y saltarín, y correr sin hacer el menor ruido.

Sacó entonces sus pies, y continuó su trabajo fabricando dos largas piernas. Las hizo caminar, y viendo que andaban rápidamente les fabricó un cuerpo redondo al que cubrió con escamas como las de los cocodrilos. Pero tal figura se doblaba hacia adelante. Entonces el Gran Espíritu cogió una serpiente negra, se la metió en el cuerpo y lo colgó de un arbolito cercano, con lo cual no solamente mantuvo el cuerpo derecho sino que esto le permitió agregarle una fuerte cola. Entonces el Gran Espíritu le construyó los hombros anchos y fuertes, como los de un búfalo, cubriéndolos con pelo y haciéndole el cuello corto y grueso. Todo esto lo había construido rápidamente y sin pensarlo mucho, pero cuando llegó a la cabeza, reflexionó largo tiempo.

Cogió una bola de barro y trabajó en ella con mucho cuidado. La bola quedó ancha y baja. Y acordándose de las travesuras de los puckwudjinnies y de los nibanabas que habían hecho huecos y túneles en la cabeza del anterior animal, concluyó por hacerle los ojos como los de las langostas para que la criatura pudiera ver hacia todas partes. La frente la creó ancha y baja, y en las quijadas puso dientes de marfil, [illegible] y fuertes, con agallas en cada lado de ellas.

La nariz era como la de los cuervos. Con un moño grueso como el del puercoespín, le hizo la cabellera.

Entonces el Gran Espíritu descansó y miró la horrenda criatura que había hecho: los ojos remolineaban, las quijadas se abrían y se cerraban, el pico aparecía agudísimo. El Gran Espíritu se hallaba entristecido. En ese momento se aproximó la noche y una tempestad se levantó. Gruesas nubes oscurecieron la Luna y el viento sopló furiosamente sobre la isla. Las bestias del bosque rugían y los murciélagos revolaban por doquiera. Una pantera se aproximó y con una pata en alto se inclinó ante la imagen y le olió las patas que eran como las suyas. Un cuervo llegó también y acometió al pico de la imagen, pero el Gran Espíritu lo apartó. Entonces vinieron un puercoespín, una lagartija y una serpiente. El Gran Espíritu veló su rostro por muchas horas mientras la tormenta se mantenía rugiente.

Pensó después que lo semejante atraía a lo semejante y pensó en las nuevas criaturas que podría hacer. Y reflexionó en ello durante algunos días.

Vio después un murciélago volando sobre la imagen; lo cogió y puso sus alas sobre la cabeza de la imagen. Desde entonces el murciélago duerme con la cabeza hacia abajo. Pero el Gran Espíritu lo mató y le arrancó las alas solamente para utilizarlas en la imagen.

Entonces siguió trabajando con la cabeza. Le hizo la barbilla y los labios, de manera que cuando la imagen tuviera vida pudiera sonreír. Solamente la faltaban los brazos, y se los creó, con bellas manos.

La imagen ya estaba terminada, pero el Gran Espíritu no se hallaba contento con ella. Pensaba que no debía haberle hecho las manos. ¿Y si al darle vida estas manos se rebelaban contra él?

Al fin, decidió llevar la imagen al fuego, para que sus rojas llamas la lamieran. Pero el fuego no da la vida. Su aspecto entonces era terrible. Sus ojos de langosta parecían carbones encendidos y las escamas que cubrían su cuerpo brillaban con una luz feroz.

El Gran Espíritu abrió un costado de la imagen pero no entró en ella a verla por dentro. Le ordenó que caminara alrededor de la isla para observar sus movimientos. Entonces puso un poquito de vida en ella; pero no la llevó al fuego. Y vio que la criatura de tan terrible aspecto podía sonreír de tal modo que esto apagaba su fealdad.

La observó detenidamente. Después decidió que una criatura hecha con pedazos de tantas bestias no debía vivir.

Tomada esta decisión se fue al lugar de los fragmentos, a la caverna

de Roncommon, y allí la echó. Pero al Gran Espíritu se le había olvidado quitarle la vida que había dado a la imagen. La caída de la imagen fue muy grande, y quedó en el suelo inmóvil por un largo tiempo, entre las creaciones que había rechazado el Gran Espíritu.

Después de unos días ocurrió que el Gran Espíritu escuchó un gran ruido en la caverna de Roncommon, y mirando hacia allí pudo ver que la horrible imagen se había sentado y trataba de poner en orden los fragmentos de las criaturas desechadas.

Llegó entonces a la caverna de Roncommon y le cerró la boca con grandes rocas. El ruido se hizo mayor. Y al cabo de unos días la Tierra comenzó a temblar, y un humo caliente comenzó a salir de ella.

Por primera vez en su vida al Gran Espíritu se le había olvidado quitar la vida a una imagen desechada y echada a la caverna. Entonces se fue a Roncommon para observar el resultado de su error. Iba acompañado por millares de pequeños manittos aterrorizados.

Cuando llegaron a la caverna, de pronto se elevó un enorme surtidor de arenas y piedras, y el cielo se oscureció por el polvo que revolvían furiosos vientos. El fuego barría las tierras y las aguas eran elevadas a grandes alturas por el viento.

Acobardados, los manittos escaparon cuando la imagen, con un gran estruendo, salió de la caverna. La vida había crecido dentro de ella, alimentada por el fuego. Cada criatura terrenal que la viera comenzaba a temblar y a gritar mientras corría para esconderse. Los manittos desaparecieron de la isla. Mientras escapaban iban gritando:

¡Matchí manitto! ¡Matchí manitto!

Así se originó el Espíritu del Mal.

El nacimiento del diablo

(azteca)

...Hay una sierra que se llama Coatepec junto al pueblo de Tollán. Allí vivía una mujer que se llama Coatlicue (faldellín de serpiente), que fue madre de unos indios que se decían los cuatrocientos *huitznahua,*

los cuales tenían una hermana que se llamaba Coyolxauhqui. Coatlicue hacía penitencia barriendo cada día en la sierra de Coatepec, y un día acontecióle que andando barriendo descendióle una pelotilla de pluma, como ovillo de hilado, y tomóla y púsola en el seno junto a la barriga, debajo de las naguas. Después de haber barrido la quiso tomar y no la halló y dicen que de ella se empreñó.

Como vieron los dichos indios llamados los cuatrocientos huitznahua a la madre que ya era preñada se enojaron bravamente diciendo:

–¿Quién la preñó, que nos infamó y avergonzó?

Y la hermana que se llamaba Coyolxauhqui decíales:

–Hermanos, matemos a nuestra madre porque nos infamó, habiéndose a hurto empreñado.

Después de haber sabido la dicha Coatlicue lo que se tramaba, pesóle mucho y atemorizóse. Pero su criatura hablábale y consolábale, diciendo:

–No tengas miedo, porque yo sé lo que tengo que hacer.

Y después de haber oído estas palabras a la dicha Coatlicue aquietósele su corazón y quitósele la pesadumbre que tenía.

Como los dichos cuatrocientos huitznahua habían hecho y acabado el consejo de matar a la madre, por aquella infamia y deshonra que les había hecho, estaban enojados mucho, juntamente con la hermana que se decía Coyolxauhqui, a la cual le importunaba que matasen a su madre. Los dichos cuatrocientos huitznahua habían tomado las armas y se armaban para pelear, torciendo y atando sus cabellos como hombres valientes. Uno de ellos que se llamaba Quauitlícac, el cual era como traidor, iba a contar a Huitzilopochtli, que aún estaba en el vientre de su madre, lo que decían los cuatrocientos huitznahua. Huitzilopochtli le respondió diciendo:

–¡Oh tío mío!, mira lo que hacen y escucha muy bien lo que dicen, porque yo sé lo que tengo que hacer...

Los dichos cuatrocientos huitznahua fueron a donde [estaba] su madre Coatlicue, y delante iba la hermana suya, Coyolxauhqui, y ellos iban armados con todas las armas y papeles y cascabeles, y dardos en su orden. El dicho Quauitlícac subió a la sierra a decir a Huitzilopochtli cómo ya venían los dichos cuatrocientos huitznahua contra él, a matarlo. Díjole Huitzilopochtli respondiéndole:

–Mirad bien adónde llegan.

Y díjole el dicho Quauitlícac que ya llegaban a un lugar que se dice Tzompantitlan. Mas preguntó el dicho Huitzilopochtli a Quauitlícac:

–¿Adónde llegan los cuatrocientos huitznahua?

Y le dijo aquél que ya llegaban a otro lugar que se dice Coaxalapa. Mas otra vez preguntó Huitzilopochtli a Quauitlícac, diciéndole dónde llegaban, y éste respondió diciéndole que ya llegaban a otro lugar que se dice Apétlac. Otra vez le preguntó Huitzilopochtli diciéndole a dónde llegaban, y le respondió diciéndole que ya llegaban al medio de la sierra. Mas dijo Huitzilopochtli preguntando a Quauitlícac:

–¿Adónde llegan?

Y éste le dijo que ya llegaban y estaban muy cerca, y delante de ellos venía la dicha Coyolxauhqui. Y en llegando los dichos cuatrocientos huitznahua nació Huitzilopochtli, trayendo consigo una rodela que se dice *teueuelli,* con un dardo y varas de color azul, y su rostro pintado [con rayas transversales de color amarillo] y en la cabeza traía un pelmazo de pluma pegado, y la pierna siniestra delgada y emplumada y los dos muslos pintados de color azul, y también los brazos. Huitzilopochtli dijo a uno que se llamaba Tochancalqui que encendiese una culebra hecha de teas que se llamaba *xiuhcóatl* (serpiente de fuego), y así le enseñó y así fue herida la dicha Coyolxauhqui que murió hecha pedazos, y la cabeza quedó en aquella sierra que se dice Coatepec, y el cuerpo se cayó abajo hecho pedazos. Huitzilopochtli se levantó y se armó y salió contra los dichos cuatrocientos huitznahua, persiguiéndoles y echándoles fuera de aquella sierra que se dice Coatepec, hasta abajo, peleando contra ellos y cercando cuatro veces la dicha sierra. Los cuatrocientos huitznahua no se pudieron defender, ni valer contra el dicho Huitzilopochtli, ni hacerle cosa alguna, así fueron vencidos y muchos de ellos murieron. Los dichos cuatrocientos huitznahua rogaban y suplicaban a Huitzilopochtli, diciéndoles que no les persiguiese y que se retrajese de la pelea. Huitzilopochtli no quiso ni les consintió, hasta que los mató casi a todos, y muy pocos escaparon y salieron huyendo de sus manos, y fueron a un lugar que se dice Huitzlampa. Les quitó y tomó muchos despojos y las armas que traían que se llamaban *anecuhiotl.*

Las maldades del diablo

(winnebago)

Cuando el Gran Espíritu estaba trabajando, el diablo dormía. Cuando el diablo despertó y vio todo lo mucho y bueno que había hecho el Gran Espíritu, comenzó también a trabajar, seguro de que él también podría hacer un trabajo muy bueno.

Intentó crear un indio. Pero, por un error en los ingredientes, fabricó un negro. Quiso entonces crear un oso negro y el resultado fue un feo oso gris. Hizo entonces varias serpientes, pero le salieron venenosas. Comenzó a trabajar con los vegetales y su creación consistió en las malas hierbas; fabricó también unos feos árboles distorsionados y numerosos cardos llenos de espinas. Para completar sus maldades, hizo caer en sus trampas a algunos indios, que robaron, mintieron y mataron.

Vendrá un tiempo en que el Gran Espíritu y el diablo sostendrán una gran batalla. Cuando esta batalla ocurra no habrá luz durante cuatro días, la Tierra se estremecerá con muchos rayos y truenos, y los malos se irán con el diablo.

Por esos días la Tierra será destruida por grandes inundaciones; pero el Gran Espíritu la restaurará.

La primera batalla entre el bien y el mal

(iroqués)

El Gran Espíritu creó al Bien y al Mal, que son dos hermanos.

El Bien se fue a crear las cosas bellas y todos los lugares placenteros. El Mal trataba siempre de entorpecer los planes de su hermano.

Todos los lugares peligrosos y los malos frutos los creó el Mal. Estaba siempre ocupado en perturbar la marcha del universo.

El Bien tenía paciencia suficiente para contrarrestar los ruines efectos de las obras del Mal. Un día, pensando que esa labor no terminaba nunca, determinó destruir a su hermano. No deseando hacer uso de la violencia, se dio a meditar las formas que pudiera emplear para causar

la muerte del Mal. Al fin, halló la idea correcta, se fue a ver a su hermano, y le propuso competir en una carrera entre los dos. El Mal consintió y se fueron a buscar un lugar apropiado donde correr, y lo hallaron.

–Antes que empecemos la carrera, dime: ¿qué cosa es lo que más te disgusta? –preguntó el Bien al Mal.

–Los cuernos de la serpiente –le respondió el Mal–. Y ahora dime: ¿qué cosa es lo que más daño te hace?

–La rosa salvaje –le respondió el Bien.

Entonces el Mal consiguió con su abuela Mishiken grandes cantidades de la rosa salvaje y las puso en el camino que tomaría el Bien durante la carrera, a veces en el suelo, a veces colgadas de los árboles que atravesaban el camino. Mientras tanto, el Bien llenaba la senda que tomaría el Mal con millares de cuernos de serpiente.

Entonces los hermanos comenzaron a discutir sobre quién arrancaría primero en la gran carrera. Al final, el Bien salió primero y el Mal le siguió.

Después de correr un rato, el Bien se sintió fatigado y se detuvo. Para recuperar fuerzas, comenzó a comer de las rosas salvajes, que lo revigorizaron, y así volvió a correr tanto que cansó al Mal, quien se quedó sin aliento mientras gritaba a su hermano que detuviera su carrera y lo esperara. Pero el Bien no le hizo caso y siguió corriendo.

Entre tanto, el Mal, que volvió a correr, encontraba dondequiera los temidos cuernos de la serpiente. Entonces gritó otra vez a su hermano pidiendo la suspensión de la carrera, pero el Bien no aceptó su petición y continuó corriendo.

Al anochecer, el cansado Mal cayó al suelo, y así fue que su hermano llegó primero a la meta.

El victorioso Bien se fue entonces a la casa de su abuela Mishiken y la encontró de muy mal humor porque ella amaba más al Mal y estaba muy disgustada por su derrota.

Alta la noche, el Mal llego y pidió permiso para entrar a la casa, pero su hermano se lo negó.

–Entonces –dijo el Mal– me voy al noroeste y no me verás más. Pero todo el que me siga se encontrará en mi mismo estado y nunca retornará a la Tierra. La Muerte los guardará para siempre. Y después que esto dijo, partió hacia la Tierra del Silencio.

Los cielos

(azteca)

Los indios de México creían que en el primer cielo estaba una estrella «faldellín de estrellas» que es hembra, y otra llamada «sol de estrella» que es mucho. Éstas las hizo el «Señor de Nuestra Carne» guardianes del cielo...

En el segundo dicen que hay unas mujeres que no tienen carne sino huesos, las cuales se llaman «mujeres de mal agüero» y por otro nombre Tzitzímitl. Éstas estaban allí para cuando el mundo se acabase, cuando habían de comer a todos los hombres. Preguntados los viejos cuándo llegaría el fin, dijeron que solamente sabían que llegaría cuando los dioses se acabasen, y cuando Tezcatlipoca se robase el Sol.

En el tercero estaban los cuatrocientos hombres que hizo Tezcatlipoca. Éstos eran de cinco colores, amarillos, negros, blancos, azules y colorados, y guardaban el cielo.

En el cuarto estaban todos los géneros de aves, y de allí venían a la Tierra.

En el quinto había culebras de fuego que hizo el dios del fuego, y de ellas salen los cometas y señales del cielo.

En el sexto estaban todos los aires.

En el séptimo estaba todo lleno de polvo y de allí bajaba a la Tierra.

En el octavo se juntaron todos los dioses.

Los cuatro cargadores del cielo

(tarasco)

Entre la muchedumbre de dioses que esta gente adoraba, había cuatro, llamados Bacab cada uno de ellos. Éstos eran cuatro hermanos a los cuales puso Dios, cuando creó el mundo, en las cuatro partes de él, sustentando el cielo para que no se cayese. También decían de estos Bacabes que escaparon cuando el mundo fue destruido por el diluvio.

Ponen a cada uno de estos [otros] nombres señalando con ellos la parte del mundo en donde Dios los había puesto.

El origen del sol

(guarao)

Una doncella guarao tuvo amores con el dueño del Sol. Éste regaló a la joven guarao un recipiente donde estaba el Sol. Y la joven marchó con él rumbo a la casa de sus padres.

Al verla, sus padres se llenaron de alegría. Entonces la madre le dijo:

–¡Qué alegría, hija mía, tu padre y yo estamos muy contentos!

Entonces ella colgó el recipiente de un tirante de la casa.

Cuando el padre lo vio colgando, tiró del recipiente hacia abajo. La cuerda se rompió y el recipiente se quebró.

Al quebrarse iluminó toda la Tierra.

La muerte del cielo y del hombre

(azteca)

En el tiempo de Quetzalcóatl los hombres solamente comían piñones. Quetzalcóatl duró siendo sol otras trece veces cincuenta y dos, que son seiscientos y setenta y seis años. Acabados éstos, Tezcatlipoca, por ser dios, se transformó como los otros hermanos suyos podían hacerlo, y hecho tigre dio una coz a Quetzalcóatl; lo derribó y lo quitó de ser sol. Entonces se levantó tan gran aire que arrastró a Quetzalcóatl y con él a todos los hombres [que vivían entonces], dejando solamente algunos cuantos que se quedaren en los aires. [Éstos] se volvieron monos.

Ahora quedó por sol Tláloc, el dios del paraíso terrestre, el cual duró hecho sol siete veces cincuenta y dos, que son trescientos sesenta y cuatro años. En el sol de Tláloc todos los hombres no comían sino

ececentli, que es una simiente como el trigo, que nace en el agua. Pasados estos años, Quetzalcóatl dejó llover fuego del cielo, quitó a Tláloc como sol y puso por sol a la mujer de Tláloc, Chalchiutlicue.

Ésta fue sol seis veces cincuenta y dos años, que son trescientos y doce años. Los hombres comían este tiempo de una simiente como maíz que se dice *cencocopi.* Desde el nacimiento de los dioses hasta el cumplimiento de este sol hubo según su cuenta dos mil seiscientos y veinte y ocho años. En el año postrero que fue sol Chalchiutlicue, llovió tanta agua y en tanta abundancia que se cayeron los cielos y las aguas llevaron todos los hombres que había; de ellos se hicieron todos los géneros de pescados que hay. Así cesaron de haber hombres y el cielo cesó porque cayó sobre la Tierra.

El dios Oba, su hijo el Sol, la creación del mundo, del árbol que llegó al Sol, de los hombres y relato de los amores entre la Luna y el Sol

(cuna)

En un palacio de oro, allá en lo más alto del cielo, vivía Oba, el dios supremo de los indios cunas, que habitan en la región de San Blas.

Oba era hermoso, y su corazón latía enamorado por todas las bellas mujeres que lo rodeaban. Todas aspiraban a conquistarlo y que fuera suyo exclusivamente. Fue la más afortunada la que le dio un hijo, robusto y semejante a su padre, que lo hizo feliz por completo.

El niño crecía sano y fuerte, haciendo su vida en los mágicos jardines del palacio. Su padre lo contemplaba a todas horas. Oba tuvo un disgusto con la madre de su hijo, y para castigarla, escogió como víctima a la inocente criatura, sabiendo que así sufriría su madre, que lo adoraba. Tomó en brazos al pequeño y, transformándolo en pez, lo echó al río que regaba los jardines del palacio.

Los pececillos del río no recibieron bien al recién llegado. Tendrían que compartir con él sus alimentos y los lugares escondidos y protectores entre las piedras del fondo del río. El nuevo pececito era listo y alegre, y era difícil jugarle una mala pasada. Pero al fin llegó la ocasión. Estaba entretenido en comer sapitos diminutos, cuando los peces más

grandes lo cogieron desprevenido y lo echaron en una olla de agua hirviendo. Los gritos y gemidos de dolor del pececillo llegaron a oídos de su padre. Su amor paternal pudo más que el enojo y acudió a salvarlo. Lo sacó de la olla y lo llevó de nuevo a su palacio, donde volvió a ser un niño.

Pero era un niño distinto, porque durante el tiempo que permaneció en el río había crecido mucho. Era tan hermoso y arrogante, que su padre quedó maravillado. Y quiso darle un destino digno de su alta jerarquía.

Oba tenía el proyecto de construir un mundo nuevo. Y resolvió transformar al niño en el Sol y darle el gobierno de ese mundo.

Nada quiso decirle hasta no tener terminada su labor. Empezó por hacer el cielo, lugar en que su hijo habría de permanecer dominando la Tierra. Para hacer la Tierra, llamó a dos pequeños seres laboriosos, el perico-ligero y la perdiz. Les enseñó una masa de color extraño y les indicó el lugar, extendiendo el brazo, donde tenían que ir colocándola, poco a poco hasta hacer un mundo nuevo. Todos los días iban los dos animalitos a buscar la Tierra y a depositarla en el lugar indicado por Oba. Cuando estuvo terminada la labor, Oba llamó a un pajarillo muy ligero, el visitaflor, para confiarle un encargo. Le mandó pasearse en toda la anchura y longitud de la Tierra que acababan de hacer el perico-ligero y la perdiz, y había de hacer el recorrido en el mismo tiempo que tardara en llegar a su destino el salivazo que Oba iba a lanzar sobre la Tierra. El encargo fue cumplido con vertiginosa rapidez.

El hijo de Oba fue convertido en el Sol, poderoso dueño de la Tierra y de su destino. Sus tareas más importantes serían alumbrar y dar calor al nuevo mundo. Para auxiliarlo en la primera tarea y que pudiera tener algún descanso, su padre quiso darle un ayudante. Oba buscó y mezcló los ingredientes para hacer un varón diligente, útil para ayudar a su hijo. Sus graves preocupaciones lo distrajeron y se equivocó en la sustancia y en la medida. Por este error, nació un ser femenino: la Luna.

El Sol hizo poco caso de su ayudante, entusiasmado con su cargo de jefe omnipotente de todo el universo. Organizó los vientos y las lluvias para atenuar el calor de sus rayos sobre la tierra. Adornó el cielo con nubes de todos los colores y buscó gusanitos de luz para que brillaran en las noches claras. Creó luego las plantas adornándolas con hojas y flores maravillosas, y creó las aves, dotándolas de vistosos ropajes de plumas de todas formas y colores. Dio la virtud de crear y multiplicarse a todo lo existente, ya que tanto se había esmerado en crearlo bello.

Después de crear los ríos, quiso hacer otro mayor, en el cual los demás derramaran sus corrientes. A la orilla de este gran río plantó un árbol. Al principio era débil; parecía que los vientos iban a doblar su tallo. Pero el tiempo lo hizo fuerte y resistió muchos años. Creció tanto que sus ramas llegaron al Sol, interrumpiendo su camino. El Sol, iracundo, tomó las medidas necesarias para poner fin a tal desacato. Llamó a las ardillas y les dio el encargo de derribar aquel inmenso árbol. Las ardillas argumentaron que eran débiles sus fuerzas para tan gran labor. Pero el Sol les recordó que tenían dientes y que para algo servirían. Las dos bajaron por las ramas del árbol, hasta la Tierra. Y empezaron su paciente labor. La ardilla mayor fue herida por una rama que se desprendió y cayó sobre ella, y no pudo seguir trabajando. La ardilla pequeña se resguardó de todo accidente y trabajó con tanto afán, que cuando menos lo pensaba vio terminada la faena. El árbol se desplomó cuan largo era, haciendo un gran ruido por todo el mundo. La ardilla comunicó al Sol el final de su empresa y recibió como premio el don de permanecer erguida sobre sus dos patitas, para tener libres las otras dos y ayudarse con ellas a roer cuanto le placiera.

El Sol bajó a ver el árbol; y vio cómo su tronco había obstruido la corriente del gran río, formando un lago inmenso. El hijo de Oba, impresionado por su obra involuntaria, decidió no salirse de su ámbito, ni avanzar sobre el resto de la Tierra. Y el mar prometió obedecerle. En premio a esta sumisión, le ofreció no dejarlo solo. Y creó en su fondo hermosas plantas y extrañas flores para su adorno; peces grandes y pequeños que le alegraran con sus juegos y sus amores. Le dio corrientes de todas clases, frías y calientes, y embelleció las aguas con variadísimos colores, que sus rayos le llevaban cada día. Del tronco del árbol caído hizo nuevos seres que vivían indistintamente en el agua y en la tierra, y así nacieron las tortugas, las iguanas y los lagartos. El mar, desde entonces, es un verdadero torbellino de seres variadísimos y sorprendentes. Y para expresar al Sol su gratitud, mueve sus grandes superficies para hacer sonar un murmullo delicioso que arrulla y conforta a quienes lo escuchan.

Para que ningún otro árbol tuviera la arrogancia de subir hasta el cielo, proporcionó a éstos varios enemigos que le restan fuerzas y deshacen sus pimpollos. Son los gavilanes y los monos y hasta esas diminutas hormigas que pueden destrozar lo que quieran.

Después de crear todo aquello, el Sol pensó que hacían falta unos seres distintos y superiores, que pudieran gozar y ser dueños de todo

lo existente. Y pensó en hacer hombres. Con sólo este deseo, en un abrir y cerrar de ojos aparecieron sobre la Tierra los seres humanos. Contento de su obra, al contemplarlos, quiso darles las mayores perfecciones. Para defenderse y ser dueños de todo, era necesario darles fuerza. Llamó a un hombre y le dijo que pronunciara la palabra *carque* (fuerte). Pero el hombre, emocionado y confuso, no comprendió bien, y no queriendo hacer repetir la palabra al Sol, profirió la palabra *muy* (débil). Esta equivocación o falta de decisión del hombre hizo perder a la humanidad toda el don de la inmortalidad.

Los demás hombres se enfurecieron al saber la torpeza del que fue elegido para hablar y lo golpearon hasta hacerlo caer en tierra y allí lo despedazaron y le arrancaron las quijadas. El Sol se compadeció de él y convirtió el cadáver en un pájaro. Este pájaro es el muy, que cuando canta va proclamando sus desdichas: «muy, muy, muy».

El Sol estaba satisfecho de su obra, creía haberla hecho completa y perfecta. Volvió a su palacio en las alturas y no tuvo otra ocupación que enviar calor y luz al universo. Esto era tan fácil y cómodo para él que empezó a aburrirse. Recordó que su padre, Oba, le había dado una compañera para ayudarlo en su tarea mientras él descansaba. Y tuvo el deseo de ver a la Luna y dar un largo paseo con ella. Fue a buscarla. Pero la Luna estaba advertida de su llegada y escapó antes que llegara, evitando su encuentro. Sabía que el Sol no traía buenas intenciones y era necesario ponerse en guardia y defender sus castos velos. Su carrera no tenía fin, y huía vertiginosa en cuanto vislumbraba el primer rayo del Sol que la perseguía. A veces, parecía cansada o conmovida por la tenacidad y la constancia con que el Sol seguía cortejándola. Pero siempre encontraba refugio en una nube o en el mar. El Sol se había enamorado de ella y tan pronto estaba triste como se enfurecía, redoblando la persecución. Ella se dio cuenta del amor sincero de su perseguidor y le correspondió tiernamente. Pero su coquetería la dominaba y seguía en su carrera, gozando en verlo sufrir tras ella; así retrasaba el momento que ya era inevitable.

Y un día, el momento tan ansiado por el Sol llegó. La Luna, rendida de amor, cayó en sus abrasadores rayos y quemó en ellos los largos velos que cubrían su belleza. Su felicidad no es nunca prolongada. Pasados los breves instantes de un apasionado abrazo, los dos siguen su camino de luz y resplandores. Pero siempre vuelven a encontrarse y en su gran dicha olvidan el encargo que Oba les hiciera: la Tierra se oscurece porque no recibe los rayos del Sol, ni alumbra la Luna.

La creación de soles y gigantes

(azteca)

El primer sol que hubo al principio, bajo el signo de *4 atl* (cuatro-agua), se llama Atonatiuh (sol del agua). En éste sucedió que todo se lo llevó el agua; todo desapareció, y las gentes se volvieron peces.

El segundo sol que hubo estaba bajo el signo de *4 ocelotl* (cuatro-tigre) y se llama Ocelotonatiuh (sol del tigre). En él sucedió que se hundió el cielo; entonces el sol no caminaba de donde es medio día y luego se oscurecía; y cuando se oscureció, las gentes eran comidas. En este sol vivían gigantes: dejaron dicho los viajeros que su saludo era «No caiga usted», porque el que se caía, se caía para siempre.

El tercer sol que hubo, bajo el signo de *4 quiauhuitl* (cuatro-lluvia) se dice Quiauhtonatiuh (sol de lluvia). En él sucedió que llovió fuego sobre los moradores, que por eso ardieron. Y dicen que en él llovieron piedrezuelas y que entonces se esparcieron las piedras que vemos; que hirvió el *tezontle* (piedra liviana llena de agujeros); y que entonces se enroscaron los peñascos que están enrojecidos.

El cuarto sol, bajo el signo de *4 ehécatl* (cuatro-viento) es Ehecatonatiuh (sol del viento). En éste todo se lo llevó el viento. Todos los hombres se volvieron monos y fueron esparcidos por los bosques.

El quinto sol, bajo el signo de *4 ollin* (cuatro-movimiento) se dice Olintonatiuh (sol del movimiento), porque se movió, caminando. Según dejaron dicho los viejos en éste habrá terremotos y hambre general, con que hemos de perecer.

Cuando los cuatro dioses vieron cómo el medio sol que habían creado alumbraba poco, dijeron que se hiciese otro medio sol, para que pudiese alumbrar bien toda la Tierra. Y viendo esto Tezcatlipoca, se hizo sol para alumbrar... debido a su divinidad, y todos los dioses criaron entonces gigantes, que eran hombres muy grandes y con tantas fuerzas que arrancaban los árboles con las manos. No comían más que bellotas de encina y vivieron mientras duró este sol, que fueron trece veces cincuenta y dos años, que son seiscientos setenta y seis años... Perecieron cuando Tezcatlipoca dejó de ser sol y los tigres acabaron con ellos y los comieron. Estos tigres se hicieron de la siguiente manera: pasados las trece veces cincuenta y dos años, Quetzalcóatl fue sol y dejó de serlo Tezcatlipoca, porque aquél le dio con un gran bastón y lo derribó en el

agua. Allí Tezcatlipoca se hizo tigre y salió a matar a los gigantes. Esto se ve todavía en el cielo, porque dicen que la Osa Mayor baja al agua porque es Tezcatlipoca y que ella está allá en memoria de él.

La creación de los gigantes

(inca)

Los naturales cuentan según la relación que oyeron de sus padres, la cual ellos tuvieron y tenían de muy atrás, que vinieron por el mar en unas balsas de juncos a manera de grandes barcos unos hombres tan grandes que cada uno de ellos medía tanto de la rodilla para abajo como un hombre de los comunes en todo el cuerpo, aunque fuese de buena estatura. Sus miembros conformaban con la grandeza de sus cuerpos, tan deformes, que era cosa monstruosa ver las cabezas, por ser tan grandes, y los cabellos, que les llegaban a las espaldas. Señalan que los ojos eran tan grandes como pequeños platos. Afirman que no tenían barbas, y que algunos de ellos estaban vestidos con pieles de animales y otros con la ropa que les dio la naturaleza, y que no trajeron mujeres consigo.

Cuando los gigantes llegaron a la punta de Santa Elena, después de haber hecho su asiento en ella a manera de pueblo (aún en estos tiempos hay memoria de los sitios en donde tuvieron sus casas), como no hallasen agua, y para remediar la falta que sentían de ella, hicieron unos pozos hondísimos; obra por cierto digna de memoria, hecha por tan fortísimos hombres como se presume que serían aquéllos, pues era tanta su grandeza. Cavaron estos pozos en la roca viva hasta que hallaron el agua, y después los labraron desde ella hasta arriba de la piedra, de tal manera que durará muchos tiempos y edades. En estos pozos hay muy buena y sabrosa agua, y siempre tan fría que es gran contento beberla. Habiendo hecho sus asientos estos crecidos hombres o gigantes, y teniendo estos pozos o cisternas, de donde bebían, todo el mantenimiento que podían hallar en la comarca de la Tierra lo destruían y comían; tanto que dicen que uno de ellos comía más vianda que cincuenta hombres de los naturales de aquella tierra. Y como no bastase la comida que hallaban para sustentarse, mataban mucho pescado en el mar con sus redes y aparejos que tenían.

El dios maya

(maya)

Creían los indios de Yucatán que había un dios único, vivo y verdadero, que decían ser el mayor de los dioses, y que no tenía figura ni se podía representar por ser incorpóreo. A éste llamaban Hunab Ku, y decían que de él procedían todas las cosas; y como era incorpóreo no lo adoraban con imagen alguna, ni la tenían de él. Tenía un hijo a quien llamaban Hun Itzamná o Yax Coc Ah Mut.

Este dios era mayor que todos los otros, y le llamaban también Kinch Ahau. Era casado y su mujer fue inventora del tejer las telas de algodón con que se vestían. Por eso la adoraron por diosa, y la llamaban Ix Azal Voh. El hijo del dios único, que llamaban Itzamná, tengo por cierto fue el [mismo] que entre ellos inventó primero los caracteres que servían de letras a los indios; porque a éste le llamaban también Itzamná, y lo adoraban por dios.

Los dioses de los indios nicaragüenses

(indios nicaragüenses)

Tamagastad y Cipattonal crearon el cielo y la Tierra, y también las estrellas y todo lo demás. Son hombres (tienen forma de seres humanos) y viven por donde sale el sol. No sabemos si están en el cielo, mas cuando los necesitábamos para la guerra los llamábamos para que nos ayudasen, dándoles voces hasta el cielo.

Tamagastad es hombre y Cipattonal es mujer. Nadie los creó, antes descienden de ellos toda la generación de los hombres y mujeres. A ellos tenemos por los dioses mayores... Los primeros hombres los vieron, pero los de ahora no los ven... Los dioses son de carne, hombres, mujeres y mozos, y todos son de la misma especie, de color moreno como nosotros los indios, andaban por la Tierra y comían de lo que los indios comen. Todo era suyo; ahora están en el cielo y siguen comiendo

lo que comen los indios; porque de allá, donde están los dioses, vinieron las plantas y todas las otras cosas de comer.

Cuando tenemos guerra es para darles de comer a los dioses la sangre de los indios, que se matan o toman [parte] en ella, puesto que los dioses viven de la sangre y de los corazones de muchachos, y de sahumerios.

El agua nos la envía Quiateot, que es un hombre y tiene padre y madre; el padre se llama Omeyateite, la madre Omeyatecigoat. Éstos están al cabo del mundo, donde sale el sol en el cielo. Tuvieron ayuntamiento carnal y la madre parió a aquel hijo que nos envía el agua y que hace los truenos y relámpagos y que manda llover. Tamagastad y Cipattonal crearon el cielo, la Tierra, las estrellas y todo lo demás, pero no crearon a los padres de Quiateot; no sabemos de dónde vino.

El dios Quetzalcóatl

(azteca)

En las historias de los mexicanos se encuentra que hubo un dios llamado Camaxtli que tomó por mujer una diosa llamada Chimalmán. Ésta tuvo de él hijos entre los cuales había uno llamado Quetzalcóatl, el cual nació en la «Barranca del Pescado» y que fue llevado a su abuelo y abuela que le criaron, pues su madre murió al parir. Después que creció fue llevado a su padre; pero como éste le quería mucho le odiaban los otros hermanos, tanto que decidieron matarlo. Para hacerlo lo llevaron con engaño a una gran roca, llamada «roca donde se hace quemar». Lo dejaron allá y ellos descendieron y prendieron fuego alrededor de la roca. Pero Quetzalcóatl se metió en un agujero que había en la roca, y sus hermanos se fueron pensando que lo habían matado. Habiéndose ido ellos, salió de la roca con arco y flechas, tiró sobre una cierva y la mató; la tomó en sus hombros y la llevó hacia su padre, y llegó antes que sus hermanos. Llegando éstos, estuvieron asombrados de verlo y pensaron matarlo de otro modo. Le hicieron subirse a un árbol, le dijeron que tirara de allá sobre pájaros y estando sobre el árbol comenzaron a tirarle sus flechas. Pero como era discreto se dejó caer en tierra fingiendo estar muerto. Viendo esto, sus hermanos se fueron a la casa.

Habiendo partido ellos se levantó Quetzalcóatl, mató un conejo y lo llevó a su padre antes de que sus hermanos llegaran. El padre, sospechando lo que sus hermanos querían hacer, le preguntó dónde se encontraban aquéllos; le respondió que ya llegaban, dejó a su padre y se fue a otra casa. Mientras tanto sus hermanos llegaron y el padre les preguntó dónde estaba Quetzalcóatl; ellos respondieron que ya venía. Entonces él les reprochó que querían matar a su hermano por lo cual se enojaron y se propusieron matar también a su padre. Esto lo hicieron llevándolo a una montaña. Después de haberlo matado querían traer a Quetzalcóatl y le hicieron creer que su padre se estaba transformando en roca y todos lo persuadieron para que sacrificara y ofreciera alguna cosa a esta roca, como leones, tigres, águilas, venados o mariposas, para tener ocasión de matarle, puesto que él no podría conseguir estas bestias. Puesto que Quetzalcóatl no quería obedecer, le querían matar, pero él se escapó de sus manos y se subió a un árbol, o lo que es más probable, subió a la misma roca y los mató a todos con sus flechas. Cuando esto pasaba, sus vasallos, que le amaban mucho, le vinieron a traer con muchos honores, tomaron las cabezas de sus hermanos y les sacaron el cerebro haciendo de ellas copas para beber.

Huitzilopuchtli

(azteca)

La fiesta más celebrada y más solemnizada de esta tierra, y en particular de los mexicanos y terzcucanos, fue la del ídolo llamado Huitzilopuchtli, cuyas ceremonias son muy diversas y tienen mucho que notar (...). Era tan temido y reverenciado este ídolo de toda esta nación indiana que a él sólo llamaban todopoderoso y señor de lo criado; a éste eran los principales y grandes sacrificios, y por consiguiente tenía el más suntuoso templo, de grande altura y más hermoso y galán edificio, cuyo sitio y fortaleza se ve en las ruinas que de él han quedado en medio de esta ciudad.

La figura de este gran ídolo Huitzilopuchtli era una estatua de madera entallada en semejanza de un hombre sentado en un escaño azul, fundado en unas andas, y de cada esquina salía un madero con una

cabeza de sierpe al cabo. Era el escaño de color azul, con que denotaban que estaba en el cielo sentado. Tenía este ídolo toda la frente azul, y por encima de la nariz una venda azul que tomaba de una oreja a otra; tenía sobre la cabeza un rico plumaje de hechura de pico de pájaro; el pico en que estaba fijado el plumaje era de oro muy bruñido y las *plumas* de pavos (?) verdes muy hermosos y muchas en cantidad. Tenía una sábana verde con que estaba cubierto, y encima de ella, pendiente al cuello, un delantal de ricas plumas verdes, guarnecido de oro, que sentado en un escaño le cubría hasta los pies. Tenía en la mano izquierda una rodela con cinco piñas de plumas blancas puestas en cruz, y al derredor de la rodela estaban colgadas plumas amarillas a manera de flecadura; subía por lo alto de ella un gallardete de oro y por el lugar de las manijas salían cuatro saetas, las cuales eran insignias que decían los mexicanos les fueron enviadas del cielo, con las cuales tuvieron las grandes y memorables victorias que quedan referidas. Tenía este ídolo en la mano derecha un báculo labrado a manera de culebra, todo azul y ondeado. Estaba ceñido con una banderilla que le salía a las espaldas, de oro muy bruñido: en las muñecas tenía unas ajorcas de oro, y en los pies unas sandalias azules.

Este ídolo así vestido y aderezado estaba siempre puesto en un altar alto, en una pieza pequeña muy cubierta de sábanas, de joyas, de plumas y aderezos de oro con muchas rodelas de plumas, lo más galano y curioso que ellos sabían y podían aderezarlo. Tenía siempre delante una cortina por más veneración y reverencia; junto al aposento de este ídolo había otra pieza menos aderezada, donde tenían otro ídolo que se decía Tláloc. Estas dos piezas estaban en la cumbre del templo, y para subir a ellas había ciento veinte escalones. Estaban estas piezas muy bien labradas todas con figuras de talla, de las cuales hay hasta ahora por las calles de esta ciudad: estos dos ídolos estaban siempre juntos, porque los tenían por compañeros y de igual valor y poder; delante de sus dos aposentos había un patio de cuarenta pies en cuadro, en medio del cual había una piedra de hechura de pirámide, verde y puntiaguda, de altura de cinco palmos, que echando un hombre de espaldas sobre ella le hacía doblar el cuerpo, y en esta forma sacrificaban a los hombres sobre esta piedra al modo que adelante diremos (...). Por dentro de la cerca de este patio había muchos aposentos de religiosos y religiosas, sin otros que en lo alto había para los sacerdotes y papas que al ídolo servían: era este patio tan grande y espacioso que se juntaban a bailar en él sin estorbo ninguno ocho o diez mil hombres en rueda, como ellos bailaban.

(...) había en medio donde estaba fundada esta ciudad cuatro calzadas en cruz, muy anchas y bien aderezadas que la hermoseaban mucho: estaban en estas portadas cuatro dioses, los rostros vueltos hacia las mismas partes donde estas puertas estaban: la causa de ello dicen que fue una disputa que tuvieron los dioses antes que el Sol fuese creado, y fingen los antiguos que, al tiempo que los dioses quisieron crear el Sol, tuvieron entre sí contienda, hacia qué parte sería bueno que saliese, y queriendo cada uno que saliese a la parte donde estaba, volvían el rostro hacia su pertenencia, pero al fin vino a vencer el de oriente, porque le ayudó Huitzilopuchtli, y desde entonces se quedaron con las caras vueltas así. (...) venían por los agujeros de un madero a otro unas varas delgadas, en las cuales estaban ensartadas muchas calaveras de hombres por las sienes; tenía cada vara veinte cabezas: llegaban estas hileras de calaveras desde lo bajo hasta lo alto de los maderos, llena de cabo a cabo la palizada, y tantas y tan espesas que ponían grande admiración y grima. Eran estas cabezas de los que sacrificaban, porque después de muertos y comida la carne, traían la calavera y entregábanla a los ministros del templo, y ellos la ensartaban allí. Dejábanlas hasta que de añejas se caían a pedazos, si no era cuando había tantas que las iban renovando y quitando las más añejas, o renovaban la palizada para que cupiesen más.

Hacíase al pie de esta palizada una ceremonia con los que habían de ser sacrificados, y era que a todos los ponían en hilera al pie de ella con gente de guarda que los cercaba: salía luego un sacerdote vestido con una alba corta llena de flecos por la orla, y descendiendo de lo alto del templo con un ídolo de masa de bledos y maíz amasado con miel, tenía los ojos de unas cuentas verdes y los dientes de granos de maíz; venía con toda la prisa que podía por las gradas del templo abajo, y salía por encima de una gran piedra que estaba fijada en un alto humilladero en medio del templo, llamábase la piedra Quauhxicalli, que quiere decir la piedra del águila; subiendo este sacerdote por una escalerilla que estaba al frente del humilladero y bajando por otra que estaba en otra parte y siempre abrazado con su ídolo, subía adonde estaban los que se habían de sacrificar, y desde un lado a otro iba mostrando aquel ídolo en particular y diciendo: «Éste es vuestro dios», y en acabando de mostrárselo descendía por el otro lado de las gradas, y todos los que habían de morir se iban en procesión tras de él hasta el lugar donde habían de ser sacrificados, y allí hallaban aparejados los ministros que los habían de sacrificar. El modo ordinario del sacrificio era abrir el pecho al que

sacrificaban, y sacándole el corazón medio vivo lo echaban a rodar por las gradas del templo, las cuales se bañaban en sangre, y ésta era la ordinaria ceremonia que en la fiesta de este ídolo y los demás se hacía.

Esta fiesta de Huitzilopuchtli era general en toda la tierra, porque era un dios muy temido y reverenciado, y así unos por temor y otros por amor no había provincia ni pueblo algunos que en la forma dicha no celebrase la fiesta del ídolo Huitzilopuchtli con la reverencia y acatamiento que nosotros celebramos la fiesta del santísimo sacramento, y así lo nombraban Cohuailhuitl, que quiere decir fiesta de todos, y cada pueblo en tal día sacrificaba los que sus capitanes y soldados habían cautivado, y certifican que pasaban de mil los que morían aquel día. Y para este fin de tener cautivos para los sacrificios, ordenaban las guerras que entre México y toda la nación tlaxcalteca había, no queriendo los mexicanos destruir y sujetar a Tlaxcala, y a Huexotzinco y a Tepeaca, y a Calpa, Acatzinco, Quauhquechulan y Atlixco, con otros comarcanos suyos, pudiéndolo hacer con mucha facilidad como habían sujetado a todo lo restante de la tierra, por dos razones: la primera y principal era decir que querían aquella gente para comida de sus dioses, «cuya carne les era dulcísima y delicada», y la segunda para ejercitar sus valerosos brazos, y donde fuese conocido el valor de cada uno, y así en realidad de verdad no se hacían para otro fin las guerras sino para traer gente de una parte y otra para sacrificar; porque nunca sacrificaban si no eran esclavos comprados o habidos en guerra.

El modo que había para traer cautivos era que cuando se acercaba el día de cualquier fiesta donde había de haber sacrificio, iban los sacerdotes a los reyes, y manifestábanles cómo los dioses se morían de hambre, que se acordasen de ellos; luego los reyes se apercibían y avisaban unos a otros cómo los dioses pedían de comer, por tanto, que apercibiesen sus gentes para el día señalado, enviando sus mensajeros a las provincias contrarias para que se apercibiesen a venir a la guerra; y así congregadas sus gentes y ordenadas sus capitanías y escuadrones, salían al campo situado donde se juntaban los ejércitos, y toda su contienda y batalla era prenderse unos a otros para el efecto de sacrificar, procurando señalarse así una parte como otra en traer más cautivos para el sacrificio, de suerte que en estas batallas más pretendían prenderse que matarse; porque todo su fin era traer hombres vivos para dar de comer al ídolo. Y éste era el modo y manera con que traían las víctimas a sus dioses, las cuales acabadas salían luego todos los mancebos y

mozos del templo, aderezados como ya he dicho, puestos en orden y en hileras los unos en frente de los otros, bailaban y cantaban al son de un tambor que les tañían en loor de la solemnidad e ídolo que celebraban, a cuyo canto todos los señores y viejos y gente principal respondían bailando en el circuito de ellos, haciendo un hermoso corro como lo tienen de costumbre, teniendo siempre a los mozos y mozas en medio, a cuyo espectáculo concurría toda la ciudad.

Quetzalcóhualtl

(azteca)

Este ídolo llamado Quetzalcóhualtl era de los mercaderes de esta tierra, los cuales residían en una gran ciudad que llaman Chulula, y por ser dios de gente rica, era honrado con particulares ceremonias fuera de las ordinarias y ricamente ataviado; y así se hará aquí particular mención de él. Era este ídolo muy celebrado y festejado de todos los mercaderes, tanto que el día en que se solemnizaba su fiesta gastaban cuanto en todo el año habían granjeado pretendiendo aventajarse a las demás ciudades por mostrar y dar a entender la grandeza y riqueza de Chulula. Estaba este ídolo en un templo alto, muy autorizado, en una ancha y larga pieza, puesto sobre un altar ricamente aderezado, teniendo alrededor de sí oro, plata, joyas, plumas ricas, ropas de mucho valor y diversas labores. Era este ídolo de madera en figura de hombre, excepto que la cara era de pájaro, con un pico y sobre él una cresta y verrugas, con unas rengleras de dientes en la lengua de fuera; desde el pico hasta la media cara era amarillo con una cinta negra que le venía ciñendo junto a los ojos por debajo del pico. Tenía en la cabeza una mitra de papel puntiaguda pintada de negro, blanco y colorado; de esta mitra colgaban unas tiras largas pintadas, con unos flecos al cabo que se tendían a las espaldas; tenía en las orejas unos zarcillos de oro, de hechura de unas orejas, y al cuello un joyel de oro grande a manera de ala de mariposa colgado de una cinta de gamuza colorada. Tenía vestida una cortina muy labrada, de negro, colorado, y pluma con espacios blancos; en las piernas tenía unas calcetas de oro, y en los pies unas sandalias de lo mismo, y en la mano un instrumento de madera de hechura de hoz,

pintada de negro, blanco y colorado, y junto a la empuñadura tenía una borla de gamuza blanca y negra, y en la mano izquierda una rodela de plumas blancas y negras todas de aves marinas, con cantidad de rapacejos de la misma pluma muy espesos. Éste era su ordinario ornamento, aunque en diversas solemnidades lo iban variando.

Solemnizábase la fiesta de este ídolo en esta forma. Cuarenta días antes compraban los mercaderes un esclavo que fuese bien hecho, sin mácula ni señal alguna, así de enfermedad como de herida o golpe alguno: a éste le vestían con los atavíos del mismo ídolo para que le representase estos cuarenta días, y antes que le vistiesen le purificaban lavándole dos veces en el lago que llamaban de los dioses, y siendo purificado le vestían en la forma que el ídolo estaba. Era muy reverenciado en estos cuarenta días, por lo que, cuando se presentaba, traía su guarda muy cumplida con otra mucha gente que le acompañaba: enjaulábanlo de noche como queda dicho de los demás, porque no se les huyese; luego de mañana lo sacaban de la jaula y lo ponían en lugar preeminente, y allí le servían dándole de comer preciosas viandas, y después de haber comido poníanle sartales de rosas al cuello y muchos ramilletes en las manos. Salían luego con él por la ciudad, el cual iba cantando y bailando por toda ella para ser conocido por semejanza de su dios, y en comenzando a cantar salían de las casas las mujeres y niños a saludarle y ofrecerle ofrendas como a dios. Nueve días antes de la fiesta venían ante él dos viejos muy venerables, de las dignidades del templo, y humillándose ante él le decían con una voz muy humilde y baja: «Señor, sabrás que de aquí a nueve días se te acabará este trabajo de bailar y cantar porque entonces has de morir»; y él había de responder «que fuese muy en hora buena». Llamaban a esta ceremonia Neyolmaxiltiliztli, que quiere decir el apercibimiento, y cuando le apercibían mirábanle con mucha atención, y si veían que se entristecía, y que no bailaba con aquel contento que solía, ni con la alegría que ellos deseaban, hacían una superstición asquerosa, era que iban luego y tomaban las navajas del sacrificio y lavábanle la sangre humana que estaba en ellas pegada de los sacrificios pasados, y con aquellas babazas hacíanle una bebida mezclada con otra que por acá llaman cacao; dábansela a beber porque decían que hacía tal operación en él, que quedaba sin ninguna memoria de lo que le habían dicho, y casi insensible, volviendo luego al ordinario contento, y aun dicen que con este medio, él mismo con mucha alegría se ofrecía a morir siendo enhechizado con aquel brebaje: la causa porque procuraban quitar a éste la tristeza era porque

lo tenían por muy mal agüero y pronóstico de algún gran mal. Llegado el día de la fiesta, a medianoche, después de haberle hecho mucha honra de música e incienso, tomábanle los sacrificadores, y sacrificábanle al modo arriba dicho, haciendo ofrenda de su corazón a la Luna y después arrojándolo al ídolo, dejando caer el cuerpo por las gradas del templo abajo de donde lo alzaban los que lo habían ofrecido, que eran los mercaderes cuya fiesta era ésta, y llevábanlo a la casa del más principal y allí lo hacían guisar en diferentes manjares para celebrar en amaneciendo el banquete y comida de la fiesta, dando primero los buenos días al ídolo con un pequeño baile que hacían mientras amanecía y se guisaba el sacrificado. Juntábanse después a este banquete todos los mercaderes, especialmente los que tenían trato de comprar o vender esclavos, a cuyo cargo era ofrecer cada año un esclavo para la semejanza de su dios.

Las diosas Toci

(azteca)

Una de estas diosas tuvo un hijo, grandísimo cazador, que después tomaron por su dios los de Tlaxcallan, donde había gran copia de cazadores, por ser la tierra aparejada para ello; éstos, en la solemnidad de su fiesta, por ser gente rica y poderosa, no menos ceremonias y gastos hacían que los demás, en particular los cazadores, porque de las fiestas ordinarias al reír del alba tocaban una bocina con que se juntaban todos con sus arcos y flechas, redes y otros instrumentos de caza, e iba con su ídolo en procesión tras ellos grandísimo número de gente, a una sierra alta, donde en la cumbre de ella tenían puesta una ramada con muchas frescuras, en medio un altar riquísimamente aderezado, donde ponían al ídolo yendo caminando con él con gran ruido de bocinas, caracoles, flautas y atambores: llegados al puesto cercaban toda la halda de la sierra alrededor, y pegándole fuego salían muchos y diversos animales, venados, gamos, conejos, liebres, zorras, lobos, etcétera, los cuales iban hacia la cumbre huyendo del fuego, y yendo los cazadores tras de ellos con gran grita y vocería, tocando diversos instrumentos, los llevaban hasta la cumbre delante del ídolo, donde venía a haber tanta apretura de caza que con los saltos, unos rodaban, y otros daban sobre la gente,

y otros sobre el altar con que había gran regocijo y fiesta. Tomaban entonces gran número de caza, y a los venados y animales grandes sacrificaban delante del ídolo sacándoles los corazones con la ceremonia que usaban en los sacrificios de hombres, lo cual hecho tomaban toda aquella caza a cuestas y volvíanse con su ídolo por el mismo orden que fueron, y entraban por la ciudad con todas estas cosas muy regocijadas con gran música, bocinas, y atabales, hasta llegar al templo donde ponían a su ídolo con gran reverencia y solemnidad; íbanse luego todos a guisar las carnes de toda aquella caza de que hacían un convite a todo el pueblo, y después de comer hacían sus representaciones y bailes acostumbrados delante del ídolo.

La cabeza de Incardi

(inca)

Incardi dio una ley para que la gente viviera bien. Y esa ley tenía dos reglas: no ser perezoso ni tener rabia en el corazón. Cuando la gente de Incardi vivía en un estado de bastante felicidad, vino el rey español y luchó con Incardi y lo venció. Y le cortó la cabeza. Y la cabeza se quedó en la ciudad del Cuzco. Pero la cabeza no murió, está viva. Se está reconstruyendo de la cabeza hacia el centro, hacia abajo de la tierra.

Cuando el cuerpo del dios esté íntegro, dará un gran salto sobre el mundo y hará el juicio final.

El origen de las estrellas

(guaraní)

Dos mujeres salieron a recoger maíz. Como la cosecha era poca, pidieron ayuda a un joven que pasaba. Éste, aprovechando la ocasión, llenó también su bolsa. Al llegar a su casa, dio el maíz a la abuela para que le hiciese tortas, que comió alegremente con sus amigos. Terminado el

festín, pensaron que la abuela podría contar a sus madres lo que acababan de hacer, y decidieron cortarle la lengua.

Realizado esto, aterrados de su acción, se dispusieron a huir. Llamaron un *piodudu,* al pájaro picaflor, y le encargaron que subiese una cuerda y la atara al cielo. Lo hizo así el pájaro y los muchachos empezaron a trepar por ella. De pronto aparecieron las madres y también comenzaron a subir, en busca de sus hijos. Éstos ya habían llegado al cielo, y el ladrón de maíz, que iba el último, cortó la soga. Las mujeres cayeron.

En castigo, los muchachos fueron condenados a permanecer para siempre en el cielo, con los ojos fijos en la Tierra, buscando a las madres. Esas brillantes pupilas son las estrellas.

Mitos siderales y terrestres

Los muertos en el Sol

(azteca)

...Los que se van al cielo son los que mataban en las guerras y los cautivos que habían muerto en poder de sus enemigos: unos morían acuchillados, otros quemados vivos, otros acañaverados, otros aporreados con palos de pino, otros peleando con ellos, otros atábanles teas por todo el cuerpo y poníanles fuego, y así se quemaban. Todos estos dizque están en un llano que a la hora que sale el sol alzaban voces y daban gritos golpeando las rodelas, y el que tiene rodela horadada de saetas por los agujeros de la rodela mira al Sol, y el que no tiene rodela horadada de saetas no puede mirar al Sol. Y en el cielo hay arboleda y bosque de diversos árboles. Las ofrendas que les daban en este mundo los vivos, iban a su presencia y allí los recibían. Después de pasados cuatro años, las ánimas de estos difuntos se tornaban en diversos géneros de aves de pluma rica, y de color, y andaban chupando todas las flores tanto en el cielo como en este mundo, como los chupamirtos (zinzones) lo hacen.

Lo que decían los antiguos acerca de los que iban a la casa del Sol es que todos los hombres valientes que morían en la guerra y todos los demás soldados iban allá, y habitaban la parte oriental del Sol. Cuando salía el Sol, luego de mañana se aderezaban con sus armas y le iban a recibir, haciendo estruendo y dando voces. Con gran solemnidad iban

delante de él peleando, con pelea de regocijo, y llevándolo así hasta el puesto de mediodía. Acerca de las mujeres muertas de parto los antiguos dijeron que todas ellas van a la casa del Sol, y residen en la parte occidental del cielo y por eso los antiguos llamaron a aquella parte *cihuatlampa* («tierra de mujeres»)... Cuando el Sol sale por la mañana le van haciendo fiesta los hombres, hasta que llega al mediodía, y luego las mujeres se aparejaban con sus armas, y de allí comenzaban a guiarle, haciéndole fiesta y regocijo. Después de que los hombres aparejados como para la guerra lo dejaban en compañía de las mujeres, se esparcían por todo el cielo y por los jardines del mismo, para chupar flores hasta el otro día.

El mensajero del Sol

(inca)

Hace tiempo nació en los Andes un cóndor. Su cuello era blanco y suave. Había en él algo que le distinguía de sus compañeros: su vuelo era más amplio y atrevido; su actitud, más majestuosa. Se le veía remontarse sobre las nubes y lanzarse velozmente hacia confines ignorados y lejanos. El amplio límite en que se movían sus compañeros se le antojaba espacio en exceso reducido para su sed de lejanías y horizontes. Los demás cóndores observaban con envidia y despecho al hermoso soberano de los espacios. Al fin, el cóndor aventurero decidió marcharse. Así lo hizo, y un día se le vio dirigirse hacia el norte.

Por entonces la capital del Cuzco se animaba con los preparativos de la fiesta del *raimi,* en la que se sucedían las más brillantes ceremonias guerreras y religiosas. Llenaban la ciudad los curacas, y capitanes del inca, vestidos con magníficas pieles de zorro, adornados con guirnaldas de flores. Y en sus manos, habituadas a la lucha, apretaban con coraje las armas victoriosas; las lanzas, las flechas ligeras y las temibles hachas. Pueblo y guerreros aguardaban con religiosa impaciencia, en la plaza Huacaipata, la llegada del inca. El sonoro clamor de quenas y tambores anunció su proximidad. Y se sucedió un gran silencio.

Era ya el rompimiento del alba. El Sol, al nacer, extendía su temblor rosado. Ante el dios luminoso se arrodillaron los vasallos del inca.

Sólo Huaina-Chapac, el descendiente del Sol, permaneció de pie. Era en aquel momento el sumo sacerdote; se adelantó hacia el altar y cogió con ambas manos los vasos de oro y la *aquilla* sagrada. Invitó a la sacra libación al Sol, su señor. A continuación se llevó a los labios el vaso que sostenía con la mano derecha, y al mismo tiempo inclinó el que tenía en la izquierda y vertió por el suelo su contenido. Los circunstantes contemplaban en silencio el mudo ritual. Se acercaron los familiares de Huaina-Chapac y bebieron en el vaso del inca. Seguidamente, el rey ofreció otro vaso a sus curacas y otro a los sacerdotes. Todos bebieron con religiosa unción el líquido que para la sacra ceremonia habían preparado las vírgenes recluidas en la «casa de las escogidas».

Después se pusieron en marcha, y al frente de la multitud iba Huaina-Chapac. Llegaron al gran Templo del Sol. Sobre la llanura se arrodillaban humildemente las gentes. El inca avanzó hasta la puerta y penetró en el recinto sagrado. Llevaba en sus manos los vasos de oro para ofrecerlos al Sol. Y, a continuación, el dios recibió el homenaje del pueblo: los nobles curacas depositaron ricos dones de oro y plata. Los vasallos humildes sacrificaron ante la divinidad solar sus ovejas y sus zorros. Y algunos llevaban serpientes y lagartijas, y ofrendas aún más extrañas.

Concluida la ceremonia propiciatoria, regresaron a la plaza Huacaipata. Se acercaba el momento supremo en que había de desvelarse el porvenir que los dioses reservaban a los siervos de Huaina-Chapac. Ante el altar de los sacrificios, alzado en la plaza, fue llevado un negro cordero de espesas lanas y bien cebadas carnes. Los augures le rodearon. Abrieron su costado y extrajeron sus vísceras, en las que aún alentaba, palpitante, la vida. Un silencio, un anhelo angustioso, estremecía a la muchedumbre. Los sacerdotes ofrecieron las vísceras a la contemplación de las gentes. Un clamor dolorido les contestó: los pulmones se habían reventado y del corazón brotaba abundantemente la sangre. Huillac-Umo pronunció su augurio; grandes calamidades prometían oscurecer el reinado del noble príncipe.

Sobre las nubes se dibujó la silueta de un ave de extraordinaria magnitud y magnífico vuelo. Y tras ella se lanzó una verdadera bandada de águilas y halcones. Entablóse un desigual y jamás visto combate. Desde la llanura, el inca, los sacerdotes y el pueblo seguían con interés el desarrollo de la lucha. Invulnerable a los asaltos, el ave majestuosa derribó una tras otra a todas las águilas, y los halcones, aterrados, se dispersaron rápidamente. Giró unos momentos, bajo el cielo anchuroso, la vencedora. Y se alejó.

Habló Huillac-Umo:

–El Sol ha dicho: «Éste es mi enviado, el cóndor victorioso; él lleva mi mensaje al pueblo de los incas. Huaina-Chapac vencerá todos los dolores y superará todos los peligros».

Desde entonces, los incas adoptaron al cóndor, al señor orgulloso de los Andes, como símbolo del glorioso poder del Imperio del Sol.

El Sol enlazado

(shawnee)

Cuando los animales reinaban en la Tierra, eran muy fieros y sedientos de sangre, y mataron a todos los seres humanos que entonces llenaban los bosques, excepto una doncellita y su hermano, que vivían muy apartados. El hermanito era muy pequeño de tamaño, pero ella poseía una estatura normal y por lo tanto era mucho más grande que él. Por esta ventaja en el tamaño, ella se veía obligada a realizar todas aquellas labores que les permitían subsistir.

Una mañana de invierno la joven doncella dijo a su hermano que ella lo dejaría en la casa cuando marchara a los bosques para buscar la comida.

El día llegó y ella dio a su hermano un arco y algunas flechas y le dijo que se escondiera bien hasta que viera llegar el pájaro de las nieves, el cual vendría a picar los gusanos que ella le había dejado en un tronco cercano.

–Cuando el pájaro aparezca –le dijo–, coge el arco y tírale las flechas.

Y tras decirle esto, lo dejó bien escondido, y se marchó.

El joven hermano obedeció cuanto le indicara su hermana, pero no tuvo suerte. El pájaro vino, le disparó la flecha y no lo tocó.

Cuando su hermana regresó y supo lo sucedido le aconsejó que no se descorazonara, y le permitió ejercitarse con su arco y su flecha.

Al día siguiente, la muchacha marchó otra vez a los bosques y su hermanito quedó esperando al pájaro. Lo vio y le lanzó una flecha y, para su gran goce, lo alcanzó, y cuando su hermana vino al anochecer se lo mostró orgullosamente.

–Mi hermana –le dijo–, me gustaría que le quitaras la piel a este pájaro, y a todos los otros que yo vaya matando, y así, cuando tenga muchas pieles, me harás un lindo abrigo con ellas.

–¿Y qué haremos con el cuerpo? –le preguntó la hermana. Esto se lo preguntaba porque entonces todavía la gente no se alimentaba de los animales.

–Córtalo en dos partes –le respondió– y echa una parte en el potaje de hoy y otra en el de mañana.

El muchacho era sabio, aunque de corta estatura.

Y así se hizo. Y el muchacho siguió cazando pájaros hasta el número de diez, y con sus pieles la hermana le hizo un pequeño abrigo.

–Hermana –le dijo un día–: ¿estamos solos en el mundo? ¿Nadie como nosotros vive?

Debe de haber otros viviendo –le respondió su hermana–, pero es que estamos rodeados de fieras y no debemos acercarnos a ellas al ir en busca de nuestros iguales.

Estas palabras inflamaron la curiosidad del jovenzuelo, quien determinó explorar el país para ver si encontraba algún semejante. Y se lanzó a caminar por un largo tiempo, y no encontró a nadie. Como se sintió cansado se echó a reposar en un sitio donde el sol había licuado la nieve. Allí se quedó dormido.

Mientras dormía, el Sol despidió tanto calor que el muchacho se quitó su abrigo de piel de pájaro, y cuando despertó el abrigo estaba seco y roto. Enseguida se enfureció y culpó al Sol de la pérdida de su amada prenda.

–¡No creas que estás muy alto! –gritó al Sol–. ¡Me voy a vengar de ti!

Al retornar a su casa le contó a su hermana lo que le había ocurrido, entre grandes lamentaciones. No quiso comer, se echó en el suelo y permaneció durante diez días durmiendo de un solo lado; despertó entonces, se volvió del otro lado, y así estuvo echado diez días más.

Cuando se levantó, le ordenó a su hermana que construyera un lazo, porque intentaba atrapar al Sol. Ella le respondió que no contaba con nada adecuado para ello. Solamente tenía un pedazo de tendón seco de venado, con el cual podía formar un pequeño lazo corredizo, pero ella no creía que esto pudiera servirle. Entonces la muchacha tomó mechones de sus pelos y fabricó una soga con ellos; pero tampoco esto servía para un buen lazo capaz de atrapar al Sol.

Entonces ella salió de la cabaña y, mientras estaba sola, musitó estas

palabras indias: *«Neow obewy indapin»,* y empezó a trenzar el cabello hasta lograr una cuerda muy fina. Se la llevó a su hermano y éste comprendió al momento que tenía la cuerda que necesitaba. La llevó a su boca, y tan pronto como la mojó la cuerda se tornó de metal.

Salió de su cabaña a la medianoche con el fin de sorprender al Sol cuando éste comenzara a levantar.

En cuanto el primer rayo del Sol tocó la Tierra, el joven tiró su lazo y lo alcanzó, y el Sol quedó atrapado tan fuertemente por la cuerda que no pudo levantarse para emprender su viaje por el cielo.

Entonces los animales que gobernaban la Tierra sintieron una gran conmoción. No tenían luz y su consternación fue tan grande que llamaron a un Gran Consejo para ver si podían hallar soluciones a tan grave problema.

Se discutió sobre quién pudiera ir a cortarle la cuerda al Sol. Ésta sería una hazaña muy difícil, porque los rayos del Sol quemaban a todos los que se le acercaban. Entonces la lagartija dijo que ella haría tan riesgosa tarea. La lagartija era entonces el más grande animal del mundo, pues tenía el tamaño de una montaña. Y salió rumbo al Sol.

Cuando llegó al lugar donde el Sol se hallaba enlazado, su lomo humeaba por el intenso calor, hasta que finalmente éste fue reducido a cenizas. Pero la lagartija perseveraba en sus esfuerzos y cortó en dos la cuerda con sus dientes, liberando al Sol. Pero ella quedó muy reducida de tamaño con el fuego, y así ha permanecido. Y se le puso por nombre Kug-e-been-gua-kwa, que quiere decir mujer ciega.

El viento que hizo mover al Sol

(azteca)

Después que hubieron salido [el Sol y la Luna] sobre la Tierra, estuvieron quedos, sin moverse de su lugar; y los dioses otra vez se hablaron y dijeron:

–¿Cómo podemos vivir? ¿No se menea el Sol? ¿Hemos de vivir entre los villanos?

–Muramos todos y hagamos que resucite el Sol por nuestra muerte.

Y luego el dios del aire se encargó de matar a todos los dioses y

matólos; y dícese que uno llamado Xolotl rehusaba la muerte, y dijo a los dioses:

–¡Oh Dioses, no muera yo!

Y lloraba en gran manera, de suerte que se le hincharon los ojos de llorar; y cuando llegó a él el que mataba echó a huir, escondiéndose entre los maizales y convirtióse en pie de maíz que tiene dos cañas (...). Y fue visto y hallado, y otra vez echó a huir y se escondió entre los magueyes, y convirtióse en maguey que tiene dos cuerpos; otra vez fue visto y echó a huir y metióse en el agua, hízose pez que se llama axolotl y de allí lo tomaron y lo mataron; y dicen que, aunque fueron muertos los dioses, no por eso se movió el Sol; y luego el viento comenzó a soplar y ventear reciamente y él le hizo moverse para que anduviese su camino... Dicen que aunque fueron muertos los dioses, no por eso se movió el Sol. Luego el viento comenzó a soplar y ventear reciamente, y él le hizo moverse para que anduviese su camino. Después que el Sol comenzó a caminar, la Luna se estuvo queda en el lugar donde estaba. Solamente después del Sol comenzó la Luna a andar. De esta manera se desviaron el uno del otro y así salen en diversos tiempos: el Sol está durante el día, y la Luna actúa en la noche o alumbra en la noche.

La creación de la Luna

(zaparo, Brasil)

Había antiguamente sobre la Tierra un hombre que estaba casado. Tenía una hermana de la cual estaba enamorado y de la que se hizo su amante, sin que ella supiese con quién tenía relaciones, pues no iba a verla sino por la noche. Curiosa por saber quién era su visitante nocturno, puso cerca de ella frutos de *huitu,* y cuando el hombre se presentó junto a ella se los aplastó en las manos con el pretexto de acariciarle, se los pasó por el rostro, reteniéndole junto a ella hasta la mañana siguiente, con el fin de que el jugo de la fruta se pudiese secar.

Antes de la aurora, el hombre, que no quería ser reconocido, se fue, pero al salir el Sol vio que su rostro estaba cubierto de manchas negras de huitu y, avergonzado, a fin de no ser descubierto, se dispuso a volar al

cielo. Por eso, hizo con plumas dos abanicos y llamó al *sara-pisku*[4] para que le ayudase a volar. Al mismo tiempo había llamado a su mujer, con el fin de partir con ella, pero ésta no consiguió estar preparada a tiempo: tan pronto su *anaku* se desataba, tan pronto sus sacos de provisiones no estaban llenos, tan pronto ella se olvidaba de algún objeto en la casa. Entre tanto, el hombre veía cómo se iba elevando el Sol y cómo avanzaba el tiempo, y desesperado de no ver arreglada a su mujer, le dijo:

–Yo me voy –y voló al cielo tocando la flauta. Voló y voló, cada vez más alto, hasta que se hizo muy pequeño y se quedó en lo alto: él es la Luna, y las manchas de huitu que aquel hombre tenía en el rostro son las que se observan en el disco de la Luna.

En cuanto a la hermana parece ser que los padres, habiendo sabido lo que ocurría, le dieron una seria corrección a base de golpes y se la llevaron.

Pero la mujer, viendo que su marido la había abandonado, se convirtió en pájaro nocturno, que no canta más que las noches de luna, y grita: «¡Kusa-kusa!» (¡Esposo, esposo!) en cuatro notas descendentes bastante tristes. Y dicen que es la mujer abandonada que llama a su marido.

El Sol y la Luna I

(jíbaro, Ecuador)

El Sol (Etsa) y la Luna (Nantu), antiguamente eran gentes (jíbaros) y vivían aquí abajo, en la Tierra, en la misma casa y tenían la misma mujer. Ésta era un ave, la chotacabras, llamada Aóho por los jíbaros. Ahora Sol estaba con Aóho, ahora Luna. Cuando Sol abrasaba a Aóho, era muy caliente y eso gustaba a la mujer. Al contrario, cuando Luna la abrazaba, ella sentía frío y no le agradaba.

–Tú eres muy frío –dijo a Luna–, no te quiero.

Sol se burló de Luna y le dijo:

–¿Por qué eres tan frío? Yo soy muy caliente y por eso la mujer me quiere.

De esto se enojó Luna y se fue arriba, al cielo, trepando por un

[4] Pájaro del maíz. *(N. del C.)*

bejuco. Al mismo tiempo sopló a Sol, de modo que éste por un momento se oscureció y no aparecía (eclipse solar). La mujer, creyéndose sola, dijo:

–¿Por qué voy a quedarme aquí yo sola? Yo también me voy arriba –y se puso a trepar tras Luna al cielo por el mismo bejuco.

Ella llevaba consigo una canasta llena de barro del que las jíbaras suelen hacer las ollas. Ya estaba Aóho cerca del cielo, cuando Luna notó que ella le seguía.

–¿Por qué me sigues? –dijo a la mujer–. Ya no te quiero –dio un golpe al bejuco, de modo que éste se cortó, y la mujer, junto con la canasta de barro, cayó al suelo. El barro, por la caída, se regó por todas partes, y en donde quedó algo de él allá principió a criar.

También Sol, más tarde, se fue al cielo, trepando por otro bejuco, pero también allá arriba Luna siempre tiene que huir de Sol, corriendo por encima de las montañas. Nunca pueden andar juntos y nunca se concilian. Por eso Sol siempre se ve de día, mientras que Luna aparece de noche.

Si Sol y Luna en lugar de reñir por la posesión de la mujer, hubieran acordado en tenerla juntos, también ahora, entre los jíbaros, dos hombres podrían tener una mujer juntos. Mas como Sol y Luna eran celosos uno de otro y reñían por la mujer, así también ahora los jíbaros tienen que estar celosos unos de los otros y pelear por la posesión de las mujeres.

Pero el barro, del que todavía las mujeres jíbaras hacen las ollas para las fiestas, tiene su origen de la mujer Aóho, habiendo salido del alma de ella; y en todas partes desde ahora se encuentra ese barro, y esto es porque lo ha regado la mujer Aóho, que después se convirtió en el ave de ese nombre.

El Sol y la Luna II

(azteca)

Decían que antes que hubiese día en el mundo se juntaron los dioses en aquel lugar que se llama Teotihuacan. Dijeron los unos a los otros dioses:

–¿Quién tendrá cargo de alumbrar al mundo?

Luego, a estas palabras respondió el dios que se llamaba Tecuciztécatl, y dijo:

–Yo tomo cargo de alumbrar al mundo.

Luego otra vez hablaron los dioses, y dijeron:

–¿Quién será otro?

Luego se miraron los unos a los otros, y conferían quién sería el otro, y ninguno de ellos osaba ofrecerse a aquel oficio; todos temían y se excusaban. Uno de los dioses del que no se hacía cuenta y era buboso, no hablaba sino oía lo que otros dioses decían, y los otros le hablaron y le dijeron:

–Sé tú el que alumbres, bubosito.

Y él, de buena voluntad, obedeció a lo que le mandaron (...).

Luego los dos comenzaron a hacer penitencia durante cuatro días. Después encendieron fuego en el hogar, el cual era hecho en una peña, que ahora llaman Teotexcalli. Todo lo que ofrecía el dios Tecuciztécatl era precioso. En lugar de ramos ofrecía plumas ricas de quetzal, y en lugar de pelota de heno ofrecía pelotas de oro, en lugar de espinas de maguey ofrecía espinas hechas de piedras preciosas, en lugar de espinas ensangrentadas ofrecía espinas hechas de coral colorado; y el copal que ofrecía era muy bueno. El buboso, que se llamaba Nanahuatzin, en lugar de ramos ofrecía cañas verdes atadas de tres en tres, todas ellas llegaban a nueve; ofrecía bolas de heno y espinas de maguey, y las ensangrentaba con su misma sangre; y en lugar de copal ofrecía las postillas de las bubas (...). Llegada la medianoche, todos los dioses se pusieron en rededor del hogar que se llama *teotexcalli*: en este lugar el fuego ya ardía cuatro días. Ordenándose los dichos dioses en dos filas, unos de una parte del fuego y otros de la otra; y luego los dos sobredichos se pusieron delante del fuego, las caras hacia el fuego, en medio de las dos rengleras de los dioses. Todos éstos estaban levantados, y luego hablaron y dijeron a Tecuciztécatl:

–¡Ea pues, Tecuciztécatl, entra tú en el fuego!

Él luego acometió para echarse en el fuego; y como el fuego era grande y estaba muy encendido, cuando sintió el gran calor del fuego tuvo miedo, y no osó echarse en el fuego y se volvió atrás. Otra vez tornó para echarse en el fuego haciéndose fuerza, y llegando se detuvo, no osando echarse en el fuego. Cuatro veces probó, pero nunca se osó echar. Estaba puesto mandamiento que no probase más de cuatro veces. Después de haber probado cuatro veces los dioses hablaron a Nanahuatzin y le dijeron:

–¡Ea pues, Nanahuatzin, prueba tú!

Y como le hubieron hablado los dioses, se esforzó y cerrando los ojos arremetió y se echó en el fuego. Luego comenzó a rechinar y rependar en el fuego, como quien se asa. Como vio Tecuciztécatl que se había echado en el fuego y ardía, arremetió y se echó en el fuego, y dizque luego un águila entró en el fuego y también se quemó, y por eso tiene las plumas hoscas y negruzcas; a la postre entró un tigre, y no se quemó, sino se chamuscó y por eso quedó manchado de negro y blanco (...).

Después que ambos dioses se hubieron quemado, los otros se sentaron a esperar de qué parte vendría a salir Nanahuatzin. Después que estuvieron gran rato esperando, se comenzó a poner colorado el cielo y en todas partes apareció la luz del alba. Dicen que después de esto los dioses se hincaron de rodillas para esperar adónde saldría Nanahuatzin hecho sol. Miraron a todas partes volviéndose en rededor, mas nunca acertaron a pensar, ni decir a qué parte saldría; en ninguna cosa se determinaron. Algunos pensaron que saldría en la parte del norte y se pararon a mirar hacia él; otros hacia el mediodía –a todas partes sospecharon que había de salir, porque en todas partes había resplandor del alba–. Otros se pusieron a mirar hacia el oriente y dijeron:

–Aquí, de esta parte, ha de salir el sol.

El dicho de éstos fue verdadero (...).

Cuando vino a salir el Sol, pareció muy colorado y como si se contoneara de una parte a otra; nadie lo podía mirar, porque quitaba la vista de los ojos, ya que resplandecía mucho y echaba rayos muy fuertes, que se derramaban por todas partes. Después salió la Luna en la misma parte del oriente, a la parte del Sol –primero salió el Sol y tras él la Luna; por el mismo orden que entraron salieron hechos Sol y Luna.

El hijo del Sol

(muisca)

[Se había profesado que la reencarnación del Sol] la había de hacer el Sol, tomando carne humana de una doncella de las del pueblo de Guachetá y que había de parir lo que concibiese de los rayos del Sol,

quedando virgen. Sonó por toda la provincia esta nueva y teniendo dos hijas doncellas el cacique del pueblo dicho, deseosas ambas de que sucediese en ellas el milagro, todos los días a la alborada se salían del cercado y casas de sus padres, y subiéndose a un cerro de los muchos que tiene el pueblo a la parte de salir el Sol, se acostaban de manera que les pudiese herir con los primeros rayos, y continuando esto por algunos días fue disponiendo el demonio, de manera que en los pocos días que las doncellas hicieron esto, la una fue apareciendo como preñada que ella decía del Sol, y al cabo de los nueve meses parió una *guataca* que es en su lengua una piedra de esmeralda grande y rica. La mujer la tomó y envolviéndola en unos algodones, púsola entre los pechos donde la trajo algunos días y al fin de ellos la halló convertida en criatura... A ésta llamaron Goranchacha y la criaron en la misma casa del cacique con título de hijo del Sol, hasta que ya fue de más de veinticuatro años, cuando ya por toda la provincia se sabía de su nacimiento y crianza y le tenían por hijo del [Sol]. Parecióle al mozo que se estimaba por hijo de tal padre que no debía estar ya en una aldea como era Guachetá, sino irse a la corte de Ramiriquí y verlo a él y sus grandezas y puso en efecto sus intentos caminando ya la última jornada de él. Sabiendo de su venida el Ramiriquí le salió a recibir, hospedó y regaló en su casa por algunos días como a hijo del Sol. (...) Estúvose allí algunos días entreteniéndose en regocijos y fiestas... y tratando de volverse a la corte, encontró en el camino, cerca de las Peñas de Paipa, un indio de los que había traído y dejado en Ramiriquí, que le contó cómo el cacique había ahorcado a un muchacho que le servía de paje al gran Goranchacha y que había dejado en la corte cuando fue a Sogamoso. Encendiéndole en cólera la nueva, de manera que entrando en Ramiriquí [mató el cacique], asentó su casa y corte allí, señalando los criados que le parecieron más a propósito y entre ellos al pregonero que era un indio con una gran cola que ninguno supo de dónde vino, pero era el más estimado de todos los criados que tenía..., porque este oficio de pregonero ha sido siempre tan estimado entre los muiscas que los que lo ejercitaban eran la segunda persona del pueblo, en sangre, nobleza y estimación de todos... Comenzó a gobernar este Goranchacha con tanto señorío y crueldad para con sus vasallos, que no sólo no se dejaba hablar de todos, ni mirar a la cara, porque ésa era común costumbre de todos los caciques, pero aún habían de estar delante de él postrados y el rostro pegado al suelo, y así le hablaban a los pocos que él daba licencia. El rigor que tenía para los castigos, aun por cosas leves, era tal que no se atrevían

a quebrantar sus mandatos aunque fuesen con riesgos de la vida. Los azotes que mandaba dar eran tan crueles que haciéndolos cargar primero sobre las carnes de pencas de tuna sobre las espaldas, sobre ellas los azotaban fuertemente o apaleaban.

Cerca de las postreras casas del pueblo, a la parte del norte, donde ahora llaman las Cuadras de Porras, hizo edificar un templo a su padre el Sol donde lo hacía venerar con frecuentes sacrificios y él hacía sus estaciones en ciertos días del año con tanta procesión para acompañarle, y teniéndole por el suelo por todo el camino mantas finas y pintadas, comenzaba a caminar desde su palacio, (...) con tanto despacio y flema que no habiendo de una parte a otra más que hasta tres tiros de escopeta, gastaba tres días enteros en el viaje, otros tres estaba solo en el oratorio y capilla del templo y en otros tantos volvía a sus reales casas. Quiso sublimar la fábrica de este templo en honra de su padre y poniéndole en efecto, mandó que le trajesen de diversas partes gruesos y valientes mármoles; llegaron al sitio con tres de ellos como hoy se ven, aunque dicen nunca vieron la cara de los que los traían por llegar con ellos de noche, de donde coligen que los oficiales eran también demonios.

Los hijos del Sol

(inca)

No había en el principio del mundo comida para un hombre y una mujer que el dios Pachacamac había creado. Murió de hambre [el hombre] y quedó la mujer sola; que saliendo un día al campo a sacar las raíces de hierbas entre espinas, con que poderse sustentar, alzó los ojos al Sol, y entre abundantes lágrimas y quejosos suspiros, le dijo al Sol así:

–Amado Creador de todas las cosas, ¿para qué me sacaste a la luz del mundo, si había de ser para matarme con pobreza, y consumirme con hambre? ¡Oh, nunca te acordarás de crearme de la nada, o me acabarás al punto que salí a este mundo, yo sola viva en el mundo, sin sucesión de hijos, pobre, afligida y sola; ¿por qué, oh Sol, si nos creaste, nos consumes? ¿Y cómo, si eres el que repartes luces, muestras ser miserable negándome el sustento? No pareces ser piadoso, pues no te compadeces de los afligidos, y no socorres a los que creaste tan

desdichados; permite o que el cielo me mate con un rayo, o la tierra me trague acabando tan trabajosa vida, o socórreme benigno, pues me creaste, Omnipotente.

Éstas y otras ternuras y desesperaciones decía afligida al Sol...

Oyendo sus lástimas, condolido de sus lágrimas, le dijo palabras amorosas [el dios del Sol], que depusiese el miedo, que esperase descansos, porque ya no sería causa de sus penas la que hasta allí lo había sido de sus congojas (...). Mandóle que continuase en sacar las raíces, y ocupada en esto, le infundió sus rayos el Sol, y concibió un hijo que dentro de cuatro días con gozo grande parió, segura ya de ver sobradas sus venturas, y amontonadas las comidas. Pero salió al contrario, porque el dios Pachacamac, indignado de que al Sol se le diese la adoración debida a él, y naciese aquel hijo en desprecio suyo, cogió al recién nacido semidiós, y sin atender a las defensas y gritos de la madre, que pedía socorros al Sol, padre de aquel hijo, y también padre del dios Pachacamac, lo mató despedazando en menudas partes a su hermano...

Pero Pachacamac, porque nadie otra vez se quejase de la providencia de su padre el Sol de que no producía mantenimientos, ni la necesidad obligase a que a otro que él se le diese la suprema adoración, sembró los dientes del difunto y nació el maíz; maíz, semilla que se asemeja a los dientes. Sembró las costillas y huesos, nacieron las yucas, raíz que tiene proporción en lo largo y blanco con los huesos, y las demás frutas de esta Tierra que son raíces. De la carne procedieron los pepinos, pacayes y lo restante de sus frutos y árboles, y desde entonces ni conocieron hambre ni lloraron necesidad, debiéndole al dios Pachacamac el sustento y la abundancia, continuando de suerte su fertilidad la tierra, que jamás ha tenido con extremo hambres (...).

No se aplacó la madre con estas abundancias, porque en cada fruta tenía un «acordador» del hijo, y un sisal de su agravio; y así su amor y la venganza la obligaban a clamar al Sol, y a pedir el castigo o el remedio de sus desdichas. Bajó el Sol no poderoso contra el hijo Pachacamac, sino condolido de la mujer que le lastimaba; y preguntándole dónde tenía la vid y ombligo del hijo difunto, se lo mostró, y el Sol dándole vida creó de él otro hijo, y se lo entregó a la madre, diciéndole:

–Toma y envuelve en mantillas a este hijo que llora, que su nombre es Vichama (otras informaciones dicen es Villama).

Se crió al niño que creció hermosísimo, hasta ser bello y gallardo mancebo (...).

El inca Yupanqui y el dios del Sol

(inca)

Dicen que fue el inca Yupanqui quien con suntuosidad edificó la casa del Sol en Cuzco, porque antes era muy pequeña y pobre. La causa de ello fue la fábula siguiente:

Dicen que antes que fuese señor, fue a visitar a su padre, el inca Viracocha, que estaba en Sacsahuamán, a cinco leguas del Cuzco. Cuando llegó a una fuente llamada Susur-puquio, vio caer una tabla de cristal en la misma fuente, dentro de la cual vio una figura de indio en la forma siguiente: en el colodrillo de la cabeza le salían tres rayos hacia arriba, muy resplandecientes a manera de rayos de sol. En las axilas llevaba unas culebras enroscadas y en la cabeza tenía un *llautu,* como el del inca. Las orejas estaban horadadas y en ellas se encontraban puestas unas orejeras; también los trajes y vestidos eran como los del inca. Por entre las piernas le salía la cabeza de un león, y en las espaldas había otro león, cuyos brazos parecían abrazar uno y otro hombro; además, una especie de culebra le colgaba de lo alto de las espaldas hacia abajo. Visto el dicho bulto y figura por el inca Yupanqui, se echó a huir, y el bulto de la estatua le llamó por su nombre desde dentro de la fuente, diciéndole:

–Venid acá, hijo, no tengáis temor que yo soy el Sol, vuestro padre, y sé que habéis de sujetar muchas naciones. Por eso tenedme muy en cuenta y reverenciadme y acordaos en vuestros sacrificios de mí.

Después desapareció el bulto y solamente se quedó el espejo en la fuente. El inca lo tomó y lo guardó, y se cuenta que después veía en él todas las cosas que quería. Siendo señor, mandó a hacer una estatua del dios del Sol, ni más ni menos como la que había visto en el espejo.

El pastor y la doncella hija del Sol

(inca)

En la cordillera y sierra nevada que está encima del valle del Yucay, llamada Pitusiray, guardaba el ganado blanco del sacrificio [llamas] que ofrecían los incas al Sol un indio natural de los lares llamado Acoyanapa, el cual era mozo bien dispuesto y muy gentil hombre; andaba tras su ganado y mientras paseaba tocaba una flauta que tenía, muy suave y dulcemente, no sintiendo pena ninguna de los accidentes amorosos que la mocedad sentir le hacía, ni tampoco sentía placer en tenerlos.

Le sucedió un día que cuando más descuidado estaba tocando la flauta, llegaron a él las dos hijas del Sol que en toda la Tierra tenían moradas a donde acogerse y guardas en todas ellas. Podían estas dos hijas del Sol pasearse de día por toda la Tierra y ver sus verdes prados, mas no podían faltar de noche de sus casas, y a tiempo de entrar en ellas, las guardas y los pastores las cataban y miraban si llevaban alguna cosa que las pudiese dañar; y como habemos dicho, llegaron a donde estaba el pastor, muy descuidado de verlas y ellas le preguntaron por el ganado y pasto que tenía.

El pastor que hasta entonces no las había visto, aunque turbado, hincó las rodillas en el suelo, entendiendo que eran algunas de las cuatro fuentes cristalinas, en toda la sierra muy alabadas, que en aquellos seres se habían convertido o manifestado, y así no respondió palabra, mas ellas tornaron a preguntar por el ganado y le dijeron que no temiese, que ellas eran las hijas del Sol, señoras de toda la Tierra, y por más asegurarle le tomaron por el brazo y le dijeron otra vez que no temiese; al fin el pastor se levantó y besó las manos a cada una de ellas, quedando muy espantado de la gran hermosura que tenían, y al cabo de haber estado un buen rato en buena conversación, dijo el pastor que era ya tiempo de recoger su ganado y que le diesen licencia para ello, y la mayor de ellas, llamada Chuquillanto, se había pagado mucho de la gracia y buena disposición del pastor, y por entretenerle en razones le preguntó que cómo se llamaba y de qué tierra era, y el pastor respondió que era natural de los Lares y que su propio nombre era Acoyanapa; en esto puso ella los ojos en un tirado de plata que traía [el pastor] encima de la frente, llamado entre los indios *ampu,* el cual resplandecía y ondeaba con mucha gracia; y vio que al pie estaba un arador muy sutil y

mirándolo de lo más cerca vio que los aradores estaban comiendo un corazón, y preguntóle Chuquillanto que cómo se llamaba aquel tirado de plata, y respondió el pastor diciendo que se llamaba *utusi.* La *ñusta* le volvió su *utusi* y se despidió del pastor, llevando muy en la memoria el nombre del plumaje y el de los aradores; e iba pensando cuán delicadamente estaban dibujados y al parecer de ella vivos y comiendo el corazón que habemos dicho. En el transcurso del camino, iba hablando con su hermana acerca del pastor, hasta que llegaron a sus palacios y al tiempo de entrar en ellos los *pongos-camayos* o porteros las cataron y miraron si llevaban alguna cosa que dañar las pudiese, porque según ellos, en muchas partes hallaron haber llevado muchas mujeres a sus queridos y amados metidos dentro de los *sunlis,* que en nuestra lengua se dice fajas, y otras en las cuentas de las gargantillas que llevaban puestas en las gargantas. Y cerciorados de esto los dichos porteros las cataron y miraron y al fin las dejaron entrar dentro de los dichos sus palacios, donde hallaron a las mujeres del Sol que las estaban aguardando con sus ollas do oro muy fino, guisadas todas las cosas que en la Tierra se daban de mucho regalo; Chuquillanto se metió en su aposento, no quiso cenar y el achaque que es dicho fue decir que estaba muy molida y cansada de andar, todas las demás cenaron con la hermana, que dado caso de algún pensamiento tenía de Acoyanapa, no era tal que inquietarla podía, aunque todavía daba algunos suspiros por disimulado. Mas la dicha Chuquillanto estaba que a un solo punto ni un momento no podía sosegar, por el gran amor que al pastor Acoyanapa había cobrado, y tenía mal al fin por no dar muestra de lo que dentro de su pecho tenía, como mujer tan entendida y discreta que era en todo género de extremos; se echó a dormir y quedó dormida.

Había en esta morada, que eran palacios grandes y suntuosos del Sol, muchos aposentos ricamente labrados y vivían en ellos todas las vírgenes del Sol que eran muchas, traídas de todas las cuatro provincias que eran sujetas al inca, como fueron Antit-suyo, Chincha-suyo, Conde-suyo y Colla-suyo, para las cuales había por dentro cuatro fuentes de agua dulce y cristalina que salían y corrían hacia las cuatro provincias en las cuales se bañaban, en la fuente que corría hacia la provincia de donde eran naturales...

Estaba la hermosísima Chuquillanto, hija del Sol, metida en un profundo sueño y soñaba que veía un ruiseñor mudar y volarse de un árbol a otro y que así en uno como en el otro cantaba muy suave y dulcemente, y que después de haber cantado un buen rato con mucha armonía y

regocijo, se le puso en sus faldas y regazo, el cual le dijo que no tuviese pena ni imaginase cosa alguna que no se le pudiese dar; y que ella había dicho que sin remedio perecería, si no la diese algún remedio; a lo cual respondió el ruiseñor que él la remediaría y que le contase su pena, y al fin ella le dijo el grandísimo amor que había cobrado al guarda del ganado blanco, que se llamaba Acoyanapa, y que sin ninguna duda veía ya su muerte, porque para remediarse no había otro remedio que huir con el que tanto quería: porque de otra manera sería sentida de alguna de las mujeres de su padre el Sol, y así la mandaría matar el dicho su padre; a lo cual le respondió el ruiseñor: que se levantase y asentase en medio de las cuatro fuentes arriba dichas y allí cantase lo que más en la memoria tenía y que si las fuentes concordasen y dijesen lo mismo que ella cantase y dijese, que seguramente podía hacer lo que quisiese; y diciendo esto, se fue; y despertó la ñusta como espantada y a gran prisa comenzase a vestir, y como toda la gente estuviese durmiendo a sueño suelto, tuvo lugar de levantarse sin ser sentida, y se fue y se puso en medio de las cuatro fuentes y empezó a decir, acordándose de los aradores y tirado de plata, en el cual estaban los dos aradores comiendo el corazón sobredicho, y decía: «*Micuc usuntucuyuc, utusi cusim*», que significa: arador que está comiendo el utusi que se menea digno es; y luego comenzaron todas las cuatro fuentes unas a otras a decirse lo mismo a gran prisa en cuadro. Y viendo la ñusta que le eran muy favorables las fuentes, se fue a reposar el poco que de la noche quedaba, dejando las dichas fuentes con el entretenimiento ya dicho.

El pastor después que se fue a su chozuela trajo a la memoria la gran hermosura de Chuquillanto, y estando metido en este cuidado empezó a entristecerse, y el nuevo amor que se iba arraigando en su deseo y no atrevido pecho, le hacía sentir y querer gozar de los últimos fines del amor, y con este pensamiento tomó su flauta y empezó a tocar tan tristemente que a las duras piedras enternecía; y en acabando de tocarla fue tan grande el sentimiento que hizo que cayó en el suelo amortecido, y cuando volvió en sí, dijo vertiendo infinitas lágrimas, lamentando:

–¡Ay, ay, ay de ti, desventurado, triste pastor desdichado y sin contento!, y como se te acerca ya el día de tu muerte, pues la esperanza te niega lo que tu deseo pide, ¿cómo puedes, pobre pastor, remediarte, pues el remedio es imposible de alcanzar, siquiera de verlo? –y diciendo esto se tornó a su chozuela; y con el grandísimo trabajo que había pasado se le adormecieron los miembros y así se quedó dormido.

Tenía este pastor en los lares a su madre, la que supo por orden de los adivinos el extremo en que su hijo estaba, y de que sin remedio acabaría la vida si no diese orden en remediarlo; sabida la causa de sus desventuras tomó un bordón muy galano y de gran virtud para tales cosas, y sin detenerse tomó camino de la sierra y diose tan buena maña, que llegó a la choza al tiempo que el Sol salía, y entró y vio a su hijo que estaba amortecido, y todo el rostro bañado en lágrimas vivas y se llegó a él y le despertó, y el pastor, que abrió los ojos y vio a su madre, empezó a hacer gran sentimiento; la madre lo consoló lo mejor que pudo, diciéndole que no tuviese pena, que ella la vencería antes que pasasen muchos días, diciendo esto se fue: y de unas peñas empezó a coger unas ortigas, comida apropiada según estos indios para la tristeza, y cogiendo gran cantidad de ellas hizo un guisado, y no estaba bien cocido, cuando las dos hermanas hijas del Sol estaban ya en los umbrales de la chozuela, porque Chuquillanto así como amaneció se vistió y cuando le pareció hora de irse a pasear por los llanos verdes de la sierra, salió y enderezó hacia la chozuela de Acoyanapa, porque su tierno corazón no le daba lugar a otros entretenimientos; y luego que hubieron llegado a la choza se asentaron a la puerta de ella fatigadas del camino, y como viesen a la buena vieja la saludaron y dijeron si tenía que darles de comer. La vieja hincó la rodilla en el suelo y les dijo que no tenía más que un guisado de ortigas, y aliñándolas les dio de ellas y ellas empezaron a comer con grandísimo gusto.

Chuquillanto empezó a rodear la dicha choza, con sus lagrimosos ojos, sin dar muestra de lo que deseaba ver, y no vio al pastor porque en aquel instante que ellas se manifestaron, se metió por orden de la madre dentro del bordón que había traído, y así entendía ella que debía de haberse ido con el ganado, y no dejó de preguntar por él; y como hubiese visto el bordón, dijo a la vieja que era muy lindo el bordón. La vieja contó que antiguamente era de una de las mujeres y queridas de Pachacamac, huaca muy celebrada en los llanos, y por herencia le venía a ella; como lo supo pedíaselo con mucho encarecimiento que hizo que al fin la vieja se lo diera. Tomólo en las manos y parecióle mucho mejor que antes, y al cabo de estar un rato en la choza, se despidió de la vieja y se fue por el prado adelante mirando a una parte y a otra, por ver si aparecía el pastor que tanto quería...

Triste y muy pensativa, [Chuquillanto] viendo que en el todo camino no aparecía, se fue hacia su palacio con grandísimo dolor de no haberlo visto; y al tiempo de entrar en los palacios las guardas las cataron

y miraron, como lo suelen hacer todas las veces que de fuera adentro entraban, y como no viesen cosa de nuevo más del bordón que claramente traía, cerraron sus puertas y se fueron de todo fraude engañadas; ellas entraron en sus recámaras y allí les dieron de cenar larga y espléndidamente; después de haber pasado parte de la noche, todas se fueron a acostar, y Chuquillanto tomó su bordón y lo puso junto a la cama, porque le parecía muy bien, y así se acostó y pareciéndole que estaba sola, empezó a llorar, acordándose del pastor y del sueño que había soñado; mas no estuvo con este cuidado mucho tiempo, porque el bordón se había convertido en el ser de que era antes, y así empezó a llamar a Chuquillanto por su propio nombre, y ella cuando se oyó nombrar, tomó en sí grandísimo espanto, y levantándose de su cama fuese por lumbre y la encendió sin hacer ruido, y como se acercase a su cama, vio al pastor que estaba hincado de rodillas delante de ella, vertiendo muchas lágrimas y ella que lo vio fue turbadamente y satisfaciéndose de que era su pastor, le dijo y preguntó cómo había entrado dentro, y él respondió que el bordón que había traído dio orden en ella; entonces Chuquillanto le abrazó y cobijó con sus mantas de *lipi*, muy labradas y de *cumbi* muy finísimas, y allí durmió con él; y cuando quiso amanecer se entró otra vez al bordón, y viéndole entrar dentro su ñusta y señora, la cual después que el sol había bañado toda la sierra, se tomó a salir de los palacios de su padre y se fue por el prado adelante, tan solamente con su bordón, y en una quebrada que hay en la sierra estuvo con su amado y querido pastor, que en su ser ya se había convertido. Sucedió que una de las guardas había ido tras ella, al fin, aunque en lugar escondido, dio con ellos; y como viese lo que pasaba dio grandes voces y ellos que lo sintieron fuéronse huyendo hacia la sierra que está junto al pueblo de Calca y cansados de caminar se sentaron encima de una peña y se adormecieron, y como oyesen gran ruido entre sueños se levantaron, tomando ella en una mano una *ushuta,* que la otra la tenía calzada en el pie, y mirando a la parte del dicho pueblo de Calca el uno y el otro, fueron convertidos en piedra, y el día de hoy se aparecen las dos estatuas desde Guallabamba y desde Calca y de otras muchas partes... Llamáronse aquellas sierras Pitu-siray, y así se llaman hoy en día.

La Luna y el Sol dan origen al Imperio Inca

(inca)

Pachacutec, dios de todas las cosas y Creador Supremo, dispuso en cierta ocasión que el Sol y la Luna, siempre tan distantes el uno del otro, tuvieran contacto, siquiera por unos momentos, y se conocieran para entablar amistad. Y tal como lo dispuso sucedió. El Sol y la Luna se acercaron, y los hombres, entonces, ajenos a los designios del Supremo Hacedor, comprobaron únicamente que una enorme mancha oscura aparecía sobre la superficie del astro rey. Esta sombra, que aterrorizó durante algún tiempo a todos los humanos, persistió mientras la luna y el Sol estuvieron juntos para conocerse y amarse. Antes de separarse, nacieron de sus amores dos hijos: uno varón, fuerte y dorado de piel, y una delicada y pálida doncella de misteriosa belleza. Ambos predestinados a cumplir en el mundo una difícil misión. Se establecieron en el Lago Sagrado, de donde recibieron del Sol las órdenes de dominar al mundo y convertir a los hombres en siervos del rey de los astros.

Los dos hermanos, obedientes a la consigna recibida, marcharon por el mundo y se encontraron con la presencia de unos hombres cubiertos con pieles de animales salvajes, hambrientos y luchadores, como las mismas fieras. Comprendieron entonces que su misión consistiría en redimirlos de aquella esclavitud de la naturaleza indomable, y decidieron enseñarles el contenido de una nueva vida.

El hijo del Sol subió a lo alto de la colina Huanacauti, y desde la misma cima habló a todos los hombres que le escuchaban en las laderas. Les hizo saber que él era hijo del gran astro que daba la vida al mundo y que venía enviado por su padre para enseñarles a trabajar y a formar una sociedad en la que llegarían a gozar de una vida mil veces mejor.

Mientras esto hablaba a los hombres el hijo del Sol, su hermana se dirigía a las mujeres en el mismo sentido, dándose a conocer como enviada e hija de la Luna. Las reunió en el llano y les prometió enseñarles a vivir una existencia mejor por medio del amor, la bondad y la prudencia.

Los hombres y las mujeres, desde aquel día, empezaron a cambiar de vida y agradecieron el favor que los hijos del Sol les habían hecho redimiéndolos. A él le llamaron «inca», es decir, emperador, príncipe,

suprema jerarquía. Y a ella, Mamauchic, o lo que es igual, «madre nuestra». Pero conforme pasaban los días y crecía el agradecimiento de los hombres hacia el enviado del Sol, se sentían más inclinados a adorarle y a demostrarle el amor que le profesaban con un sinfín de adjetivos que fueron poco a poco añadiendo a su nombre. Le llamaron Manco-Chapac, que quiere decir «rico en justicia y en bondad», y también Zapallan-Inca, que significa «señor de los señores».

Desde el río Pancarpata al Apurimac, los hombres iban construyendo el Imperio Inca bajo las indicaciones de Manco-Chapac. Las cabañas de barro y paja poblaron poco a poco todo el Tahuantin, que desde entonces empezó a llamarse Hanan y Hurín Cuzco. Los campos eran trabajados de tal forma, que todos podían comer hasta saciarse. Eran los hombres los encargados de la labranza y los que proporcionaban, por lo tanto, la comida, mientras las mujeres, que habían aprendido a hilar, tejían los vestidos.

En poco tiempo, la vida de los incas quedó perfectamente organizada, convirtiéndose socialmente en un pueblo admirable: tenían sus hogares seguros, comían en abundancia y se abrigaban del frío en invierno, sin necesidad de luchar con las fieras.

El Sol, entonces, comprendió que su hijo había cumplido su misión en el mundo, y quiso arrebatarlo de allí. Manco-Chapac, como un ser humano cualquiera, cayó enfermo y entró en agonía rápidamente. Previendo su muerte, todos los habitantes del Cuzco, entristecidos, fueron desfilando ante su lecho para despedirse de él. Los sacerdotes y los soldados no podían contener el llanto. Y Manco-Chapac, viendo la tristeza de todos, trataba de consolarles y hasta su último momento estuvo aconsejando que se mantuvieran, como hasta aquel momento, fieles cumplidores de sus deberes y que, para mantener entre todos la paz y la armonía, se comportaran bien entre sí y trabajasen. Que no robaran nunca y que no mintieran, porque cualquier cosa mala que hicieran tendría para ellos consecuencias fatídicas.

Así murió Manco-Chapac, a quien su padre el Sol reclamaba para sí. Pero aseguran los habitantes del Cuzco que nunca desde entonces se olvidaron de él y que cumplieron fielmente sus consejos.

La Luna y las estrellas

(inca)

Adoraban los indios de Pqcasmayo y los más de los llanos por principal y superior dios a la Luna, porque predomina sobre los elementos, crea las comidas y causa alborotos del mar, rayos y truenos. En una huaca era su oratorio que llamaban *sian,* que en lengua yunga quiere decir casa de la Luna. Teníanla por más poderosa que al Sol, porque él no aparecía de noche y la Luna sí se dejaba ver de noche y de día...; y también porque la Luna eclipsa [al Sol] y el Sol jamás a ella... En los eclipses del Sol hacían festines a la Luna, festejando su victoria. En los de la Luna, lloraban en él bailes lúgubres, mientras duraba su eclipse... Creían los indios de los llanos que cuando la Luna no aparecía aquellos dos días, iba al otro mundo a castigar a los ladrones que habían muerto...

Tenían por deidad dos estrellas que llamaban Pata, que son las que llamamos las [tres] Marías y muchos de estos indios cuentan hoy que la estrella de en medio es un ladrón y malhechor que la Luna quiso castigar y envió las dos estrellas que lo llevasen asido (que eso quiere decir Pata) y lo entregaron a que se lo comiesen buitres; éstos son figurados en cuatro estrellas que están más abajo de las [tres] Marías y que en memoria de este castigo ejemplar citan aquellas siete estrellas en el cielo, acordando la culpa y el castigo.

El montón de estrellas

(cakchiquel)

Un día Zipacná se bañaba en la orilla de un río, cuando aparecieron gritando cuatrocientos muchachos que arrastraban palos cortados por ellos, para horcones de sus casas. Los cuatrocientos venían después de haber quemado y derribado un tronco muy grande que les serviría de viga madre de una casa. Zipacná se fue a donde se encontraban los cuatrocientos muchachos y les preguntó:

–¿Qué hacéis, muchachos?

–Llevamos un árbol, mas no podemos levantarlo sobre nuestros hombros –contestaron.

–Yo lo llevaré. ¿Adónde lo debo conducir y para qué pensáis que os va a servir ese palo?

–Nos servirá para viga madre de nuestra casa –le contestaron.

–Está bien –dijo Zipacná, y poniéndoselo sobre el hombro caminó, llevándolo hasta la entrada de la casa de los cuatrocientos muchachos.

–Ahora te quedarás con nosotros, joven –le dijeron–. ¿Tienes padre y madre?

–Ya no los tengo –les contestó.

–Entonces mañana irás con nosotros a trabajar, cargando y ayudándonos a preparar un palo que servirá de horcón de nuestra casa.

–Bueno –les contestó Zipacná.

Luego los cuatrocientos muchachos pensaron y se pusieron de acuerdo. «¿Cómo haríamos para matar a este joven? Porque lo que hace, de cargar y llevar él solo un palo, no nos parece bien hecho. Abriremos un hoyo profundo y haremos que baje. "Anda a escarbar la tierra", le diremos entonces, y cuando él lo esté haciendo, le dejaremos caer un palo grande, para que muera dentro del hoyo.» Esto dijeron y concertaron, y entonces los cuatrocientos muchachos comenzaron a abrir un gran hoyo cuyo fondo debía ser muy hondo. Después llamaron a Zipacná, diciéndole:

–Te agradeceríamos mucho que siguieras escarbando la tierra, porque nosotros ya no alcanzamos a hacerlo –así le dijeron.

–Está bien –dijo Zipacná, y enseguida bajó al hoyo.

–Nos llamas cuando hayas cavado bastante, cuando esté muy hondo.

–Sí –les contestó, y se fue a excavar el agujero; pero solamente hizo un hoyo para guarecerse en él. Como comprendió que querían matarle, cavó una cueva al lado del agujero para esconderse en ella.

–¿Mucho tardaréis en hacerlo? –le preguntaron desde arriba los cuatrocientos muchachos.

–Voy a seguir escarbando y os llamaré cuando esté concluido –les dijo Zipacná, dentro del hoyo. Pero no escarbaba el que le serviría de sepultura, sino que lo hacía en el lugar donde debería guarecerse. Cuando éste estuvo concluido los llamó Zipacná, pero después de haberse resguardado en el segundo agujero.

–Venid a acarrear la tierra que he sacado del hoyo, pues en verdad he descendido mucho. ¿Por qué no oís que os estoy llamando?

Entonces volvió a llamarlos una y dos veces, pero su voz se repetía y ninguno le oía. Zipacná siguió llamándolos desde la cueva en que estaba ya cubierto, desde allí seguía llamando. Entonces los cuatrocientos muchachos fueron a derribar un gran palo que después de acarrear dejarían caer dentro del hoyo.

–No hay que hablar, estemos atentos cuando él grite, cuando se muera.

Y se hablaban en secreto, cubriéndose la boca, mientras que el árbol caía al hoyo. Entonces [Zipacná] gritó con toda su fuerza, una sola vez mientras el árbol caía.

–¡Qué bien ha terminado todo lo que hemos hecho! Ya está muerto. Si hubiera seguido actuando como estaba acostumbrado a hacerlo, hubiera sucedido que querría ser el primero y se habría metido entre los cuatrocientos muchachos –así decían ellos llenos de alegría–: Ahora debemos hacer bebida durante tres días y cuando hayan pasado éstos, la beberemos en honor de nuestra casa –así dijeron los cuatrocientos muchachos. Después agregaron–: Mañana o pasado mañana iremos a ver si todavía no han entrado las hormigas en la tierra para llevarse el cuerpo hediondo. Entonces nuestro Corazón podrá estar en reposo y beberemos nuestras bebidas fermentadas.

Pero Zipacná los había oído desde su cueva. Había escuchado lo que dijeron los cuatrocientos muchachos, y al siguiente día aparecieron las hormigas, yendo y viniendo desde el asiento del palo. Las unas aparecieron cargando cabellos y las otras llevando restos de las uñas de Zipacná. Cuando los cuatrocientos muchachos lo vieron, se dijeron: «Ya se acabó ese mal hombre. Vean las hormigas que se encuentran unas con otras, llevando estos cabellos, y aquellas uñas. Ésta es nuestra obra». Así hablaron entre sí. Pero Zipacná estaba vivo y sólo había proporcionado a las hormigas algunos de sus cabellos, y con sus dientes se había arrancado pedazos de las uñas para dárselas también a las hormigas. Los muchachos creyeron que había quedado muerto. Entonces prepararon su bebida, y al cabo de tres días, cuando ya estaba fermentada, se embriagaron. Y estando todos los cuatrocientos muchachos embriagados, cuando ya nada sentían, Zipacná hundió sobre ellos la casa donde estaban y acabó por hacerlos desaparecer. No se salvaron uno ni dos de los cuatrocientos muchachos; y así fue como murieron por causa de Zipacná, hijo de Vucub-Caquix. Así ocurrió la muerte de los cuatrocientos muchachos, y de ellos se dice que fueron a formar parte de las estrellas, por lo cual ahora se les llama «el montón»...

El diluvio I

(huichol)

Una vez un huichol quiso roturar un pedazo de tierra para sembrar en él; pero los árboles que cortaba cada día aparecían crecidos de nuevo a la mañana siguiente.

Al quinto día quiso descubrir a qué se debía tan extraño suceso, y después de haber cortado algunos cuantos árboles, esperó. Al poco rato salió de la tierra una viejecita con un cordón en la mano que, apuntando con su vara a los cuatro puntos cardinales, hizo que nacieran de nuevo todos los árboles cortados. Era la anciana Nacahué la diosa de la Tierra, que hace brotar la vegetación. Después se dirigió al huichol y le habló; le dijo que su trabajo era inútil, pues antes de cinco días tendría lugar un gran diluvio, cuya aproximación se adivinaría por un viento fuerte que le haría toser. Le aconsejó que se fabricase una caja de madera, que guardase en su interior cinco granos de maíz de cada color; cinco semillas de frijol, también de distintos colores; cinco sarmientos de calabaza, para alimentar el fuego y una perra prieta, y que se encerrase después en ella con todo. Así lo hizo el indio y la propia vieja cerró la tapa, sentándose después encima con una guacamaya en el hombro.

Todo sucedió como Nacahué había anunciado. Durante cinco años la caja flotó sobre el agua en todas direcciones y al sexto comenzó a descender, deteniéndose sobre una montaña, cerca de Santa Catalina, donde puede verse todavía.

Cuando el huichol salió de la caja la tierra seguía cubierta de agua; pero las guacamayas la separaron con sus picos en cinco mares. El suelo pudo secarse y de nuevo se cubrió de vegetación.

El diluvio II

(inca)

Un indio ató una vez una llama en un lugar de buen pasto, pero el animal no quería comer, se quedaba mirando tristemente y se quejaba a

su manera, gritando siempre «yu, yu». El pastor que comía un choclo lo notó, le tiró a la llama el carozo que se llama coronta y dijo:

–Imbécil, ¿por qué te quejas y no saboreas la comida? ¿Acaso no te he llevado a un buen pasto?

La llama contestó:

–¡Estúpido, qué sabes tú! ¿Por Ventura sospechas siquiera lo que va a suceder? Sabes que mi tristeza tiene sus buenas razones. Durante cinco días subirá el mar y cubrirá toda la Tierra, y todo lo que vive en ella perecerá.

El hombre, sorprendido de que la llama podía hablar de repente, preguntó si no había ningún medio y ninguna forma para salvarse. Entonces le dijo la llama que tenía que subirse rápidamente a la cima de un gran cerro que se llamaba Uillcacoto (...), que debía llevar comida para cinco días y así se salvaría.

El hombre hizo lo que le habían dicho. Tomó su carga a sus espaldas, guió a la llama y llegó así a la cima del cerro, donde encontró reunidas muchas diferentes clases de pájaros y de cuadrúpedos. Tan pronto como él y la llama habían alcanzado la cima, comenzó a subir el mar y las aguas a llenar los valles y cubrió aun las cimas de las colinas, menos la cima del Uillcacoto. Los animales tuvieron que juntarse mucho unos contra otros mientras el agua subía de nivel; incluso algunos de ellos apenas tenían lugar donde pararse. Entre éstos estaba también un zorro cuya cola fue mojada por las olas; ésta es la razón por la cual la punta de la cola del zorro es negra. Al cabo de los cinco días las aguas comenzaron otra vez a bajar, y el mar regresó a sus antiguos límites. Pero toda la Tierra estaba sin habitantes con excepción de un hombre solitario del cual, según dicen, descienden todos los hombres que existen hoy en día.

El invierno y la primavera

(ojibway)

Un anciano se hallaba sentado a la puerta de su cabaña, al lado de una corriente helada. Era ya el invierno y el fuego de su bogar estaba casi extinguido. El anciano parecía muy decrépito y desolado. Sus

cabellos se habían emblanquecido con los años y temblaba en cada una de sus coyunturas. Los días transcurrían en su gran soledad, y sus oídos únicamente percibían los ruidos de la tempestad barriendo la nieve recién caída en el bosque.

Un día, cuando su fuego ya estaba muriendo, un apuesto joven entró en la habitación. Sus mejillas estaban rojas por la sangre de la juventud; sus ojos brillaban con el brillo de la edad y una sonrisa alegre jugaba entre sus labios. Caminaba con un ligero paso. Su frente se hallaba cubierta por hierbas fragantes y traía un ramo de flores en una de sus manos.

–¡Ah, mi hijo! –exclamó el anciano–. ¡Estoy muy contento de verte! Cuéntame de tus aventuras y de las tierras extrañas que has visto. Pasemos la noche juntos. Te contaré mis hazañas y cuanto puedo hacer... Tú harás lo mismo conmigo y pasaremos un tiempo muy ameno.

El anciano tomó entonces de un saco una antigua pipa y la llenó de un tabaco mezclado con hierbas olorosas y se la ofreció a su huésped. Después que fumaron, comenzaron la charla.

–Cuando respiro –dijo el anciano– las corrientes se paralizan y las aguas se ponen duras como una piedra.

–Cuando yo respiro –dijo el mancebo– las flores salen en todas las tierras...

–Yo muevo mis cabellos –replicó el anciano– y la nieve cubre el mundo. Las hojas caen de los árboles a una orden mía y con un soplo las esparzo. También los pájaros escapan a distantes lugares y los animales se esconden de mi aliento, y la tierra se pone dura como un pedernal.

–Yo muevo mis rizos –repuso el joven– y tibias lluvias, muy suaves, caen sobre la Tierra; a mis voces regresan los pájaros. El calor de mi aliento desencadena los arroyos. La música llena los bosques por doquiera que camino, y toda la naturaleza se regocija.

El Sol comenzó a elevarse y un sabroso calor invadió la habitación. El anciano calló. El petirrojo y el ruiseñor comenzaron a cantar en el techo de la cabaña. Las aguas empezaron a correr y a murmurar ante la puerta y el perfume de las flores llenaba el aire cálido.

A la luz del día, el joven pudo ver a su compañero nocturno. Reconoció en él a Peboan (el Invierno), de rostro helado.

Las aguas comenzaron a surgir de sus ojos. A medida que el Sol se elevaba el tamaño del viejo disminuía, hasta que su cuerpo desapareció por completo. En el fuego apagado se veía a Clatonia, la bella flor de la primavera, blanca, con los bordes rosados.

El agua de la vida

(indios norteamericanos)

Una legión de guerreros indios viajaba por extrañas tierras. Sufrían los bravos de grandes hambres; y si no hubiera sido porque uno ellos tenía una copa cuya agua nunca se agotaba, hubieran muerto todos de sed. Mientras más bebían de la copa, más agua había en ella.

El gran poder del agua de la copa será dicho enseguida.

El dios Cin-au-av murió y todo su pueblo lo lloraba. Su hermano poseía una copa de tan maravillosa magia, que las aguas que contenía curaban al enfermo y levantaban al muerto.

Cin-au-av yacía muerto. Su hermano vino y lo roció del agua mágica. Y el muerto inmediatamente se levantó, y dijo:

–¿Por qué me perturbas? Yo tenía una bella visión de montañas, arroyos y praderas, llenas de cañas y panales de miel...

A pesar de sus palabras, Cin-au-av tomó la copa y bebió de su agua. Cuando cesó de beber, se acabó el agua de la copa.

Viaje al infierno

(cakchiquel)

Hun-Hunahpú tuvo y crió dos hijos: Hunbatz era el nombre del primero y Hunchouén el del segundo. El nombre de la madre de éstos era Ixbaquiyalo; así llamaban a la mujer de Hun-Hunahpú (...). Estos dos seres fueron dotados de grandes sentimientos, y por eso poseían gran sabiduría; eran adivinos de la suerte aquí en la Tierra, y sólo cosas buenas poseían y las ofrendaban también. Y ellos les transmitieron su ciencia y sabiduría a Hunbatz y Hunchouén, hijos de Hun-Hunahpú, y les enseñaron a cantores, oradores, joyeros, escritores, cinceladores, entalladores en piedras preciosas y en metales; eso les enseñaron a Hunbatz y Hunchouén.

Pero Hun-Hunahpú y Vucub-Hunahpú solamente se engalanaban para jugar todos los días y aunque eran solamente dos se enfrentaron

como si fueran cuatro, que llegaban a reunirse [generalmente] en el juego de pelota. Llegó entonces a verlos jugar el cuervo, uno de lo mensajeros de Huracán, Chipi-Caculhá, Raxá- Caculhá, y como no estaba la Tierra tan lejos del reino de los muertos, el cuervo llegaba luego al cielo donde estaba Huracán. Y mientras ellos estaban aquí en la Tierra, se murió la madre de Hunbatz y Hunchouén.

Entonces tomaron el camino de Xibalba (el inframundo), donde [Hun-Hunahpú y Vucub-Hunahpú] estaban jugando a la pelota, cuando fueron notados por Hun-Camé y Vucub-Camé, padres y soberanos del inframundo.

–¿Y qué hacen sobre la Tierra, donde producen solamente ruido y están siempre inquietos? Que vayan a verlos, que los traigan y que jueguen aquí a la pelota, para que nosotros los venzamos. En verdad, ya no somos obedecidos por ellos; ya no tienen respeto ni reverencia por nuestro ser, y no hacen más que combatir sobre nuestras cabezas –dijeron todos a una voz los del inframundo. Entonces tomaron sus pareceres a todos ellos...

Luego aparecieron los mensajeros de Hun-Camé y Vucub-Camé, los que serían enviados para que llamasen a Hun-Hunahpú y Vucub-Hunahpú, debiéndoles decir al llegar junto a ellos:

–Dicen los señores [del inframundo] que vayan ustedes allá, que jugarán con ellos a la pelota... Que traigan sus bandas para la cara, sus cueros para la cadera, y guantes; que traigan también sus pelotas de goma –dicen los señores–. Así les dirán cuando lleguen –les fue dicho a los demandaderos. Ahora bien, estos demandaderos eran búhos: Flecha de Búho, Piedra de Búho, Guacamaya Búho y Cabeza de Búho; así se llamaban los mensajeros del inframundo. Flecha de Búho era rápido como una flecha; Piedra de Búho no tenía, por naturaleza, más que una pierna; Guacamaya Búho tenía alas color de fuego; y, en fin, Cabeza de Búho sólo era cabeza, no tenía piernas sino solamente alas. Cuatro eran, pues, los mensajeros de los señores del inframundo.

Entonces vinieron éstos y se posaron sobre el juego de pelota donde jugaban Hun-Hunahpú y Vucub-Hunahpú y que llamaban Nim-Xob Carchah. Bajaron entonces los búhos sobre el juego de pelota con toda agilidad y dieron su recado; y de esta manera comunicaron el mandato que traían de Hun-Camé, Vucub-Camé, Ahalpuh y Ahalganá, Chamiabac y Chamiaholon, Xiquiripat, Cuchumaquic, Ahalmez, Ahaltogob, Xic y Patán –éstos son los nombres de los señores [del inframundo], de quienes traían recado los búhos.

–¿Ciertamente, es así como dicen Hun-Camé y Vucub-Camé? ¿Es cierto que les dijeron que nosotros les acompañásemos?

–Que traigan todos sus objetos de juego –dijeron los señores.

–Está bien, solamente espérennos, vamos a despedirnos de nuestra madre –le dijeron [Hun-Hunahpú y Vucub-Hunahpú].

Fuéronse, pues, a su casa y dijeron a su madre, porque su padre había muerto ya:

–Han venido los mensajeros del inframundo por nosotros. Que vayamos nos dijeron, así nos mandaron decir [los señores]. Pero quedará un testigo de nuestra existencia, estas pelotas –agregaron ellos. Luego, las pusieron en un hueco arriba de sus casas. Entonces dijeron:

–Madre nuestra, después las bajaremos para volver a jugar con ellas. En cuanto a vos, ocupaos de que canten, oren, escriban y cincelen. Calentad nuestras casas y mantened el calor en el corazón de nuestra abuela.

Así dijeron a Hunbatz y a Hunchouén. Enseguida se despidieron de su madre, e Ixmucané lloraba.

–Nos vamos, no estéis tristes, porque todavía no hemos muerto –les dijeron entonces, cuando partieron Hun-Hunahpú y Vucub-Hunahpú.

Después de esto se fueron, tomando el camino que les señalaron los mensajeros del inframundo, y llegaron a un camino bajo tierra, muy quebrado, lleno de hoyos, que bajaba hacia donde se encontraba Xibalba. Descendieron, pues, hallando al llegar a un río las aberturas de dos barrancos que se denominaban Nu zivan cul y Cuzivan y los pasaron. Llegaron después a otro río que tenía dentro muchas pozas de diferentes tamaños y también lo pasaron y nada les aconteció. Llegaron después a la orilla de un río de sangre y lo pasaron porque no bebieron de él. Después llegaron a otro río y tampoco perecieron al atravesarlo. Luego llegaron al encuentro de cuatro caminos y solo allí se consideraban perdidos, entre estos cuatro diferentes caminos. Uno de los caminos era colorado; otro era negro; otro era blanco, y el otro amarillo. El camino negro habló entonces: «Yo soy el camino del [señor del inframundo]», les dijo éste. Allí fue donde se perdieron; tomaron ese camino para llegar donde estaba la residencia cubierta de esteras del señor del inframundo, y allí fue donde encontraron su primera perdición.

[La prueba] que hallaron primero allí adentro consistía en que había solamente muñecos de madera adornados por los de Xibalba. Al verlos los saludaron:

–¡Salud, Hun-Camé! –les dijeron a los muñecos.

–¡Salud, Vucub-Camé! –les dijeron otra vez a los que estaban hechos de madera. Pero éstos no les pudieron contestar. Entonces los moradores del inframundo se rieron a carcajadas. Se desternillaban todos de pura risa, porque los habían engañado en sus corazones; y perdidos como estaban Hun-Hunahpú y Vucub-Hunahpú se reían también. Entonces les hablaron Hun-Camé y Vucub-Camé:

–Bueno está que hayáis venido; mañana os pondréis vuestras bandas de la cara, vuestros cueros para las caderas y vuestros guantes –así les dijeron–: Sentaos en vuestros bancos –les dijeron. Pero los bancos que les ofrecían solamente eran piedras calientes, y se quemaron en ellas al sentarse y la quemada los hacía revolverse sin encontrar alivio, y queriendo levantarse no mitigaban su dolor y se quemaron sus asentaderas. Entonces se rieron los de Xibalba; se morían de risa como gentes que tuvieran calambres en el corazón; así se reían entre ellos mismos; hasta los huesos se les movían de tanto reírse, a todos los señores de Xibalba.

»Entrad en la casa pero quedaos dentro, ya os mandaremos vuestros ocotes y vuestros cigarros, allí donde vais a morir –les dijeron [a Hun-Hunahpú y Vucub-Hunahpú]. Entonces los hicieron entrar en la «casa de la oscuridad», donde había solamente tinieblas. Mientras tanto los de Xibalba tomaban sus disposiciones. «Mañana los sacrificaremos, luego se irán muriendo por las prendas de juego de pelota», pensaban entre sí los de Xibalba. Pero el ocote que habían dado [a los hermanos] era una flecha redonda de pino blanco; «el pedernal blanco» se llama el ocote del inframundo. Cuando Hun-Hunahpú y Vucub-Hunahpú entraron en la «casa de la oscuridad» se les dieron sus astillas de ocote, a cada uno de ellos encendida, que les enviaron Hun-Camé y Vucub-Camé; y a cada uno su cigarro, igualmente encendido, que les enviaban los señores...

–Cuando amanezca vendrán a recogerlos, pero guardaos muy bien de usarlos, pues los habéis de entregar como los habéis recibido. Así lo mandan a decir los señores –así les dijeron; así fue igualmente como quedaron vencidos. Se les acabó el ocote y se les terminaron los cigarros que les habían dejado.

Grandes y numerosos eran los lugares de prueba y de tormento que había en el inframundo; el primero de estos lugares de suplicio era la «casa de la oscuridad», pues allí sólo había tinieblas. El segundo era la «casa del frío», como la llamaban, donde la temperatura era muy baja y soplaba un fuerte viento que producía un frío inaguantable en el interior. El tercero se llamaba la «casa de los tigres», y dentro de ella

solamente había tigres que rugían y destrozaban con las garras como verdaderos tigres que estuvieran encerrados. El cuarto de los lugares de tormento lo denominaban la «casa de los murciélagos». Dentro de ella sólo había murciélagos que gritaban chillaban y revoloteaban en ella, como si estuvieran acorralados, pues no tenían por donde salir. El quinto era el que llamaban «casa de los pedernales», donde no había más que guerreros, vencedores que alternativamente peleaban con sus lanzas y reposaban. Tales eran los lugares de tormento en el inframundo; pero Hun-Hunahpú y Vucub. Hunahpú no llegaron a ellos [con excepción del primero], pues solamente les hablaron de estas cosas indicándoles los nombres de ellas.

[A la mañana siguiente] Hun-Hunahpú y Vucub-Hunahpú llegaron a la presencia de Hun-Camé y Vucub-Camé quienes les preguntaron:

–¿Dónde están los cigarros y dónde el ocote que os mandamos dejar por la noche?

–Los acabamos, señores –les contestaron.

–Está muy bien. Ahora, pues, han terminado vuestros días y moriréis. Os haremos desaparecer, se os despedazará el pecho y vuestro recuerdo permanecerá enterrado en estos lugares. Seréis sacrificados –dijeron Hun-Camé y Vucub-Camé.

Entonces los sacrificaron y enterraron en el lugar llamado basurero. Se cortó primero la cabeza de Hun-Hunahpú y el cuerpo del mayor de edad fue enterrado con el de su hermano.

–Vayan a colocar sus cabezas en las ramas de un árbol que está sembrado en medio camino –ordenaron Hun-Camé y Vucub-Camé. Y fueron a dejar las cabezas entre las ramas del árbol, y entonces el árbol fructificó, dando frutos que no había producido antes de que fuese colocada la cabeza de Hun-Hunahpú. [Este árbol], el árbol que da las cabezas, se llama aún hoy en día «cabeza de Hun-Hunahpú».

Luego se asombraron Hun-Camé y Vucub-Camé de que el árbol hubiese fructificado; pero la cabeza de Hun-Hunahpú había desaparecido, puesto que se confundió con los frutos del árbol de calabazas. Esto fue lo que vieron los de Xibalba cuando llegaron a verlas. Gran importancia adquirió en sus corazones aquel árbol, a consecuencia de lo que había acontecido cuando colocaron entre sus ramas la cabeza de Hun-Hunahpú. Los de Xibalba dijeron al reunirse: «Que nadie venga a coger de sus frutos, y que ninguno se coloque bajo este árbol». Así fue dicho después, a cada uno de los de Xibalba, cuando llegaron a reunirse.

Ya no apareció la cabeza de Hun-Hunahpú en ese árbol porque se

había identificado con los frutos del mismo. Entonces una doncella llamada Ixquic tuvo noticias de aquel gran suceso..., hija de un señor [del inframundo] llamado Cuchumaquic. Y cuando ella oyó la historia de los frutos de este árbol, la cual le fue contada por su padre, se maravilló también mucho de esta relación.

–¿Por qué no vamos a ver ese árbol de que se habla, que ciertamente dicen que sus frutos son muy sabrosos, según oí? –dijo ella.

Enseguida fue sola y llegó bajo el árbol, que se hallaba sembrado por donde estaba el basurero.

–¡Ah! ¿Qué fruto es ese que produce ese árbol? ¿Tiene algún sabor su fruto? ¿No podré coger uno? ¿Me pasará alguna cosa? –decía la doncella.

Entonces habló la calavera que estaba entre las ramas del árbol:

–¿Qué es lo que deseas? Solamente calaveras están prendidas en las ramas del árbol –dijo la cabeza de Hun-Hunahpú, cuando habló a la doncella. Le preguntó–: ¿Deseas de veras [tener estos frutos]? –le preguntó.

La doncella contestó:

–Los deseo.

–Está bien, extiende tu brazo derecho para ver la mano –le dijo la calavera.

–¡Está bien! –dijo la doncella, y extendió su mano derecha delante de la calavera. Entonces la calavera le dejó caer saliva en la mano de la doncella y en cuanto la vio en la palma de su mano, ésta desapareció luego, como si no le hubiera caído saliva de la calavera en su mano.

–Esta saliva que te he arrojado sólo es señal de nuestros sufrimientos. Estas cabezas nuestras ya no tienen nada encima, solamente son huesos y de nada servirán ya. Así igualmente es la cabeza aun de los más grandes señores, porque la carne es solamente la que embellece la cara. Por eso cuando morimos asustamos a la gente, a causa de que sólo somos una calavera. También de esta manera los hijos son como la saliva [del padre], ya sean hijos de señores, de sabios y de oradores; por eso no se pierden [los linajes], porque son la saliva dejada por los señores, hombres pensadores y oradores; puesto que perduran los hijos de aquellos antepasados. Esto mismo he hecho contigo. Ahora vete sobre la superficie de la Tierra, porque no morirás. Atiende mis palabras cuando llegues –le dijeron las cabezas de Hun-Hunahpú y Vucub-Hunahpú. Solamente la voluntad de la palabra de Huracán, Chipi-Cuculhá y de Raxá-Cuculhá fue la que ejecutaron.

La doncella retornó a su casa después de haber oído aquello y se apercibió de lo que le pasaba. A causa de la saliva concibió seres vivos en su vientre; así se concibieron Hunahpú e Ixbalanqué. Al llegar la doncella a su casa, y cuando había cumplido seis meses de embarazo se dio cuenta su padre, que se llamaba Cuchumaquic. Enseguida su padre observó a la joven con más atención, cuando vio que llevaba un niño en su seno. Entonces tomaron sus pareceres los señores [del inframundo, y especialmente] Hun-Camé y Vucub-Camé con Cuchumaquic.

–¡Esta hija mía ya está encinta, grandes señores; y verdaderamente para su deshonor! –dijo Cuchumaquic, cuando llegó ante los señores.

–¡Está bien! Hazle abrir la boca, y si no habla, que se le dé la muerte y que la vayan a sacrificar lejos de aquí.

–Muy bien, respetables señores –respondió él.

Entonces preguntó a su hija:

–¿Quién te engendró el hijo que llevas en el vientre, ¡oh, hija mía!?

Pero ella respondió:

–Yo no tengo hijo, ¡oh mi señor y padre!, no he conocido la cara a ningún hombre.

Él agregó:

–¡Muy bien!, tú estás deshonrada, porque ciertamente lo tienes. Llevadla y hacedla morir, obreros de los señores de la estera, y traedme su corazón en un vaso, y volved hoy mismo con los señores –les fue dicho a los búhos.

Cuatro de ellos fueron a tomar el vaso y se pusieron inmediatamente en camino, conduciendo a la joven sobre sus espaldas y llevando un cuchillo de pedernal destinado a inmolarla.

–Vosotros no me mataréis, servidores de Xibalba, porque no es deshonra lo que llevo en el vientre; el ser viviente que concebí sólo lo tengo porque fui a expresar mi sentimiento ante la cabeza de Hun-Hunahpú que está colocada por donde está el árbol. Por esa causa no debéis sacrificarme, ¡oh servidores! –les dijo la doncella cuando les habló.

–¿Y qué pondremos en lugar de tu corazón? Tu padre nos ha dicho: «Traedme su corazón; volveréis hacia los señores; sed formales y de acuerdo manifestad el cumplimiento del mandato y pronto traed la prueba de ello en un vaso». ¿No nos ha dicho así? ¿Qué pondremos, pues, en el vaso? Sin embargo, más nos gustaría que tú no murieses –dijeron los servidores de Xibalba.

Replicó ella:

–¡Muy bien! Este corazón no puede ser de ellos... En cuanto a

quemarlo delante de ellos, eso no será tampoco. Poned en el vaso el producto de este árbol –agregó la joven.

Y la roja savia del árbol salió y cayó en el vaso, y allí se coaguló y se convirtió en una bola, en reemplazo del corazón, que fue lo que se formó entonces del líquido que brotó del árbol. Así fue como quedó el líquido del árbol en vez de la sangre... Mientras que aquél se hacía célebre por causa de la joven; «sangre de dragón» le dicen ahora...

–Toma tu camino, mientras nosotros vamos a poner la imagen y semejanza de tu corazón ante los ojos de los señores –dijeron los mensajeros [a la joven]. Y cuando llegaron ante los señores, todos estaban en una expectativa inquieta.

–¿Ha concluido eso? –les preguntó Hun-Camé.

–Hemos concluido, señores; he aquí el corazón en el fondo del vaso.

–Muy bien, lo veré –respondió Hun-Camé.

Entonces lo levantó delicadamente y el líquido ensangrentado, brillante y de color rojo, comenzó a derramarse como sangre.

–Es bueno que avivéis el fuego y que lo pongáis encima –les dijo Hun-Camé.

Enseguida lo pusieron en el fuego, llegando a sentir los de Xibalba [el olor que exhalaba], se levantaron todos y se volvieron con gran sorpresa hacia el perfume que sentían salir del humo de aquella sangre. Mientras permanecían aturdidos con aquello que pasaba, los búhos salieron a reunirse con la doncella en la Tierra; y cuando llegaron ante ella se convirtieron en sus servidores. Así fueron burlados los señores de Xibalba por esta joven, porque en todo se dejaron engañar...

Sobre la raza humana

La adopción de la raza humana

(natchez)

Una vez, la Luna, el Sol, el Viento, el Arco Iris, el Trueno, el Fuego y el Agua se encontraron con un viejo. Este hombre viejo era Dios. Un ser humano fue invitado a estar presente en la reunión. Entonces, el Trueno le preguntó al viejo:

–¿Puedes hacer que la gente que vive en el mundo sean mis hijos?

–No, no pueden ser tus hijos; pero serán tus nietos. Si alguien de los que habitan en el mundo pudiese levantar algo pesado, tú podrás hundirlo.

El Sol le preguntó lo mismo al viejo, y éste le dijo:

–No, no serán tus hijos; pero sí tus nietos y amigos. Tú tendrás la obligación de darles tu luz.

Entonces la luna le preguntó:

–¿Puedes hacer que los hombres sean mis hijos?

–No –le respondió–, no puedo hacer que sean tus hijos; pero serán tus sobrinos y amigos.

Entonces el Fuego le preguntó si podía hacer que fueran sus hijos los hombres, y el viejo le contestó:

–No, no puedo hacer que sean tus hijos; pero pueden ser tus nietos. Mientras ellos crezcan, tú les calentarás y caldearás sus casas.

Luego el Viento hizo la misma pregunta, y el viejo le contestó:

–No, los hombres no pueden ser tus hijos; tú, en cambio, puedes llevarte la suciedad y toda clase de impurezas.

También el Arco Iris quería que los hombres fuesen sus hijos.

–No, ellos no pueden ser hijos tuyos. Tú solamente puedes evitar los diluvios y prevenir el tiempo lluvioso. Con ello puedes sentirte muy honrado.

Entonces el Agua le preguntó si los hombres podían ser sus hijos y el viejo le dijo:

–No, no pueden ser tus hijos; lo único que puedes hacer es lavarlos y limpiarlos. Cuando estén cubiertos de lodo, tú podrás limpiarlos. Así, se te llamará Gran-Persona.

Entonces el viejo añadió:

–Ya os he dicho cómo habéis de comportaros y lo que debéis hacer. Todos debéis recordar ahora una cosa: que aquellos hijos son mis hijos.

El crimen de Giayalael

(maya)

En la tierra de los hombres rojos, que era grande y asombrosa, ya no podía caber la iniquidad, que era mucha. Y por entonces vivía un hombre viejo, llamado Giaia con sus dos hijos, uno nombrado Giayalael y el otro Halal.

El viejo Giaia subió un día con su hijo Giayalael a lo alto de una colina, para ver su campo que pensaba se partiese por igual entre sus dos hijos, para que no hubiese riña después de su muerte. Giaia era un hombre justo.

Cuando estuvo con su hijo en lo alto del monte, le mostró el campo y le dijo: «De todo esto, la mitad será para ti». Giayalael estaba contaminado del mal de su tiempo y era indolente y codicioso, y se encendió de ambición. Y al oír lo que el viejo Giaia decía, pensó que todo el campo debía ser sólo suyo y se arrojó sobre su padre y lo mató. El monte quedó manchado con la sangre del hombre bueno.

Giayalael sintió miedo y ocultó los huesos de su padre dentro de una gran calabaza, y ésta la escondió arriba de la colina. Y bajó al valle y buscó a su hermano y le dijo que el viejo Giaia había caído dentro de

una cueva. Tomó para sí todo el campo y puso a su hermano a trabajar en él. Cuando hubo pasado un año, Giayalael llevó a su hermano a lo alto de la colina para ver los huesos de su padre. Tomó la calabaza en que los había encerrado, y Halal la quiso para sí y se la arrebató. Entonces la calabaza cayó de las manos de los hijos y dio contra el suelo y se hizo pedazos. Y estaba tan llena de agua, que empezó a correr desde arriba de la colina sobre los valles y los campos. Primero fue un lago pequeño y luego un río y luego muchos ríos, y después un gran mar que se tragó la tierra de los hombres rojos con todas las ciudades y maravillas.

Aquí se dice que el hombre rojo pereció porque era de barro y fue deshecho por el agua.

El origen de los indios nishinam

(nishinam)

El primer hombre que se creó se llamó Aikut. Su mujer se llamó Yototowi.

Con el tiempo, la mujer cayó enferma y Aikut la atendía tiernamente, pero ella languideció y murió. Los sufrimientos de Aikut fueron enormes, su corazón quedó roto y amargo.

Cavó una tumba para ella entre llantos. Su dolor no puede describirse. La vida era una gran carga para él; sus ojos no tenían luz. Quería morir, para seguir a su amada Yototowi.

En lo mayor de su angustia, cayó en trance. Se escuchó entonces un gran ruido, y el espíritu de su mujer vino a su lado.

Cuando Aikut despertó, quiso hablar a su mujer, pero ella se lo prohibió; por eso cuando un indio habla con un fantasma muere. Ella se apartó, para irse a la tierra de los espíritus, «la casa de danzas de los espíritus», pero Aikut la siguió y juntos avanzaron por un país grande y oscuro hasta que llegaron a un río que los separaba de la tierra de los espíritus.

Sobre el río se hallaba, como puente, una soga, tan fina que una araña difícilmente podía andar sobre ella y cruzar el río. Ante este río la mujer debía separarse de su esposo, decirle adiós, y seguir sola por la tierra de los espíritus. Pero cuando Aikut vio que se iba, en su gran

angustia no supo hacer otra cosa que estrecharle con fuerza entre sus brazos para que no se le escapara. Y ella regresó al mundo con Aikut.

Al poco tiempo, Yototowi intentó regresar a la tierra de los espíritus, pero Aikut no la dejaba. Entonces ella le permitió hablarle, y él le habló, y en ese mismo instante Aikut murió, y juntos emprendieron el largo viaje a través de la tierra de los espíritus.

Aikut, en el mundo invisible, se convirtió en un ser muy bueno, que no dejaba de observar a sus descendientes sobre la Tierra, pues Aikut y Yototowi dejaron una niña y un niño. Para ellos creó Aikut otra pareja, y de ambas parejas surgieron los indios nishinam.

El origen de las tribus

(quileute)

Hace mucho tiempo, un hombre llamado Cuaeti viajaba por toda la Tierra, fijándose en las gentes y enseñándoles lo que tenían que hacer en adelante y cómo se debían comportar. Cuaeti les enseñó a construir sus casas.

Un día Cuaeti llegó a un lugar donde se hallaba el castor afilando un cuchillo de piedra y con cara de pocos amigos. Cuaeti se acercó y le preguntó qué es lo que estaba haciendo. El castor le contestó:

–Estoy afilando mi cuchillo para matar a Cuaeti.

Entonces Cuaeti se apoderó del cuchillo y le cortó la cola. Entonces le dijo:

–Siempre tendrás este corte en la cola y vivirás en el agua. Con ella batirás el agua y te apartarás cuando llegue la gente.

Otro día llegó junto al ciervo, el cual estaba afilando un cuchillo de concha. Le preguntó para qué estaba afilando su cuchillo, y el ciervo le contestó:

–Para matarte a ti.

Pero Cuaeti cogió la concha que estaba afilando el ciervo, y le cortó las orejas, diciéndole:

–Cuando veas que llegue gente huirás espantado, parándote y mirando atrás con miedo.

Dicho esto, Cuaeti prosiguió su camino.

Poco después, Cuaeti llegó hasta el río Socká pero no encontró a nadie. Entonces escupió en sus manos y se las frotó, y al hacer esto empezaron a brotar personas de la piel de sus manos. Sacudiendo sus manos tiró a la gente al agua. Entonces les dijo a aquellos que él había creado:

–Aquí viviréis y vuestro nombre será *cuayitsox*.

Cuaeti prosiguió su camino y llegó hasta el pueblo de los *huh,* los cuales andaban sobre sus manos, llevando sus redes de hierro fundido entre sus piernas. En aquel momento, todo el pueblo de Huh andaba sobre sus manos. Por eso les llamó «la gente de-arriba-abajo». Hasta entonces los de-arriba-abajo eran conocidos como el pueblo que primero existió. Entonces Cuaeti puso de pie a los que andaban sobre sus manos y les dijo:

–Vosotros usaréis de ahora en adelante los pies para andar. Id y pescad. Cogeréis tantos más peces cuanto más pesquéis.

Así, desde entonces, hay más fundidores de redes en Huh.

Después Cuaeti se puso en camino y llegó a la tierra de los quileute. Allí encontró dos lobos, pero no había gente. Entonces transformó aquellos dos lobos en personas y les instruyó diciéndoles:

–El hombre común sólo tendrá una vida. Únicamente los jefes tendrán cuatro u ocho vidas. Por eso tú, quileute, deberás ser valiente, porque procedes de los lobos. Siempre serás el más fuerte.

Entonces Cuaeti llegó al pueblo de los *orette.* Allí encontró dos perros y, transformándolos, los convirtió en personas. Entonces Cuaeti instruyó a la gente sobre cómo tenía que buscar en las rocas los peces para sacar alimento del mar. Luego, continuó su camino.

Al llegar al pueblo de los *neah* encontró mucha gente. El pueblo no sabía cómo pescar y la gente tenía hambre y estaba a punto de perecer. Entonces Cuaeti les instruyó sobre cómo debían pescar y cómo estirar la cuerda cuando pescasen. Desde entonces hay más peces en la bahía de los neah.

Cuaeti siguió así de un sitio a otro de la Tierra creando pueblos y enseñándoles lo que debían hacer para vivir.

El origen de las tres razas

(seminola)

Al acordar el Gran Espíritu que debía crear la raza humana, hizo el primer hombre, y éste le salió negro. Lo contempló un rato y no le gustó. Entonces decidió hacer otro hombre. Su segundo esfuerzo fue mejor: esta vez hizo al hombre rojo.

Aunque quedó contento con su segunda prueba, al mejorar el color, el Gran Espíritu decidió hacer otra prueba más. Volvió al trabajo y creó al hombre blanco, y esto lo dejó satisfecho.

Llamó entonces a los tres hombres, y les enseñó tres cajas, que puso ante sus ojos.

La primera caja contenía libros y papeles; la segunda estaba llena de arcos y flechas y hachas; la tercera guardaba palas, hachas, azadas y martillos. Entonces el Gran Espíritu les dijo:

–Éstos, mis hijos, son los instrumentos con los cuales ustedes han de vivir. Escoged entre ellos.

Al hombre blanco, que era el más joven y por ello el favorito, le fue permitido escoger el primero.

Pasó junto a las herramientas de trabajo sin notarlas; cuando vio las armas de caza y de guerra, dudó, y las examinó cuidadosamente. El hombre rojo tembló porque su corazón estaba lleno del deseo de poseerlas y tenía miedo de perderlas. Por fortuna, el hombre blanco, después de pensar algún tiempo, eligió la caja de los libros.

El próximo turno para escoger fue el del hombre rojo y éste escogió la caja de arcos, flechas y hachas, y su alma se alegró con ellas.

Entonces el hombre negro, que no había tenido oportunidad de elegir, humildemente tomó la caja de las herramientas.

El Doctor de la Tierra creó cuatro razas humanas

(papago)

En el principio del mundo sólo existía la nada. Todo era una profunda oscuridad y esta misma oscuridad se convertía en una espesa masa de la cual se formó el Espíritu. Él fue llamado después Dios o Tei-as. No había lugar alguno donde el Espíritu pudiera estar, de pie o colgado, hasta que al fin el Espíritu logró sostenerse sobre su propio poder.

Se sacó cuatro pelos de su cuerpo y los puso de este a oeste y de norte a sur, y puso otros dos en el medio de ellos con la forma de una cruz. Se sacó de su cuerpo un grano de polvo y lo puso en el centro y de allí surgió la Tierra.

El Espíritu creó al hombre a su semejanza y lo llamó Doctor de la Tierra y éste aumentó el tamaño del mundo. Caminó mucho y encontró los lados débiles de la Tierra. Entonces creó una araña y la ordenó tejer un velo alrededor del mundo, lo cual ésta hizo.

Después hizo muñecos de barro y fango y les ordenó que vivieran, y ellos le obedecieron. Éstos fueron los primeros seres de la raza humana que existieron, pero estos muñecos eran muy deformes. Así algunos sólo tenían una pierna; otros, orejas enormes, y otros echaban llamas por sus rodillas. Entonces no se sintió satisfecho y los quemó a todos.

Entonces hizo una segunda raza, que era muy parecida a los hombres que se ven hoy en día. Su número fue enorme, pero con el Tiempo no hubo alimentos suficientes para ellos ni agua para beber. Entonces Dios visitó al Doctor de la Tierra y le preguntó qué pensaba sobre estos hombres.

Dios le dio una idea al Doctor de la Tierra: que enviara una enfermedad que destruyera parte de ellos, para reducirlos y para que así pudieran vivir mejor.

El Doctor de la Tierra se puso furioso con Dios, y casi lo insultó criticándole su idea de la enfermedad. Pero Dios no le hizo caso y mandó una epidemia que mató a una parte de los hombres, tal como lo había pensado, y hubo en la Tierra gran aflicción.

Al Doctor de la Tierra no le gustó nada lo que Dios había hecho e inventó un plan para destruir por segunda vez a la raza de los hombres. Dijo a las gentes que vendría una inundación que los destruiría a todos.

Y las gentes le preguntaban qué podrían hacer para salvarse de perecer ahogados, pero él no les dijo nada porque no quería que se salvara ninguno.

Pero vino un coyote a preguntar cómo podía salvarse y el Doctor de la Tierra le dijo que cortara un carrizo y le taponara el fondo después que estuviera dentro de él, y así lo hizo el coyote. Y quedaron de acuerdo que quien pusiera un pie primero en tierra, después de la inundación, sería el señor de la Tierra.

El Doctor de la Tierra fabricó una gran olla y se metió en ella cuando vino la inundación. Cuando las aguas se fueron, dio un salto de la olla y fue el primero que puso el pie en tierra y así fue el amo y señor de ella.

Pero aunque el coyote fue el último en pisar la tierra reclamaba que él fue el primero, pero no pudo probarlo.

Con la ayuda del coyote el Doctor de la Tierra creó la tercera raza de hombres que vivió en alguna parte entre el Salt River y el Gila. Pasado un tiempo el Doctor de la Tierra dijo a la gente que vendría una destrucción sobre ellos, que bien pudiera ser una inundación; pero los que subieran a la cumbre de la montaña rocosa podrían tener una oportunidad de sobrevivir. Y esto fue lo que hizo la gente.

El océano se levantó, y los ríos, y las corrientes de los arroyos, y las aguas fueron subiendo y subiendo. Cuando el agua parecía cubrir la cumbre de la gran montaña, ésta, bajo el poder del Doctor de la Tierra, se levantó más alta todavía. Pero las aguas siguieron subiendo.

Al fin el Doctor de la Tierra, sabiendo que si las gentes fueran destruidas las aguas se retirarían, les dijo que él no tenía poder para salvarlos y que todos debían perder sus vidas.

Le dijo entonces al perro que fuera a ver la altura del nivel de las aguas. El perro fue y cuando regresó dijo, hablando con voz humana, que las aguas ya estaban muy cerca de la cumbre. En ese mismo tiempo la gente se convirtió en piedras. Cualquiera que suba la montaña rocosa puede ver en su cumbre innumerables piedras con forma de gente, y las actitudes que tenían cuando el perro vino a decirle al Doctor de la Tierra el nivel que tenían las aguas con una voz humana.

Cuando las aguas se retiraron, el Doctor de la Tierra se halló con que el resto de la gente, aquellos que no quisieron subir, se habían ahogado. Entonces creó una cuarta raza que es la que existe todavía.

Monaira Jitoma, el socorro de su pueblo

(huitoto)
Fragmento

Craida Jitoma se llamó el primer hombre viviente, la creación de Juttíñamüi, dios naciente de la nación huitoto y de toda la humanidad. Según se dice desde antiguo, Craida Jitoma fue el primero entre los hombres, el primeramente modelado por Juttíñamüi, Padre Creador. En su larga vida tuvo un hijo, Monaira Jitoma, a quien enseñó los primeros secretos de la humanidad para gobernar a sus hermanos, pues veía la muerte acercándose ya.

Así fue que, a la muerte de su padre, Monaira Jitoma tomó el poder, haciéndose cargo de sus hermanos. Pero Monaira Jitoma se sentía solo; se veía, él, desamparado, sin ayuda para tanta responsabilidad como le había dejado su padre; aquello era muy duro para la soledad de su corazón que no tenía con quién consultar las tantas decisiones, ni con quién compartir el trabajo de dirigir la vida de sus hermanos. Entonces, al fin se acogió a Yajé, el revelador del conocimiento, para saber qué hacer, cómo obtener ayuda; invocó a Juttíñamüi y a Craida Jitoma, su padre:

–¡Juttíñamüi! ¡Craida Jitoma, oh, padre mío!; necesito ayuda, pues dejasteis a vuestro hijo solo; enviadle alguien con sabiduría para ayudarle a gobernar a vuestro pueblo.

Enseguida cayó en el sopor, en el sueño, en el delirio de Yajé; en medio del delirio recibió la revelación, la ayuda de sus padres, que guiaron sus pasos hasta un nido de picaflor en un árbol; en el nido, sus manos encontraron un huevo pequeñito, un solo huevo de picaflor que tomó cuidadosamente y, acercándolo a sus labios, dijo al huevo:

–¿Qué hay?, ¿hay alguien?

Sintió como palabras, pero no entendió nada; por lo que volvió a preguntar, acercando también el oído:

–¿Hay alguien?

–Sí, sácame de aquí –le dijo una vocecita desde adentro.

Se arrodilló y despaciosamente puso el huevo en el suelo, le dio un pequeño golpecito con su dedo índice, y la cáscara se abrió y he aquí el misterio increíble, ¡que dentro del huevo había un hombrecito que lo miraba con la cabeza levantada! Monaira Jitoma, maravillado, le preguntó:

–¿Quién eres tú?

–Soy tu hermano; tu hermano menor; he venido a ayudarte en el gobierno de nuestro pueblo.

–¡Ah!, mi hermanito. Me pones feliz. ¿Cómo te llamas?

–Tú eres mayor; tú debes darme un nombre.

–Muy bien; como has venido en un huevo de picaflor te llamarás así mismo, Fichido Jichima, Huevo de Picaflor.

Sintiéndose aliviado, su delirio se fue desvaneciendo, y cayó en el sueño, que fue largo.

Al despertar, Monaira Jitoma vio a un hombre joven sentado cerca de él que vigilaba su sueño; en sus manos tenía una cáscara de huevo de picaflor partida en dos. Monaira Jitoma le habló:

–¿Eres Fichido Jichima?

–Sí, yo soy, Monaira Jitoma.

Monaira Jitoma comprendió el increíble hecho que acababa de suceder y le dijo solamente:

–Muy bien, hermano, vamos donde los demás.

Cuando llegaron donde estaba la gente, Monaira Jitoma los hizo reunir y, teniendo a Fichido Jichima a su lado, les dijo:

–Éste es Fichido Jichima, Huevo de Picaflor, mi hermano menor, enviado por Juttíñamüi y Craida Jitoma para ayudarme en los asuntos de nuestro pueblo.

Ya con Fichido Jichima a su lado, Monaira Jitoma, el hijo del primer viviente entre la humanidad, del primer gran jefe, del sabio, se dedicó a sacar secretos a la naturaleza, buscándolos en lo más profundo de su ser, para aumentar así su propia sabiduría.

Aprendió, entonces, a sacar corteza de árbol y a hacer tela con ella para cubrir su desnudez y asimismo les enseñó a los demás. Con su hermano menor realizó el conocimiento de los alimentos y ambos les enseñaron a sus gobernados qué frutas, qué carne, qué peces comer y les enseñaron cómo sacar sal del monte y dulce de yuca cocida, que se llama *casaraman,* para dar sabor a sus alimentos; y enseñaron también a mascar la coca y a fumar el tabaco.

Origen de los animales

El origen de la langosta

(maya)

Vivían en un pequeño rancho una madre india y su hijo, solos los dos, pues ella era viuda... Con muchos afanes había criado al hijo, el cual ya era todo un mozo... Próspero era el maizal que cultivaban con esmero. Cuando las lluvias caían daba gusto ver la milpa. Las cosechas siempre eran magníficas, y las trojes se llenaban tanto que jamás faltaba en todo el año el maíz en ellos. Así también eran las cosechas de las calabazas, de los frijoles y de las sandías... Todo era abundancia...

Sí, próspero era el campo... pero una aguda espina se hundía en el corazón de la buena mujer... Era infeliz a pesar de todo y lloraba sin cesar, porque su hijo, al cual amaba tanto y por el cual tanto se había desvelado, era de tan malos sentimientos que más que amar a la madre parecía odiarla... ¿Qué le importaba la abundancia a la desventurada si su hijo la maltrataba continuamente...? Prósperas eran las cosechas, pero esto envanecía más al hijo, lo tornaba más soberbio, y descargaba sobre su infeliz madre toda la dureza de sus entrañas.

Hasta en ocasiones el mal hijo la había golpeado... Desde entonces la madre pensó seriamente en abandonarlo todo, para irse lejos, hasta agotar su vida infortunada. La ocasión llegó al fin cuando en cierta ocasión el hijo infame trató de decapitar a la madre con su machete... La mujer fue herida y quedó casi inútil, pero con vida, y pudo huir... Nunca

nadie supo adónde se fue ni nunca nadie volvió a saber de ella... Pero pronto el hijo criminal comenzó a darse cuenta de su horrible falta.

Primero sintió la soledad, no había quien lo atendiera... Enfermó y no había quien lo curara... Pero lo más horrible fue que un día al amanecer sintió y vio que sus brazos, aquellos brazos que había levantado contra la madre, se habían convertido en dos repugnantes serpientes. En lugar de sus manos estaban las chatas cabezas de los reptiles que movían ferozmente los ojos y abrían las fauces en busca de alimento... Y, naturalmente, comenzó el hambre para el hijo infame, porque cuando el desgraciado tocaba los alimentos para llevarse a la boca, no era con las manos con las cuales los tocaba, pues ya no existían, sino con las bocas de las serpientes, y éstas devoraban al punto el alimento...

Fue a su milpa desesperado y su espanto no tuvo límites... Vio una mancha gris cerniéndose bajo el cielo, tan espesa y enorme que cubría totalmente el Sol... Sintió miedo profundo... Nunca había visto aquello, no sabía explicárselo... De pronto la mancha se precipitó sobre la milpa arrollándolo a él mismo. La mancha cubrió todo el suelo, y cuando se levantó haciendo un gran ruido, todas las siembras estaban devastadas... El campo ya estaba escueto... Observó que aquella mancha al caer se había convertido en millones de pequeños animalillos con alas, que saltaban y lo devoraban todo... Había querido utilizar sus brazos para alejar la invasión, pero había sido inútil... Sus brazos eran las serpientes que se retorcían al parecer de gusto presenciando la invasión y dándose cuenta de la angustia del hombre... Corrió éste a su troje y también lo encontró devastado... Desesperado regresó a su choza, y por el camino fue viendo que también los árboles habían sufrido la devastación, pues sus ramajes aparecían pelados, y al llegar a su cabaña halló que la techumbre, que de palmas era, también había sido devorada... Se encontró entonces en la desolación más absoluta...

Lleno de ansiedad consultó a los *h'menes,* a los hombres adivinos que también estaban llenos de doloroso asombro, pues nunca habían visto cosa semejante; éstos hicieron los ritos, hicieron sacrificios de animales, escrutaron el espacio para ver de qué pliegue había salido la horrible plaga. Al fin concluyeron por saber que se trataba de una maldición que la madre había lanzado al hijo al abandonarlo, y que, hasta que apareciese nuevamente la mujer y lo perdonase, la maldición no pasaría... Se trataba de la terrible *Zaac,* la insaciable langosta que por primera vez aparecía sobre la tierra maya.

El origen de la luciérnaga I

(guaraní)

En la inmensa región que se extiende desde el Paraná al Uruguay, en la parte comprendida entre los arroyos Yabebirí al Guñapirú, existen maravillosos resplandores, que en las noches se mueven lentamente en fantásticas procesiones luminosas.

Todos saben que es el *isondú,* que vaga por los montes para castigar a los envidiosos. En su origen, fue un apuesto joven que habitaba en aquella vasta tierra de frondosa vegetación y de fértiles tierras. Este mancebo, de conducta intachable y de generoso corazón, atraía con el conjunto de sus perfecciones a todas las doncellas del país, que se enamoraban perdidamente de él. Olvidando que existieran más hombres en el mundo, no volvían a querer mirar a ningún otro, porque los encontraban despreciables comparándolos con aquel prototipo de belleza y virtud.

Los demás hombres, sintiéndose despreciados se llenaron de coraje hacia él y se reunieron, tratando de buscar una solución a aquel problema. De nada tenían que acusarle, porque no había cometido ningún desafuero, ni podía ser culpable de su perfección física: habían intentado que cayera en el vicio; pero se habían estrellado ante su temple heroico. Sin embargo, decidieron eliminar, fuera como fuera, a aquel ser perfecto que desviaba hacia él los corazones de todas las *cuñás* (doncellas).

Todos los *caria-í* (jóvenes), amarillos por la envidia, resolvieron matarle, y, apostados una noche de luna tras de los árboles del bosque por donde él tenía que pasar, esperaron a que llegara y le sorprendieron por la espalda, cayendo sobre el indefenso joven y asestándole veintidós puñaladas en todo su cuerpo, por cuyas heridas brotaban chorros de sangre, que empaparon la tierra, hasta dejarle exangüe. Pero antes de exhalar su último aliento, vieron los mozos, aterrados, que el cuerpo del mancebo se transformaba en un pequeño insecto de maravillosos resplandores, saliendo una misteriosa luz por cada una de las heridas que había recibido. En la herida del corazón se formó la cabeza del gusano, que emitía una fantástica luminosidad roja, como un rubí.

Los asesinos, asustados ante el prodigio marcharon apesadumbrados de su crimen, y tuvieron que contemplar durante todas las noches

de su vida aquel resplandor siniestro que les recordaba su maldad y torturaba sus conciencias, no volviendo a recobrar jamás la calma.

Desde entonces, grupos inmensos de isondúes pueblan de un fantástico resplandor, durante las noches, el bosque, convirtiéndolo en un paraje encantado...

Al coger un isondú o gusano de luz, se ve que tiene once lucecitas a cada lado de su cuerpo, que son vestigios de las veintidós puñaladas recibidas; la luz roja de la cabeza es el corazón de aquel hermoso joven que despertó los celos de los demás hombres.

El origen de la luciérnaga II

(paraguayo)

Bonía Chuá habitaba una caverna en el flanco del cerro Yby aty pané, en el valle Mbocayá. Era una mujer fea, el rostro fláccido, la boca desdentada, con bocio. En su gruta, atendía a la gente que quería remedios para sus males de amor. Por las tardes, solía dirigirse al arroyo Mbocayá, sentarse a la orilla del mismo, narrando casos, menospreciando a las mujeres bellas y elogiando sus propios hechizos. Pero una vez se apasionó por un joven que vino al arroyo, a limpiarse la sangre de un venado que recién había cazado. A partir de entonces, la hechicera hizo lo posible por atraer a Azucapé, el joven de aquella tarde. Nada obtuvo por bien. Raptó a Avatí Ky, la joven esposa de Azucapé. La llevó a su cueva y de un hachazo le cortó un brazo. La descuartizó. Puso las partes en un tejido de fibras, salió de la caverna, tomó el atado con las dos manos y lo tiró hacia la cumbre del cerro. Entonces, millares de motas de luz volaron sobre las laderas, se desparramaron por el valle y huyeron entre los cocoteros. Bonía Chuá tuvo miedo.

Éste fue el origen de las luciérnagas.

El origen del sapo

(paraguayo)

Cuéntase que Añá (el diablo) vio hacer a Tupá, el *mainumby* (el colibrí) y se propuso imitarlo. Púsose el diablo en la tarea, acaso con la mira secreta de crear un pajarito más primoroso que el concluido por Tupá. Cuando terminó su obra y vio sin duda que era bella, la arrojó al espacio para que ensayara el vuelo, pero el colibrí hecho por Añá, en vez de volar, cayó al suelo y salió saltando grotescamente sobre el césped.

Por eso el sapo, abortado picaflor, sin alas, se arrastra sobre la tierra.

El origen del mono I

(paraguayo)

Cierto día, cuando Tupa-sy (la virgen María) recorría el mundo haciendo milagros, encontróse de manos a boca con varios chicos que cogían frutas subidos a las ramas de un guavirá. Tupa-mitang (el niño Dios) no pudo resistir al deseo de gustar la tentadora fruta, y suplicó a la madre que la pidiera a los muchachos. Pero los muchachos se mofaron de la señora, que suplicó en vano. Un papagayo dijo a los chicuelos que aquello era cruel pues bien cerca, en otro árbol (un Ibá-jhay), había más frutos. Y éstos contestaron con una lluvia de piedras. Sin embargo, ninguna dio en el blanco. El papagayo les advirtió que Ñandeyara iba a castigarlos, que de allí en adelante tendrían que alimentarse del fruto del Ibá-jhay que no quisieron comer y que, además, vivirían en los bosques, sus rostros conservarían los gestos grotescos con los cuales burlaron a la madre afligida y sus palabras serían reemplazadas por silbidos...

La predicción se cumplió. Los chicos del guavirá se transformaron en monos, y desde entonces los cazadores de cais saben cuál es el árbol favorito de este ridículo cuadrumano.

El origen del mono II

(paraguayo)
Variante

Cierta noche, Mbaepochy (el demonio) salió del infierno. No sabiendo contra quién atentar, se acordó de los niños. Recorrió sus casas fijando en ellas su mirada infernal. Al día siguiente, los niños se despertaron haciendo diabluras. No querían rezar ni lavarse la cara... Camino a la escuela resolvieron dejarla por un bosque cercano. En esa marcha, para sentirse más livianos, iban desembarazándose de sus provisiones. Al tener hambre, buscaron frutos. Antes de hallarlos, sin embargo, destruyeron muchos nidos. Cuando estaban arriba de un árbol vieron venir una mujer con un niño en brazos. Era bellísima y parecía estar muy triste. Tenían hambre los dos. Los chicuelos respondieron a su pedido con insolencias, y tirándole carozos. Entonces ella los maldijo.

Al extinguirse el día, los niños tuvieron miedo y empezaron a llamarse uno a otro; pero la voz no les salía sino en forma de agudos silbidos. Miráronse asombrados y con inmenso pavor vieron que no eran los mismos. Sus ropas habían desaparecido, y en cambio tenían el cuerpo cubierto de pelos, una larga cola y unas orejas muy grandes. Quisieron llorar y no pudieron: sus lamentos se resolvían en silbidos acompañados de muchos y raros gestos. ¡Eran monos! Y entonces, enloquecidos, empezaron a correr, mas no como antes, sino a saltos y cogiéndose de las ramas.

El origen del mono *pwácari*

(baniba)

Cuando andaba entre la gente Porunamínari –creador de la Tierra, del agua y de todas las cosas, padre de las *jinnátati*[5] y de los *jéinari*[6]–, un mono se casó con una india llamada Foméyaba, quien siempre olía

[5] Mujeres en lengua baré. *(N. del C.)*

[6] Hombres. *(N. del C.)*

muy bien, a las mejores flores... Foméyaba salió embarazada y desde ese momento los otros monos y los rabipelados le tuvieron rabia.

Un día el marido le dijo:

–Vaya a casa de mi madre a rallar yuca para hacer cazabe. Pero al llegar a la montaña ponga cuidado porque hay dos caminos. En uno va a encontrarse un pedazo de cola de rabipelado y en el otro un rabo de *waca*[7]. El primero conduce a casa del rabipelado, el segundo a la choza de mi madre.

Pero el rabipelado había escuchado la conversación y salió corriendo a cambiar las señales. De manera que Foméyaba se equivocó y fue a dar donde la madre del rabipelado. Por el mal olor conoció el lugar, mas cuando pudo regresar ya era tarde porque el animal le cerró el paso y la agarró. Forcejearon un rato; después que el rabipelado abusó de ella la dejó ir.

El marido usó flores, hierbas y bastante agua para quitarle el mal olor a su mujer... No obstante siempre le quedó un poquito.

Los otros monos querían matarla para que no diera a luz. Hicieron un largo viaje hasta donde ella estaba. En un descuido de su esposo la descuartizaron. Sin embargo, la criatura de sus entrañas logró sobrevivir aunque apenas tenía forma. Una araña del río la terminó de formar. Como era varón lo llamó Pwácari. Era muy pequeñito y olía un poco a rabipelado. Aprendió a hablar como la corriente del río cuando cae por las chorreras. «Cum-cum», dice el agua; «cum-cum», dice el pwácari.

Estando más grandecito lo crió la raya.

Equivocadamente, la raya guardaba una cesta llena de camarones rojos y creía que eran ajíes. Un día Pwácari se los comió.

–Ay, ay. ¿Quién me comería los ajíes?

–Eran camarones, los ajíes son diferentes –le dijo Pwácari.

Al rato le trajo un poco de ajíes. La raya al comerlos se picó, y para calmarse, se tiró al río. Pwácari le tiró un flechazo y se lo pegó en el rabo. Ése es el origen de la espina que llevan las rayas debajo de la cola.

En aquella época los animales se transformaban en otros y así Pwácari se transformó en culebra, para llegar donde su abuelo, porque su padre había muerto de tristeza. El abuelo la cogió y le cayó a correazos, pero de inmediato Pwácari se descubrió como su nieto.

El abuelo y el nieto vivieron un tiempo juntos. Una vez el abuelo le dijo:

[7] Pájaro de la región. *(N. del C.)*

–En esta choza siempre se me mete un *mato*[8] muy grande y gordo. Yo lo quisiera tomar. Como estoy viejo no me es fácil. Tú si lo puedes hacer. Cuando lo veas aparecer, fléchalo.

El abuelo salió. Al rato entró el mato. Pwácari se encaramó en el techo y desde allí lo flechó por la cabeza. El lagarto se revolvió de un lado para otro, partió la flecha y huyó con la punta encajada.

Al rato el viejo regresó. Pwácari le notó una puntilla metida por detrás de la cabeza. Se parecía a la de su flecha.

–Yo me convertí en mato para probar tu valor y puntería. Ahora sí debes ir a vengar a tu madre, a matar a los monos.

Pasó el tiempo. A los monos había llegado la fama de Pwácari, pero no lo conocían. Se lo imaginaban muy grande.

Un día los monos elaboraban una canoa en la playa del río. La aldea estaba sola con su cacique. A él se presentó Pwácari.

–Déjeme ayudarlo con la *chícura*[9] a sembrar mientras sus monos hacen la canoa.

El cacique accedió y Pwácari con la misma canoa lo mató. Luego, en la tarde, fue donde los zamuros y les pidió una cesta de *temaris*[10]. Se la llevó a los monos quienes quedaron con ganas de comer más. Pwácari les señaló dónde había un árbol cargadito. Allí se fueron. Pwácari aprovechó para transformarle la canoa en caribes y *babas*[11]. Como había muchos temaris la noche sorprendió a los monos encaramados. Pwácari hizo una laguna alrededor del árbol y les lanzó los caribes y las babas. Comprendieron el engaño –el cual no podía ser sino de su único enemigo, Pwácari– cuando a uno de ellos se le cayó un fruto sobre el agua y por el ruido entendieron el peligro.

Pwácari se disponía a flecharlos cuando en eso llegó el *corú-corú*[12]:

–Déjame que yo te los flecho –le dijo.

Mas la primera flecha sólo sirvió de puente y un grupo de monos se escapó. Pwácari, lleno de enojo, le dio un duro golpe en la cabeza al corú-corú, tan duro que se la pegó contra el pecho... Por eso el corú-corú tiene la cabeza gacha.

Pwácari flechaba a los monos y éstos al caer se los repartían los

[8] Lagarto. *(N. del C.)*

[9] Instrumento largo y punzante para introducir las semillas en la tierra. *(N. del C.)*

[10] Frutos de un árbol de la región. *(N. del C.)*

[11] Reptil parecido al cocodrilo, pero mucho más pequeño. *(N. del C.)*

[12] Ave pequeña de la zona. *(N. del C.)*

caribes y las babas. Lo mismo le sucedía a quienes, desesperados, se lanzaban para escapar de la venganza.

Cuando a Pwácari se le acabaron las flechas se fue. A pesar de ello no acabaron las calamidades para los monos. A uno que guindaba de una rama muy cerca del agua, una baba le arrancó el rabo y las nalgas... De ése se engendraron las *perezosas*[13]. Otro mono le dijo a una baba:

–Llévame hasta la orilla.

La baba aceptó con la intención de comérselo apenas tuviera lugar. El mono no era tonto y sospechaba las ganas de la baba. Al rato, como tenía mucho calor, se lo expresó.

Apenas pasaron cerca de una rama, cuando el mono saltó y la baba escasamente pudo arrancarle el rabo...

De él se formaron los que llaman monos chocotes porque no tienen cola.

Ésta es la razón por la cual todos los monos respetan al mono pwácari, pese a ser el más pequeño de todos ellos.

El origen del venado I

(tarasco)

El dios llamado Cupancieri jugó a la pelota con otro dios, llamado Ahchuri hirepe. Éste le ganó y lo sacrificó en un pueblo llamado Xacona. Cupancieri dejó a su mujer preñada de Sirahtatahperi, su hijo. Cuando éste nació lo llevaron a criar en el pueblo, puesto que lo habían hallado. Después, ya mancebo, se fue a tirar aves con un arco y topó con una iguana que le dijo:

–No me fleches y te diré una cosa. El padre que tienes ahora no es tu padre, porque tu padre fue a la casa del dios llamado Ahchuri hirepe para conquistar y allí lo sacrificaron.

Como oyó aquello, se fue allá para probarse con el que había matado a su padre. Cavó donde estaba enterrado, lo sacó, se lo echó a cuestas y se venía con él. En el camino estaba en un hierbazal una manada de codornices que se levantaron todas en vuelo. Dejó allí a su padre

[13] Mamífero propio de la América tropical. *(N. del C.)*

para tirar a las codornices, y el padre se volvió venado y tenía crines en la nuca y una cola larga.

El origen del venado II

(quechua)

Habitaban la misma casa dos hermanos, uno rico otro pobre, con sus respectivas mujeres e hijos.

Un día en que el rico, con muchos convidados, festejaba el corta pelo de uno de sus hijos, se asomó el pobre.

Le ve uno de los invitados, y pregunta:

–¿No es ése tu hermano? ¿Por qué no le haces pasar?

–Ése es un doméstico.

Oyóle el pobre; lleno de aflicción por el desprecio que de él hacía su hermano, decidió abandonarlo y se fue como de costumbre en busca de *chicash,* único alimento con el cual sustentaba a su familia.

Detúvose en la puna a descansar sobre una roca, lamentándose de su mala fortuna, cuando oyó que ésta le hablaba, consolándole e indicándole siguiera un camino que le conduciría a una gran cueva y que llamara. Siguió las indicaciones de la peña hasta la cueva, donde encontró a un anciano venerable que le dio una piedra diciéndole que regresara, sin desprenderse de ella nunca.

Caminaba deprisa, pero la lóbrega noche le impidió proseguir su marcha. Buscó refugio en una cueva para pasar la noche, con su piedra a la espalda. Le era imposible conciliar el sueño por el hambre y el pesar; nuevamente quejábase de su fatal destino, cuando dormitando escuchó este diálogo entre la peña, la puna y la pampa.

Preguntábale la puna a la peña por qué lloraba ese hombre.

–El pobre llora porque su hermano rico lo ha despreciado.

La pampa interrogaba por su parte:

–¿De qué se queja ese infeliz?

–De su hermano rico, que lo tiene muerto de hambre –respondía la peña.

–Pues entonces, yo le daré mazamorra de maíz blanco.

–Y yo –dice la cueva–, de maíz morado.

–Y yo –dice la peña–, de maíz amarillo.

Despierta sobresaltado y se encuentra con tres ollitas, las que devoró, procurando que sobrara un poco de cada una para su familia. Y se quedó profundamente dormido.

Al amanecer disponíase a continuar su marcha, pero le fue imposible levantar el atado por su enorme peso; al desatarlo vio, no sin sorpresa, que la mazamorra de maíz amarillo se había convertido en oro; la de maíz blanco, en plata, y la de morado, en cobre.

Dejó enterrada una parte y marchóse contento a su casa, donde refirió a su familia lo que le había acontecido.

El rico, al descubrir que su hermano había enriquecido bruscamente, le acusó de ladrón.

Para probar su inocencia, le contó todo lo que le había sucedido, relato que no hizo sino despertar su codicia, y esa misma noche se encaminó a la cueva, donde del anciano recibió la piedra, y quedóse dormido. Le dio cuernos la peña; la pampa, pelos, y la puna, rabo, con lo que al despertar quedó completamente transformado.

Llegó a su casa, le desconoce su mujer, que le echa a los perros. Desde entonces, trocado en venado, va huido por las pampas y punas.

El origen de los tigres

(puinabe)

Una vez, después de la fiesta de matrimonio, la india no quiso acostarse con su marido en el mismo chinchorro. Desde esa noche en adelante no lo tomó más en cuenta para nada. No le sembraba, no le cocinaba, no se acostaba con él; en fin, no lo quería.

–Mi mujer no me quiere –pensó el puinabe–. ¿Qué habrá sucedido? Tal vez no le gusten los hombres.

Al cabo de algunos días se buscó a un primo.

–Vamos, primo, al conuco, a comer *caimarones*[14].

–Bueno, vamos.

[14] Frutos de un árbol de la región. *(N. del C.)*

Llegaron donde estaban los árboles.

–Súbase, primo, yo espero abajo los racimos.

Le tiró cuatro racimos y se quedó arriba. Tanto el puinabe casado como su primo se comían los más maduros. De pronto el marido empezó a transformarse en una fiera, con grandes colmillos y garras, y la piel manchada. Para matar a su mujer se hizo fiera. El otro no sabía nada. Descendió del árbol y de pronto le brincó la fiera y lo tumbó. No le hizo ningún daño, probaba su nueva forma y fortaleza.

–¿Por qué se volvió animal? –le preguntó el primo asustado.

–Fiera soy, para castigar a mi mujer. Ella no me quiere, entonces la voy a matar.

–Usted verá –contestó el otro.

Y se regresaron.

–No le diga a nadie que me he convertido en fiera.

A mitad de camino se separaron. El primo tomó la vereda de su casa y el puinabe-fiera se detuvo cerca de la suya. Cuando llegó la tarde llamó a su esposa a gritos.

–¿Qué le pasará a tu marido? –preguntó el papá de la india–. Parece como si lo hubiera picado la culebra. Ve a ver qué le pasa.

Ella se acercó a donde salían los gritos. Él se calló. A la distancia de un salto le brincó y la mató.

–Traigan candela, traigan candela –volvió a gritar.

–¿Habrá perdido el camino? –preguntó el padre a su mujer. Y tomó el camino con una astilla prendida.

De un zarpazo el puinabe-fiera le destrozó la cabeza.

Volvió a llamar, esta vez a la suegra.

–¿Qué es lo que tienes? –gritó la vieja mientras se acercaba.

Y también la mató.

Al otro día por la mañana los indios encontraron los muertos. El primo dijo quién había sido. Echó el cuento de la conversión en fiera para matar a su mujer porque no lo quería. Todos los indios se armaron con garrotes de corazón de palo y salieron a buscarlo. Lo encontraron debajo de una mata y lo ajusticiaron.

–Ése era mi compañero –decía el primo.

–Vamos a enterrarlo –dijeron los otros.

En efecto, abrieron un enorme hoyo y lo lanzaron. Luego emprendieron a pilarlo por temor. Tanto lo pilaron que la sangre saltaba fuera del hoyo y cada poco se convertía en un tigrito, y rápido el tigrito corría hacia el monte.

Si no hubiera salido la sangre no habría el tigre. De esa sangre se formaron todos los tigres, hoy tan abundantes.

El origen de los pájaros

(indios canadienses)

Antes de que el hombre blanco poblara el Canadá, vivía en aquellas tierras un gigante malvado, el Rey de los Vientos, que tenía aterrorizada a la población india. Residía en la Gran Cueva del Viento, en el País de la Noche. Pasaba temporadas en su palacio, sin dejarse sentir en la Tierra. Entonces el mar estaba tranquilo; el Sol calentaba y no se movía una hoja de los árboles. Pero cuando abandonaba el País de la Noche y empezaba sus correrías, las flores se tronzaban, los árboles crujían y el mar se encrespaba tanto que devoraba todo lo que tenía a su alcance. El pánico se extendía por donde se dejaba sentir.

Una vez el Rey de los Vientos estaba muy furioso y decidió arrasar toda la Tierra. Por entonces vivía una tribu de indios en la costa, que se pasaba la vida en el mar, pues vivía exclusivamente de la pesca. Un día en que hombres y mujeres se hallaban pescando, mientras sus hijitos jugaban en la playa, el Rey de los Vientos pasó por allí, y en cuanto los vio decidió acabar con ellos. Sopló con todas sus fuerzas y el mar se encrespó tanto que hizo naufragar a todas las barcas, y pereció la mayoría de los pescadores.

Después el gigante se dirigió a la orilla y vio a los niños jugando en la playa solos.

–Vosotros tampoco os escaparéis –gruñó–. Acabo de matar a vuestros padres; quiero que vayáis a hacerles compañía.

Los niños, al oírle, echaron a correr hacia una cueva próxima; se encerraron en ella y taparon su entrada con una gran piedra. El monstruo esperó noche y día a que salieran de su escondite; pero los niños no salieron. Entonces, furioso, se fue gruñendo:

–¡Ya os cogeré en otra ocasión! ¡Ya os cogeré!

Cuando se hubo marchado los niños salieron de la cueva y encontraron los cuerpos de sus padres muertos a la orilla del mar. Horrorizados al sentirse tan solos, huyeron a la selva para esconderse entre los árboles

y no ser vistos por el Rey de los Vientos, que les había prometido devorarlos. Allí los árboles tenían las hojas grandes y espesas, y pasarían sin ser vistos por el gigante. En efecto, así fue. Después que el Rey de los Vientos los buscó por la costa y por todo el país penetró en la selva. Al principio no pudo encontrarlos; pero después vio que estaban cobijados por las hojas de los árboles, y como éstas eran grandes y muy espesas, por mucho que sopló, no logró desalojarlos de sus escondites, y así luego comprendió que mientras estuvieran en la selva no podría devorarlos.

Más furioso aún, el gigante juró venganza y se fue a visitar a su amigo y compañero, el Rey de los Hielos. Ambos se pusieron de acuerdo y decidieron hacer todo el mal que pudieran a los árboles del bosque, que se empeñaban en esconder a los niños. Se pusieron en camino y pronto llegaron a la selva. Algunos árboles, como el abeto, el pino y el cedro se echaron a reír, diciendo:

–No podéis hacernos ningún mal.

Pero otros, como el roble, el abedul, el sauce, sintieron el frío del miedo. El Rey de los Hielos tenía gran poder sobre ellos; se posesionó de todos éstos y pronto empezaron a perder sus hojas. Los niños pudieron refugiarse en los cedros, los pinos y los abetos, que los seguían conservando; pero se sentían muy tristes de ver cómo a sus amigos, los demás árboles, les arrancaban las hojas y los dejaban desnudos. De todas formas, los niños quedaron sanos y salvos.

En aquella época del año, Glooskap acostumbraba visitar la Tierra para traer a todos los niños del mundo el regalo que más deseara cada uno. Cuando llegó a la selva, los niños estaban muy entristecidos por la desgracia que les había ocurrido a muchos de sus amigos, los árboles. Al preguntarles a cada uno de ellos qué era lo que deseaban aquel año, todos contestaron:

–No queremos nada para nosotros: desearíamos que los árboles recobrasen sus hojas que les han quitado el Rey de los Vientos y el Rey de los Hielos.

Glooskap, al oír esto, se quedó pensativo.

En este tiempo apenas había pájaros sobre la Tierra. Únicamente había algún pájaro marino, como el pato, la gaviota y algunos que otros domésticos, que proporcionaban al hombre huevos y alimento: la gallina, el pavo y unos pocos más.

Glooskap, después de haberlo pensado mucho, tuvo una gran idea.

–No puedo devolver a los árboles las hojas que les han quitado los

gigantes –les dijo a los niños–; pero puedo hacer una cosa mejor: transformar estas hojas en pajaritos. Cuando llegue a la Tierra el otoño se irán con el verano al País del Sol; pero con la primavera volverán a la Tierra y vivirán entre las hojas de los árboles, de donde han nacido. Harán los nidos en ellas y tendrán tan bellos colores como ellas. Cantarán y cantarán para vosotros; pero yo les encargo que no les hagáis ningún daño, puesto que las hojas son las que os han salvado de los gigantes. Cada primavera, con los pajarillos, vendrán también hojas nuevas para los árboles, y aunque, cuando se acerque el invierno, éstas desaparezcan, no os debéis inquietar demasiado, pues todas las primaveras saldrán otras nuevas.

Glooskap levantó su varita mágica, y al momento una enorme bandada de pájaros salió de entre las hojas que yacían por el suelo. Cantaban y volaban de un lado para otro y tenían bellos colores. Había petirrojos y tordos rojos y castaños, como las hojas del roble. Había colibríes y pinzones, verdes, amarillos y tostados, como las hojas del aliso y del sauce, que volaban como saetas. Había, en fin, muchos pájaros; tantos como hojas caídas. Los niños se sentían felices al oírles cantar y al acariciar sus plumas.

Después, Glooskap envió los pájaros al País del Sol, donde vive el verano, para que el Gigante de los Hielos y el de los Vientos no les hicieran ningún daño. Pero en primavera los pájaros volvieron de nuevo e hicieron sus nidos en los árboles, entre las hojas, lo más ocultos posible. Se pasaban el día cantando para los niños, y éstos nunca les hicieron daño, pues jamás olvidaron que era un regalo que Glooskap les había hecho.

El origen del petirrojo

(indios norteamericanos)

Era el gran deseo de un cazador ambicioso que su único hijo obtuviera un poderoso espíritu guardián.

Cuando llegó el día indicado para la ceremonia del ayuno del muchacho, le dio instrucciones para que fuera valiente y supiera comportarse bien, con espíritu viril. Entonces llevó el muchacho al *se-ra-lo,* o

cabaña del vapor, que está separada de las otras y que contiene piedras muy calientes sobre las cuales se vierte agua fría hasta que la cabaña se llena de vapor.

Cuando estuvo en ella el tiempo necesario, el muchacho salió y se lanzó a las aguas frías de un río. Este proceso se repitió dos veces. Y después su padre lo acompañó a una cabaña secreta escondida en las profundas sombras de una floresta, que había sido expresamente preparada para él, y allí se echó sobre una estera tejida por su madre, y se cubrió su cara con un paño. Después de esto, el padre se retiró prometiéndole volver cada mañana. Y así comenzaron los nueve días de ayuno para el muchacho.

Durante ocho días el padre se presentó cada mañana en la cabaña para darle coraje a su hijo de modo que resistiera el severo ayuno. El octavo día las fuerzas del joven fallaron y ya no se podía mover siquiera. Sus miembros tenían la rigidez de alguien que está a punto de morir.

En la mañana del día noveno, el muchacho dijo a su padre:

–Mis sueños no son buenos; los espíritus que me visitan no son favorables a tus deseos. Permíteme romper mi ayuno, y en otra ocasión trataré de ayunar de nuevo. No tengo fuerzas para resistir más.

–Hijo mío –le replicó el padre–, si tú rompes ahora el ayuno todo se perderá. Has perseverado valientemente hasta aquí. Sólo un poquito de tiempo te falta. Algún otro espíritu vendrá a ti... Resiste, mi muchacho, un poquito más.

El hijo cubrió su rostro otra vez y quedó sin moverse hasta el día onceno, en que volvió a repetirle a su padre, con voz muy débil, su deseo de romper el ayuno.

–Mañana –le dijo el padre– vendré temprano y te traerá comida...

Silencio y obediencia era todo lo que le quedaba por hacer al muchacho. Parecía un muerto. Solamente observándolo muy de cerca se conocía que respiraba.

El día se hizo noche y la noche día y el tiempo no existía para él. Llegó la mañana del duodécimo día y el padre vino con la comida prometida.

Al acercarse a la puerta de la cabaña, el padre oyó voces, como si alguien estuviera hablando. Se detuvo y miró a través de una rendija y vio a su hijo sentado y pintándose el pecho y los hombros mientras hablaba consigo mismo.

–Mi padre me ha destruido, no ha hecho caso de mis peticiones.

Pero yo seré feliz para siempre porque he sido obediente con él más allá de mis fuerzas. Mi espíritu guardián no es el que yo deseaba, pero es piadoso y me ha dado una nueva forma.

En ese momento el padre entró en la cabaña, gritando:

–¡Hijo mío! ¡Hijo mío! ¡No me abandones!

Pero el muchacho, mientras su padre hablaba, se transformó en un bello pájaro, el *o-pe-che* (el petirrojo de pecho encarnado), y voló a lo alto de la cabaña, y desde allí dijo a su padre:

–No lamentes mi cambio, seré ahora más feliz que lo que sería si fuera un hombre. No te daré el orgullo de ser un guerrero. Pero te alegraré con mi canto y te produciré la felicidad que siento. Me hallo ahora libre de los sufrimientos de la raza humana. Mi comida me la darán los bosques y mi camino será el aire.

Al decir esto, abrió sus alas; salió volando.

El origen del cardenal

(maya)

El príncipe maya Balankín era admirado por su pueblo. Su gallardía, su valor, su destreza con el arco, su lucha constante con las fieras, le daban, a los ojos de sus súbditos, la calidad de semidiós.

Todos los días, al caer la noche, salía de su palacio, contento y feliz y se internaba en la selva. Iba solo y caminaba hasta que, rendido, se sentaba en un tronco, y a la luz de un claro de luna entonaba una canción de amor.

Las hojas se abrían y daban paso a un rostro de virgen que así respondía a la canción:

–Aquí me tienes, dueño mío...

Él la estrechaba contra su corazón y la cubría de besos y le hablaba al oído:

–Mis flores y mis campos son menos bellos que tú; el trino de mis pájaros no iguala tu dulce voz, y tus caricias son más suaves que las que prodiga la paloma Cucú.

La selva era de ellos durante largas horas. Al despuntar la aurora, la bella joven desaparecía en el boscaje.

Balankín se dedicaba a su caza y siempre llegaba cargado, ya de un venado, ya de pavos o codornices.

El rey tenía prometido que su hijo se casaría con la hija de un rey vecino con el cual deseaba hacer una alianza. Y cuando comunicó su plan al príncipe, éste pensó que no podía destrozar el corazón de su amada, y que antes estaba su amor que el trono.

Pero los príncipes son obedientes, y él no se opuso a su padre. También ocultó su tristeza a su amada. Mas balankín ya no era el mismo: ya no corría por los campos, y su canto era un lamento. El padre advirtió el cambio, mandó espiar al melancólico mancebo, y supo de los amores de su hijo.

–La doncella debe desaparecer –ordenó el rey.

Y una noche en que el agua de un cenote servía de espejo a la feliz pareja, se presentó un indio, el que no dio tiempo a Balankín a defenderse, y disparando sus mortíferos dardos atravesó el corazón de la bella amada de Balankín. Éste la sostuvo entre sus brazos, y mirando al criminal, exclamó:

–¡Que los dioses te maldigan!

Del templo mayor bajó el dios bueno y Balankín, en su dolor, le rogó:

–No me separes de ella; no quiero la vida sin su amor.

Y tendiendo los brazos hacia él, dejó caer el cuerpo de la doncella, el cual, al chocar con las cristalinas aguas del cenote, se convirtió en un loto.

El dios bueno, señalando a la flor, dijo:

–Nictehá, tu amada Nictehá, tu amor.

Y sacando de su cintura un filoso puñal, el hermoso príncipe se cortó las venas del cuello y la sangre enrojeció sus vestidos.

El dios levantó la diestra sobre el joven muerto y convirtióle en cardenal.

Y dice la leyenda que por las noches, del fondo del cenote, sale una bella mujer vestida de espuma, y un príncipe vestido de púrpura le da el brazo, y entonando una canción de amor, se pierden envueltos en un rayo de luna.

Pero lo verdadero es que al amanecer los cardenales buscan los lotos para posarse en ellos y beber agua de los cenotes.

El origen de la paloma blanca

(guaraní)

Entre los actuales guaraníes, y después entre los gauchos del litoral, sus descendientes, la niebla es el aliento del caballo de Añá. Este caballo se lo imaginaban blanco y salido de las honduras de la laguna Iberá, matriz de todo lo misterioso en aquellas comarcas.

Tupá creó primero la naturaleza y después los seres animados.

Antes que la primera pareja humana los hollase, los solemnes bosques se extendían junto a las claras aguas; y aromaban los aires graciosas flores policromas antes que mujer alguna pensara engalanarse con ellas.

Tupá, al fin, decidió poblar aquellas soledades, e hizo el primer hombre y la primera mujer; pero como para amasarlos cogió arcilla de las márgenes de un río, los hizo oscuros. De aquí su sorpresa cuando vio que otro Dios había hecho un hombre y una mujer blancos. E intentó hacerlos. No pudo. Disponía de troncos de árboles y de oscura arcilla, material del que salían seres oscuros. Para embellecerlos les dio, en cambio, los más hermosos, los más vivos, los más variados colores. Así obtuvo el verde yacaré, el pintado yaguareté, la rosada *tuyuyú,* el pomposo *guasá,* la policroma *panambí,* la ocre yarará, hasta el reluciente *ivirá kitijha...* Pero Tupá no quedó contento; le molestaba que otro Dios hubiese podido hacer criaturas blancas. Y se obstinaba en poseer una criatura semejante. Añá, pícaro y sagaz como es, vaya a saber valiéndose de qué artimañas, consiguió llegarse hasta la tierra de los hombres blancos y robarles una doncella que regaló a Tupá.

Con esa *cuñá-morotí* (mujer blanca), hizo Tupá un ave blanca, dulce y buena: fue la paloma. Y Tupá quedó satisfecho.

Echó a volar la paloma entre aquellos bosques solemnes y oscuros, a las márgenes de aquellos ríos caudalosos y azules, y no viendo un solo ser blanco, tuvo vergüenza de su blancura. Se sentía fea en medio de aquellos seres oscuros o multicolores. Y lloró. Desde entonces la paloma gime siempre, melancólicamente: «¡U, u, u, u...!».

–Hazme negra como el cuervo; hazme un tenebroso urubú –rogó la infeliz.

Tupá no accedió. Su blancura lo llenaba de orgullo, ¿cómo habría de quitársela?

La desventurada paloma se fue a llorar a lo más profundo de la selva.

El origen de la garza blanca

(inca)

En la región del río Ucayali, donde viven los indios chamas, hay la costumbre de obligar a los niños pequeños a tragar su saliva cuando sienten pasar sobre sus poblados la garza blanca, a la que reconocen por su grito o canto característico. Ellos creen que haciendo esto los niños están libres de ahogarse o hacerse daño con las espinas del pescado. La verdad es que los indios comen el pescado, aun el más espinoso, con gran facilidad y saben evitar todo accidente que de sus espinas pudiera sobrevenir.

Como explicación a esta facilidad y a aquella costumbre, jamás eludida, cuentan la siguiente leyenda:

A orillas de un pequeño arroyuelo, afluente del Ucayali, vivía una modesta familia, compuesta por los padres y tres hijos pequeños: dos niños y una preciosa niña.

La madre adoraba a su hijita, porque era muy buena y hacendosa. La vestía siempre de blanco y la niña era siempre un modelo de limpieza y buenos modales. Tan habilidosa era, que hasta sabía comer el pescado diestramente, sin que nunca le hiciera daño una espina.

Sus dos hermanos estaban celosos del cariño de la madre. Llegaron a odiar a la niña, en tal forma, que se pusieron de acuerdo para hacerla desaparecer.

Fueron hasta un pueblo lejano a buscar un brujo, para que les dijera el modo de deshacerse de ella. El brujo prometió ayudarlos y una noche oscura se acercó a la casita, a la orilla del río. Mientras la niña dormía, la convirtió en un ave tan blanca como sus vestidos, en una garza.

Desde entonces, estuvo condenada a vivir en las orillas de los ríos y de las lagunas, alimentándose solamente con los pececillos que lograba atrapar con su pico.

El origen del pájaro urutaú

(guaraní)

Un poderoso cacique guaraní se había establecido tranquilamente con sus parciales no lejos del Iguazú. Pero como no hay en este mundo felicidad completa, la que le había producido su victoria se veía turbada por las inclinaciones amorosas de su hija.

Ñeambiú, que así se llamaba ésta, se había enamorado de un prisionero de su padre; un gallardo mocetón *tupí,* de nombre Cuimbaé, que correspondía apasionadamente al amor de la joven.

Y estas relaciones, que a los dos enamorados les parecía la cosa más natural y agradable del mundo, al cacique y a su mujer les producían la mayor contrariedad. El cacique y su esposa no querían ni siquiera pensar en que Ñeambiú pudiese separarse de ellos, y mucho menos para casarse con un hombre que pertenecía a la raza de los tupíes, sus enemigos de ayer. Hasta tal punto llevaban su oposición, que varias veces dijeron a su hija que antes querían verla muerta que casada con Cuimbaé.

La bella Ñeambiú vivía, por todas estas cosas, cada día más sola y afligida. A sus padres no les podía contar sus penas, porque precisamente eran ellos quienes las causaban con su incomprensión. Y a Cuimbaé, su amado prisionero, no lo podía ya ni ver, por la estrecha vigilancia que le habían puesto.

Cansada así de vivir sola se decidió un día a completar su soledad con la de los montes. Y se escapó de su casa.

Alarmado el cacique, al echar de menos a su hija, acudió inmediatamente a ver a Cuimbaé, sospechando que la joven se hubiera fugado de acuerdo con él. Pero se equivocó. El infortunado prisionero recibió con mucha pena la noticia y expresó sinceramente su extrañeza. Luego dijo:

–Yo soñé que una mujer muy fiera, que representaba la desgracia, se había llevado a Ñeambiú a los montes del Iguazú, donde mora entre los animales, que ni la atacan ni huyen de su presencia.

–¡Al Iguazú! ¡Al Iguazú! –ordenó entonces el desconsolado cacique–. ¡Al Iguazú, a buscar a mi hija, que se la ha llevado *caaporá*!

Y los vasallos salieron hacia el Iguazú, a librar a Ñeambiú de las garras de caaporá, un ser fantástico que, con monstruosa figura humana, unas veces de hombre y otras de mujer, habita en los montes y hace desgraciados para toda su vida a los que tienen la desdicha de mirarlo.

La chillería de los *ipecúes,* unos pájaros que alborotan mucho cuando ven gente, movió la curiosidad de la fugitiva que, para ver qué sucedía, salió del monte donde se había metido. Y como los hombres que venían en su busca ya estaban cerca de aquel lugar, no tardaron en descubrirla.

Con las razones más persuasivas y el tono más cariñoso, trataron todos de convencerla de que debía regresar al seno de su familia. Pero por más que se forzaron, no consiguieron hacerla salir del estado de indiferencia en que había caído.

El dolor había quemado sus sentimientos, y la pérdida de la esperanza había dejado sin sentido su vida. Sorda a los requerimientos de los enviados de su padre, les volvió la espalda e internóse de nuevo en el monte.

Ante el fracaso de los emisarios, las amigas de Ñeambiú determinaran, a una sola voz, ir en busca de la fugitiva. Quizá ellas, con solicitud más cariñosa, lograran lo que no habían conseguido los que sólo habían ido a cumplir un mandato.

Pero como éstos, las amigas de la infeliz y trastornada joven volvieron desconsoladas. Sus súplicas resultaron también completamente ineficaces. Ñeambiú ni respondía palabra, ni daba muestras del menor sentimiento.

La desdicha de Ñeambiú parecía irremediable.

Consultóse entonces, como se hacía siempre en casos tales, al adivino. Era Aguará-Payé, un indio tan sagaz como su nombre Aguará, que quiere decir zorro. Aguará-Payé cogió dos enormes mates o calabacines llenos el uno de infusión de hierba del Paraguay y el otro de chicha y se los tomó. Al punto hizo unos visajes horribles y cayó como muerto.

Vuelto en sí al cabo de un largo rato, dijo:

–Ñeambiú ha perdido para siempre la sensibilidad y el habla. Abandonad la empresa.

–¡No! –contestaron los padres de Ñeambiú–. No; antes morir que abandonarla.

Y se marcharon todos hacia el Iguazú.

Comprendiendo que Ñeambiú necesitaba una profunda sacudida que reavivase su sensibilidad, simularon la muerte de varios amigos, pero no obtuvieron el resultado esperado. Después le anunciaron la muerte de sus propios padres y tampoco lograron convencerla. Entonces, como último recurso, le dijeron a Aguará-Payé, que contemplaba la triste escena:

–Haz que sienta.

Obedeciendo Aguará-Payé, se adelantó pausadamente y le dijo a Ñeambiú:

–Cuimbaé ha muerto...

La desgraciada joven lanzó un lamento que estremeció todo el bosque y desapareció.

Fue un lamento tan triste y amargo que traspasando de profundo dolor a los que habían acudido a aquel lugar, los dejó convertidos en sauces.

Al poco rato, volvió Ñeambiú transformada en el ave que llaman urutaú y se posó en la rama más deshojada de aquellos sauces, para llorar eternamente su desventura.

Éste es el origen del urutaú, pájaro cuyo canto parece un dolorido lamento de mujer.

El ave chajá

(guaraní)

Yací, la Luna, al bajar a la Tierra, suele tomar la forma de una mujer. Lo hace para poder observar de cerca la actuación de los seres humanos, y así saber cuál es el bueno y cuál es el malo. Luego le informa al dios Tupá lo que ha visto, y lo que se merecen el uno y el otro.

En una calurosa tarde, Yací, acompañada por un gracioso niño, descendió al mundo de los hombres. Largo rato caminaron por la selva; pero la sed los torturaba, sobre todo al niño. Ya se sabe que cuando la Luna o cualquier divinidad adquiere la forma humana, sienten las mismas necesidades que los seres humanos.

Siguieron caminando, y Yací descubrió a dos muchachas lavando en un arroyo. Se les acercó y les pidió agua, pero ellas se la negaron. La Luna se alejó, aunque el niño lloraba por la sed.

No anduvo mucho Yací, porque las dos muchachas la llamaron para darles el agua: se la brindaban en una calabaza. La Luna, Yací, se aproximó, probó pero no la pudo beber, porque las jóvenes para burlarse le daban agua enjabonada.

Yací, muda de espanto, levantó los ojos al cielo: pedía el castigo de

Tupá para las dos muchachas. De pronto, apareció un *ayurú,* que era el mensajero celestial.

El ayurú habló a la Luna:

–Allí hay un manantial –y señaló una fuente que acababa de brotar entre los árboles.

Bebió primero el niño; mientras el ayurú increpaba a las azoradas jóvenes:

–Y para ustedes, malvadas, he aquí el castigo de Tupá –y diciendo esto, las jóvenes fueron perdiendo la forma humana hasta convertirse en aves. Una de ellas intentó hablar; pero sólo alcanzó a decir:

–¡Cha-já!

De esta manera se alejaron chillando.

El origen del halcón wyrohueté

(tembé, de Pará y Marañón)

Un hombre descubrió en un árbol el nido de un halcón de la clase llamada *wyrohueté*, y buscó a su hermano menor para que le ayudara a sacar del nido los huevos. Los dos hermanos hicieron entonces una especie de escalera (llamada *motá*) y el mayor la subió, mientras que el menor le alcanzaba los palos para los escalones. Durante este trabajo, algo del árbol cayó sobre la cabeza del menor, y éste pidió a la mujer de su hermano que lo sacara de su cabello, cuando el mayor, que estaba sobre la escalera, vio esto, se puso celoso, y aunque faltaban pocos escalones hasta el nido, bajó e hizo terminar el resto por su hermano menor. Cuando éste hubo terminado la escalera, el mayor también la subió y cortó debajo de su hermano todas las lianas, con las cuales estaban fijados los escalones. Después bajó y fue a su casa con su mujer, y dejó sobre el árbol, cerca del nido, a su hermano menor, quien sin motá ya no podía bajar. En el nido había un solo polluelo. Después de algún tiempo llegó la madre y preguntó al hombre qué hacia allá arriba. Éste contó entonces cómo había subido al árbol por el halconcito y cómo había sido abandonado en esta situación por su hermano. Entonces le preguntó la halcona:

–¿Quieres educar a mi hija?

El hombre dijo que sí, y la madre le entregó un mono que había cazado, para que lo pelara para el polluelo. Después de un rato llegó volando también el halcón, trayendo un gran mono aullador. A ése también el hombre contó su historia, y el ave le enseñó, ante todo, cómo debía pelar el mono aullador, pues tardaba bastante con éste. Después le preguntó si no quería ser también un wyrohueté, y el hombre se declaró conforme. Entonces, el halcón se fue y volvió al poco rato con algunos compañeros. De a dos y de a tres llegaron muchos halcones de diferentes especies, hasta que estuvo reunida una gran cantidad. Sentándose alrededor del hombre, empezaron con sus canciones. Entonces le crecieron al hombre plumas y uñas, y se transformó en wyrohueté. Después probó volar; al principio no podía, pero los otros halcones le ayudaron y así lo aprendió.

Las aves resolvieron entonces matar al hermano de su nuevo compañero y se lo comunicaron. En el pueblo de los dos hermanos había justamente una fiesta, y el hermano mayor estaba sentado delante de su choza y se pintó para el baile. Entonces apareció el menor en forma de un pequeño halcón y se sentó cerca de él. La gente del pueblo gritó entonces al mayor que matara el pájaro, pues era conocido como el mejor tirador del arco. Éste, entonces, trajo de la choza sus armas y tiró una flecha al halcón, pero el ave se levantó y la flecha pasó por debajo de ella. Lo mismo sucedió con una segunda flecha, y entonces el pequeño halcón se sentó muy cerca, delante del hombre. Éste, rabiando, tiró por la tercera vez, y cuando hubo errado también este flechazo, el ave se acercó al tirador, volando, y le agarró con sus uñas del cabello. Transformado en el mismo momento en un gigantesco wyrohueté, lo levantó por el aire. Enseguida cayó una gran cantidad de aves de rapiña sobre el hombre y lo devoraron; sus huesos solamente caían al suelo.

El hermano menor tenía ahora el poder de trocarse a su gusto, ya en hombre, ya en un wyrohueté. Entonces los halcones lo mandaron a buscar también a sus padres. Llegó en forma humana a su pueblo, pero cuando la gente lo vio aparecer, después de tanto tiempo, se asustó, y dijo si no había llegado en camino del Azán. El hombre, entonces, invitó a sus padres a entrar junto con él en una casa y a bailar. Invitó también a otros habitantes del pueblo pero no quisieron venir. Mientras que se bailó en la casa, ésta se levantó del suelo y subió con los danzantes por el aire. Los puebleros entonces acudían y querían retener a los que se fueron; los curanderos fumaron sus pipas y echaron el humo alto al aire, pero no consiguieron nada.

El origen de los buitres

(mexicano)

El *chom* es un ave que sólo se alimenta de inmundicias. Tiene la cabeza pelada, oscuro y áspero el plumaje, y puede dejar calvo al hombre a quien ensucie en el cabello. Hasta los árboles que escoge para cobijarse se marchitan y mueren pronto. Todo esto se debe a un castigo que antaño le impusieron los dioses por su glotonería. La leyenda cuenta el suceso de la manera siguiente:

Hace muchos años, en el palacio real de Uxmal se celebraba una fiesta en honor del dios bueno que da la vida. El rey quería que todo se hiciese con magnificencia: invitó a los más poderosos príncipes a un espléndido banquete en la terraza de su palacio y encargó los más exquisitos platos.

Cuando los servidores estaban ocupados en los preparativos un pájaro chom que volaba por encima del palacio divisó los excelentes manjares. Su gula se despertó al momento; pero, no atreviéndose a acometerlos él solo, fue a avisar a algunos de sus compañeros. Se dice que desde entonces el chom nunca vuela solo, por si vuelve a presentarse ocasión semejante. Acecharon desde la altura, buscando un momento propicio, y, cuando los servidores se marcharon en busca de nuevos manjares, se abalanzaron sobre los que ya estaban preparados, devorándolos ansiosamente. El rey y su séquito los sorprendieron en el festín, y aunque los arqueros reales quisieron alcanzarlos con sus flechas, consiguieron huir, perdiendo solamente algunas de sus plumas.

El colérico rey exigía una venganza y mandó a los sacerdotes que consultasen con los dioses la manera de castigar a los sacrílegos. Al cabo de tres días, los sacerdotes habían obtenido las indicaciones necesarias. Quemaron las plumas que las aves habían dejado y mezclaron su ceniza con agua estancada, obteniendo un líquido negruzco. Cuando éstas pasaron volando, fueron salpicadas con este líquido, que, al alcanzarlas, volvió su plumaje áspero y negro. Asustadas, remontaron las aves el vuelo con tanto azoramiento, que se acercaron al Sol, quemándose con sus rayos las plumas de sus cabezas, que desde entonces quedaron calvas. Y, como castigo por su gula, fueron condenadas por los dioses a alimentarse de inmundicias.

Origen de las plantas

Yóii, el padre de los frutos y de los peces del río

(puinabe)

Así como se comportan los pichones cuando tienen hambre, del mismo modo hacían unos hijos con su padre, un viejo llamado Yóii. Tanto pían los pájaros que el padre sale desesperado a buscarles gusanos aunque esté lloviendo fuerte, así también le pedían comida los chiquitos al viejo Yóii... Pero no había alimentos, todo se había acabado en la Tierra.

Entonces el viejo llamó al mayor de los pequeños y le dijo:

–¿Por qué ustedes no me matan más bien para que coman todos?

Los hijos no querían, pero él les explicó:

–Ustedes me matan. Después me asan hasta que esté bien seco. Luego me pilan con un palo fino. Al estar bien pilado me arrojan sobre la tierra, como cuando se siembra; y también me echan en los ríos, en los caños y en las lagunas.

Así lo realizaron los hijos. Cuando estaba bien piladito buscaron una caña hueca. Se metieron en la boca un poco de la harina del padre y lo soplaron sobre la tierra. Nacieron aquí una mata de piña, allá una mata de guama, a un lado unas matas de ajíes, al otro, maíz, más adelante auyamas, ñames, caimarones, plátanos, y todas las plantas que comen los indios.

Los hijos fueron a la laguna, a los caños y a los ríos, echaron de igual manera la harina del padre y nacieron las sardinas y los peces.

Al poco tiempo se oyó la voz del viejo Yóii, que les decía:

–Allí tienen comida para toda la vida.

Y los hijos quedaron contentos.

El origen de los frutos

(cariña, Venezuela)

Una vez el Sol se acostó con la Luna y ésta salió en estado. Entonces el Sol la invitó a parir en su casa.

–¿Cómo se va a tu casa? –le preguntó la Luna.

Él le dijo:

–En la primera encrucijada del camino que va hacia las montañas debes tomar el sendero donde encuentres una pluma de guacamaya. Más adelante te toparás con una pluma de pájaro *yuis*, cerca de allí está mi choza. Pero ¡debes tener mucho cuidado, si te equivocas de camino llegarás a la casa de la Tarunmio, la vieja Come-Gente!

Llegado el día, la Luna salió a parir en la morada del Sol. Más inquietos que la madre estaban los hijos dentro de la barriga. La molestaban sobremanera. Durante el camino no hacían más que decir: «Mira, mamá, esas flores bonitas». «Contempla, mamá, esos frutos maduros.» En una de ésas la Luna se cayó, y disgustada por ese atrevimiento de sus hijos, les pegó por sobre la barriga, luego de regañarlos. Todavía no estaban afuera y ya fastidiaban.

Cuando llegó a la encrucijada, la Luna no se acordaba cuál era la señal convenida. Toda aterrada les preguntó a sus hijos, pero éstos, enojados, no le contestaron. Era de suponer su equivocación y su arribo a la casa de la vieja Tarunmio. La vieja Come-Gente cocinaba en ese momento. La Luna, cansada y hambrienta, le pidió alojamiento por una noche. La Tarunmio no esperó oírlo dos veces. Le ofreció comida, agua, luego un cuarto y la ayudó a acostarse. En la noche mató a la Luna, le sacó a los muchachos gemelos, y se la comió. Desde ese día los gemelos tuvieron por madre a la vieja. En unos pocos días crecieron y se convirtieron en hombres, porque ellos tenían sangre de dioses.

Los dos muchachos salieron muy cazadores. Cada día traían de la selva paujíes, lapas y rabipelados que la vieja, en la noche, los cocinaba y se los comía sin darles nada a los muchachos.

La Come-Gente sólo les daba una torta blanca con sabor a cazabe. Los gemelos, cansados de la misma comida, se preguntaban de dónde sacaba el cazabe la vieja, si ella no sembraba yuca. Entonces se pusieron de acuerdo para observar cómo hacía. De un enorme sapo la vieja extraía una leche espesa que echaba sobre el budare caliente y de allí salían las *sipiipa*[15]. Después se ponía a conversar con el animal.

–Ya llegará el día en que no te sacaré más leche para ellos. De un momento a otro me los comeré.

Al darse cuenta de que la vieja no era su mamá sino la Tarunmio, decidieron matarla. Además, al regreso de una cacería de paujíes oyeron decir a dos de éstos, que estaban vivos, lo siguiente: «Quienes nos han cazado son los hijos de la Luna...», y contaron todo el resto de la historia.

En la tarde del día siguiente los gemelos le dijeron a la vieja que pensaban hacer una roza para sembrar, pero que para obtener una buena cosecha era necesario que ella gritara sus cantos encima de una troja que ellos levantarían.

A los dos días estuvo la rosa y se montó la troja en el tercero. Cuando la vieja comenzó a cantar, los dos gemelos le dieron candela a un poco de leña que estaba debajo. La vieja no tuvo tiempo de saltar, porque las llamas la quemaron como a una rama seca... Y fue allí donde los indios fundaron las primeras sementeras y donde se dieron por primera vez todos los frutos: ocumo, mapuey, ñame y otros muchos más.

Can-Tim, el creador de la yuca

(puinabe)

Cuando principió el mundo la mata de yuca era una persona como nosotros, era hombre, se llamaba Can-Tim, padre de las yucas. Vivía como indio y se convertía en yuca para que ellos comieran. Tenía mujer e hijos, grandes y pequeños. Pero ella era vieja y floja.

[15] Torta de almidón. *(N. del C.)*

–Tú no trabajas duro –le dijo una vez Can-Tim. Tú siembras con pereza; cocinas mal y no me sirves como mujer.

La vieja se puso muy brava. En un descuido de Can-Tim, lo agarró por las orejas y se las arrancó.

Enojado y ofendido, Can-Tim abandonó la choza con sus hijos mayores. Dejó a la vieja con los niños más pequeños. Su gran conuco de yucas se fue con él. Allí sólo se quedaron las batatas y los mapueyes.

Can-Tim no regresó el día siguiente ni el otro. No volvió más.

–Tu papá no aparece –dijo la vieja–. Vamos al conuco a buscar yuca para hacer *mañoco*[16].

Pero ni una raíz de yuca encontraron.

A los pocos días se cansaron de las batatas y de los mapueyes. Estaban acostumbrados al cazabe y al mañoco.

–¿Dónde estará mi papá? –preguntó el más grande.

–Él nos daba yuca –respondió el otro pequeño.

Una mañana decidieron ir a buscarlo y se volvieron un par de loros. Volaron hacia donde muere el Sol y dieron vueltas y vueltas hasta donde nace, y allí encontraron a su padre.

Can-Tim estaba en medio de una fiesta, rodeado de sus hijos mayores. Los pequeños le contaron las causas del viaje y el padre les explicó el motivo de su fuga y abandono de la casa. Sin embargo, les prometió regresar una noche para llevarles suficiente comida.

–Pero eso sí –les dijo–, háganme una buena *curia*[17] para cuando yo vaya.

Los chiquitos retornaron donde la vieja. No le contaron nada de lo sucedido. En la noche, como ellos dormían con su mamá en un mismo chinchorro, dejaron caer un pedacito de cazabe y ella les preguntó:

–¿Qué comen?

–Nada –contestó el mayor.

–Sin embargo, huele a tu papá.

–¿Por qué te acuerdas de nuestro padre ahora –dijo el menor–, si por tu culpa nos abandonó?

–Huele, huele a tu padre –repetía mientras buscaba, hambrienta, por todos los rincones de la choza.

Al levantarse prepararon la curia, a escondidas de su mamá. La taparon con hojas de platanillo para mayor seguridad.

[16] Alimento harinoso que se hace con yuca rallada. *(N. del C.)*

[17] Bebida fermentada hecha con yuca. *(N. del C.)*

En la mitad de la siguiente noche llegó el viejo con sus otros hijos y sus nueras. Los menores se levantaron. Con la curia comenzó la fiesta. Todos comían cazabe, bebían curia y *yucutta*[18]. Cuando amaneció se acercaron otros amigos. Bailaban y cantaban para celebrar el regreso de Can-Tim, pero a la vieja no le dieron ni un pedazo de cazabe ni un trago de yucutta.

La creación del maíz

(azteca)

Todos los dioses descendieron del cielo a una cueva, donde un dios, llamado Piltzintecutli se acostó con una diosa llamada Xochiquétzal. De ella nació Tzentéotl, el dios del maíz, el cual se metió debajo de la tierra, y de sus cabellos salió el algodón, de un ojo una muy buena semilla, del otro ojo otra, de la nariz otra semilla, llamada chían, de los dedos salió una fruta llamada camote, de las uñas otra clase de maíz grande, y del resto del cuerpo salieron otras muchas frutas, las cuales los hombres recogen y siembran. Por esto dicho dios fue más querido que los otros dioses y le llamaban «señor amado».

El pájaro dziú salva el maíz

(maya)

Un día, Chaac, que así se llama en lengua de indio maya el Gran Dios de las Aguas, o sea del campo, que es el más importante, vio cansados ya los campos y poco fértiles por consiguiente, y pensó entonces en rehacerlos, tomando la determinación de destruirlos primero por el fuego, para hacer luego nuevas siembras. Dícese que le dio muy buen resultado aquel procedimiento y que desde ese entonces es

[18] Bebida dulce hecha con mañoco. *(N. del C.)*

el mismo que emplea el indio... Quema y siembra luego. Así hace, sus milpas.

Pues bien, una vez que Chaac tomó aquella determinación, llamó ante sí a todas las aves para que lo ayudaran en la faena, pues quería de forma natural salvar las más preciosas semillas para conservarlas para la posteridad.

Las aves acudieron inmediatamente y Chaac les planteó su decisión, diciéndoles:

–Id y coged cada una de vosotras la semilla que más le agrade, y procure conservarla a fin de que sirva para las nuevas siembras que hemos de hacer... A vosotras encomiendo la salvación de los granos, y cuidad bien de esta misión que os confío, pues en ella va la existencia de esta tierra.

Entre tanto la destrucción de los campos había comenzado devorándoles el impetuoso incendio dispuesto por Chaac. Ante la magnitud del peligro, muchas aves no se resolvieron a salvar semilla alguna y ésas son las de menos aprecio en esta tierra. Pero otras más audaces sí se atrevieron, y entre ellas el pájaro dziú fue el más valeroso, pues precisamente el fuego se había apoderado con más furia de los maizales, y sin embargo el dziú se arrojó en medio de las llamas dispuesto a jugarse la vida por salvar la semilla más preciosa... Y la salvó heroicamente, sacando ilesos varios granos que cuidó con todo esmero y que sirvieron luego al poderoso Chaac para hacer las nuevas siembras... Dice el indio que al pájaro dziú se debe, en efecto, que aún haya maíz en tierras mayas y tiene por eso a aquel pájaro casi como sagrado.

Cierto que el dziú sufrió varias quemaduras, y que el plumaje se le chamuscó y quedándole gris desde entonces la punta de las alas, como color de ceniza, y que rojos y enardecidos le quedaron los ojos y que así los ha conservado hasta ahora, pero realizó la acción más grandiosa para esta tierra.

Esta acción requería un premio, y el dios Chaac, de acuerdo con las demás aves, pues todas le quedaron agradecidas, acordó darle por toda la vida el derecho de ovar en los nidos que quisiese sin necesidad de hacerlos, sino aprovechando los ya hechos, y sin tomarse el trabajo de empollar sus huevos ni cuidar ni alimentar a sus hijuelos, quedando todo esto a cargo de las demás aves.

Esto explica que el pájaro dziú parezca un gran vividor que goza tranquilamente de la vida sin tomarse trabajo alguno ni ninguna de sus fatigas... Obsérvese que escoge los mejores nidos para ovar en ellos, y

que una vez realizada esta operación, sigue su vuelo sin preocuparse de más. Si acaso se detiene un instante para cantar su mismo nombre: «¡Dziúuu...!», con lo cual avisa a las demás aves para que estén listas a llenar las funciones a que quedaron obligadas por el servicio inmenso que hizo y que con razón reputa el indio como incomparable, de haber salvado la semilla del maíz.

La creación del algodón

(caduveo, Brasil)

Ninigo creó a los hombres. Golpeó la Tierra, que se transformó en mujer. Después hizo un hombre. Cuando los hombres fueron hechos, Caracará vino y le dijo:

–Estos hombres están desnudos. Los animales tienen su piel; los pájaros su plumaje; solamente los hombres están desnudos.

Ninigo les dio hojas para que se cubriesen. Él apretó las hojas e hizo así bolas de algodón. El hombre y la mujer quedaron muy contentos. Pero Caracará vino de nuevo:

–Aún no están bien dispuestos.

Ninigo rompió entonces el tejido y colgó las hebras de los arbolitos. Así creó el algodonero.

El fruto que da olvido a amores

(paraguayo)

En lucha contra los españoles, los guaraníes hicieron un prisionero. El cacique vencedor, Yaguatí, lo entregó a su hija Apicú. La joven y bella india no ocultó su alegría. Pero el apuesto prisionero no correspondía a sus sentimientos. Ella hizo mantas, adornos, y todo lo posible para alegrarlo. Hasta lloró y le suplicó amor en vano. ¿Amaría él a otra, en tierras lejanas? Desesperada, recurrió a la violencia, mandando que lo

ataran a una hoguera, sólo para convencerlo. Ante la muerte, él todavía mostraba indiferencia y audacia. Ella cayó a sus pies, llorando avergonzada. Él le confesó que no podía amarla, porque, en verdad, ya estaba comprometido. Silenciosa, a la medianoche, Apicú partió en búsqueda de la *cuñá-payé* (hechicera). Le narró sus penas, le pidió algo contra el amor de su cautivo por la blanca española. La hechicera le dijo que fuera al día siguiente con el cristiano, a la falda del primer cerro elevado que encontrara. Allí le hablaría un *ayarú* (papagayo), preguntándole qué deseaba. Ella debería contestarle que quería coger frutos del guavirá. El papagayo la conduciría a donde crecen esos árboles y ella tendría que dar a su amado muchos frutos de aquéllos. Al comerlos, el cristiano olvidaría sus recuerdos. Y desde entonces sólo pensaría en Apicú. Así sucedió.

Cuenta la tradición que a toda niña que se halle enamorada de un extranjero, bríndale el guavirá, a fin de que la peligrosa nostalgia no impulse al amante a su patria, dejando sin cumplimiento promesas y juramentos.

La abuela de la hierba mate (Caá-Yarí)

(paraguayo)

El minero que quiere hacer pacto con la Caá-Yarí espera la Semana Santa, y si está cerca de un pueblo, entra en la iglesia y promete formalmente que vivirá siempre en los montes, se amigará con ella, jurando al mismo tiempo no tener trato alguno con otra mujer. Hecho este voto, se encamina al monte, depositando en una mata de hierba un papel con su nombre y la hora en que volverá a encontrarse con ella. El día de la cita, el minero debe tener gran presencia de ánimo, pues la Caá-Yarí, para probar su valor, antes de presentarse lanza sobre él víboras, sapos, fieras y otros animales propios del monte, sin otro objeto que el de probarlo. En recompensa a su serenidad, se aparece la Caá-Yarí, joven, hermosa y rubia. Entonces el minero renueva sus juramentos de fidelidad y desde aquel día, cuando va a cortar hierba, cae en dulce sueño, durante el cual la Caá-Yarí le prepara el rairo con dieciocho a veinte arrobas de peso, acompañándole al despertar y ayudándole a sostenerlo

por detrás, para llegar a la balanza. Como la Caá-Yarí es invisible para todos, menos para él, se sube sobre el rairo, aumentando así su peso al entregarlo. De esta manera la ganancia del minero es mayor, pues trabaja a tanto la arroba. Pero ¡pobre del minero que le sea infiel con otra mujer! La Caá-Yarí despechada, no perdona, mata. Y cuando algún minero guapo muere por los hierbazales de cualquier enfermedad, si él ha sido de carácter taciturno, los compañeros se susurran al oído: «Traicionó a la Caá-Yarí. La Caá-Yarí se ha vengado».

El árbol izapí

(guaraní)

La joven india Izapí era muy hermosa. Era tan hermosa que, ante ella, los guerreros más valientes de la tribu ponían los trofeos arrebatados al enemigo en cruentos combates. Pero Izapí no respondía al amor de ninguno. La bella Izapí no podía amar, pues era fría y dura de corazón. Era indiferente al amor y al dolor, por eso la llamaban «La que no ha llorado jamás». Y era cierto, pues nunca nadie la vio llorar.

Muchas fueron las desgracias que sufrieron los suyos. Una vez creció el río Uruguay: arrasó las chozas y ahogó a multitud de niños y mujeres. Todos clamaban al cielo, desesperados ante tanta desdicha. Y también lloraban los más aguerridos hombres de la tribu, pero Izapí no lloraba: seguía mirando indiferente hacia el horizonte con sus hermosos ojos negros.

Algunos pensaban que Izapí era la causa de aquella desventura, y un mago propuso someterla al martirio para obligarla a llorar. Decía que si la hermosa joven lloraba, la desventura de la tribu se trocaría en dicha.

Pero el viejo Rubichá, su padre, que la miraba con gran ternura, la protegía de la cólera de todos. Cuando se enteró de la idea del mago, ciego por la ira, mandó matarlo. Y aun con su propia mano lo hubiera matado, si éste no hubiera logrado huir.

Otras desgracias llegaron a la tribu: en un combate contra los feroces *guaycurines*[19], la tribu se dispersó por los montes; cayeron en poder

[19] Hombres de una tribu bárbara que atacaban a algunas tribus guaraníes. *(N. del E.)*

del enemigo las más bellas doncellas, y hasta los más bravos guerreros. Una hermana de Izapí, hermosa como ella, pero de corazón blando y destinado a ser una adivinadora *(cuñá-taí),* cayó asimismo prisionera del jefe enemigo. También su hermano, el más fuerte y valiente guerrero de la tribu, destinado a sustituir a su padre, fue encontrado agonizando en los hierbazales.

Después de esto, la tribu quedó reducida a unas pocas mujeres y un puñado de guerreros. Con ellos estaba el anciano Rubichá, mudo de dolor y rabia. Decidieron refugiarse en la selva. Junto a su padre marchaba Izapí, indiferente como siempre. La anciana cuñá-taí de la tribu consultó de nuevo los astros, utilizando talismanes y sortilegios, luego sentenció:

–Para desviar la malaventura que nos persigue, es preciso que Izapí llore.

Pero ¿cómo hacerla llorar? ¿Cómo hacer llorar a la indiferente? ¿Cómo sacar agua de la roca?

Ni siquiera la cuñá-taí, con su decantada ciencia, podía hacer el milagro. Se hacía necesario que el dolor se probase en el propio cuerpo de Izapí. Mas ¿cómo hacerlo si su padre la protegía con amor ciego? Pero el viejo Rubichá murió.

Cierto día en que Izapí iba silenciosa por un camino, se encontró con una arrugada viejecita. La voz de la anciana, quebrada por los años y el dolor, le rogó que le cogiese algunas ramas y le hiciese un haz para llevárselo a su choza, donde su nietecito moría de frío.

Izapí, indolente y desdeñosa, no ayudó a la anciana, quien se postró de rodillas y le suplicó llorando, con voz desfallecida. Pero la doncella, ciega, sorda, siguió su camino.

Más adelante, se le acercó una mujer todavía joven, con un niño en los brazos. La mujer estaba muy pálida, lloraba... Un dolor grande le rompía el corazón. De rodillas le pidió a Izapí unas hierbas para salvar al hijo.

Izapí conocía de hierbas y del lugar donde encontrarlas, y hubiera podida traérselas con sólo desviarse un poco del camino; pero, como siempre, ajena al dolor, siguió andando.

Mas sólo pudo caminar algunos pasos, porque una fuerza misteriosa la obligó a detenerse para oír la voz de la cuñá-taí de la tribu que invocaba a Añá.

–¡Añá, haz que esta mujer fría, que no se ha compadecido de una abuela ni de una madre, no sea nunca ni abuela ni madre! ¡Añá, haz

que esta mujer que nunca ha llorado, llore siempre, viva eternamente llorando...! ¡Añá, haz que esta mujer, cuya resistencia al llanto ha sido la causa de tantos males, viva siempre haciendo el bien a los demás con su interminable llanto...!

Izapí no oyó más, porque desde la primera palabra de la cuñá-taí había ido, poco a poco, perdiendo su forma humana hasta quedar convertida en árbol.

Desde entonces crece en las selvas tropicales este árbol, de cuyas hojas se desprende un abundante rocío que refresca el aire. El izapí es la doncella que llora siempre en beneficio de los demás, pues al hombre cansado que llega junto al árbol sus lágrimas lo refrescan.

Origen del fuego

Mitos sobre el origen del fuego

(coleccionados por George James Frazer)

América del Sur

1. (lengua)

Los indios lengua del Chaco paraguayo cuentan la siguiente historia sobre el origen del fuego entre los hombres. Dicen que en los primeros tiempos, incapaces de producir fuego, los hombres se veían obligados a comer cruda su comida. Un día un indio salió de caza toda la mañana, pero sin éxito alguno; por ello, hacia el mediodía, para apaciguar las punzadas del hambre, acercóse a un pantano para recoger caracoles. Mientras los estaba comiendo, atrajo su atención un ave que salía del pantano con un caracol en el pico. Pareció depositarlo cerca de un gran árbol, un poquito más lejos. Luego volvió al pantano y sacó otro caracol, repitiendo la maniobra varias veces. El indio observó también que del lugar en que el ave ponía los caracoles, salía algo así como una columna de humo. Despertóse su curiosidad y la próxima vez que se alejó el ave, acercóse cautelosamente hacia el lugar donde se levantaba el humo. Allí observó muchos palos, dispuestos punta con punta, con un extremo todo rojo y que daba mucho calor. Arrimándose más vio algunos caracoles puestos junto a los palos. Como estaba hambriento

probó los caracoles cocidos y, encontrándolos deliciosos, decidió que nunca más comería caracoles crudos.

Así, pues, tomó algunos de los palos y se fue con ellos a su aldea, donde contó a sus amigos su descubrimiento. Enseguida aquéllos cogieron cantidad de leña seca en el bosque para mantener con vida la inestimable adquisición, que desde entonces llamaban tabla de fuego. Aquella noche cocieron la carne y las verduras por primera vez, y gradualmente encontraron nuevos usos para su descubrimiento.

Pero cuando volvió el ave al lugar en que había dejado los caracoles y descubrió la pérdida del fuego, sintióse llena de rabia y resolvió vengarse del ladrón, con tanta más rabia cuanto que no podía ahora producir más fuego. Remontándose en el espacio, describió círculos en busca del ladrón, y con gran sorpresa descubrió a las gentes de la aldea sentadas en torno al tesoro robado, gozando del calor y cociendo con él sus alimentos. Llena de pensamientos de venganza, retiróse a la selva, donde hizo una tormenta de truenos acompañada de terribles rayos, que hicieron mucho daño y aterrorizaron al pueblo. Por esto, cada vez que truena, es signo de que el ave del trueno está enojada y trata de castigar a los indios con el fuego del cielo; pues desde que el ave perdió el fuego ha tenido que comer cruda su comida.

2. (bakairi)

Los bakairi, una tribu india del Brasil central, relatan cómo en los primeros días del mundo los dos grandes hermanos gemelos Keri y Kami consiguieron el fuego por orden de su tía Ewaki. En aquel tiempo el Señor del Fuego era un zorro silvestre que los naturalistas llaman *canis vetulus*. Este zorro había preparado una trampa para peces. Keri y Kami fueron a la trampa y encontraron en ella un pez *jéjum* y un caracol *caramuju*. Se disfrazaron de tales, metiéndose en dichos animales: tomando Keri la forma de pez y convirtiéndose Kami en caracol. Poco después acudió el Señor del Fuego canturreando y prendió el fuego. Luego miró la trampa y encontrando un pez y un caracol, los sacó y los puso en el suelo para asarlos. Pero los dos hermanos disfrazados de pez y caracol echaron agua al fuego. Furioso, el zorro trató de agarrar al caracol, pero éste saltó al río, trajo más agua y echándola en el fuego casi lo apagó. El zorro de nuevo tiró un manotazo al caracol y lo habría hecho trizas contra un leño, pero el caracol se deslizó de sus garras y

cayó lejos. Esto era más de lo que el zorro podía soportar y se alejó furioso. Pero Keri y Kami avivaron el fuego moribundo y lo llevaron a su tía Ewaki.

3. (tembé)

Los tembé, una tribu india del noreste del Brasil, provincia de Grão Pará, dicen que el fuego estaba primeramente en posesión del buitre rey; por eso los tembé tenían que sacar al sol la carne que querían comer. Resolvieron, pues, robar el fuego del buitre y a ese objeto mataron un tapir. Lo dejaron tirado y después de tres días estaba podrido y lleno de gusanos. El buitre rey llegó con su tribu. Se sacaron sus vestidos de plumas y aparecieron con forma humana. Habían traído un tizón consigo y con él encendieron una gran fogata. Recogieron los gusanos, los envolvieron en hojas y los asaron. Los tembé, que estaban en acecho, se echaron sobre la presa, pero los buitres escaparon llevándose el fuego a un lugar seguro. Los indios se afanaron así por tres días, pero en vano. Luego construyeron un puesto de caza o albergue junto a la carroña, y un viejo curandero se escondió en él. Los buitres volvieron nuevamente y encendieron el fuego junto al escondite. «Esta vez –se dijo el viejo–, si salto sobre ellos rápido, obtendré un tizón.» Así, cuando los buitres hubieron dejado sus vestiduras de plumas y estaban asando los gusanos, el viejo saltó sobre ellos. Los buitres se lanzaron sobre sus vestidos de plumas, y mientras tanto, el viejo agarró un tizón; las aves recogieron el resto de la fogata y huyeron. El viejo metió el fuego en todos los árboles de los cuales ahora los indios lo sacan por fricción.

4. (taulipang)

Los indios taulipang, otra tribu del Brasil septentrional, dicen que en tiempos lejanos, cuando los hombres en general no tenían fuego, vivía cierta vieja llamada Pelonosamo, que tenía fuego en su cuerpo y le producía cada vez que deseaba tostar sus tortas de mandioca. Pero los demás tenían que tostar sus tortas de mandioca al sol. Un día una muchacha vio cómo la vieja producía fuego de su cuerpo y se lo contó al pueblo. Así, pues, fueron a pedirle a la vieja que les diera fuego. Pero

ella se negó diciendo que no lo tenía. Entonces la tomaron y le ataron manos y pies; y después de haber recogido mucha leña, la pusieron junto a ella y apretaron su cuerpo con sus manos hasta que salió el fuego. Pero el fuego se convirtió en las piedras llamadas *wato,* que al ser golpeadas dan fuego.

5. (guarao)

Los indios *guaraunos* o *warrau,* de la Guayana Británica, cuentan una historia para explicar cómo el fuego está en la madera y puede ser sacado de la misma fricción. Dicen que dos muchachos gemelos, Makunaima y Pia, nacieron de una madre que murió justamente cuando el nacimiento. Los niños fueron tiernamente alimentados por una vieja llamada Nañobo, nombre de una especie de rana grande. Cuando se hicieron mayores, los niños acostumbraban ir a la ribera en busca de caza y pesca. Cada vez que obtenían pesca, la vieja les decía: «Deben secar el pescado al sol y nunca en el fuego». Pero, muy curiosamente, los mandaba siempre a recoger leña y al tiempo de regresar con ella, encontraban el pescado muy bien cocido y listo para ellos. La verdad es que ella acostumbraba vomitar fuego por la boca, cocer los víveres y luego tragarse el fuego antes de que los niños regresaran, de modo que nunca tenían un fuego ardiendo que ellos pudieran ver. Como esto ocurriera día tras día, los niños fueron teniendo sus sospechas: no podían comprender cómo lograba la vieja hacer fuego y, por consiguiente, resolvieron vigilar. Así, pues, la próxima vez que se les envió a buscar leña, uno de los mellizos se transformó en lagarto, regresó y trepó al techo, desde donde podía ver muy bien todo lo que ocurría. Así vio a la vieja vomitar fuego, usarlo y engullirlo de nuevo. Satisfecho con lo que había presenciado, bajó del techo y corrió en busca de su hermano. Discutieron el asunto cuidadosamente y decidieron matar a la vieja. Para eso desmontaron un campo dejando en medio un lindo árbol, al que ataron a su vieja y bondadosa madrastra. Luego, rodeando a ella y al árbol de leños, pusieron fuego a todo. A medida que la vieja dama iba siendo consumida por el incendio, el fuego que solía estar en su cuerpo pasaba a los leños que la rodeaban. Esos leños eran de la madera que los indios llaman *hima-heru* y de la cual todavía sacan fuego frotando dos trozos de la misma.

6. (jíbaro)

Los jíbaros, una tribu india del Ecuador oriental, dicen que sus antiguos antepasados ignoraban el uso del fuego y preparaban su comida calentando la carne en la axila, calentando yuca (raíces comestibles) en sus quijadas y cociendo huevos al rayo del sol ardiente. El único que tenía fuego era cierto jíbaro llamado Tacquea, que sabía cómo hacer fuego frotando dos maderos, pero que al estar enemistado con los otros jíbaros no les daba fuego ni les hubiera enseñado cómo hacerlo. Muchos jíbaros vinieron volando (pues parece que en aquellos tiempos los jíbaros eran aves) y trataron de robar el fuego de la casa de Tacquea, pero no pudieron, porque el muy astuto de Tacquea mantenía la puerta un poco entreabierta, y cada vez que un ave intentaba introducirse cerraba con un portazo y la aplastaba entre la puerta y la jamba.

Finalmente, el pequeño picaflor levantóse y dijo a las otras aves:

–Iré y robaré el fuego de la casa de Tacquea.

Así, pues, se mojó las alas y se tendió en medio del camino haciendo como que no podía volar y tiritando como de frío. La mujer de Tacquea, volviendo de su plantación, vio al pájaro mojado y se lo llevó a la casa para secar su plumaje empapado junto al fuego, pensando en hacer del pájaro su falderillo. Después de poco tiempo el picaflor, habiéndose secado un poco, trató de alzar vuelo, pero no pudo. La mujer de Tacquea lo tomó de nuevo y lo puso junto al fuego. Como el picaflor, por ser muy pequeño, no podía llevarse un tizón, paseó su cola por las llamas de modo que las plumas se encendieran, y con la cola en fuego, voló a un árbol alto de corteza muy seca que los jíbaros llaman *mukuna.* La corteza del árbol, a su vez, se encendió y con un poco de la corteza en llamas, el picaflor voló a una casa gritando a los otros:

–¡Aquí tenéis el fuego! Tomadlo pronto y llevadlo todos. Ahora podréis cocinar bien vuestra comida; ahora no necesitáis calentarla bajo el brazo.

Cuando Tacquea vio que el picaflor había escapado con el fuego, se enojó y se lo reprochó a su familia, diciendo:

–¿Por qué dejaron que entrara el pájaro a robar el fuego? Ahora todo el mundo tendrá fuego. Ustedes son los responsables del robo.

Desde entonces los jíbaros han tenido fuego y aprendieron el arte de encenderlo frotando dos pedazos de madera de algodón.

América del Norte

1. (cora)

Los indios coras, de Nuevo México, cuentan cómo antiguamente la iguana, una especie de lagarto, estaba en posesión del fuego, y cómo habiéndose peleado con su esposa y su suegra, se retiró al cielo llevándose consigo el fuego. No hubo más fuego en la Tierra, porque la iguana se lo había llevado todo y lo conservaba escondido allá arriba. Estaban así las gentes muy necesitadas del fuego y se reunieron en asamblea para deliberar sobre cómo obtenerlo. Los viejos y los jóvenes deliberaron cinco días, sin comer, ni beber ni dormir, y pensando y repensando afanosamente noche y día. Finalmente, después de cinco días supieron dónde estaba el fuego.

–Allí en el cielo –dijeron– está el fuego. La iguana lo escondió. La iguana fue al cielo, allí está.

Luego deliberaron: «¿Cómo podríamos traer el fuego?». Y dijeron:

–Alguien debe subir y traer el fuego –entonces encargaron al cuervo para intentar la faena y le dijeron:

–Vete, cuervo, y haz la prueba de trepar al cielo.

Una colina se alzaba cerca del lugar y el cuervo fue a ella y empezó a treparla. Estaba trepando y había llegada a la mitad del camino, cuando resbaló y cayó. Allí se quedó chato y despanzurrado. El cuervo se había hecho trizas; el cuervo había fracasado.

Entonces las gentes llamaron a otro, llamaron al picaflor y éste fue. Pero tampoco pudo hacerlo. Cuando llegó a la mitad, cayó. Cayó y se salvó apenas. También él regresó al suelo. Cuando estuvo de vuelta, dijo a los ancianos:

–Es imposible subir hasta allá; hay allí una catarata; no hay acceso».

Luego otro fue. Partió y siguió del mismo modo, pero no pudo llegar arriba. Él también regresó y bajó a la Tierra. Cuando hubo vuelto dijo a los ancianos:

–Es imposible no hay medio de llegar arriba.

Así todas las aves hicieron la tentativa, pero ninguna de ellas logró llegar al cielo. Entonces convocaron a la comadreja. Al principio no quiso, pero cuando se hizo la idea de ir, les dijo:

–Si es posible llegar arriba, hagan así. Si yo puedo llegar arriba, miren atentamente. Fíjense cuando el fuego llegue abajo, porque voy a arrojarlo. Espérenlo con mantas, y cuando llegue abajo no

le dejen caer al suelo, porque si no la Tierra será consumida por el fuego.

Entonces la comadreja partió y subió y subió y llegó hasta la mitad. Allí crecía un árbol de *texcallame* y allí descansó la comadreja. Luego trepó más arriba. El camino era muy liso y la comadreja cayó a la catarata. A duras penas pudo zafarse y, sacudiéndose, proseguir su ascenso, empapada hasta los huesos. Cuando estuvo arriba miró y vio el fuego. Acercóse a él, y allá junto al fuego estaba sentado un viejo. La comadreja lo saludó:

–¡Buen día, abuelo!

El viejo se levantó y dijo:

–¿Quién me habla?

La comadreja contestó:

–Yo, su nieto –y le pidió que la dejara calentarse. Al principio el viejo no quiso, pero la comadreja arguyó–: Tengo mucho frío, me gustaría calentarme.

Entonces el viejo le contestó:

–Caliéntate, pero no te lleves el fuego.

Así, pues, la comadreja se sentó y el viejo se recostó y se quedó dormido. Mientras dormía, la comadreja envolvió con la cola un tizón y lo sacó sin problemas del fuego. Entonces el viejo se despertó.

–¿Te estás llevando el fuego, nieto? –preguntó.

–No, estoy aventándolo –contestó la comadreja.

De nuevo el viejo se quedó dormido y esta vez del todo. Mientras dormía, la comadreja se levantó suavemente, y tomando el tizón empezó a llevárselo a rastras, con lentitud. Lo había halado así un buen trecho y estaba cerca del abismo, cuando el viejo se despertó y lo vio todo. Levantóse, pues, y le dio caza. Pero la comadreja había llegado ya al abismo y había arrojado hacia abajo el fuego. Cuando el viejo volvió arriba con la comadreja, le dio una paliza que la dejó azul y negra, y la arrojó luego abajo a la Tierra. Y hecho esto, fuese diciendo:

–No me quitarás el fuego, comadreja.

Ahora bien, las gentes de la Tierra estaban al acecho del fuego y éste llegó abajo. Esperaban envolverlo en sus mantas, pero el fuego no cayó sobre ellos sino en el suelo. Éste se encendió y toda la Tierra ardió inmediatamente. Mientras ellos estaban tratando de apagar el fuego, la comadreja cayó a plomo y quedó muerta en el suelo. Entonces ellos la cubrieron y la arroparon con sus mantas. Un rato después la comadreja empezó a moverse bajo las mantas, volvió a la vida, se

levantó con dificultad y se sentó derecha. Cuando volvió en sí, preguntó:

–¿Llegó el fuego? Yo lo arrojé hacia abajo. Mi abuelo me mató, ¡me dio una paliza!

Ellos contestaron:

–El fuego cayó aquí. Nadie pudo agarrarlo cuando caía. Cayó en el suelo y la Tierra está ardiendo. ¿Cómo podremos apagarlo ahora? Es imposible para nosotros apagarlo.

Luego invocaron a nuestra madre, la diosa Tierra, y ella apagó el fuego con su leche. Así apagaron el fuego y quedó allí.

2. (sía)

Los indios sía, de Nuevo México, dicen que la araña, a la que llaman *sussistinnako,* fue la creadora de los hombres, animales, aves y todos los seres vivientes. Vivía en una casa bajo tierra, y allí hacía fuego frotando una piedra de punta dura contra otra chata y redonda. Pero habiendo encendido el fuego, lo mantuvo en su casa, y puso una serpiente, un puma y un oso para guardar la primera, la segunda y la tercera puertas, de modo que nadie pudiera entrar y ver el fuego. Así, pues, las gentes de la Tierra no poseían el fuego; el secreto del mismo no había sido revelado al mundo de arriba. Con el tiempo se cansaron de mordisquear la hierba como el ciervo u otros animales; así, pues, resolvieron enviar al coyote a robar el fuego para ellos en el mundo subterráneo. El coyote consintió en ejecutar el trabajo. Cuando llegó a la casa de la araña, a medianoche, encontró a la serpiente, que guardaba la primera puerta, durmiendo en su puesto; así, pues, se deslizó pasando junto a ella. El puma, que guardaba la segunda puerta, estaba también dormido, y lo mismo el oso que guardaba la tercera. Pasándolos, el coyote llegó a una cuarta puerta, y el guardián estaba también dormido; así, pues, el coyote entró al cuarto. Allí encontró a la araña dormitando tranquilamente; de modo que se acercó con rapidez al fuego, encendió en él la rama de cedro atada a su cola y luego escapó presurosamente. La araña despertó restregándose los ojos precisamente a tiempo para advertir que alguien salía del cuarto. «¿Quien anda ahí? –gritó–. Alguien anduvo aquí.» Pero antes de que pudiera hacer levantarse a los guardianes de las puertas para detener al ladrón, el coyote estaba lejos con el fuego para el mundo de sobre la Tierra.

3. (navajo)

Los navajos, una tribu india de Nuevo México, dicen que sus primeros antepasados, seis hombres y seis mujeres, brotaron de la tierra en medio del lago que está en el valle de Montezuma. En su ascensión a través del suelo fueron precedidos por la langosta y el tejón; a decir verdad, al llegar a la superficie de la Tierra encontraron los mismísimos animales que ahora la habitan, excepto el ciervo y el alce, que no habían sido creados todavía. No sólo eso, los animales estaban en cierto sentido mejor que los hombres, pues poseían el fuego, mientras no lo tenían los hombres ni las mujeres. Pero entre los animales, el coyote, el murciélago y la ardilla eran amigos muy especiales de los navajos y convinieron en ayudarse el uno al otro para conseguir el fuego para aquéllos. Así, pues, mientras los animales estaban jugando al juego del mocasín o zapato junto a una fogata, el coyote fue al escenario del juego con algunas astillas de pino resinoso atadas a su cola; y mientras la atención de los animales estaba absorbida en el juego, corrió rápidamente a través del fuego de modo que las astillas se prendieron. Entonces escapó perseguido por todos los animales; y cuando estuvo fatigado, el murciélago, conforme a lo antes convenido entre ellos, lo relevó, tomando a ambos, el fuego y el corredor. Volando de aquí para allá y esquivando a un lado y a otro, el murciélago escapó a sus perseguidores por un tiempo, y cuando estaba por caer entregó el fuego a la ardilla, que gracias a su gran agilidad y resistencia se las arregló para llevar el fuego a los navajos.

4. (apache jicarilla)

Los apaches jicarillas, del norte de Nuevo México, dicen que cuando sus antepasados emergieron por primera vez de su guarida en el mundo subterráneo, los árboles podían hablar, pero las gentes no podían quemarlos, porque no tenían fuego. Sin embargo, los hombres obtuvieron finalmente el fuego, gracias a las maniobras del zorro. Un día el zorro fue a visitar a los gansos, deseando aprender a imitar su graznido. Los gansos le prometieron enseñárselo, pero le dijeron que si deseaba aprender el verdadero graznido debía acompañarlos en sus vuelos. A ese fin le dieron alas para volar, pero le advirtieron que durante el vuelo no debía abrir los ojos. Así, pues, cuando los gansos extendieron sus

alas y se remontaron a lo alto, el zorro voló con ellos. Al caer la noche pasaron sobre el cerco empedrado en que vivían las luciérnagas. Algunos destellos de sus trémulos fuegos penetraron en los párpados entrecerrados del zorro y le hicieron abrir los ojos. En ese mismo momento sus alas le fallaron y cayó en el cercado de paredes, no lejos de las tiendas de las luciérnagas. Dos de las luciérnagas acudieron a ver al zorro caído y éste les dio a cada una un collar de semillas de enebro para inducirlas a decirle por dónde podía transponer el paredón que lo rodeaba. Las luciérnagas mostraron al zorro un cedro que podía doblarse a gusto y ayudar a cualquiera a pasar sobre el paredón. A la tarde, el zorro fue al manantial donde las luciérnagas tomaban agua y encontró allí tierras coloreadas, buenas para pintar, y con una de ellas se dio una mano de blanco. Volviéndose al campamento, dijo a las luciérnagas que debía darse una fiesta; ellas bailarían y harían juerga, y él les daría un nuevo instrumento musical. Ellas aceptaron la propuesta y juntaron leña para una gran fogata, que encendieron con su propia lumbre. Antes de que empezara la ceremonia, el zorro ató una astilla de cedro a su cola y luego hizo un tambor, el primero construido hasta entonces, que golpeteó un rato. Cansado de batir el tambor, se lo dio a una luciérnaga y fue arrimándose al fuego hasta meter en él la cola mientras las luciérnagas en torno suyo le advertían que no lo hiciera, diciéndole que se la quemaría.

–Soy curandero –replicó el zorro–, y mi cola no se quemará.

Sin embargo, vigilaba cuidadosamente, y cuando la astilla estuvo bien encendida, dijo:

–Aquí hace mucho calor; apártense y déjenme ir donde esté más fresco.

Así diciendo, se salió con la cola en llamas, seguido por las luciérnagas que le gritaban:

–¡Deténgase, no conoce el camino; vuélvase!

Pero el zorro corrió derecho al cedro y llamó:

–¡Encórvate hacia mí, árbol, encórvate!

El árbol lo levantó por encima del cercado y el zorro siguió corriendo, seguido todavía por las luciérnagas. Mientras pasaba de largo, los arbustos y árboles de cada lado iban encendiéndose con las chispas que caían del cedro ardiendo y así el fuego se propagó ampliamente por la Tierra. Cansado de correr, el zorro entregó por fin el fuego al halcón, que siguió llevándolo hasta entregarlo a la grulla parda. La grulla voló muy lejos hacia el sur, pero no tan lejos como para alcanzar un árbol

que no arderá hasta nuestros días. Pero el nombre de ese árbol incombustible los apaches jicarillas no lo saben. Las luciérnagas persiguieron al zorro hasta su madriguera y le hicieron saber que, como castigo por haber robado el fuego y haberlo propagado sobre la Tierra, nunca le permitirían usarlo.

5. (hitchiti)

Los indios hitchiti de la región sudoriental de los Estados Unidos relatan cómo el conejo robó el fuego y lo distribuyó a todo el pueblo. Hablan de un tiempo en que el fuego no era, en verdad, desconocido, pero en que la costumbre prohibía encenderlo en cualquier parte que no fuera el campo de ceremonias donde se celebraban los ritos sagrados y se ejecutaban solemnes danzas. Ahora bien, el conejo sabía que debía haber una danza en el campo de ceremonias y pensó para sí: «Voy a escapar con algún fuego». Meditó sobre el asunto y resolvió cómo debía operar. Se untó la cabeza de brea para tener la cabellera brillante. Luego se presentó. Cuando llegó al campo sagrado, una gran muchedumbre estaba reunida allí. La gente estaba bailando y el conejo se sentó. Luego se llegaron a él y le dijeron que debía dirigir la danza. Él aceptó y se levantó. Así bailó en torno del fuego cantando y la gente lo seguía. La danza seguía rápida, más rápida y cuando el conejo describía círculos en torno al fuego, de tiempo en tiempo inclinaba la cabeza hacia las llamas, como si fuera a cargarlas. Pero todo lo que la gente decía era:

–Cuando el conejo dirige la danza, siempre hace así.

Por fin metió la cabeza directamente en las llamas y escapó con la cabeza incendiada, y la gente salió tras él alarmada y gritando.

–¡Vamos, agarrémoslo y tirémoslo al suelo!

Así escapó con la gente detrás, pero no pudieron atraparlo y desapareció de la vista. Entonces, ellos hicieron llover por tres días enteros y al cuarto día dijeron:

–Ahora la lluvia debe de haber apagado el fuego.

Así, pues, paró la lluvia, brilló el Sol y hubo buen tiempo. Pero el conejo había hecho fuego en un árbol hueco, y allí permaneció mientras llovía, y cuando brilló el Sol, salió y sacó a la luz sus fuegos. Pero la lluvia cayó de nuevo y apagó todos los fuegos, excepto el que el conejo había dejado ardiendo en el hueco de un árbol. Esto ocurrió una y otra vez. Pero aunque las lluvias eran fuertes, no podían apagar del todo los

fuegos que en los intervalos de sol hacía el conejo con el que quedaba en el árbol hueco. Así, pues, las gentes vinieron y tomaron las brasas y se las llevaron. El conejo distribuyó el fuego a todo el pueblo.

6. (alabama)

Los indios alabama tienen un mito diferente sobre el origen del fuego. Dicen que antaño los osos poseían el fuego y siempre lo llevaban consigo. Una vez lo pusieron en el suelo y se fueron mascando castañas. Al dejarlo solo, el fuego casi se apagó y en su desamparo gritó: «Aliméntame». Algunos seres humanos oyeron el grito y acudieron en su socorro. Tomaron un palo del lado norte y lo pusieron en el fuego. Tomaron otro palo del oeste y lo pusieron en el fuego. Tomaron otro palo del sur y lo pusieron en el fuego. Tomaron otro del este y lo pusieron en el fuego, y el fuego llameó. Cuando los osos volvieron a recoger su fuego, el fuego les dijo: «No los conozco más a ustedes». Así, pues, los osos no se llevaron el fuego y ahora pertenece a los seres humanos.

7. (cheyenne)

Los indios cheyenne tienen una tradición, según la cual en los primeros tiempos del mundo uno de sus antepasados, llamado Raíz Dulce, fue enseñado por Trueno a hacer fuego por el sistema del taladro. Según esa tradición, Trueno obtuvo de Búfalo unas astillas de madera de las que podía sacarse fuego. Entonces, dirigiéndose a Raíz Dulce, dijo:

–Toma un palo; voy a enseñarte algo con lo cual tu gente podrá calentarse, podrá cocer su alimento y podrá quemar las cosas.

Cuando Raíz Dulce trajo el palo, Trueno le dijo:

–Apoya la punta en medio de la astilla, ten el palo entre tus manos y hazlo girar rápidamente.

Raíz Dulce hizo así varias veces y la astilla prendió fuego. Así, por intermedio de Trueno, fue ayudada la gente contra Ho-im-a-ha, que se entiende generalmente como «el hombre del invierno» o «la tempestad», el poder que trae el frío y la nieve. Así consiguió la gente el medio de calentarse.

8. (sioux, menomonis, fox y otros del valle del Misisipí)

Los sioux, menomonis, zorros (fox) y varias otras tribus indias que habitan el valle del Misisipí, conservan la tradición de una gran inundación en la que todos los habitantes de la Tierra, excepto un hombre y una mujer, se ahogaron. Los sobrevivientes solitarios escaparon refugiándose en una alta montaña. Viendo que en su desamparada condición necesitaban fuego, el Dueño de la Vida envió un cuervo blanco para llevárselo. Pero el cuervo se detuvo en el camino a comer carroña y dejó que el fuego se apagara. Volvió entonces al cielo a conseguir más fuego; pero el Gran Espíritu lo expulsó y lo castigó, volviéndolo negro en vez de blanco. Entonces el Gran Espíritu envió al *erbette,* un pequeño pájaro gris, como mensajero para llevar fuego al hombre y la mujer. El pájaro hizo como le fue ordenado y volvió a informar al Gran Espíritu, que lo recompensó dándole dos barritas negras en cada lado de los ojos. De aquí que los indios vean al pájaro con gran respeto; nunca lo matan y prohíben a sus niños que le den caza. Más aún: imitan al pájaro pintándose dos barritas negras a cada lado de sus ojos.

9. (cherokee)

Los indios cherokee dicen que en el principio no había fuego y el mundo era frío, hasta que los truenos enviaron su relámpago y pusieron fuego en el fondo de un viejo sicomoro hueco que crecía en una isla. Los animales sabían que allí estaba, porque podían ver el fuego saliendo por la copa, pero no podían obtenerlo, debido al agua. Así, pues, se reunieron en consejo para decidir qué harían.

Todo animal capaz de volar o nadar estaba deseoso de ir en busca del fuego. El cuervo ofreció ir, y como era tan grande y fuerte, creyeron que podría hacer el trabajo ciertamente; así, pues, lo enviaron el primero. Voló alto y lejos, (...) y resplandeció sobre el árbol de sicomoro; pero el calor chamuscó sus plumas, ennegreciéndolas y se asustó y regresó sin el fuego. La pequeña lechuza chillona (alucón) se ofreció luego como voluntario para ir y llegó a salvo al lugar; pero mientras espiaba dentro del árbol hueco, subió una ráfaga de aire caliente y casi le quemó los ojos. Se dio maña para volar de regreso, pero pasó mucho, mucho tiempo, hasta que consiguió ver bien y sus ojos se han quedado rojos hasta hoy día. Entonces la lechuza gritona y el búho fueron, pero al tiempo de

llegar al árbol hueco, el fuego ardía tan furiosamente que el humo casi los cegó, y las cenizas llevadas por el viento les hicieron anillos blancos en torno a los ojos. Tuvieron que volver a casa sin el fuego, pero por mucho que se restregaron no pudieron borrar esos anillos blancos.

Entonces ningún ave más quería aventurase; así, pues, la pequeña serpiente *uksuhi*, la corredora negra, dijo que nadaría a través del agua y traería de vuelta algún fuego. Nadó, pues, hacia la isla, se arrastró entre las hierbas hasta el árbol y entró en él por un agujerito del tronco. Sin embargo, el calor y el humo eran demasiado grandes para ella y después de gambetear ciegamente entre las cenizas, se dio por afortunada con salir por el mismo agujero por el que había entrado; pero su cuerpo estaba ahora chamuscado y desde entonces ha sido costumbre suya serpentear y dar vueltas sobre sus huellas, como si tratara de escapar de algo a lugar seguro. Luego la gran serpiente negra, que los indios llaman *gulegi* o «trepadora», ofreció ir por el fuego. Nadó hasta la isla y trepó al árbol por fuera, como hace siempre la serpiente negra, pero cuando metió de golpe la cabeza en el agujero, el humo la sofocó de modo que cayó en el tronco, ardiendo, y antes de que pudiera escapar trepando, estaba ya negra como la pequeña serpiente uksuhi.

Después de esto, los animales se reunieron nuevamente en consejo, pues aún no había fuego y el mundo estaba frío; pero las aves, las serpientes y los animales de cuatro patas estaban ahora muy asustados para aventurarse cerca del sicomoro encendido. Finalmente, la araña de agua dijo que iría. No se trataba de esa araña de agua que parece un mosquito, sino de esa otra con pelo negro y rayas rojas en el cuerpo. Puede correr sobre el agua o zambullirse hasta el fondo; así que fue fácil para ella cruzar hasta la isla, pero ¿cómo traería de vuelta el fuego? Esto era lo arduo. «Me las arreglaré» dijo la araña de agua. Así, pues, desenvolvió hilo de su cuerpo y lo hizo como un ovillo de *tusti*, que cargó en su espalda. Luego hizo la travesía hasta la isla y se abrió camino entre la hierba hacia el árbol, donde el fuego ardía todavía. Puso un carboncito encendido en ovillo y regresó; y desde entonces hemos tenido fuego y la araña de agua todavía lleva su ovillo de tusti.

10. (karok)

Los indios karok, de California, hablan de un tiempo, en la primera edad del mundo, en que sus antepasados no tenían fuego. Pues el

Creador, Kareya, que había hecho tanto al hombre como a los animales, no les había dado fuego; por el contrario, lo había ocultado en un cofre, que dio a guardar a dos viejas brujas, no fuera que algún karok lo robara. Sin embargo, el coyote era amigo de los karok y les prometió darles algún fuego. Así que se fue y reunió una gran junta de animales, uno de cada clase, desde el león (sin duda, quiere decirse el puma) hasta la rana. Los estacionó en fila, a lo largo del camino, desde la vivienda de los karok hasta la muy lejana comarca en que el fuego estaba escondido. Los animales estaban escalonados, según su fuerza, desde los más débiles, junto a la vivienda, hasta los más fuertes, cerca del fuego. Luego se llevó consigo un indio y lo escondió bajo una colina, y fue a la choza de las brujas que guardaban el cofre y golpeó a la puerta. Una de ellas salió y él dijo:

–Buenas tardes.

Y ellas contestaron:

–Buenas tardes.

Luego dijo él:

–Es una nochecita de lo más fría. ¿Pueden dejarme sentar junto al fuego?

Y ellas dijeron:

–Sí, entre.

Así, pues, entró y se tendió delante del fuego, proyectó su hocico hacia las llamas, resolló sobre el fuego y se sintió muy cómodo y a gusto.

Finalmente, alargó el hocico entre sus garras delanteras y fingió echarse a dormir, aunque mantenía el ángulo de un ojo abierto, vigilando a las viejas brujas. Pero éstas no dormían nunca, ni de día ni de noche, y él perdió toda la noche vigilando y meditando sin objeto.

Así que a la mañana siguiente se fue y dijo al indio que había ocultado bajo la colina que debía hacer un ataque a la cabaña de las brujas, como si tratara de robar algún fuego, mientras él (el coyote) estaba adentro. Entonces regresó y pidió a las brujas dejarlo estar dentro nuevamente, lo que hicieron, pues no pensaron que un coyote pudiera robar fuego. Se mantuvo cerca del cofre del fuego, y cuando el indio hizo irrupción en la cabaña y las brujas se lanzaron tras él por una puerta, el coyote tomó un tizón con sus dientes y escapó por la otra puerta. Casi volaba sobre el suelo, pero las brujas vieron las chispas que saltaban y le dieron caza, al ganarle en velocidad. Pero cuando estaba ya sin aliento, alcanzó al león, que tomó el tizón y corrió con él hasta el siguiente

animal, y así sucesivamente, teniendo cada animal apenas el tiempo necesario para pasar el tizón al siguiente antes de que llegaran las brujas.

El próximo al último en la fila era la ardilla, quien tomó el tizón y corrió tan rápido con él que su cola se encendió, y ella se la encorvó sobre la espalda, y así se quemó, y apareció la mancha negra que hasta hoy vemos detrás de sus hombros. La última en la fila de animales era la rana, que no podía correr absolutamente pero abrió mucho la boca y la ardilla le metió el fuego y la rana se lo engulló de un trago. Luego se volvió y dio un gran salto, pero las brujas estaban tan cerca detrás de ella que una la agarró por la cola (pues la rana era entonces renacuajo) y se la cortó, y ésa es la razón por la que las ranas hasta hoy carecen de cola. Nadó bajo el agua tanto como pudo mantenerse sin respirar, luego enfiló hacia arriba y escupió el fuego en un leño seco, y allí ha quedado desde entonces. De modo que cuando un indio frota dos trozos de madera se produce fuego.

11. (tolowa)

Los indios tolowa, de California, hablan de una gran inundación en la que todos los indios se ahogaron, excepto una pareja que se salvó refugiándose en la cima de la más alta montaña. Pero cuando las aguas se retiraron, los sobrevivientes no tenían fuego, y aunque con el tiempo la Tierra volvió a poblarse por obra suya, los hombres carecían siempre de fuego y miraban con ojos de envidia la Luna, considerando que poseía el tesoro negado a ellos. De común acuerdo, los indios arañas y los indios serpientes tramaron un complot para robar el fuego de la Luna. Para ponerlo en práctica los indios arañas tejieron un globo de pelusa y lo fijaron a tierra por un largo filo que soltaban a medida que se remontaban en el globo hacia la órbita lunar. Con el tiempo, llegaron a su destino, pero los indios de la Luna lo miraron de soslayo adivinando su propósito. Los arañas, sin embargo, se las arreglaron para persuadirlos de que venían a la Luna sólo para jugar. Esto gustó mucho a los indios de la Luna, que propusieron empezar el juego enseguida. Pero mientras ellos se sentaban a jugar, un indio serpiente, que había subido por el largo cable, entró en escena y serpeando por entre el fuego, escapó sin dificultad antes de que los indios de la Luna se hubieran recobrado de su sorpresa. A su regreso a la Tierra le tocó la tarea de viajar sobre toda roca, palo o árbol; todo lo que tocaba, desde entonces, contiene fuego

y el corazón de los indios se llenó de contento. Como el fuego ha permanecido constante para siempre, los indios serpientes se felicitan de su éxito.

12. (maidu)

Los indios maidu, de California, dicen que una vez los hombres encontraron fuego e iban a usarlo; pero Trueno quería mantenerlo lejos de ellos, pues deseaba ser el único que tuviera fuego. Pensaba él que si podía hacerlo estaría en condiciones de matar a cualquiera. Después de algún tiempo lo consiguió, y se llevó el fuego a casa consigo, lejos, en el sur. Puso al *woswosim* (un pájaro pequeño) a guardar el fuego y a cuidar que nadie lo robara. Trueno pensaba que la gente se moriría después que él hubo robado el fuego, pues no podrían cocer la comida; pero la gente se las arregló para conseguir un poquito mientras tanto. Comían la mayor parte del alimento crudo, y a veces conseguían que el *toyeskom* (otro pájaro pequeño) mirara largo tiempo un pedazo de carne; y como tenía el ojo muy rojo, mirando la carne largamente la cocía casi tan bien como el fuego. Pero sólo los jefes podían cocer así su comida.

Todo el pueblo vivía junto en una gran casa de trabajo. La casa era tan grande como una montaña. Entre la gente se encontraba el lagarto y su hermano; eran siempre los primeros en salir a solearse en el techo de la casa de trabajo por la mañana. Un amanecer, mientras estaban acostados asoleándose, miraron hacia el oeste, hacia la cordillera de la Costa, y vieron humo. Llamaron a todo el resto de la gente, diciéndole que habían visto humo en lontananza, hacia el oeste. La gente, sin embargo, no les creyó, y el coyote salió y les arrojó un montón de polvo y barro a los dos. Pero a uno de entre la gente no le gustó esto y reprochó al coyote su comportamiento descortés. Luego las otras gentes lo lamentaron. Preguntaron a los dos lagartos qué era lo que habían visto y les pidieron que señalaran en dirección al humo. Los lagartos lo hicieron y todos pudieron ver la columna que se alzaba allá lejos, al oeste. Una persona dijo:

–¿Cómo podríamos conseguir la vuelta del fuego? ¿Cómo podremos sacárselo a Trueno? Es un mal hombre. No sé si será mejor intentar o no conseguirlo.

Entonces el jefe dijo:

–El mejor de ustedes haría bien en intentarlo. Aunque Trueno sea mal hombre debemos tratar de obtener el fuego.

El ratón, el ciervo, el perro y el coyote fueron los únicos en intentarlo, pero los otros fueron también. Llevaron una flauta consigo, pues se proponían poner en ella el fuego. Viajaron largo tiempo y finalmente llegaron cerca de la casa de Trueno, donde estaba el fuego. El woswosim, que se suponía estaba guardando el fuego de la casa, empezó a cantar: *Soy el hombre que nunca duerme. Soy el hombre que nunca duerme.* Trueno le había pagado por su trabajo con cuentas que llevaba en su cuello y en su cintura. Estaba sentado en el techo de la casa, junto al agujero del humo. Después de un rato, el ratón fue enviado a ver si podía conseguir el fuego. Trepó lentamente hasta llegar junto al woswosim y entonces vio que sus ojos estaban cerrados. Estaba dormido, a pesar de la canción que cantaba. Cuando el ratón vio que el guardián estaba dormido, se arrastró hasta la abertura y entró. Ahora bien, Trueno tenía varias hijas, y estaban allí acostadas, durmiendo. El ratón se deslizó cautelosamente y desató la correa del cinturón del delantal de cada una, de modo que si se daba la señal de alarma las muchachas se levantaban, esos delantales o camisas caerían y ellas necesitarían detenerse para atarlos de nuevo. Hecho esto, el ratón tomó la flauta, la llenó de fuego, y luego se arrastró hacia fuera, para unirse a los demás que lo esperaban allí. Una parte del fuego fue sacada y puesta en la oreja del perro, mientras lo que quedaba de fuego en la flauta fue dado al más rápido de los corredores para que lo llevara. Sin embargo, el ciervo tomó un poco de él y lo puso en el corvejón de la pierna, donde le apareció una mancha negra que tiene aún hoy.

Por un rato todo anduvo bien, pero cuando estaban más o menos a medio camino de regreso, Trueno se despertó y, sospechando que algo andaba mal, preguntó: «¿Qué pasa con mi fuego?». Entonces saltó con un rugido de Trueno, y sus hijas se levantaron también, pero sus delantales cayeron al hacerlo y tuvieron que sentarse de nuevo para ponérselos. Cuando estuvieron todas listas salieron con Trueno a darles caza. Llevaron consigo un fuerte viento y una gran lluvia y una tormenta de granizo, de modo que pudieran apagar todo el fuego que la gente llevaba. Trueno y sus hijas corrieron velozmente y pronto alcanzaron a los fugitivos, pero Zorrino tiró contra Trueno y lo mató. Luego Zorrino hizo un llamado: «Después de esto nunca más intentarás seguir y matar a la gente. Debes permanecer arriba en el cielo y ser el trueno. Esto es lo que serás». Las hijas de Trueno no siguieron adelante; así que la

gente siguió a salvo y llegó a casa con el fuego y desde entonces tiene fuego.

13. (nootka)

Una vez, hace mucho, vivía Pájaro Carpintero, un jefe de los lobos, que tenía una esclava llamada Kwetavat. Él era el único en el mundo que tenía fuego en su casa; hasta su propio pueblo carecía de él. El sabio jefe Ebewavak, jefe de la tribu mowatcath, su rival, no sabía cómo obtener el fuego de Carpintero, el jefe de los lobos.

Un día la tribu de los mowatcath tuvo una reunión secreta, pues habían oído que una ceremonia de invierno iba a tener lugar en la casa de Carpintero. Decidieron que irían a la casa de Carpintero, donde estaba el fuego. Carpintero tenía muchos palos de punta aguda puestos en el piso, cerca de la puerta, de modo que la gente no pudiera escapar sin lastimarse los pies. El jefe Ebewavak habló en la reunión, diciendo:

–Mi pueblo, ¿quién de ustedes intentará robar el fuego de Carpintero?

El ciervo dijo:

–Yo conseguiré el fuego para ti.

Luego el jefe puso un poco de aceite de pelo en una botella de planta marina, diciendo:

–Toma esto contigo y también este peine y este pedazo de piedra. Cuando consigas el fuego, escaparás corriendo y cuando los lobos te persigan tira la piedra entre tú y los lobos, y la piedra se convertirá en una gran montaña; y cuando se te acerquen nuevamente, tira el peine y se convertirá en una espesa maraña. Cuando hayan cruzado la espesa maraña, volverán a correr detrás de ti; y cuando lleguen cerca de ti arrojarás el aceite de pelo y se convertirá en un gran lago. Entonces correrás. Verás al caracol marino en el camino; a él le darás el fuego y luego correrás para salvar tu vida. Ahora permíteme vestirte con corteza de cedro blanda para que tomes fuego con ella.

Tomó la corteza de cedro blanda y ató un manojo en cada codo del ciervo, diciéndole que debía levantarse y bailar en torno al fuego durante una canción. Agregó:

–Cuando esa canción termine, pídeles que abran el agujero del humo, porque necesitas aire fresco; y cuando hayan abierto el agujero, cantaremos la segunda canción, y en medio de ella tocarás el fuego con

tu codo y saltarás por el agujero del humo. Ahora voy a poner estas piedras negras duras en tus pies, de modo que no te lastimes con las puntas duras de los palos en el suelo de la casa del jefe.

Así diciendo, frotó las piedras en los pies del ciervo.

Cuando terminó el Consejo, oscurecía ya; y la gente de la tribu mowatcath cantó mientras se dirigía a la casa de baile de los lobos. El ciervo estaba bailando frente a ellos. Antes de que llegara a la puerta de la casa, Carpintero, el jefe de los lobos, dijo a su gente:

–No dejaremos entrar a los mowatcath, pues podrían tratar de robar nuestro fuego.

Pero su hija dijo:

–Deseo ver la danza, pues me han dicho que el ciervo baila bien; nunca me dejas salir a ver una danza.

Entonces el padre dijo:

–Abre la puerta y déjalos entrar; pero vigila al ciervo y no lo dejes bailar demasiado cerca del fuego. Cuando estén dentro, cierra la puerta y pon una barra atravesada, de modo que no puedan escapar.

Eso dijo el jefe del pueblo.

Así, pues, los lobos abrieron la puerta y llamaron adentro a la gente. Éstos entraron cantando, y, después que estuvieron dentro, los principales guerreros de los lobos cerraron la puerta, pusieron una barra atravesada y se estacionaron enfrente de la misma. Los mowatcath empezaron a cantar la primera canción bailable del ciervo, y éste empezó a bailar en torno al fuego despaciosamente. Al terminar la primera canción, dijo:

–Hace mucho calor aquí dentro. ¿Quieren ustedes abrir el agujero del humo para dejar entrar aire y refrescarme, pues estoy sudando?

Carpintero, el jefe de los lobos, dijo:

–No puede saltar tan alto. Vayan y abran el agujero del humo, pues hace mucho calor aquí.

Una de su gente abrió el agujero del humo. Mientras tanto, los visitantes estuvieron quietos y dieron al ciervo un buen descanso.

Después que el agujero del humo fue abierto ampliamente el director de canciones de los visitantes empezó a cantar, y el ciervo empezó a bailar en torno al fuego. Por momentos se acercaba al fuego. Cada vez que el jefe lo veía acercarse al fuego enviaba un guerrero a decirle que se apartara. Cuando la canción estaba a medio terminar, el ciervo saltó por el agujero del humo y corrió a los bosques, y todos los guerreros lobos lo persiguieron. Cuando llegó al pie de una alta montaña, vio a

los lobos cerca. Por consiguiente tomó la piedrita y la arrojó detrás de sí y ésta se convirtió en una gran montaña que detuvo a los lobos. Corrió largamente. Otra vez los lobos llegaron cerca, y él arrojó hacia atrás el peine. Se convirtió en arbustos espinosos y los lobos fueron dejados atrás, del otro lado. Así el ciervo ganó otra gran ventaja sobre los lobos. Después de cierto tiempo, éstos se abrieron camino por entre los arbustos espinosos y corrieron detrás de él nuevamente. Vieron al ciervo corriendo delante y cuando llegaron cerca, arrojó el aceite de cabello en el suelo. De repente se formó un gran lago entre el ciervo y sus perseguidores, y mientras él corría, los lobos tuvieron que andar a través del lago. Ahora el ciervo llegó cerca de la costa; allí encontró al caracol marino y le dijo:

–Caracol Marino, abre tu boca y pon dentro el fuego y escóndelo de los lobos, pues yo lo robé de la casa del jefe Carpintero. No les digas qué rumbo sigo.

El caracol marino puso el fuego en su boca y lo escondió; y el ciervo siguió corriendo.

Después de cierto tiempo los lobos llegaron y vieron al caracol marino sentado al borde del camino. Le preguntaron si sabía qué rumbo había tomado el ciervo; pero él no pudo contestar, porque no podía abrir la boca. Sólo dijo, con la boca cerrada: «¡Ho, ho, ho!», señalando a un lado y a otro; así que los lobos perdieron el rastro del ciervo y se fueron a casa. Desde entonces, para siempre, el fuego ha estado diseminado en todo el mundo.

14. (catlotq)

Los catlotq, una tribu india de la isla Vancouver, al norte de los nootka, dicen que largo tiempo ha los hombres no tenían fuego. Pero un viejo tenía una hija, que poseía un maravilloso arco y flechas, con los que podía tirarle a cualquier cosa y derribarla. Pero era ella muy haragana y dormía constantemente. Su padre estaba enojado por eso y le dijo:

–No duermas tanto; toma tu arco y dispara sobre el ombligo del océano, que tendremos fuego.

Ahora bien: el ombligo del océano era un enorme torbellino en el que se amontonaban los palos para hacer fuego por fricción. La muchacha tomó el arco y disparó al ombligo del océano, y el aparato para hacer fuego saltó sobre la playa. El viejo se puso muy contento. Encendió

una gran fogata y como quería mantenerlo para sí, hizo una casa con una sola puerta que se abría y cerraba con un mordisco como una boca, y mataba a cualquiera que intentara entrar. Pero la gente sabía que tenía fuego en su poder y el ciervo resolvió robárselo para ellos. Así, pues, tomó madera resinosa, la partió y se puso las astillas clavadas en el pelo. Luego aparcó dos botes, les puso cubierta y bailó y cantó sobre la cubierta, mientras velaba la casa del viejo. Cantaba: *¡Oh! ¡Voy en busca del fuego!* La hija del viejo lo oyó cantar y dijo a su padre:

–¡Oh, deja que el extraño entre en casa; canta y baila tan bien!

Mientras tanto, el ciervo desembarcó y se acercó a la puerta bailando y cantando. Saltó a la puerta, como queriendo entrar. Entonces la puerta se cerró con un mordisco, y cuando se abrió de nuevo, el ciervo saltó dentro de la casa. Allí se sentó junto al fuego, como queriendo secarse y continuó cantando. Al mismo tiempo inclinó la cabeza sobre el fuego, hasta que se oscureció y las astillas puestas en el pelo ardieron. Entonces escapó de un salto de la casa, corrió y llevó el fuego a los hombres.

15. (awikenoq)

Los awikenoq, una tribu india que habita la costa de la Columbia Británica, al norte de los *kwakiutl,* concuerdan con los nootka de la isla Vancouver en atribuir el primer robo del fuego al ciervo. Dicen que después que el ciervo hubo puesto en libertad al Sol aprisionado, dos seres llamados Noakaua (el Sabio) y Masamasalaniq descendieron del cielo para hacer todo lo bueno y hermoso en la Tierra. Por desearlo Noakaua, su compañero Masamasalaniq separó la tierra del agua, creó ese pez gordo que es el *colachan* y dio forma a hombres y mujeres tallándolos en madera de cedro.

Más tarde, pensó: «¡Oh, si Masamasalaniq pudiera encontrar el fuego!». Pero Masamasalaniq no pudo. Así, pues, Noakaua envió primero al armiño a la casa del hombre que guardaba el fuego. El armiño tomó subrepticiamente el fuego en su boca y se alejaba con él cuando el dueño del fuego le preguntó: «¿Adónde vas?». El armiño no pudo contestarle, porque tenía el fuego en la boca. Entonces el dueño le dio un bofetón a un costado de la cabeza que lo hizo largar el fuego. Como la misión del armiño resultó un fracaso, Noakaua despachó al ciervo con el mismo propósito. El ciervo fue primero a lo de Masamasalaniq para

obtener que sus piernas se hicieran sutiles y veloces. Y Noakaua pensó: «¡Oh, que Masamasalaniq clave leños en la cola del ciervo!». Así, pues, Masamasalaniq clavó leños en la cola del ciervo. El ciervo corrió ahora velozmente hacia allá. Llegó a la casa en que estaba el fuego y bailó en torno a éste cantando: *¡Me gustaría encontrar el fuego!* De un golpe volvió su espalda a las llamas, de modo que la leña de su cola se encendió. Entonces escapó y por doquiera cayó leña ardiendo de su cola al suelo, y los hombres la conservaron cuidadosamente. Y el ciervo, mientras corría, gritaba a la leña que dejaba atrás:

–¡Esconde el fuego! –y la leña recibía el fuego y ha sido desde entonces combustible.

16. (lillooet)

Una historia diferente sobre el origen del fuego la cuentan los lillooet como sigue:

Dicen que el cuervo y la gaviota eran amigos y vivían en la comarca de los lillooet. El cuervo tenía cuatro sirvientes, a saber: el gusano, la pulga, el piojo y el piojillo. En aquellos tiempos, el mundo estaba enteramente a oscuras, porque la gaviota era dueña de la luz del día: la tenía guardada en una caja y no dejaba que saliera nada de ella, salvo cuando la necesitaba para uso personal. Sin embargo, el cuervo se las arregló, con un ardid, para romper la caja y hacer que la luz del día se extendiera por el mundo. Así, pues, el cuervo tenía luz, pero no había obtenido fuego.

Finalmente, mirando desde el techo de su casa, vio alzarse humo, allá lejos en el sur, en la ribera del mar. Al día siguiente se embarcó con todos sus servidores en la canoa del piojillo; pero ésta era demasiado pequeña y se hundieron. Al día siguiente hizo la prueba con la canoa del piojo, pero también resultó demasiado pequeña. Así fue probando las canoas de todos sus sirvientes, pero con el mismo resultado. Entonces dijo a su mujer que fuera y pidiera prestada la Gran Canoa a la gaviota, pues se proponía ir a obtener el fuego. Al día siguiente, después de obtener la Gran Canoa, se embarcó con todos sus sirvientes y, después de cuatro días de remar corriente abajo, llegaron cerca de la casa de la gente que tenía fuego.

Entonces el cuervo preguntó a sus sirvientes cuál de ellos quería ir a robar la niñita de esa gente. El piojillo se ofreció, pero los otros dijeron:

–Harás demasiado ruido y despertarás a la gente.

El piojo se ofreció; pero aquéllos hicieron las mismas objeciones. Entonces la pulga dijo:

–Iré yo. De un salto alcanzaré y arrebataré la niñita, y de otro salto estaré fuera de nuevo. La gente no será capaz de atraparme.

Pero los otros dijeron:

–Harás ruido y no queremos que la gente lo sepa.

Entonces habló el gusano, diciendo:

–Iré despacito y tranquilamente, y cavaré un canal subterráneo. Llegaré por debajo de donde cuelga el bebé en su cuna, lo robaré y volveré sin que nadie me oiga.

Todos pensaron que aquélla era la mejor proposición y asintieron al plan del gusano. Así, pues, aquella noche el gusano cavó un canal subterráneo y robó al bebé. Tan pronto como regresó con él, lo pusieron en la canoa y remaron rápidamente rumbo a la casa.

A la mañana siguiente, temprano, la gente no encontró al bebé y los de más juicio comprendieron lo que había ocurrido. Salieron a darles caza, pero no pudieron descubrir ni alcanzar al cuervo y sus sirvientes. El esturión, la ballena y la foca buscaron con ahínco, por todas partes, pero finalmente desistieron y regresaron a casa. Sólo un pequeño pez (dicen que muy pequeño y muy espinoso, que habita en el mar) descubrió el rumbo tomado por la canoa y la alcanzó. Trató de retardar el avance de la canoa pegándose a los remos, pero al fin se cansó y regresó a casa. La madre de la niña hizo llover fuerte (algunos dicen que con sus lágrimas) pensando que la lluvia detendría a los ladrones, pero todo fue en vano. El cuervo llegó a su tierra con la niña, y la parentela de la niña, sabiendo a dónde había sido llevada, fue a casa del cuervo con muchos obsequios; pero el cuervo dijo que no eran obsequios lo que él deseaba, de modo que la parentela regresó a casa sin la niña.

Dos veces, nuevamente, visitaron al cuervo con obsequios pero con el mismo resultado. En su cuarta visita, también el cuervo rehusó sus obsequios, aunque cada vez traían regalos más ricos. Entonces le preguntaron qué deseaba y él dijo:

–Fuego.

Ellos preguntaron:

–¿Por qué no lo dijo antes? –y se pusieron contentos porque tenían fuego en abundancia y lo consideraban de poco valor. Así, pues, se fueron y trajeron fuego, y él les devolvió la niña. El pueblo de los peces

enseñó al cuervo cómo hacer fuego con raíces secas de algodón. El cuervo se puso contento y dijo a la gaviota:

–Si no les hubiera robado la luz a ustedes, no habría visto ahora dónde se conservaba el fuego. Ahora tenemos fuego y luz, y ambos nos beneficiamos.

Después de esto el cuervo vendió fuego a cada familia que lo deseaba y cada familia que lo compraba le daba en pago una joven. Así, pues, el cuervo se hizo de muchas esposas.

17. (lilloet)
Variante

El oso dio el fuego a los duendes. Los hombres no sabían cómo conseguirlo y finalmente enviaron a la nutria pequeña en su busca. La pequeña nutria tomó el cuchillo de su abuela bajo su manto y partió para la casa de los duendes. Al llegar a su casa, entró y los vio bailando. Cuando terminó la danza, los duendes quisieron bañarse y lavarse.

–Quédense –dijo la pequeña nutria–; yo les buscaré agua.

Tomó un cántaro y fue al banco del río. Cuando volvió con el cántaro lleno y pasaba por delante de uno de los fuegos que ardía en la casa, hizo como que tropezaba y, al hacer así, volcó el agua sobre el fuego, apagándolo.

–¡Oh –gritó–, tropecé!

Y así diciendo, volvió al río a llenar el cántaro. Cuando regresaba a la casa y pasaba delante de otro fuego, volcó agua sobre él, apagándolo también. Ahora estaba enteramente a oscuras la casa. Entonces la pequeña nutria desenvainó el cuchillo y cortó la cabeza del jefe de los duendes. Después de esto puso polvo en el cuerpo cortado del jefe decapitado para impedir que sangrara y se alejó con la cabeza. Pero aun antes de que los duendes pudieran reencender el fuego, el polvo estaba remojado de sangre. La madre del jefe lo advirtió, y tan pronto como el fuego estuvo encendido, vieron que la cabeza del jefe había sido cortada. Entonces la madre del jefe muerto habló así:

–Vayan mañana a lo de la pequeña nutria y rescaten la cabeza.

Así lo hicieron y fueron a casa de la pequeña nutria. Ahora bien, la pequeña nutria se había construido diez casas para sí, y su abuela le había hecho diez vestidos diferentes. Así que cuando los duendes llegaron la pequeña nutria apareció ya en el techo de una, ya en el techo de otra

y siempre con vestidos diferentes; de modo que los duendes pensaron que había allí mucha gente. Cuando los duendes llegaron, se dirigieron a la abuela de la pequeña nutria diciéndole:

–Les daremos ropas a cambio de la cabeza de nuestro jefe.

Pero ella contestó:

–Mi nieta no necesita ropas.

Ellos le ofrecieron entonces un arco y flechas, pero la abuela los rechazó también. Entonces los duendes lloraron y los árboles lloraron con ellos, tan tristes estaban, y las lágrimas de los árboles fueron lluvia. Finalmente los duendes ofrecieron a la pequeña nutria el taladro para el fuego. La abuela aceptó y les devolvió la cabeza. Desde entonces los hombres han tenido fuego.

18. (sampoil)

Los indios sampoil pertenecen a la estirpe salish viven en los ríos San Pail y Columbia, más abajo de Big Bend, en el Estado de Washington. Dicen que una vez, hace mucho, llovió hasta que todos los fuegos de la Tierra se apagaron. Los animales se reunieron en Consejo y decidieron hacer la guerra al cielo con el objeto de recuperar el fuego. Empezó la gente en primavera y trataron de lanzar sus flechas al cielo. El coyote intentó primero, pero no tuvo éxito. Finalmente el *chickadec*[20] consiguió arrojar una flecha que se clavó en el cielo. Continuó tirando, e hizo una cadena de flechas por medio de la cual treparon los animales. El último en trepar fue el oso, pero bajo su peso la cadena de flechas se rompió y él no pudo reunirse con los demás animales del cielo.

Cuando los otros animales llegaron al cielo, se encontraron en un valle, cerca de un lago, donde la gente del cielo estaba pescando. El coyote quería actuar de explorador, pero fue capturado. Entonces el ratón almizclero cavó hoyos a lo largo de la ribera del lago y el oso y el águila salieron a obtener fuego. El oso se metió en una trampa de pescar e hizo como si estuviera muerto. Las gentes [del cielo] lo llevaron a la casa del jefe, donde empezaron a cuerearlo. Justamente entonces el águila se posó en un árbol cerca de la tienda.

Cuando la gente vio al águila, acudió afuera y en el mismo momento el oso tomó una concha-cántaro llena de brasas y escapó corriendo.

[20] Pájaro, *penthestes atricapillus. (N. del T.)*

La creación del fuego

(azteca)

Dicen que en el lugar llamado Cohualtlicámac (en las fauces de la serpiente) el demonio les hizo una mala jugada a los aztecas, la cual, aunque en sí misma no era nada, fue de grandes consecuencias para todos. Consistía en que en medio de su campamento aparecieron dos quimiles, que son dos pequeños envoltorios. Deseosos de saber lo que contenían, desenvolvieron uno de ellos, dentro del cual vieron una muy rica y preciosa piedra, que resplandecía como una esmeralda. Como la vieron tan rica empezaron todos a mirarla, y codicioso cada quien de verla, se dividieron en dos bandos. Viendo Huitziton [que se hallaba presente y era el que los capitaneaba] que se disputaban cuál de los bandos había de llevar la piedra, les dijo:

–Admirado estoy, mexicanos, de que por una cosa tan poca y leve hayáis provocado tanta discusión, sin saber en fin lo que con ello se pretende. Y está delante de vosotros otro envoltorio, desenvolvedlo y descubridlo y veréis lo que contiene. Será posible que sea alguna cosa más preciosa para que estimándola más tengáis en menos ésta.

Les pareció bien la razón de Huitziton a todos los opositores. Desataron el quimil, y en él hallaron sólo dos palos. Como no relucían como la piedra, no los estimaron y volvieron a su primera contienda. Pero viendo Huitziton que uno de ellos, que después se llamaron *tlatelocas,* hacía tanta instancia por llevarse la piedra, dijo a los otros, que después se quedaron con el nombre de mexicanos, que partiesen las diferencias y que dejasen la piedra a los tlatelocas, llevándose ellos los dos palos, puesto que era mucho más necesario y de mucha mayor estimación para el progreso de su jornada, como luego verían. Ellos, que creyeron las palabras de Huitziton, tomaron los palos y dieron la piedra a los otros, y con esto se conformaron. Pero deseosos los mexicanos de saber el secreto de estos palillos, pidieron a Huitziton que se los descubriese. Él, deseoso de contarles, los tomó y, puesto uno en el otro, sacó

fuego de ellos, de lo cual quedaron grandemente admirados todos los presentes, porque jamás habían visto cosa semejante. Desde entonces se conoció la invención del fuego por este método.

La lagartija, el tigre y el fuego

(cuna)

Vivía el tigre a la orilla del río. Solamente él tenía fuego. Los demás no lo tenían; comían la carne cruda. Una vez, los demás quisieron buscar fuego. Pidieron al tigre que se lo prestara pero él se negó a dárselo. Y como él había sido siempre el animal de más poder, lo temían. Sabían que en el tiempo de la lluvia el tigre poníase fuego debajo de la hamaca para calentarse. Para robarle el fuego, llamaron a la lagartija, diciéndole que fuera a donde estaba la casa del tigre. Cayó mucha lluvia por la noche y ordenaron que atravesase el río. Lo atravesó en medio de la lluvia y se fue a la casa del tigre. Al encontrarlo, le preguntó el tigre a qué venía, y la lagartija contestó que venía a hacerle el favor de ayudarle a cuidar el fuego mientras él dormía. Como caía mucha lluvia, todos los fuegos que se encontraban dentro de la casa del tigre se habían apagado y sólo quedaba el que se encontraba bajo la hamaca. La lagartija se puso a ayudarle. Viendo que el tigre estaba ya dormido, se puso a apagar el fuego, pero el tigre se despertó y le preguntó por qué estaba apagando el fuego. La lagartija le contestó que lo estaba cuidando bien, pero que por el frío el fuego se estaba apagando. El tigre volvió a dormirse. La lagartija comenzó otra vez a apagar el fuego, pero antes cogió para sí una chispa, la metió en su cresta y huyó atravesando otra vez el río. Despertó el tigre y divisó su fuego al otro lado del río, mas como él no sabía nadar, y el río había crecido mucho con la lluvia, no podía ir a buscarlo. Así, pues, amaneció sin fuego. La lagartija llegó a donde estaba su tío, y así tuvo fuego la gente, mientras el tigre dejó de tenerlo, por lo cual le tocó comer la carne cruda, como antes les había tocado a los otros.

El origen del fuego I

Aspán pipigua (Lagartija Pequeña)

(cuna)
Variante

Los indios cunas pasaban frío.
Hacía mucho frío en aquella época en la Tierra.
Había mucha humedad en la Tierra,
porque los tiempos eran de muchas aguas.
Las tormentas eran constantes.
El indio tiritaba de frío.
Los hombres y las mujeres daban diente con diente.
Dentro de las viviendas había oscuridad y frío.
Los alimentos estaban malos
porque los hombres los tenían que comer crudos.
Por el río viene Lagartija Pequeña.
Lagartija Pequeña caminando sobre las aguas.
Los indios veían a Lagartija Pequeña desde la orilla.
Los indios llamaron a Lagartija Pequeña,
los indios, nuestros padres, nuestros abuelos,
porque nuestros padres, nuestros abuelos, tenían frío
y dentro de sus viviendas no había fuego, no había luz;
dentro de sus viviendas todo estaba oscuro.
No se veían unos a otros la cara.
Por eso llamaron a Lagartija Pequeña.
Lagartija Pequeña se compadeció de nuestros padres.
Lagartija Pequeña se compadeció de nuestros abuelos.
Porque Lagartija Pequeña sabía dónde estaba el fuego,
el fuego que da calor,
el fuego que da luz,
el fuego con que se preparan los alimentos,
que ablanda el maíz,
que ablanda la carne y la hace jugosa.
El fuego que quita el frío cuando las llamas son grandes
o cuando las noches son de tiritar.
Lagartija Pequeña se reunió con nuestros padres

y conversaron todos reunidos en la Casa del Congreso,
aunque tenían frío.
Y Lagartija Pequeña prometió cruzar el río
y llegar a la casa del tigre,
que era el único que tenía fuego.
El tigre carnicero que se acostaba a la orilla del fuego,
el fuego que nunca se apaga.
Lagartija Pequeña se lanza al agua,
al agua fría del río Ibetí.
No teme la fuerte corriente
porque sabe deslizarse sobre la superficie del agua
y no se hunde.
Lagartija Pequeña corre como el viento
sobre la superficie del agua.
Poco tiempo después llega a la orilla opuesta.
Lagartija Pequeña sabe el camino,
el camino que lleva a través de la montaña.
La montaña llena de árboles grandes y lianas y bejucos,
la montaña donde vive el tigre.
Ya se ve el tigre a lo lejos.
Ya se oye el tigre a lo lejos,
ya se ve la casa del tigre.
El tigre está durmiendo junto al fuego,
el fuego que nunca se apaga.
El tigre ronca profundamente,
se oye su ronquido desde lejos.
El fuego calienta la casa del tigre.
El fuego da luz a la casa del tigre.
Lagartija Pequeña se acerca despacio,
se acerca Lagartija Pequeña cautelosamente.
Lagartija Pequeña va a entrar por un hueco de la pared,
ya está entrando.
Se acerca cautelosamente al fuego.
Lagartija Pequeña toma un trozo de leña que arde,
del fuego que nunca se apaga.
El tigre no se ha despertado.
Lagartija Pequeña corre ahora como el viento.
Corre Lagartija Pequeña a través de la montaña,
a través de los oscuros caminos de la montaña.

Lagartija Pequeña conoce bien el camino,
el camino que sale de la casa del tigre.
Los monos gritan animando a Lagartija Pequeña
para que corra más deprisa.
Los pájaros cantan para animar a Lagartija Pequeña
para que corra más deprisa.
Ya está llegando al río,
al río donde vivían nuestros padres.
En la boca lleva la rama prendida,
en la boca lleva la rama del fuego que nunca se apaga,
del fuego del tigre.
Ya no será sólo el tigre el que tenga ahora fuego,
ahora también tendrán fuego nuestros padres.
Lagartija Pequeña ya ha cruzado el río.
Lagartija Pequeña llega a la Casa del Congreso,
la Casa del Ibeorgum, donde nuestros padres y abuelos
tiemblan de frío.
Nuestros padres y abuelos gritan de júbilo,
la luz de la alegría se refleja en sus rostros,
porque Lagartija Pequeña ha llegado,
ha llegado con el fuego robado al tigre.
A lo lejos se oye rugir al tigre.
El tigre ha despertado y ha notado que le robaron el fuego.
El tigre ruge en lo más profundo de la montaña.
Pero ahora nuestros padres y abuelos se ríen del tigre,
porque ahora el fuego ilumina sus casas.
Ahora pueden comer los alimentos calientes,
ahora pueden poner las pailas llenas de alimentos,
ahora pueden cocinar y ahumar los alimentos,
ahora pueden dominar el frío,
ahora pueden sentir correr el fuego por sus venas,
el fuego que nunca se apaga,
el fuego robado al tigre
por la pequeña lagartija,
la que corre por el agua
sin hundirse,
la que puede atravesar el río sobre el agua.
Lagartija Pequeña, la que ayudó a nuestros padres,
Lagartija Pequeña la que ayudó a nuestros abuelos.

El origen del fuego II

(haida)

Hace mucho, mucho tiempo, hubo una gran inundación, por la cual fueron destruidos todos los hombres y animales, excepto un solo cuervo. Esta criatura, sin embargo, no era exactamente un ave ordinaria, sino que poseía en gran medida los atributos de un ser humano. Su manto de plumas, por ejemplo, podía ponérselo o quitárselo a gusto, como una vestidura. Hasta se cuenta que había nacido de una mujer que no tenía esposo y que ella hacía arcos y flechas para él. Después de la destrucción de la humanidad en la gran inundación, este notable cuervo se casó con un caracol marino, que le dio una niña; y tomando esa niña por esposa, repobló finalmente la Tierra.

Pero la gente, sus descendientes, tenían aún muchas necesidades, pues no tenían fuego ni luz diurna, ni agua fresca, ni el pez *oolachán*. Todas estas cosas estaban en poder de un gran jefe llamado Setlin-ki-jash, que vivía donde ahora está el río Nasse. Todas esas buenas cosas, sin embargo, se las arregló el astuto cuervo para robarlas a su dueño y otorgarlas a la humanidad. El modo como consiguió robar el fuego fue así: no se atrevía a presentarse en casa del jefe, pero tomando la forma de una hoja aguzada de pino flotaba sobre el agua cerca de la casa. Ahora bien, el jefe tenía una hija, y cuando ella bajó en busca de agua, se llevó consigo la hoja en el agua de un vaso, y luego, bebiéndola, se tragó la hoja sin advertirlo. Poco después concibió y tuvo un niño que no era otro que el sutil cuervo. Así, el cuervo obtuvo entrada en la guarida. Acechando su oportunidad, un día tomó un tizón ardiendo y, soltando su manto de plumas escapó por la chimenea de la vivienda, llevando el fuego consigo y desparramándolo donde quiera que iba. Uno de los primero lugares a donde llevó fuego fue cerca del extremo norte de la isla de Vancouver, y ésa es la razón por la que tantos árboles de allí tienen la corteza negra.

El origen del fuego III

(guarao)

Al principio los guaraos eran tan pobres que no tenían fuego. No podían comer [muchas clases de comida], pues la comían calentada al sol.

Traían la yuruma y la dejaban en casa, pero después desaparecía de la casa. Aquellos guaraos cavilaban:

–¿Qué es esto? Desaparece la comida. ¿Quién se comerá nuestra comida llevándosela de la casa?

Entonces discurrieron lo siguiente: ellos tenían un pajarito, un loro. Le dijeron:

–Lorito, ¿quién es el que entra aquí, en la casa? Hoy vigilarás bien.

Esto le encargaron los guaraos al lorito.

Por la tarde le preguntaron:

–¿Quién es el que come nuestra comida?

El lorito respondió:

–El que come nuestra comida sale de la selva y llega por aquí a la casa. Al llegar sale fuego de su boca. Se llama «sapo».

Fue entonces cuando dijeron los guaraos al lorito:

–Cuando salga el fuego de la boca del que nos come nuestra comida, coge un poquito. Nada más cógelo y nos lo llevas.

El lorito respondió:

–Está bien. Yo os llevaré un poquito de fuego.

Llegó de nuevo el sapo para comerse la comida. El lorito se colocó junto al sapo para coger un poquito de fuego, pero al acercarse, el sapo empujó al lorito. Al empujarlo, el lorito gritó: «Kuán». Aquel sapo se comía la yuruma, la comida de los guaraos. Hizo un gran fuego y entonces el lorito separó un poquito de fuego. Voló un poquito con él, pero enseguida el fuego prendió en el pico del lorito. Inmediatamente lo soltó y cayó. Nada más caer, el sapo se tragó el fuego. El lorito salió en busca de los guaraos y les dijo:

–Cuando yo traía el fuego se me prendió el pico.

Cuando por la tarde los guaraos llegaron a la casa, le explicó bien claro:

–El sapo que se come la comida viene por aquí. El sapo es el que se come la comida.

Al día siguiente todos los guaraos se dispusieron a buscarlo. Mar-

charon hacia la selva, miraron por allí y enseguida vieron al sapo. Al verlo lo agarraron y lo pusieron al descampado. Uno de los guaraos le dijo:

–Abuelo, acuéstate aquí, a lo largo.

Nada más decirle esto los guaraos, uno de ellos subió a un árbol con un machete, con intención de cortar algo desde arriba. Lo primero que cortó fue un racimo de fruta de «manaca», justamente encima del sapo. Al cortarlo, cayó sobre el sapo, pero no tenía peso. Entonces trasladaron al sapo hasta encontrar buena cantidad de fruta de moriche. Al verlas, nuevamente lo acostaron. Le dijeron:

–Abuelo, acuéstate aquí otra vez.

Un guarao subió y cortó un racimo de moriche encima del sapo. Cayó el racimo sobre el sapo y esta vez salió de su boca un poquito de fuego.

De nuevo lo trasladaron, hasta encontrar unas palmas de seje. Al llegar le dijeron:

–Abuelo, acuéstate aquí.

Cortaron un racimo de seje sobre el sapo. Al cortarlo, cayó sobre sus espaldas y salió una buena llamarada de fuego de su boca.

De nuevo lo trasladaron. Salieron con él hasta llegar a un árbol que tenía muchas frutas y le dijeron:

–Abuelo, acuéstate aquí.

Había un racimo enorme de cucurito. Lo cortaron sobre el sapo y le cayó en todo el medio, partiéndolo por la mitad. Al partirlo, el fuego salió libremente hacia afuera.

Al escaparse, el fuego se extendió libre por toda la Tierra. Prendió en los árboles, a excepción de los árboles que no son portadores de fuego. Los árboles portadores de fuego se incendiaron todos. Cuando prendemos fuego sale aquel mismo fuego que salió del sapo hacia los árboles. Ése es el fuego que sale. Frotando las pencas del moriche sale fuego. Frotando el sangrito sale fuego. Frotando el *jimajeru* (palo de fuego por antonomasia) sale fuego. Frotando el jiono sale fuego. Frotando el cedro seco sale fuego. Frotando la guaika seca sale fuego. Por este descubrimiento del fuego los guaraos ya no somos tan pobres. Así que ahora los guaraos estamos bien.

Otros orígenes

El origen de la noche

(indios brasileños)

Al principio, muy al principio, no había noche, sino solamente día. La noche estaba dormida en el fondo de las aguas. No había animales; todas las cosas hablaban.

Se cuenta que la hija de la Gran Serpiente había tomado como esposo a un hombre. Un día, el hombre, que tenía tres fieles servidores, les dijo:

–Id a pasear, y con vuestra presencia intimidáis a mi mujer.

Los servidores se fueron a pasear y el hombre llamó a su mujer.

Ésta le dijo:

–¡Oh, esposo! Llevo mucho tiempo esperando que llegue la noche. ¿Por qué no acaba de llegar nunca?

El hombre contestó:

–No hay noche. En todo el tiempo no hay más que día.

–La noche la tiene mi padre –dijo la joven–. Envía a alguien por ella a orillas del Gran Río.

El joven llamó a sus servidores. La joven le había ordenado que enviase a buscar a casa de su padre una nuez de coco, en la que estaba encerrada la noche.

Los servidores se pusieron enseguida en camino. Llegaron a casa de la Gran Serpiente y le dijeron:

–Tu hija nos manda a buscar una nuez de coco en la que está encerrada la noche. Te rogamos que nos la des.

La Gran Serpiente les entregó una nuez de coco bien cerrada y les dijo:

–La noche está ahí; llevadla con vosotros. Pero tened cuidado de no dejar que se abra la nuez, pues si sucede eso, todas las cosas se perderán.

Los servidores hicieron una reverencia a la Gran Serpiente, cogieron la nuez y se pusieron en camino. Llevaban la nuez bien sujeta, y dentro de ella oían un ruido; algo como «tin, tin, tin... chi, chi...»; era el ruido de los grillos y de los pajarillos que cantaban por la noche.

Llevaban ya mucho camino andado y seguían oyendo el ruido. Y uno de los servidores dijo a los otros:

–¿Qué puede ser ese ruido que oímos dentro de la nuez? Veamos de lo que se trata.

Pero otro contestó:

–No; no hagamos esa locura. Estaríamos perdidos. Vamos, seguid.

Y siguieron remando, pues iban en canoa por el Gran Río.

Siguieron más lejos aún, y continuaban oyendo el ruido. Entonces no pudieron contener su curiosidad y encendieron fuego; derritieron la resina que cerraba la nuez y la abrieron. Entonces la noche se escapó y las tinieblas cubrieron el mundo.

–¡Estamos perdidos! Y la joven hija de la Gran Serpiente sabrá ya que hemos abierto la nuez y que hemos dejado escapar la noche.

En aquel momento las cosas de la selva se cambiaron en animales. Las cosas que contenía el río formaron patos y peces. Así, el pescador y su canoa dieron origen al pato: la cabeza del pescador forma la cabeza y el pico; la canoa, el cuerpo, y los remos, las patas.

La hija de la Gran Serpiente había dicho a su esposo:

–¡Ah!, tus servidores han dejado escapar la noche –después, cuando vio aparecer la estrella matutina añadió–: Pero el día va a aparecer, voy a separar los días de las noches.

Cogió un hilo, lo arrolló y le dijo:

–Tú serás el *cujubin* (una especie de gallo); cantarás todas las mañanas, cuando salgan los primeros rayos del sol.

Después arrolló otro hilo, lo espolvoreó con unas cenizas y le dijo:

–Tú serás el *nhambu* (una especie de perdiz) y cantarás a diversas horas de la noche, hasta la mañana.

Desde entonces, cada pájaro canta a su hora, por la noche, y todos juntos, por la mañana, al comienzo del día.

Cuando los tres servidores llegaron, el joven les dijo:

–No habéis sido fieles; habéis abierto la nuez de coco y habéis dejado escapar la noche. Todas las cosas se han perdido y vosotros también.

Y desde aquel momento fueron cambiados en monos. Se asegura que el color negro de la boca y las rayas que llevan en el brazo son debidos a la resina que se derramó sobre ellos cuando abrieron la nuez de coco.

El origen de las piedras

(papago)

Hubo una lejana época en que no existían las piedras en la Tierra. Las montañas, colinas y valles no eran ásperos y era muy fácil caminar en la suave tierra. Por esa época no se conocían arbustos. Todos los árboles eran muy altos y derechos y apartados entre sí, de modo que el hombre de aquellos tiempos podía pasar entre ellos sin marcar un camino.

Existía también un enorme búfalo que recorría aquellas tierras. Él tenía poder para cambiar cualquier cosa en las formas que se le antojaran. Tomó ese gran poder de un agua mágica. Ese poder sería siempre suyo cada vez que bebiera unos tragos de una fuente de cierto lugar escondido.

Existía también una gran montaña sobre la cual el búfalo solía vagar. La quería mucho, tanto que un día le preguntó si deseaba convertirse en algo que le gustase más que ser una montaña.

La montaña le dijo que ella quería convertirse en algo que nadie deseara subir. El búfalo dijo:

–Te cambiaré en una dura prominencia a la que nombraré «piedra». Serás tan dura que nadie deseará romperte, y las tierras donde te asentarás serán tan fértiles, bellas y suaves que nadie querría subir por ti.

Así la montaña fue convertida en una enorme piedra. El búfalo le dijo que permanecería en su imponente forma y que podía convertirse en cualquier cosa mientras no fuera quebrada.

En esta parte de la Tierra no existían hombres: solamente el búfalo vivía allí.

Los búfalos sabían que los hombres habitaban al otro lado de la

montaña, que éstos eran crueles y que mataban a los animales, de manera que trataban de vivir lejos de los hombres.

Pero un día el búfalo pensó que él debía ir al otro lado de la montaña para ver a los hombres. Trataría de hacer amistad con ellos para lograr que no continuaran matando a los búfalos.

Pasó sobre la montaña y pronto estuvo en el otro lado. Caminó y se encontró a poco de andar con la tienda de un indio, hecha de pieles, junto a la corriente de un arroyo. En la tienda vivían una anciana y su nieto. Cuando el niño vio al búfalo, se alegró mucho y le dijo a su abuela que fuera buena con él.

El búfalo se contentó con la abuela y el niño, de tal manera que les ofreció convertirlos en lo que ellos desearan. El niño dijo que no quería ser convertido en ninguna otra cosa que él mismo, pero sí quiso volverse un corredor muy rápido. La abuela dijo que ella desearía ser cambiada en algo que estuviera siempre al lado de su nieto dondequiera que éste se encontrase.

El búfalo les dijo que él se los llevaría entonces para su casa, y que él pediría a los búfalos que enseñaran al niño a correr velozmente, y que le pediría al agua mágica que convirtiera a la anciana en algo que pudiera estar con su nieto en todos los lugares en que éste se hallase.

De este modo el búfalo, la anciana y el niño se fueron sobre la montaña hasta llegar a la Tierra de los búfalos. Éstos dijeron que enseñarían al niño a correr muy rápido si el niño prometía que ni él ni su gente matarían más búfalos. El niño prometió que él lo haría, y los búfalos le enseñaron a correr con tal rapidez que pronto pasó a todos los búfalos en sus carreras. Por otra parte, el agua mágica convirtió en viento a la anciana, de manera que ella podía seguir a su nieto donde quiera que éste fuera. El niño estuvo con los búfalos hasta que se convirtió en un hombre muy fuerte; entonces le fue permitido regresar a su pueblo. Ya entre los suyos, el joven fue designado el jefe de los cazadores por su rapidísima carrera.

Un día el jefe de la tribu le indicó que fuera a matar búfalos, porque ellos no podían mantener el rápido paso de los búfalos y éstos se les escapaban. El jefe dijo al joven que si tenía buen éxito como cazador de búfalos, lo adoptaría como hijo y le designaría como jefe de la tribu cuando él muriera. La gran ambición del joven era ser jefe de la tribu, así es que aceptó la encomienda y determinó cazar a los búfalos.

Reunió a los cazadores y les indicó que le siguieran. Subió la montaña y bajó hacia las tierras de los búfalos, pero lo hizo tan velozmente

que perdió de vista a sus compañeros. Los esperó, y viendo a los búfalos, les acometieron. Éstos se acobardaron mucho ante los cazadores y escaparon, pero el joven emprendió rápida carrera, los alcanzó y mató un gran número de ellos. Pero el gran búfalo no se hallaba presente, porque había ido a beber el agua de un arroyo que no era el mágico. Cuando regresó y vio lo que habían hecho los cazadores, se enfureció y trató de convertir a los cazadores en hierba, para comérselos, pero como no había bebido del agua mágica, se encontró con que había perdido su poder.

Se fue entonces a la montaña de piedra y le pidió que hiciera algo para castigar a los malvados cazadores de búfalos. Y la piedra dijo:

–Le voy a pedir a los árboles que se unan estrechamente para que el hombre tenga dificultades al pasar entre ellos. Después me voy a partir yo misma en muchos pedazos y me despeñaré por las tierras del mundo, de manera que los rápidos corredores no puedan pasar sobre mí sin herirse los pies.

Entonces la piedra se quebró en millares de pedazos y se regó por todas las tierras, y de este modo, cuando los veloces cazadores intentaban correr por la montaña, las piedras herían sus pies y las ramas de los árboles golpeaban sus cuerpos.

Por eso es que hay tantas piedras en el mundo.

El origen del vino

(azteca)

Los dioses dijeron entre sí: «Los hombres siempre serán tristes, si no hacemos alguna cosa para alegrarlos y para que ellos tengan placer de vivir en la Tierra y para que nos alaben, canten y bailen». Esto fue oído por el dios del viento (Quetzalcóatl) y pensaba en su corazón dónde podría encontrar alguna bebida para alegrar a los hombres y hacerles un regalo. Pensándolo, le vino a la mente una diosa virgen, llamada Mayahuel, a la cual guardaba una diosa, su abuela, llamada Tzitzímitl. Inmediatamente se fue hacia ellas, las cuales se encontraban dormidas, y despertó a la virgen y le dijo:

–Vengo a traerte para llevarte al mundo.

Ella estuvo inmediatamente de acuerdo y así descendieron ambos dos [del cielo], llevándola él en sus hombros. Luego que ellos llegaron a la Tierra los dos se cambiaron en un árbol, el cual tenía dos ramas de las cuales una se llamaba «sauce de quetzal», que era la del dios del viento, y la otra «árbol de flores», que era la de la virgen. Cuando la abuela que dormía se despertó y no encontró a su nieta, llamó luego a las otras diosas llamadas también Tzitzímitl y todas descendieron a la Tierra buscando al dios del viento. En este momento las dos ramas del árbol se rompieron, y la de la virgen fue reconocida luego por la diosa vieja, la cual la tomó y la rompió dando a cada una de las otras diosas un pedazo que ellas comieron. Pero la rama del dios del viento no la rompieron sino la dejaron allá; tan pronto como las diosas habían subido al cielo, se tornó a su primera forma de dios del viento, el cual recogió los huesos de la virgen que las diosas habían comido, y lo enterró. De ellos salió una planta que llaman *metl* (agave), de la cual los indios hacen el vino que beben y con el cual se emborrachan.

El origen de la sal

(huichol)

Tacutsi Nacahué, madre de los dioses, fue a la orilla del mar, donde se preparó para morir.

Se sacó los huesos y los molió con una piedra y se convirtieron en sal, revuelta con tierra. Molió después sus dientes con las mandíbulas y se tornaron en sal pura.

Con ella roció al mar.

El origen del mar

(cariña)

Cuando Káputa[21] andaba entre los cariñas, cargaba siempre debajo del brazo una mucurita tapada. Un día se le acercó un indio curioso y le preguntó por lo que encerraba la vasija. Káputa le dijo que en esa mucurita estaba un pez. Y se la dio al indio para que se la guardara.

–Guárdamela, pero si tienes hambre puedes sacar el pececito sin botarme el agua.

El hombre tiró un anzuelo en la mucurita, pero el animal no cogía la carnada. Lleno de impaciencia volteó la mucurita... De repente el agua en el suelo comenzó a crecer, ahogó al indio y formó una enorme laguna: era el mar.

Al regresar Káputa se encontró con esa enorme cantidad de agua. Inmediatamente se puso a recogerla de nuevo dentro de la mucurita.

Después pensó que debía vaciarla. Se dijo: «No. Aquí hay mucha tierra y muchos indios para botar esta agua. Es necesario encontrar un hoyo profundo y extenso capaz de contenerla».

Después de mucho andar encontró ese sitio, y allí vació la mucurita con el pez. Desde ese momento existe el mar con sus animales.

El origen del trabajo

(cariña)

–Ustedes no van a tener necesidad de trabajar –les dijo Káputa a los cariñas–. Basta con que cada uno tenga un hacha clavada en el suelo y una flecha en un árbol. Y con esto les sobrará carne y frutos.

Pero los cariñas no creyeron eso.

–¿Cómo se puede vivir sin trabajar? ¿Cómo se va a tener comida si no se sale a buscarla? ¿Cómo se va a tener carne si no se mata al animal?

[21] Uno de los dioses cariñas. *(N. del C.)*

Káputa, enojado, dijo entonces:

–Si ustedes quieren trabajar, trabajen; y gasten sus fuerzas y su vida. Trabajarán día y noche sin descanso.

Luego se compadeció de ellos y sólo les dejó el día para trabajar y la noche para dormir... Y fue así como el hombre perdió la oportunidad de vivir sin esfuerzo.

El origen de la guerra I

(navajo)

Ciento ocho veranos habían transcurrido desde la creación de la Tierra y sus habitantes, cuando Kichi Manitto, el Gran Espíritu, miró abajo, hacia la Tierra, por primera vez.

Vio entonces a un anciano y una anciana que salían de su cabaña, con las cabezas blancas y tropezando, hasta que cayeron hechos pedazos por la extrema edad.

El Gran Espíritu pensó que él había hecho a los indios para una larga vida y que ellos se habían propagado rápidamente. Cambió entonces su primer plan, y envió los cuatro espíritus del Trueno para que les dijeran a los indios que debían pelear.

Los indios obedecieron y guerrearon, y su número decreció rápidamente. Pero a los indios que morían en combate el Gran Espíritu les ponía sus almas a su alrededor.

El origen de la guerra II

(azteca)

Para que el Sol alumbrase era necesario que comiese corazones y bebiese sangre, y para ello hicieron la guerra, para que pudiesen obtener corazones y sangre. Y porque todos los dioses lo quisieron así, hicieron la guerra.

En el año «1 técptal» (uno-pedernal) nacieron las «serpientes de las nubes». Sucedió de la siguiente manera: la «Blanca diosa del agua» engendró primero a las cuatrocientas serpientes de las nubes. Luego entraron a la cueva, y cuando habían entrado, parió otra vez la madre de ellas. Esta vez nacieron cinco, siendo también serpientes de las nubes: el primero, llamado «cónyuge del águila»; el segundo, llamado «serpiente de las nubes»; el tercero, mujer, llamado Cuitlachcíhuatl (martucha); el cuarto, llamado «cerro de gavilanes»; y el quinto llamado «señor en el agua». Cuando nacieron, se metieron en el agua cuatro días; luego salieron y les dio a mamar Mecitli, deidad de la Tierra...

[Cuando habían crecido] llamó el Sol a las cuatrocientas serpientes de las nubes, les entregó flechas y les dijo:

–He aquí con qué me serviréis de comer y me daréis de beber.

También les entregó rodelas. Las flechas eran preciosas, con plumas de quetzal, de garza, de turpial, de quechol, rojas y rosadas, y de cotinga... Pero aquéllos no hicieron su deber; y porque sólo flecharon aves y se divertían, llamáronle después a aquel lugar «flecha de aves». A veces cogían un tigre y lo ofrendaban al Sol (...).

Entonces el Sol llamó también a los cinco que nacieron a la postre; les dio flechas de *tzihuactli* (de espinas), les dio escudos fuertes y les dijo:

–Mirad, hijos míos, que ahora habéis de destruir a las cuatrocientas serpientes de las nubes, que no dedican nada a nuestra madre y a nuestro padre.

Enseguida se reunieron los cinco sobre un mezquite, de donde los vieron y dijeron: «¿Quiénes son estos que son tales como nosotros?». Ésta fue la oportunidad de que se hicieran la guerra. Pero «cónyuge del águila» se metió dentro del árbol; «serpiente de las nubes» se metió debajo de la tierra; «cerro de gavilanes» se metió dentro de un cerro; en el agua se paró el «señor en el agua»; y su hermana mayor, Cuitlachcíhuatl, se quedó en el juego de pelota. Cuando las cuatrocientas serpientes de las nubes los cercaron, ya ninguno estaba en la red de huacales en que se habían juntado encima del mezquite. Crujió el árbol, se desgajó sobre aquéllos y salió «cónyuge del águila», de adentro del árbol. Tembló la tierra y salió «serpiente de las nubes», que se había metido debajo de la tierra; se reventó y derrumbó el cerro y salió «cerro de gavilanes»; hirvió el agua y salió el «señor en el agua». Luego vencieron a las cuatrocientas y las destruyeron, y entonces sirvieron de comer y de beber al Sol.

El origen del verano

(indios norteamericanos)

Un pez, que era a su vez pescador, tenía un pequeño hijo que le pedía consiguiera calor para la Tierra, que estaba muy fría. El pescador, que era un manitto, llamó a Consejo a una gran variedad de animales, con el propósito de conseguir que los habitantes de la Tierra vivieran con una temperatura agradable, tibia. Después de grandes deliberaciones, el Consejo acordó romper el dosel del cielo para que por allí bajara más calor a la Tierra. El primer intento lo hizo la nutria, el más bromista de los animales. La nutria dio un gran salto, llena de risa, como si ello fuera un divertido deporte; pero sus sonrisas se apagaron rápidamente cuando se sintió precipitada hacia la Tierra, donde terminó sintiéndose tan mal que apenas podía sostenerse de pie.

A los otros animales del Consejo les tocó ahora el turno. El oso, el lince y el tejón, uno tras otro, hicieron el intento y los tres fracasaron.

Finalmente un lobo dio un salto prodigioso, con el cual hizo tal abolladura en el cielo que, con la ayuda del pez pescador y dos saltos más, el obstáculo quedó roto y ya se pudo seguir adelante. Al pasar al interior, el pescador y el lobo encontraron una llanura ancha que brillaba. Allí se veían grandes y bellas cabañas. Hacia ellas dirigieron sus pasos.

Al acercarse, se asombraron de hallar las cabañas habitadas por pájaros revestidos de los más hermosos plumajes jamás vistos. Estos pájaros se hallaban prisioneros en jaulas y cantaban unos sones de maravillosas dulzuras.

El pez pescador, recordando la petición de su hijito, empezó a abrir jaula por jaula, cabaña tras cabaña, y así los pájaros llamados primavera, verano y otoño escaparon y tomaron vuelo para irse a través de la apertura en el cielo y llegar a la Tierra.

Pero los habitantes del cielo no estaban muy distantes de las cabañas, y cuando vieron que los pájaros habían escapado, dieron un grito con voces de trueno y se encaminaron a las cabañas. Hallaron que Primavera, Verano y Otoño habían efectivamente escapado, y corrieron rumbo a la apertura. Allí pudieron ver al pájaro Verano, que trataba de meterse por el agujero que daba salida a la Tierra. Con un violento soplo que echaron sobre él, desapareció su cuerpo; pero una pequeña

parte del pájaro Verano cayó a la Tierra. Ésta es la razón de que se sienta enfermo, desde su aparición entre nosotros.

Al oír el lobo tal ruido y confusión, se lanzó resbalando por la apertura y retornó sin daño alguno a su casa. No ocurrió esto con el pez pescador. Ansioso por asegurar que el tiempo tibio vendría a la Tierra, siguió abriendo jaula tras jaula a los pájaros de distintas cabañas.

Cuando corrió hacia la apertura, ya ésta se hallaba cerrada por los habitantes del cielo, quienes lo descubrieron y lo persiguieron por las llanuras del cielo, en dirección al norte. Flechas de fuego le fueron arrojadas desde todas partes hasta que una de ellas lo alcanzó en la cola, su lugar vulnerable. La herida lo debilitó, y cayó al suelo, exclamando:

–He realizado el deseo de mi hijo, aunque me cuesta la vida; pero muero satisfecho en la creencia de que he hecho mucho bien, no solamente a él, sino a todos los terrestres. Desde este lugar del cielo seré una señal para siempre, edad tras edad, y se venerará mi nombre, porque he donado al mundo las varias estaciones del año. Ahora tendrán los habitantes de la Tierra de ocho a diez lunas sin nieve.

Después de estas palabras, expiró, y se le ve ahora con la flecha encajada en su cola, recostado en el cielo, y se la llama la Estrella del Pescador.

Piedras, rocas, islas

La piedra de Callca

(inca)

En la región del Cuzco y en la ciudad que llamaban Callca, vivía un hombre noble, engreído y soberbio. Su fama de guerrero era conocida por todo el Imperio de los Incas. Se llamaba Orcco Huaranca y nunca descansaba de sus correrías por países extraños.

Pero una de estas aventuras fue más larga que las otras. Pasaron años sin que Orcco Huaranca regresara al Cuzco; todos extrañaban su ausencia y empezaron a creer que no regresaría jamás, cuando un buen día el orgulloso y altivo guerrero se presentó en su ciudad de Callca. Mas no venía sólo con sus soldados y servidores. En una pequeña litera, ricamente ornada de oro y plata, traía guardado un precioso tesoro: era una niñita bellísima, única prenda conservada de un amor lejano y desgraciado.

La niña fue encomendada a una muchedumbre de doncellas, que se desvivían por festejarla y atenderla. Así fue creciendo la encantadora Pitusiray, que así era el nombre de la niña, hasta convertirse en una hermosa doncella. Entonces, su padre, para quien Pitusiray era todo en su vida, agregó a las doncellas una guardia especial de quinientos guerreros, que debían custodiarla noche y día, para preservarla de todo peligro.

Pitusiray, con su imponente séquito, paseaba a menudo por los campos, donde fue contemplada, desde lejos, por los jóvenes de aquella comarca. Dos de ellos, Sahuasiray y Ritisiray, quedaron hondamente conmovidos ante su belleza y fueron a ver a Orcco Huaranca para solicitar

la mano de Pitusiray. Los dos rivales ofrecieron dones y presentes de valor incalculable.

Orcco Huaranca no se decidía por ninguno de los dos pretendientes. Los dos eran igualmente nobles y poderosos. Pero la hermosa doncella había escogido en secreto a Ritisiray, siguiendo las preferencias de su corazón. Por su parte, Orcco Huaranca, sin consultar el parecer de su hija, imaginó un problema cuya feliz solución daría como resultado la boda de Pitusiray con el mejor acertante.

Reunió en su palacio a los dos rivales y les habló de este modo:

–Ya que los dos sois dignos de ser esposos de Pitusiray y no queriendo ser injusto en la elección, he pensado dejar en vuestras manos la posibilidad de conquistar la mano de mi hija. Será su esposo aquel que pueda hacer llegar hasta mis tierras y propiedades el agua de los altos manantiales de la sierra.

Cada uno de los jóvenes enamorados puso a prueba su ingenio y sagacidad para buscar la solución del problema.

Sahuasiray marchó a las lagunas situadas en las altas montañas, en donde se ocultan las fuentes de aguas cristalinas, y allí, valiéndose de enormes piedras colocadas magistralmente, construyó un poderoso dique que embalsaba enormes cantidades de agua, las cuales eran llevadas por cauces artificiales a las tierras que en valles y llanuras poseía Orcco Huaranca.

Ritisiray, profundamente enamorado, con el pensamiento puesto en la belleza inolvidable de Pitusiray, no pudo concebir sino una sola solución ineficaz. Desvió el cauce de un riachuelo y dejó bajar las aguas por las faldas de una montaña llamada El Corazón, pero no siempre llegaban esas aguas a las llanuras de Orcco Huaranca.

La maravillosa obra de Sahuasiray fue premiada con la mano de Pitusiray, conforme a la promesa hecha a los pretendientes. La boda se celebró con gran pompa y largos festejos. Ritisiray, obligado por cortesía a asistir a los desposorios, contemplaba con honda tristeza cuanto le rodeaba, pues tenía el corazón deshecho y la cabeza llena de tristes pensamientos.

Pitusiray era muy desdichada con el esposo que su padre le había destinado. Una noche, en medio de horrible tempestad, cuando el viento y la lluvia azotaban implacables la ciudad de Callca y los truenos y relámpagos conmovían el espacio, Pitusiray decidió abandonar su hogar y buscar, en donde fuera, el refugio de su corazón en el amor de Ritisiray.

Huyó de su casa, corrió por calles y pasadizos estrechos, bajo la torrencial lluvia y los embates del viento, y salió al campo. Su figura, con las ropas mojadas y destrozadas, se veía, al claror de los relámpagos, subiendo la montaña.

Allá arriba, entregado a la desesperación, estaba Ritisiray, insensible a las furias de la tormenta.

Al encontrarse, en medio de la tempestad, los amantes se unieron en un abrazo y en aquel instante, un rayo cayó sobre ellos dejándolos convertidos en piedra, como castigo de los dioses a su amor impuro. Desde entonces, esta piedra, este monolito, está siempre nevado.

La piedra de la laguna

(inca)

En lo alto del camino de Canta a Humantanga, vivía una mujer perversa llamada Mamá Galla. Cuando pasaban los viajeros, cansados de largas jornadas de camino, les ofrecía de comer, engañándolos con platos y manjares hechos con carne humana.

Su única hija y sus dos nietos pequeños habitaban en un rancho separado, pues la vieja evitaba su presencia, para que ellos ignoraran sus siniestras acciones.

Pero hubo un tiempo en que no pasaba por el camino ni un ser viviente y la malvada vieja no tenía con qué preparar manjares. Decidió, entonces, dar muerte a su propia hija.

Para realizar tan horrendo propósito, sin que nadie lo supiera, trató de alejar a los dos niños de aquellos lugares. Les mandó que fueran al río a llenar una canasta de agua. Pero los pequeños no quisieron ir, porque sabían que en las canastas no se puede guardar el agua, ya que se escapa. La vieja les dijo que taparan los agujeritos de la canasta con piedrecitas de la orilla, para que, entretenidos en este trabajo, le dieran tiempo a realizar su crimen. Al momento de marcharse los niños, la vieja llamó a su hija y sin piedad la degolló con su hacha. Después de beber su sangre, destrozó su cuerpo, y lo cortó en pedazos, para echarlo en una olla grande, de las llamadas *pampanas*.

Cuando los pequeños regresaron, preguntaron anhelantes por su

madre y la abuela les dijo que no estaba en la casa, que había ido al campo con el ganado y no volvería hasta el día siguiente.

Pero desde la olla, puesta sobre el fuego, salió una voz bien conocida que les habló así: «Hijos míos del alma, huid al momento. Caminad hacia el cielo, que yo os ayudaré».

Los niños, al oír la voz de su madre, se abrazaron y cavilaron cuál sería el mejor modo de escapar, sin que la vieja los descubriera.

Suplicaron a la abuela que fuera con ellos al río, a enseñarles cómo se llenaba la canasta de agua. Y ella fue con los niños, pero éstos, a mitad de camino, se ocultaron y la dejaron sola.

Volvieron a la casa, y cargando con los trozos de su madre emprendieron la huida. Pero la siniestra vieja los echó de menos y salió a perseguirlos.

Cuando ya los iba a alcanzar, porque ellos ya no podían más con su preciosa carga, bajó del cielo una cadena, para que subieran por ella. Los dos niños treparon presurosos por la cadena. La vieja llegó a tiempo de asirse al cabo de la cadena, y ya subía por ella cuando un pájaro, el *acacllo*, cortó la cadena de un picotazo.

La vieja, al verse lazada en el aire, comenzó a dar voces desesperadas: «¡Compadre zorro, tiéndete en el campo para caer sobre ti y no hacerme daño!». El compadre zorro no esperó la caída de la bruja. Ella, al chocar contra la tierra, la abrió, y al instante se formó allí una laguna, que la engulló bajo sus aguas.

La laguna existe todavía, y dicen que en su centro hay una piedra muy grande que llaman Mamá Galla.

Montes que se casan y piedras que hablan

(inca)

El retablo de relatos populares ofrece una versión del mundo en contraste con la sobria manera científica en donde un orden frío separa nítidamente personas y cosas. Una atmósfera sueño envuelve el discurso popular y borra límites entre el mundo viviente y el ámbito de las rocas y cristales. Los montes, la lluvia, los oscuros abismos, tienen vida y fisonomía, y el hombre no se distingue entre ellos y es una voz más en el

concierto de la Naturaleza. La percepción del mundo como algo viviente no fue extraña a la antigüedad. El Padre Arriaga dice que la Tierra era llamada Mamá Pacha, que quiere decir madre, y reverenciada de modo particular por las mujeres, quienes al tiempo de sembrar «hablaban con ella diciendo que les diera buena cosecha». Este amoroso coloquio entre las mujeres y la Tierra descubre la diferencia existente entre lo que tiene ánima y lo inanimado. La Tierra, por otra parte, tiene sexo y vestía de manera apropiada, y en prueba de ello, escribe Polo de Ondegardo: «Ofrecíanle ropa de mujer».

En un relato recogido en Lunahuaná, Lima, la Tierra, personificada por un monte oscuro llamado Airea, aparece en forma de mujer y encierra en su seno a un jovencito, y cuando éste llega a hombre, se casa con él y lo regala y mima, y más tarde lo mata, y tras esto se viste de negro, como viuda, por el mucho dolor.

Los montes tienen ganados y haciendas, y llegado su tiempo, marcan las crías o cosechas, haciendo mucho festejo, como es costumbre entre pastores y gente de campo. En Lunahuaná el cerro Puihuán Chico, que es fama tiene el mejor ganado de la región, cuando va a herrar a sus animales toca una corneta hecha de cuernos de toro y los demás cerros se alegran y le contestan, y el bronco canto de la corneta del monte se oye por toda la comarca.

Suelen las cumbres tener mujer e hijos. De Caparaja, dice un relato recogido en Tarata, salió una niña llamada Villa; el cerro Mocara la vio y la hizo su mujer. El nevado Livini, según otro relato, se casó y tuvo dos hijos, los cerros Shape y Ccollo, y los tres viven próximos en Tarata. Parecida imagen del mundo circundante ofrece el Padre B. Cobo, quien refiriéndose al lugar sagrado Alpitan, en las proximidades del Cuzco, dicen: «Eran ciertas piedras que estaban en una quebrada donde se pierde la vista de Guanacauri; cuentan que fueron hombres hijos de aquel cerro y que, en cierta desgracia que les acaeció, se tornaron en piedras».

Las piedras tienen también su historia prodigiosa. Refiere el Padre Morúa que el príncipe Urcón, hijo de Viracocha Inca, hizo tomar de Quito una roca muy grande que tenía «tres estados de alto y ocho pasos de largos». Venía con grandísimo trabajo para las obras de cantería de la fortaleza de Sacsahuamán. Ya cerca de su destino ocurrió un hecho maravilloso. La dicha piedra habló, diciendo *saycunin,* que quiere decir «canséme». Dicen los indios que del mucho trabajo que pasó por el camino hasta llegar allí, se cansó y lloró sangre, y que no pudo llegar

hasta el edificio. En Tarata, una piedra llamada Tasabaya, no sólo come lo que de ordinario se le ofrenda, sino que puede tragar a la gente, e incluso la hacienda de la gente; por eso se le considera en particular cuando se aproximan las cosechas, cuando se pasa a su lado o en época en que los animales se aparean o multiplican. En Yauyos, Lima, en una altura llamada Ancovilca, hay una piedra del mismo nombre; cuando llega el tiempo de la hierra de los animales, los pastores la suelen regalar con flores, chaquira y monedas de plata. Ella es dueña de todo el ganado, y si ella quiere, las hembras tienen crías y los corrales están siempre llenos.

El cerro de Oyocco

(quechua)

Vivían cerca del cerro de Oyocco una mujer y sus dos hijos. Llegada la época de la siembra, ella mandó a éstos a la chacra con el fin de que sembraran maíz; ellos tuvieron pereza de hacerlo y regresaron a su casa dejando abandonada la semilla en la chacra.

Al día siguiente volvieron a su chacra llevando más semillas, pero los ociosos, en lugar de proceder a sembrarlas, tostaron una parte del maíz y el resto lo vendieron. Al cabo de dos días regresaron otra vez a la chacra con semillas de patata, también para sembrarlas, pero no lo hicieron, comiéndose las patatas en una pachamanca. Al retornar a su casa, dijeron a su madre:

–Hemos terminado de sembrar, pero tenemos hambre y queremos comer carne.

La madre les respondió:

–Córtenme, pues, la pierna y cómansela.

Así lo hicieron los mozos. Pero, cuando acababan de comer la carne de la madre, de repente, se produjo un fuerte viento, con una polvareda rojiza que sacó a aquéllos de su casa y los estrelló en el cerro Oyocco, donde actualmente se ven las figuras de dos caras humanas, que, al decir de la gente, son de los dos mozos perversos.

Anchicara y Huaillama

(inca)

Idilio entre los *huac'as*[22] Anchicara y Huaillama. El primero es guardián de una fuente con cuyas aguas riegan sus campos los *allaucas*. Un día vino Huaillama, joven y hermosa, y le dijo: «Hermano, es muy escasa el agua que va a mi heredad. Si sólo tú te llevas el agua, ¿con qué hemos de vivir nosotros?». Diciendo esto la mujer se sentó dentro de la misma fuente. Seducido por su belleza y rendido al punto por el amor el huac'a le habló con muy dulces palabras. La mujer insistió en su demanda: mas el otro arguyó que el caudal era también escaso para los suyos. Entretanto, acudieron los hijos de Anchicara y desviaron el agua hacia la laguna de Lliuya. Enamorados ambos, Anchicara y Huaillama resolvieron quedarse junto a la fuente para siempre, y se convirtieron en piedras. Al mismo tiempo, fueron convertidos también en piedras, dentro de la laguna, los hijos de Anchicara.

Las islas de Pachacamac

(quechua)

Había dos curacas que se odiaban. El hijo de uno de ellos se enamoró de la hija del otro, y el padre de la joven, al darse cuenta de estos amores, la encerró en su palacio para que no la pudiera ver el hijo del odiado curaca. Éste, para poder penetrar en el castillo, se convirtió en un hermoso pájaro.

Un día, cuando ella estaba en el jardín con sus doncellas, se sentó el pájaro; la niña, al verlo tan hermoso, lo quiso aprisionar, y viendo que no podía llamó a sus doncellas para que la ayudasen y así poder cogerlo. La niña encerró al pájaro en una jaula y lo puso en su cuarto. Pasaron pocos días, y el pájaro se convirtió en el hijo del curaca: volvió a su verdadero ser.

[22] Dioses. *(N. del C.)*

El padre de la niña, después de varios meses, se dio cuenta de que su hija iba a tener un niño; entonces le preguntó cómo había ocurrido, y ella le contestó que un día había soñado que el pájaro que tenía en su cuarto se convertía en ser humano. El padre, al darse cuenta de que su hija había sido víctima de un ardid, ordena que la maten. Ella huye, pero al volver el rostro ve con sorpresa que le está persiguiendo el mismo pájaro, pero ahora con aspecto repugnante y horroroso. Entonces, para no ser alcanzada, se arroja al mar junto con su hijo. Al caer al mar, el hijo se convirtió en una isla pequeña y la madre en una gran isla.

Y así es como se formaron las islas de Pachacamac.

Sinulú

(fueguino)

Sinulú [el gigante] se formó de una muñeca de piedra, juguete de las criaturas indígenas. Es amante de mujeres a cuyos maridos mata. Su fuerza física es enorme. Arranca sin dificultad árboles enteros con raíz y todo para recolectar los hongos que en sus ramas crecen y comérselos.

Formado todo de piedra, es invulnerable, con la excepción de la planta de los pies, que es como la de los de la raza humana. Una vez pisa con un pie en una espina, y yace enfermo en su choza, dirigiendo los pies hacia la entrada. Pican las mujeres, intencionalmente, con alesnas la herida, haciéndola así más grande y más honda; cuando el enfermo, al fin, consiguió dormir, ponen el pie herido en la horca de un palo colocado en el suelo, y fijan en la herida una alesna larga y gruesa. Llaman después al picaflor, que tira con sus flechas contra la planta sana de Sinulú, así que éste con un salto se levanta clavándose aún más hondamente la alesna fijada en la herida de la otra planta. El picaflor, después, le quita la vista con dos flechazos dirigidos contra los ojos. Las mujeres prenden fuego después a la choza y revienta el hombre de piedra. Cada pedazo, empero, tenía el poder mágico de llegar a ser cada uno un hombre de piedra. Impide esto el picaflor, que manda a las mujeres tirar al fuego esos fragmentos. Revienta al fin también el corazón del viejo Sinulú, que ahora está muerto del todo. Aquellas piedras redondas (las llamadas «boleadoras»), según el concepto de los *yámana*,

son esos pedazos que fueron tirados hacia los alrededores al estallar el mítico hombre de piedra.

Tawiskaron

(mohawk)

Cuentan los mohawk que [el gigante] Tawiskaron, constituido enteramente de pedernal y armado en el vértice con una cresta afilada de la misma clase de piedra, nació del sobaco de su madre, lo que produjo la muerte de ella, mientras que su hermano mellizo ya antes había dejado el vientre de la madre por la vía que después llegó a ser la usual por el género humano.

Tawiskaron consiguió el cariño de la abuela, que rechazó al primogénito llamado Oterongtongnia. Este último es creador del género humano y héroe de la civilización, mientras que Tawiskaron destruyó muchas de las cosas que el otro había arreglado y ordenado; ambos, sin embargo, vivían juntos. Algún día, empero, fueron rotas sus relaciones definitivamente. Calentó Oterongtongnia la choza por ambos habitada tan fuertemente que del cuerpo de Tawiskaron saltaron astillas de piedra. Inútiles fueron los esfuerzos de matar a su hermano por medio de plantas mágicas. Sucedió lo contrario: persiguióle Oterongtongnia, y cada vez que éste encontraba un pedazo de pedernal amarillo o de un asta de ciervo, lo tomaba enseguida para golpear a Tawiskaron, de cuyo cuerpo cada vez saltaban más astillas de piedra. Terminó la persecución con la muerte de Tawiskaron. Su cuerpo es ahora la montaña allá lejos, al oeste, en el último confín de la Tierra; la superficie del suelo, antes lisa, presenta ahora un relieve debido a la carrera de los dos hermanos.

Sus-ten-ha-nah

(onondaga)

Según los onondagas, el gigante Sus-ten-ha-nah, que se alimentaba de carne humana, desafió a O-kwen-cha (que quiere decir: «el de la cara pintada de rojo») –chiquilín que le llegaba sólo hasta las rodillas– a luchar con él, por la cabeza del vencido. El chico, roto por el gigante en dos partes, se restituye por su poder mágico, vence a su adversario tres veces, y éste se arrodilla para hacerse decapitar. En este acto la cabeza del gigante vuela al aire y cae otra vez al tronco y al sitio que le corresponde. Otra vez la cabeza es cortada, vuela, etcétera, y todo esto tres veces, hasta que el chiquillo, con la ayuda de su abuela, arrastra el cuerpo del gigante a un lado. Al caer la cabeza hacia abajo, toca las rocas del suelo y se rompe en mil pedazos que vuelan por todas las regiones del mundo: son ahora las piedras que se ven en la superficie de la Tierra. Del cerebro del gigante, que también se estrelló, formáronse los caracoles. No dice el mito que también el tronco y las extremidades del monstruo eran de piedra como la cabeza, pero debe presumirse.

Nûñ yunu'wi

(cherokee)

Se presenta [el gigante] Nûñ yunu'wi, que significa «el que está vestido de piedra», porque su piel estaba hecha de piedra maciza. Era temido como caníbal y llevaba un bastón de piedra que también podía utilizar como puente al pasar un arroyo: alargábase en tal caso el bastón y guiábase el gigante cual perro. El gigante, claro está, era invulnerable, hecha excepción cuando viera simultáneamente siete mujeres en el estado de su período menstrual. Sucedió realmente que los indios pudieron reunir ese número: persiguió el gigante a cada una de ellas, pero cada vez tuvo que vomitar sangre, hasta que cayó muerto al suelo. Quemáronle los hombres durante la noche, comunicando él mientras ardía (pues era gran hechicero) los remedios contra varias enfermedades. El

gigante cantaba las canciones mágicas para llamar a los osos durante la caza contra ellos. En el sitio donde yacía su cuerpo, se encontró después una piedra que el curandero de la tribu guardó para sí mismo; hallóse también pintura roja con que frotó la cara y el pecho de la gente: costumbre que fue adoptada definitivamente por los indios y que le dio buen éxito en cacerías, en trabajos industriales, etcétera.

El gigante de piedra

(navajo)

Cuentan los navajos que dos héroes, hijos de dos hermanos y del Sol, fueron dotados por su padre con una armadura de pedernal: sombrero, jubón, pantalones *(leggings)* y mocasines, todo era de piedra. Como armas recibieron el relámpago, el trueno, un gran cuchillo, etcétera. Buscaron después al gigante Yeïtso que vivía en Tsotsil y había devorado a casi todos los miembros de la tribu de los dos héroes. En el encuentro, Yeïtso empieza el ataque con relámpagos, pero los hermanos, gracias a su poder mágico, evitan ser alcanzados (interesantes los detalles en el relato original), y tiran contra él sus flechas terribles que le hacen tambalear. Después del cuarto flechazo Yeïtso cae de rodillas al suelo; quiere levantarse, pero no puede, se tumba al suelo y muere. Al tocarle las flechas, su armazón se rompe en pedazos que saltan hacia todas las regiones. Manda el héroe mayor que estos pedazos deben ser útiles al género humano y, efectivamente, los indios se sirven de ellos para hacer las puntas de sus flechas. Ambos hermanos le cortan después al gigante la cabeza y la tiran al lado este del Tsotsil, donde ahora se ve como una gran roca volcánica llamada El Cabezón. La sangre del muerto empezó a correr hacia abajo; para que no llegara a donde moraban los compañeros de Yeïtso y éste resurgiera a nueva vida, el héroe mayor con su cuchillo hace un surco a través del valle; cesó la sangre de correr, llenó el valle y representa hoy en día una masa volcánica al sudoeste de los cerros de San Mateo.

Mitos-leyendas

El dios del cielo y sus rebeldes hijos

(araucano)

Nuestro buen dios había vivido siempre en el cielo azul con su madre, que era al propio tiempo su esposa, o, mejor dicho, su esposa y madre. Y que se llamaba la Reina Azul o la Reina Maga. También la llamaban Kushe, lo cual quiere decir bruja o sabia. Y Dios y Kushe estaban allá arriba con sus hijos, antes que viniesen los blancos y los mataran... ¡Y desde entonces no tenemos un dios que escuche nuestras súplicas...!

Y sucedió que, después de haber creado Dios con tanto afán y fatigas el mundo, de haber puesto sobre la Tierra tanta gente y tantos animales, procurándoles alimentos, sus dos hijos mayores comenzaron a instigar a los menores a la desobediencia, diciéndoles: «¿Acaso no es hora ya de que reinemos nosotros? Viejo es el Chau, vieja es la Ñuke. Por lo menos, que nos dejen reinar sobre la Tierra».

Entonces, también sus hermanos menores se dieron a cavilar sobre aquello... Y demás está decir cuánto hizo sufrir al buen viejo Chau, allá en el cielo, este deseo de sus hijos.

Al principio, ablandado por los ruegos de la madre, Dios trató de perdonarlo todo; pero sus hijos mayores siguieron murmurando e induciendo a los menores a la rebelión, de modo que éstos quisieron bajar a la Tierra a toda costa.

Bien conocían el camino. Del cielo se pasaba a las nubes, de las

nubes, a la Tierra... ¿No serían capaces también ellos de crear seres humanos y animales?

Entonces, el viejo rey se enfureció y asió a sus hijos mayores, que eran unos gigantes, del mechón que coronaba sus cabezas, de los largos cabellos del centro del cráneo, que son un distintivo de mando entre los araucanos, y los zamarreó varias veces, arrojándolos luego con fuerza hacia abajo, y ambos cayeron por entre las densas nubes sobre la pedregosa Tierra.

Al caer, los enormes cuerpos de los hijos de Dios arrancaban tremendos fragmentos de montañas y destruían las cumbres de los cerros... El uno cayó de este lado, donde está hoy el lago Lacar, y su hermano, del otro, donde está el lago Lolog. Sus macizos cuerpos, al tocar tierra, formaron unos hoyos gigantescos, pero se hicieron mil pedazos y éstos se enterraron profundamente dejando inmensas profundidades que señalaban las huellas de estos titanes del cielo. Tanto que nuestros antepasados creen ver aún en las sinuosas líneas costeras las enormes medidas de los hijos mayores de Dios...

Cuando la madre, a quien también llaman Madre Luna, vio despedazados a sus hijos empezó a lamentarse y a llorar. Sus lágrimas caían sin cesar y su pena aumentaba al ver que el Padre, a quien también llaman Sol, en su furor mandaba abajo rayos de fuego, concluyendo de destruir los despojos de sus hijos. Pero... ¿qué podía hacer Madre Luna? Sólo llorar y llenar con sus lágrimas los inmensos huecos y valles sin fondo, que fueron lagos más tarde... No obstante, los despedazados cuerpos volvieron a llenarse de vida. El Padre les permitió volver a ser «cosas enteras», aunque no figuras humanas.

Los dos gigantes rebeldes fueron convertidos en la Kai-kai-filu, la culebra que llena los mares y los lagos.

¡Lástima grande que esta culebra heredó la tremenda ambición de reinar, que alentara antes en el pecho de los dos hijos del cielo!

La Kai-kai-filu empezó a enfurecerse y a odiar a nuestro buen Dios, y sobre todo a la gente que, poco a poco, estaba abundando sobre la Tierra.

En su ira, la Kai-kai-filu azotaba con su inmensa cola la superficie de las aguas, hasta llenarlas de espuma y de marejada.

Las rojas alas de la culebra levantaban a gran altura las montañas en que se había refugiado la gente.

Esas montañas se llamaban Tren-tren, o sea, Montañas de Fuego. De ellas brotaban los truenos y los rayos. De noche, sus cráteres vomitaban

fuego..., pero sobre esas Montañas de Fuego vivía una culebra buena, que el buen dios había amasado con una arcilla especial y que debía cumplir la siguiente orden: «Cuando la Kai-kai-filu empiece a revolver las aguas, debes avisarle a la gente que busque refugio y se salve...».

Yum Chaac castiga a sus hijos

(maya)

Noh Ku es el nombre en el idioma maya del Dios Mayor, pues Noh significa grande o principal, y Ku significa dios. Formó la Tierra del Mayab, ordenó a uno de sus lugartenientes de más jerarquía, a Yum Chaac, que se encargara del agua, así del cielo como de la Tierra, para repartirla equitativamente, teniendo cuidado con especialidad del riego de las sementeras... Yum Chaac es el Señor de las Aguas, pues Yum se traduce por Señor, y Chaac, por agua, aludiendo a la que cae de las nubes.

Yum Chaac tenía entonces dos hijos, Noh Zayab, que viene a traducirse por «Gran Corriente de Agua» y Xbulel, que significa «Inundación», y la cual Xbulel era una guapa moza.

El príncipe Yaax Kin, mancebo el más hermoso del cielo, cuyo nombre literalmente significa «el Sol Verde», que ha de entenderse por el Sol Nuevo, o sea el hijo del Gran Sol, andaba tan enamorado de la bella Xbulel que el noviazgo concluyó en matrimonio, y el matrimonio en una hijita llamada Xhoné Ha, que es como si se dijera Agua Interior...

Así las cosas, ocurrió que Nok Ku ordenara a Yum Chaac que se trasladara a la Tierra para la mejor atención en su encargo de distribuidor de las aguas. Y aunque casados y amándose mucho, Yaax Kin y Xbulel no podían estar juntos mucho tiempo, pues la muchacha bajó con su padre a la Tierra para ayudarlo en las tareas, en compañía de su hermano Noh Zayab. Por su parte el príncipe Yaax Kin tenía también que ayudar a su padre el Gran Sol, de modo que los amantes esposos sólo se veían pocas veces, cuando el mancebo lograba darse una breve escapada a la Tierra. No podía, en consecuencia, vigilar de cerca a su esposa ni atender eficientemente a la pequeña Xhoné Ha que, como es natural, estaba con la madre.

Muy jóvenes eran los hermanos Noh Zayab y Xbulel, y de carácter inquieto y alocado, y además desobedientes, de modo que dedicaban la mayor parte de su tiempo más a divertirse y a jugar que a ayudar a su padre en los trabajos de atender los campos y vigilar que no se secaran las aguas de los cenotes y sartenejas, no obstante los refunfuños del padre que los imprecaba con la voz de los truenos.

Un día amanecieron los cielos muy negros, nubarrones inmensos como jamás se habían visto lo oscurecían todo, un viento húmedo se había desencadenado soplando furiosamente y sacudiendo con frenesí a los árboles como queriendo derribarlos. Rayaban los relámpagos el espacio, y los truenos se sucedían cada vez más retumbantes... Todo anunciaba una tempestad que seguramente sería la más violenta y hasta Yum Chaac no las tenía todas consigo, a pesar de ser el Señor de las Aguas, recomendando a sus hijos mucho cuidado y vigilancia...

Pero los mozos atendían más a sus inclinaciones que a otra cosa, y al parecer poco les importaba que el cielo se derrumbase sobre la Tierra, dándose como siempre al juego... Y así ocurrió que al fin las nubes se abrieron y una violenta lluvia como jamás se había visto comenzó a caer sobre la Tierra... Tan engolfados estaban Noh Zayab y Xbulel en sus pasatiempos que no se dieron cuenta de las cosas sino cuando éstas ya no tenían remedio... Habían descuidado el encauzamiento de las aguas, y éstas, bajando enormes raudales de las nubes, habían inundado la Tierra, causando la muerte a innumerables gentes y arrasándolo todo.

Xbulel, al darse cuenta de la desgracia, se llenó de terror. Recordó entonces que por dedicarse libremente al juego había dejado a su hijita Xhoné Ha durmiendo junto al tronco de un árbol... Pero la descuidada madre ni siquiera se había fijado en cuál árbol. Llena de dolor al suponer el trágico fin de la niña, corrió al lugar en que poco más o menos creyó que la había dejado, con la esperanza de llegar a tiempo para salvarla... Pero fue en vano, pues no encontró ni a la niña ni acertó con el árbol... Seguramente la impetuosa corriente de las aguas había arrastrado a la infeliz chiquilla.

Cuando Yum Chaac supo las cosas, se irrito sobremanera atribuyendo al descuido de sus hijos el siniestro y la desaparición de su nieta... El príncipe Yaax Kin también se enojó hasta la ira por la pérdida de su hija en tales condiciones, y hasta el abuelo de la pequeña Xhoné Ha, el Gran Sol, a pesar de su prudencia, insinuó que los muchachos debían ser fuertemente castigados y dejó el castigo al arbitrio de Yum Chaac,

ya que éste, como regulador de las aguas, era quien debía entenderse con aquel asunto.

Y Yum Chaac castigó a sus hijos, duramente, como se merecía la culpa. Amainada que fue la tempestad, y cuando la Tierra pudo mostrar la desolación en que había quedado, regada de cadáveres, Yum Chaac llamó a su presencia a sus hijos y les impuso la sentencia, condenando a Noh Zayab a vivir desde entonces y para siempre bajo la corteza terrestre, y ésa es la gran corriente interior de aguas que hay bajo el suelo de esta Tierra, y la cual se arrastra gimiendo desde hace miles y miles de años, y ello explica el hecho de que en cualquier punto en que la tierra sea perforada indefectiblemente se da con un manto de agua, lo que es el origen de los pozos... La pobre Xbulel fue condenada a sufrir eternamente sobre la Tierra convirtiéndose en las inundaciones para que no se le olvide la catástrofe que provocó su descuido, y quedó condenada también a buscar el árbol bajo el cual abandonó a su hija.

Tepozton, hijo de un dios, matador del gigante

(mexicano)

Los dioses que viven sobre las nubes tienen muchas cosas que hacer. Se ocupan de mandar lluvia sobre la Tierra cuando concierne, para que crezcan las cosechas, administran los vientos, y, cuando hacen algún descubrimiento, se lo enseñan a los hombres. Los dioses han enseñado al pueblo mexicano a tejer sus trajes, a hacer carreteras y otras muchas cosas más.

Cuando no tienen nada que hacer, los dioses juegan a la pelota sobre las nubes, o se tumban para fumar sus pipas.

Hace muchos años, un dios de los más jóvenes se aburrió de hacer lo de costumbre. Andaba triste y meditabundo. Al preguntarle uno de los dioses por qué estaba tan aburrido, contestó que era porque deseaba tener un hijito.

Un buen día bajó a la Tierra y empezó a vagar por ella. Nadie sabía que era un dios, porque su aspecto era el corriente de un hombre vulgar. En sus correrías llegó a un arroyo y allí conoció a una muchacha muy

bella que iba a llenar su cántaro de agua. Pronto se enamoraron el uno del otro y tuvieron un hijo. El dios se sintió muy feliz con su pequeño y su querida esposa; pero tuvo que abandonarles, porque tenía mucho que hacer en el cielo; debía ayudar a regular las lluvias y el viento, pues si no, se hubieran secado las cosechas y su familia hubiera muerto de hambre.

Se despidió cariñosamente de ellos y desapareció.

La joven vio que en el lugar donde se habían despedido, sobre el suelo, había una hermosísima piedra verde. Cogiéndola, la agujereó y se la colgó al niño del cuello.

Entonces, al hallarse sola, decidió volver a casa de sus padres. Éstos la recibieron muy mal. Querían matar al niño, pues decían que un niño sin padre debía morir.

Entonces la muchacha huyó de su casa; vagó por el campo, y al anochecer decidió dejar al niño sobre una frondosa planta y volvió a su casa llorando. Sus padres pensaron que lo había matado.

Al día siguiente corrió a ver a su pequeño y lo encontró rodeado de carnosas hojas que la planta había curvado sobre él para que no le molestase el sol. Dormía profundamente y goteaba sobre su boquita un líquido lechoso, dulce y caliente, que manaba de las hojas.

La madre pasó el día con él, muy feliz; pero al anochecer hubo de dejarlo de nuevo en el campo, pues sus padres deseaban perderlo. Aquella noche lo dejó sobre un hormiguero.

A la mañana siguiente lo encontró cubierto de pétalos de rosa, sonriente y tranquilo. Unas hormigas le llevaban los pétalos, mientras otras traían miel, que depositaban cuidadosamente en los labios del niño. La doncella tenía mucho miedo de que sus padres descubrieran el paradero del niño, y por esto decidió meterlo en una cajita y echarlo al río.

Así lo hizo, y pronto desapareció la caja, empujada por la corriente.

Junto a la orilla del río vivían unos pescadores que deseaban tener un hijo. Cuando el pescador encontró la caja en el río y vio que tenía dentro un precioso niño, se lo llevó a su mujer. Ésta, loca de alegría, le hizo trajes y zapatos para abrigarlo.

–¿Cómo le llamaremos?

–Tiene una piedra verde colgada de su cuello; como esta piedra sólo se encuentra en las montañas, le llamaremos Tepozton (el Niño de la Montaña) –dijo el pescador.

El niño creció y fue muy feliz con sus padres adoptivos. Cuando tuvo siete años, el pescador le hizo un arco y unas flechas para que se entretuviera cazando.

Todos los días venía a casa cargado de animales. Unos días eran codornices; otros, ardillas. Pero siempre traía algo para la cena.

–¿Qué haces todos los días por el bosque? –le preguntó la mujer del pescador.

–Tengo muchas cosas que hacer –le contestaba el muchacho.

Pero ella sospechaba que el chico debía tener algún poder mágico y que no era un niño corriente. Tenía una puntería tan certera que no le fallaba ninguna flecha que disparaba, y esto era extraño en los niños de su edad. Cuando se le habló del gigante devorador, nunca demostró miedo. En México existía un monstruo que todas las primaveras exigía devorar una vida humana. Cada año escogía una ciudad y en ella se echaba a suerte. El pueblo había hecho un trato con el gigante: si se le daba todos los años una vida humana, él no mataría a nadie en mil leguas a la redonda.

Cuando Tepozton tenía nueve años, le tocó al pescador alimentar al gigante, y decidió ser él mismo la víctima. Se despidió de su mujer e hijo y se entregó a los soldados para que le llevasen al palacio del gigante.

Tepozton le suplicó al pescador que le dejara ir en su lugar. A él no le ocurriría nada y quizá conseguiría dar muerte al gigante. Al fin, el pescador consintió.

Tepozton hizo fuego en un rincón del patio y dijo a los pescadores:

–Vigilad el fuego. Si el humo es blanco, estaré sin peligro; si se vuelve gris, estaré a punto de morir, y si se vuelve negro habré muerto. Besó a sus padres adoptivos y se fue con los soldados.

Mientras caminaban, Tepozton iba cogiendo piedrecillas de cristal y las iba poniendo en sus bolsillos. Estas piedras salían del volcán; eran negruzcas y tenían un brillo extraño. Las gentes solían hacer con ellas collares y pulseras.

Tepozton llenó de estas piedras todos sus bolsillos. Luego que llegaron al palacio del gigante, presentaron al niño. El monstruo se encolerizó, porque le pareció un insignificante bocado. Como tenía mucha hambre, preparó una olla con agua hirviendo para guisarlo enseguida, y cogiendo a Tepozton por un brazo, lo metió en ella para que se cociera. Mientras tanto se dispuso a poner la mesa.

Cuando lo hubo preparado todo, levantó la tapa de la olla para ver cómo iba su cena, y cuál sería su asombro al ver que había en vez de un niño, un gran tigre. El tigre abrió la boca y dio tal rugido que el gigante, horrorizado, se apresuró a poner la tapa de nuevo. Decidió esperar un poco más.

Como estaba muy hambriento, cuidadosamente volvió a levantar la tapa de la olla; pero enseguida la volvió a cerrar, porque esta vez encontró, en vez del tigre, una horrible serpiente. Como el hambre le acuciaba, decidió comerse la serpiente; pero al levantar la tapa se encontró con que ésta había desaparecido y en su lugar estaba el muchacho, completamente crudo y riéndose de él. Furioso, le cogió por los pantalones y se lo metió en la boca. Entonces el humo del fuego de la casa de los pescadores se volvió gris oscuro. Éstos, aterrorizados, se echaron a llorar.

Pero Tepozton se escurrió hacia la garganta del gigante antes de ser masticado. Una vez en ella, se dejó caer a su enorme estómago. Cuando hubo llegado a aquella gran caverna, sacó las piedras cristalinas de su bolsillo, comenzó a perforarla y logró abrir un gran agujero en el estómago del gigante.

Mientras tanto, éste, destrozado por aquel extraordinario dolor, mandó llamar a un médico.

–¡Este muchacho me ha envenenado! –gritaba martirizado por aquellos dolores.

Tepozton cortaba y cortaba, y el agujero era tan grande, que ya empezaba a filtrarse la luz del exterior. Logró hacer tan gran cavidad que el gigante murió. Entonces él saltó alegremente hacia afuera por el agujero que había hecho.

El humo del fuego de la casa de los pescadores se volvió completamente blanco, y el pescador y su esposa lloraron de alegría.

Después de esto, el pueblo, agradecido a Tepozton por la muerte del gigante, lo nombró rey. Vivió en el palacio del coloso y enseñó a su pueblo muchas cosas útiles. Cuando tenía tiempo jugaba a la pelota con su padre, el más joven de los dioses, sobre las nubes. Otras veces marchaba por su reino, como un hombre cualquiera, para ayudar a las gentes.

Algunos dicen que ahora vive con su padre en el cielo; sin embargo, otros aseguran que sigue en la Tierra ayudando a los hombres, pero que no se le reconoce, porque parece un hombre vulgar y corriente.

Kuniraya y Kahuillaca

(inca)

En un principio, Kuniraya caminaba pobremente vestido. Su manto y su túnica se veían llenos de roturas. Los hombres, aquellos que no le conocían, se figuraban que era un mendigo piojoso y le menospreciaban. Pero él era el proveedor de todas estas regiones y pueblos. Con su sola palabra hacía que fueran abundantes las cosechas y con sólo arrojar una flor de carrizo llamada *pupuna* dejaba abierto y establecidos los acueductos. Luego anduvo realizando muy útiles trabajos, empequeñeciendo con su sabiduría a los dioses de los otros pueblos.

En aquellos mismos tiempos vivía en la región de Anchiqucha una diosa llamada Kahuillaca. Aunque era muy hermosa, tenía el propósito de mantenerse siempre virgen. Si algún dios enamorado trataba de estar con ella, era irremisiblemente rechazado.

Así vivió mucho tiempo la diosa, sin permitir que varón alguno se le aproximase. De ordinario pasaba el día tejiendo a la sombra de un lúcumo que había en el patio de su palacio. Apasionado de ella, Kuniraya, valiéndose de su sabiduría, se convirtió en un pájaro y fue a posarse un día entre el ramaje del árbol. Tomó una lúcuma madura e introduciendo su semen dentro de ella la dejó caer muy cerca de la diosa. Ésta, tentada por el color y la fragancia de la fruta, se sirvió de ella. De esta sola manera, aunque ningún varón se le había aproximado, la doncella apareció encinta. Como sucede con todas las mujeres en tal estado, a los nueve meses Kahuillaca tuvo que dar a luz. Por espacio de un año alimentó al niño con el seno, preguntándose continuamente para quién pudo haberlo concebido.

Transcurrido el año y cuando el niño comenzó a caminar a gatas, Kahuillaca convocó un día a todos los dioses del lugar, pensando que de este modo le sería dado conocer al padre de su hijo. Los dioses acudieron al palacio vestidos con sus mejores trajes, cada uno deseoso de ser el preferido de la diosa.

No bien los dioses congregados tomaron asiento en el palacio de la diosa, ésta se dirigió a ellos con estas palabras:

–Escuchadme, nobles varones. Deseo que reconozcáis a este niño. ¿Cuál de vosotros pudo haberme tenido consigo? ¿Tú? ¿Tú? –fue así preguntándoles uno por uno.

En todos los labios se oyó la negativa. En cuanto a Kuniraya, él había tomado asiento entre los últimos. Al verlo vestido de harapos, Kahuillaca no se dignó dirigirle la pregunta pensando: «¿Ese mendigo fuera el padre de mi hijo?».

En vista de que ninguno se atribuyó la paternidad del niño, la diosa quiso que este mismo se encargase de señalar al autor de sus días y con tal propósito le ordenó:

–Anda, hijo mío, y reconoce tú mismo a tu padre.

Dirigiéndose a los dioses, dijo:

–Aquel a cuyas rodillas se encarame el niño, ése será reconocido como su padre.

El niño fue caminando a gatas delante de los dioses. No se aproximó a ninguno hasta llegar al sitio donde se encontraba Kuniraya, a cuyas rodillas se puso a trepar presuroso y regocijado. Entonces, escandalizada la diosa, gritó:

–¿Yo hubiera dado a luz un hijo de semejante mendigo?

Luego tomó en brazos al niño y huyó hacia el mar. En medio del asombro de los demás dioses, Kuniraya apareció al punto vestido con un traje de oro luminoso y exclamó:

–¡Ella me amará! –y se lanzó en seguimiento de la diosa, diciéndole a gritos–: ¡Hermana Kahuillaca, vuelve a mí los ojos! ¡Mírame cuán decente ya estoy!

Diciendo así se detuvo y un súbito resplandor cubrió la Tierra. Pero Kahuillaca no volvió los ojos hacia el dios y siguió huyendo.

«Quiero desaparecer, ya que hube dado a luz para un varón tan horroroso y despreciable», se decía. Llegó al mar, cerca del santuario de Pachacamac, y se arrojó al agua. Ella y su hijo convirtiéronse en rocas. Ahora mismo se puede ver, a poca distancia de la orilla, alzándose imponentes sobre el agua, dos grandes moles de granito.

Empero el dios, con la esperanza de que la fugitiva volvería los ojos y la vería, llamándola a voces la siguió sin poder alcanzarla. En el trayecto se encontró con un cóndor y le preguntó:

–Hermano, ¿por dónde te has encontrado con esa mujer?

–Cerca de aquí –le contesto el cóndor–. No tardarás en alcanzarla.

–Tú vivirás –le dijo el dios entonces– más años que los otros animales. Te alimentarás con carne de guanaco y de vicuña. Aquel que te diera muerte también morirá –y continuó su camino.

Luego se encontró con un zorrino y le preguntó:

–Hermano, ¿por dónde ya anda esa mujer?

–Muy lejos –dijo el zorrino–. No la podrás alcanzar.

–Por haberme contestado así, tú no caminarás de día, sino sólo de noche. Odiado por el hombre, andarás despidiendo olores insoportables.

Después encontró a un puma en su camino y le hizo la misma pregunta. El puma le dijo:

–Está muy cerca. La alcanzarás.

–Tú serás muy querido. Devorarás las llamas de los hombres malos. Si te dan muerte, los hombres se disfrazarán con tu piel para bailar en las grandes fiestas. Cada año te sacarán así, con sacrificios de llamas, y de tal modo tendrás participación en las solemnidades.

Enseguida se encontró con un zorro, que le dio una respuesta desfavorable. El dios le dijo:

–Tú vivirás aborrecido por los hombres. Si te dan muerte, arrojarán lejos tu cadáver con desprecio.

También encontró a un milano, quien le informó que la mujer iba todavía cerca, que podría alcanzarla. Kuniraya le dijo entonces:

–Tú serás dichoso. El picaflor te servirá de alimento favorito, luego los demás pájaros. El hombre que te matara tendrá que sacrificarte una llama y los que bailen en las fiestas te colocarán sobre su cabeza como un bello adorno.

Luego se encontró con una bandada de loros. Uno de ellos le contestó:

–Ya va muy lejos. No la encontrarás.

–Tú volarás siempre con gran algazara y, cuando busques alimento, será fácil que te sorprendan y te arrojen. Vivirás miserable y hambriento, odiado por los hombres.

Siguió adelante. A los que le daban buenas noticias les auguraba sucesos favorables y maldecía a los otros. Llegó a Pachacamac, donde el dios que lleva este mismo nombre tenía dos hijas que vivían custodiadas por una serpiente. Momentos antes de que llegara el dios, la madre de las jóvenes, llamada Urpihuachac, había ido a visitar a Kahuillaca dentro del mar. Kuniraya adormeció a la mayor de las doncellas a fin de poder acostarse con la menor; pero ésta, convertida en una paloma, emprendió el vuelo.

En esos tiempos no había peces en el mar. Sólo Urpihuachac criaba algunos en un estanque que había en su casa. Kuniraya, disgustado porque Urpihuachac había ido a visitar a la desdeñosa Kahuillaca, arrojó los peces del estanque en el mar. Recién a partir de entonces abundan en el mar los peces.

Kuniraya se alejó por la orilla del mar. Urpihuachac, al saber que había tratado de acostarse con su hija, se lanzó en su persecución, resuelta a tirarlo al mar desde lo alto de una roca. Al efecto, comenzó a despiojarle, a fin de buscar un momento oportuno. Pero Kuniraya, lleno de sabiduría, se dio cuenta y, con un pretexto cualquiera, se alejó del lugar y se fue al valle de Huruchiri.

Kuniraya y el inca Huaina-Chapac

(inca)

Poco antes de que aparecieran los europeos en esta tierra, el dios Kuniraya se dirigió a la ciudad del Cuzco. Allí conversó con el inca Huaina-Chapac y le dijo:

–Vamos, hijo mío, al Titicaca. Allá te revelaré quién soy.

Una vez en el lago, la deidad se dirigió al inca en estos términos:

–Soberano, ordena que comparezcan tus súbditos, de entre los magos y los más sabios, al objeto de que los enviemos allá donde se encuentran los cimientos de la Tierra.

Huaina-Chapac se apresuró a cumplir el mandato del dios. Entre los que acudieron a su llamado, unos decían que eran del linaje del cóndor; otros, del linaje del milano; otros, en fin, del linaje de la golondrina. Una vez reunidos todos ellos, Kuniraya les habló así:

–Dirigíos al sitio donde se hallan los cimientos de la Tierra. Llegados allí, decidle a mi padre: «Me envía vuestro hijo a fin de que le mandéis conmigo a una de sus hermanas».

Como todos los otros emisarios, el del linaje de la golondrina partió del Titicaca para regresar al cabo de cinco días. Llegado al sitio donde se hallan los cimientos de la Tierra, y transmitido el mensaje, al del linaje de la golondrina le entregaron un cofre con esta recomendación:

–No suceda que quiera abrir este cofre. Sólo podrá abrirlo tu señor Huaina-Chapac en persona.

El hombre emprendió el viaje de regreso y en el trayecto, ya muy cerca del Cuzco, se dejó vencer por la curiosidad y, ansioso por ver el contenido del cofre, lo abrió. Dentro del cofre vio a una joven de maravillosa belleza. Su cabellera era ondulada y rubia como el oro. Su traje

se veía asombrosamente lujoso. Dentro del cofre ella era de diminuta apariencia. No bien sus ojos la hubieron sorprendido, la joven desapareció sin rastro.

Hondamente afligido, el mensajero llegó al Cuzco y luego al Titicaca.

–Si no pertenecieras al linaje de la golondrina yo mismo te hubiera dado muerte. Anda, regresa al mismo sitio –le ordenó Kuniraya.

El emisario repitió el viaje y esta vez no se dejó seducir por la curiosidad. De regreso con el nuevo cofre, cuando en el camino sintió hambre y sed, no tuvo más que decirlo y se le presentó de por sí una mesa admirablemente servida y, de noche, un mullido lecho para que durmiera. En cinco días también estuvo de regreso en el Titicaca, con el cofre cerrado. Muy complacidos le recibieron Kuniraya y el inca.

Aun antes de que se abriera el cofre, Kuniraya le habló así a Huaina-Chapac:

–Inca, hemos de abandonar este mundo. Yo me internaré en este otro mundo y tú vete a aquél, junto con mi hermana. Tú y yo no volveremos a vernos.

Dicho esto, el dios abandonó la Tierra. Enseguida Huaina-Chapac abrió el cofre. De súbito, un soberbio resplandor cubrió la Tierra. El inca dijo entonces:

–Ya no regresaré de aquí. Aquí viviré con esta princesa y reina mía –así dijo, y dirigiéndose a un vasallo pariente suyo–: Anda tú como representante mío y preséntate en el Cuzco diciendo que eres Huaina-Chapac.

Acto continuo el inca y su esposa desaparecieron en la misma forma que Kuniraya. Después, cuando el llamado Huaina-Chapac dejó de existir, uno y otros entraron en disputa tratando de erigirse en señores del Imperio. Fue en este tiempo que por primera vez aparecieron los europeos en Cajamarca.

Llujllayhuancupa

(inca)

El relato nos coloca en presencia del huac'a Llujllayhuancupa. Una mujer llamada Llajtichunpi, al trabajar su campo tropieza con un estorbo y sin saber qué es lo arroja a un lado. Continúa trabajando y vuelve a encontrar el mismo estorbo. Sospecha que puede tratarse de un huac'a y se lo lleva a su casa. En el pueblo se adoraba al huac'a Katikilla, poseedor de una virtud que consistía en hacer hablar a cualquier huac'a, inclusive a los que no querían. Éste obligó a hablar al huac'a de Llajtichunpi, que dijo:

–Soy hijo de Pachacamac, dios del terremoto. Mi nombre es Llujllayhuancupa. Mi padre me ha enviado a proteger a este pueblo.

Desde entonces le adoraron los habitantes de aquel lugar. Tiempos después el huac'a desapareció. Los ancianos fueron en su búsqueda y no encontrándolo en el sitio de su aparición le llevaron muchas ofrendas a su padre. Finalmente sus plegarias hicieron que el huac'a volviese al pueblo.

Ni-ni-bo-sho

(shippewa)

En un período desconocido, el Gran Espíritu visitó la Tierra y se enamoró de una doncella, con la cual se casó. De esta unión nacieron cuatro niños, en el mismo parto, lo que causó la muerte a la joven madre.

El primer hijo fue Ni-ni-bo-sho, que es el amigo de la raza humana.

El segundo, Chibiabos, tiene a su cargo a los muertos y preside el País de las Almas.

El tercero fue Wabassa, quien un momento después de nacer voló al norte, donde fue transformado en conejo, un poderoso espíritu.

El cuarto fue Chokanipok, o Piedra de fuego. Contra él luchó Ni-ni-bo-sho, pues le atribuyó la muerte de su madre. La terrible guerra entre estos dos hermanos duró largos años. Señales de sus combates existen hasta hoy día.

En una de sus batallas Ni-ni-bo-sho cortó grandes pedazos del cuerpo de Chokanipok, que se transformaron en rocas. Esas rocas son las que se ven esparcidas por la Tierra. En la batalla final, Chokanipok fue destrozado por Ni-ni-bo-sho, quien tomó los intestinos de su hermano y los transformó en largas enredaderas.

Después del combate, Ni-ni-bo-sho recorrió la Tierra provisto de todas las artes y mejoramientos y los distribuyó entre los seres humanos. Les dio flechas, lanzas, y los implementos hechos de huesos y de piedras. Les enseñó a fabricar hachas. También les enseñó a hacer redes y trampas para atrapar peces y aves.

Durante sus viajes por la Tierra mató a esos viejos monstruos cuyos huesos se encuentran ahora bajo la tierra, y limpió los ríos de los obstáculos que el Espíritu del Diablo había colocado en ellos. También puso cuatro espíritus buenos en los cuatro puntos cardinales, hacia los cuales se vuelven los *calumets* (pipas) antes de ser fumadas en las fiestas sagradas.

El espíritu que puso en el norte da nieve y hielo y ayuda al hombre a la buena caza. El espíritu del sur da melones, maíz y tabaco. El espíritu del oeste, lluvia. El espíritu del este, luz. El trueno es la voz de los espíritus, y para ellos se ofrece el incienso del tabaco.

Ni-ni-bo-sho reside actualmente en un inmenso témpano de hielo en el océano del norte. Si viniera a esta Tierra con sus pasos la incendiaría y esto sería el fin del mundo.

Él dirige al Sol en su diario viaje alrededor de la Tierra.

Ni-ni-bo-sho cazador

(shippewa)

Cierta vez, cuando Ni-ni-bo-sho estaba vagando por los bosques, encontró un ciervo que tenía un arco y una flecha.

Le dijo Ni-ni-bo-sho:

–Déjame ver tan lindo arco y tan linda flecha.

El ciervo dudó al principio, pero permitió que Ni-ni-bo-sho cogiera su arco y su flecha.

Después de observarle un rato, Ni-ni-bo-sho preguntó al ciervo dónde tenía la parte más blanda de su cabeza.

–En la frente –dijo el ciervo.

Un instante después el ciervo yacía a los pies de Ni-ni-bo-sho.

Ni-ni-bo-sho hizo fuego y cocinó el ciervo. Cuando comenzó a comérselo, un árbol cercano gritó tan alto que Ni-ni-bo-sho le dijo que callara y se estuviera quieto mientras él comía. Pero el árbol no le hizo caso y continuó gritando, hasta que Ni-ni-bo-sho se levantó para golpearlo. Pero cuando fue a golpearlo, el árbol le retuvo su mano con una rama y Ni-ni-bo-sho quedó colgado.

Mientras colgaba de la rama, un grupo de lobos hambrientos se acercó y Ni-ni-bo-sho les gritó:

–Hermanos, no cojan por esa vía...

Y les señalaba donde se hallaba el ciervo cocinado.

Después que el árbol le dio algunos consejos para que no cayera en nuevos problemas, lo soltó. Entonces Ni-ni-bo-sho fue a comerse el ciervo y encontró que sus llamados hermanos, los lobos, lo habían devorado. Sólo algunos huesos quedaban diseminados. Mirando más detenidamente encontró la cabeza. Después de contemplarla un rato encontró que los lobos no se habían comido el cerebro. Pero no sabía cómo alcanzarlo para comérselo. Al fin decidió convertirse en una pequeña serpiente y se arrastró por un agujero en la frente. Ya adentro, se comió el cerebro, pero cuando trató de salir no pudo, porque había crecido mucho mientras estaba comiendo. Gritó pidiendo auxilio y nadie vino a ayudarle.

Poco a poco se alzó y encontró que la cabeza del ciervo era muy ligera. Echó a correr y al momento chocó contra el tronco de un árbol.

–¿Quién eres tú? –preguntó Ni-ni-bo-sho.

–Yo soy un pino –dijo el árbol.

Cinco minutos después Ni-ni-bo-sho echó a correr y al poco rato chocó contra otro árbol.

–¿Quién eres tú?

–Yo soy un fresno –dijo el árbol–, y crezco junto a las aguas.

«Ah –pensó Ni-ni-bo-sho–, estoy cerca del agua.» No bien pensó esto se sintió lanzado al aire y al instante cayó en las aguas. Había caído desde un barranco. Nadaba y nadaba y no podía dejar de nadar.

Algunos indios estaban cazando cerca y vieron en las aguas algo que se parecía mucho a un ciervo.

–¡Ciervo! ¡Ciervo! ¡Ciervo! –gritaban, al tiempo que montaron en sus canoas en dirección al animal en las aguas.

Pero Ni-ni-bo-sho no cejaba y nadaba, nadaba con fuerza, hasta que chocó contra una roca y se rompió la cabeza del ciervo en mil pedazos.

Al momento Ni-ni-bo-sho volvió a su forma natural, y se rió de la equivocación de los indios.

–Váyanse –les dijo–, sólo era Ni-ni-bo-sho.

El banquete que Ni-ni-bo-sho dio a los animales

(shippewa)

Entre las hazañas de Ni-ni-bo-sho, se cuenta la captura de un pez de tan monstruoso tamaño que con la manteca y el aceite que obtuvo de él se formó un pequeño lago.

Entonces invitó a todos los animales y aves a un banquete, colocándolos en un orden de acuerdo con sus gorduras.

El primero que llegó fue el oso, seguido por el venado, el perezoso, y aquellos animales conocidos por sus gorduras en ciertas estaciones del año. El alce y el bisonte llegaron tarde; la perdiz esperó hasta que el aceite casi se acabara. El conejo y la marta llegaron al final, por eso es que estos animales no tienen grasa.

Cuando el banquete se terminó, Ni-ni-bo-sho invitó a los animales a danzar.

Ni-ni-bo-sho tocaba su tambor y cantaba a gritos:

¡Nuevas canciones del sur!
¡Vengan, hermanos, a danzar!

Puso a danzar a los animales en un círculo a su alrededor, todos con los ojos cerrados, según se acordó.

Entonces vio un pájaro gordo pasando junto a él y le arrancó la cabeza, mientras tocaba con gran fuerza y vehemencia con la mano libre el tambor. Y así continuó apoderándose de los danzantes que bailaban con los ojos cerrados.

Pero un pequeño pato abrió los ojos y vio lo que estaba ocurriendo. Entonces dio un gran salto y gritó:

–¡Cuidado! ¡Ni-ni-bo-sho los está matando!

Y entonces se echó a correr hacia el agua.

Ni-ni-bo-sho lo siguió a toda carrera, y en el preciso instante en que el patico se lanzaba al agua, le dio un puntapié en la espalda, y ésa es la causa de que el patico tenga la espalda hundida hasta los días de hoy, y que camine por tierra tan mal y feamente, con su cola desplumada.

Mientras Ni-ni-bo-sho perseguía al pequeño pato, el resto de los pájaros voló hacia sus refugios y los animales escaparon a los bosques.

La huida de los abismos

(pueblo)

Los indios pueblos de la tribu *hopi* que habitaban el desierto del sudoeste y excavaban la arena en busca de manantiales, creían que el hombre vivió un tiempo en un paraíso en las entrañas de la Tierra. Prósperos y felices, se entregaron más tarde al vicio. En castigo, las aguas subieron de nivel e inundaron el Edén. Los moradores huyeron guiados por la Mujer Araña, escalando un junco, dos pinos de distinta variedad y un gigantesco girasol que asomaban sobre la superficie. El pájaro burlón dirigía el éxodo asignando un árbol a cada tribu. Pero el ave quedó exhausta y dejó de cantar antes de que todos se salvaran y los rezagados cayeron de nuevo a los abismos, destino de todo lo que muere. Los demás partieron en busca de la aurora, los blancos hacia el sur, los indios hacia el norte, mientras los indios pueblos permanecieron en el centro.

El huerto de la tumba

(seneca)

Extrañas consejas de la vida surgiendo de la muerte explicaban a los indios senecas el milagro del maíz y de otras plantas que sostienen la existencia. La hija de la mujer celestial tuvo un amante bajo la forma de una viña. Poco después dio a luz dos hijos de distinto carácter. El

mayor hizo feliz a su madre, pero el otro, que se llamaba Verrugoso, le dio grandes dolores y le causó la muerte. El mayor, llamado Mente Buena, ayudó a la mujer celestial a preparar la tumba de su madre. Y la mujer celestial habló entonces a su hija muerta: «Prepárate a recibir a muchos seres en lo profundo, porque muchos seguirán la huella». Terminado el entierro, Mente Buena regó tiernamente la sepultura de su madre. Pronto aparecieron unos brotes sobre la fosa. De la cabeza de la muerta brotó la planta del tabaco; de sus pechos, el maíz; de su vientre, la calabaza; de sus manos, las habas; y de sus pies, la planta de la papa.

La reina de los abismos

(esquimal)

En la ribera de un río, allá en el norte lejano, una doncella esquimal llamada Sedna, vivía sola con su padre. Su belleza enamoró a muchos jóvenes, pero ninguno logró cautivar su corazón. Al llegar la primavera, Sedna, seducida por el canto del ave llamada *fulmar,* huyó con el ave, pero a poco descubrió que la había engañado.

Un día su padre acudió a rescatarla. Mató al fulmar y ambos escaparon en una canoa. Pero otros fulmares los persiguieron y desencadenaron sobre ellos una gran tormenta. El padre, acobardado, ofrendó su hija a las aves, arrojándola al mar. Sedna se aferró a la canoa y su padre le cortó las puntas de los dedos, que cayeron al agua y se convirtieron en ballenas. Luego, el resto de los dedos, que se volvieron focas. Cuando los fulmares se alejaron, el arrepentido padre alzó a Sedna a la canoa, pero de vuelta al hogar, ella, vengativa, azuzó a los perros contra él. De súbito, ambos cayeron al fondo del abismo donde, desde entonces, Sedna ha sido reina.

Las doncellas del maíz

(pueblo)

Cuando los antepasados de los zuñis, indios pueblos del sudoeste, huyeron del mundo de las sombras, trajeron encantadoras doncellas que viajaron con ellos largos años hasta que las hechiceras de la Morada de la Niebla les dieron semillas de maíz y calabaza que las transformaron en Doncellas del Maíz. Felices, las beldades danzaban con las lozanas plantas y se bañaban en fresco rocío. Descubiertas y llevadas de nuevo ante los zuñis, bailaron hasta que todos quedaron dormidos. Payatamu, el pequeño dios que tañe la flauta y hace abrir las flores, contemplaba la escena y quedó prendado de aquellas bellezas. Las doncellas, temerosas de sus requerimientos, volaron a la Fuente de la Neblina y la Nube. Allí permanecieron hasta que los zuñis, atormentados por la escasez, las persuadieron para que regresaran y volvieran a bailar. Entonces concluyó la miseria y desde esa época el ritual de los zuñis celebra la belleza y las danzas de las Doncellas del Maíz.

Hiawatha y el hombre serpiente

(iroqués)

Hiawatha, el personaje del poema de Longfellow, hijo del Viento del Oeste, «nacido como por encanto», es héroe de historias semiveraces, sobre el descubrimiento de las cinco tribus, narradas por los iroqueses.

Era caníbal y se convirtió en discípulo de Deganawidah, mensajero de paz y poder de la tribu mohawk.

Él y su maestro partieron a llevar la buena nueva a los pueblos del oeste, *oneidas,* onondagas, *cayugas* y senecas. Todos aceptaron la paz excepto el malvado Atotarho, cacique de los onondagas, brujo de cuerpo retorcido y cabellera hecha de serpientes, quien mató a la esposa y a las tres hijas de Hiawatha. Más tarde Deganawidah y Hiawatha destruyeron su poder maléfico. En presencia de los demás jefes iroqueses. Hiawatha (literalmente «el que peina») se plantó ante Atotarho,

y peinándolo lo despojó de su horrible cabellera. Entonces los cinco caciques celebraron Consejo a la sombra del Árbol de la Gran Paz.

La proeza del cuervo

(indios del noroeste de la América del Norte)

Para las tribus del noroeste, Raven (el cuervo) era a la vez bandido y héroe. Su glotonería lo ponía en peligros de los que siempre lograba huir. Cuenta una leyenda cómo aquella costumbre fue origen de una proeza que liberó al mundo de la oscuridad.

Cierto malvado cacique encerró a Luz del Día en una caja. Disfrazado de hoja de cedro, Raven se deslizó hasta el vientre de la hija del jefe y nació de ella como un hijo. Apoderóse entonces de la caja de luz y huyó a la Tierra con ella para alumbrar al mundo.

El espíritu del búfalo

(fox)

Wisaka era un manitto, o mago, de inmenso poder en la mitología de los indios fox. Poco después de su nacimiento se perdió un día con su madre en una extensa pradera. Unos indios sioux, temibles enemigos de los fox, se les acercaron amenazadores, cuando un gran rebaño de búfalos apareció de súbito y los puso en fuga. La india supo entonces que su hijo había sido bendecido por el búfalo blanco sagrado. Wisaka creció y adquirió el don maravilloso de transformarse de guerrero en búfalo blanco según su deseo. Cierto día los sioux atacaron la tribu de Wisaka. Al principio éste no intervino en la lucha, pero al ver que sus bravos no iban a poder matar a todos los enemigos, dijo que él les enseñaría cómo triunfar. Al lanzarse al combate se convirtió en búfalo blanco y aniquiló al resto de los perversos sioux.

La danza dentro del pez

(pienegro)

Una pareja de ancianos pienegros vivía en la miseria a causa de un yerno malvado. Un día el viejo encontró un coágulo de sangre en el camino y muy alegre volvió a su casa y se lo dio a su mujer, quien trató de hacer una sopa con él. Mientras lo cocinaba, oyó el llanto de un niño. Corrieron a la olla y encontraron un varoncito. Feliz, el viejo le dio el nombre de Coágulo, y a su mujer unos huesos para que hiciera una sopa. El niño les dijo que su nombre verdadero era Estrella Humeante y que había venido a socorrerlos, y buscó alimentos para los ancianos. Luego partió en busca de aventuras entre otros indios. En un poblado encontró una luchadora que mataba a sus enemigos arrojándolos sobre dagas que había ocultado a hurtadillas en el suelo. Coágulo bromeó y jugó con ella y de pronto la dejó caer sobre los puñales. Mientras iba hacia otro pueblo fue sorprendido por un fuerte viento que lo sorbió, metiéndolo en el estómago de un pez gigante. Allí se encontró con mucha gente atrapada por el pez chupador. Coágulo se pintó la cara de blanco y se ajustó un puñal de roca en la cabeza. Luego invitó a las otras víctimas a bailar en torno al estómago del animal. Y bailó de arriba abajo hasta que la daga se clavó en el corazón del pez. Luego le hizo un tajo entre las costillas y todos recuperaron la libertad.

Los animales de piedra

(paiute)

Fue la ira del Coyote –según cuenta una leyenda de los paiutes– la que modeló las contorsionadas formas de las rocas del Cañón Bryce en Utah. Antes de la aparición del hombre, la profunda garganta era morada de pájaros, fieras y lagartos. Muy parecidos físicamente al ser humano, no tardaron mucho en aprender a robar y a reñir entre sí, como si fueran hombres. El Coyote, que como Raven y Ni-ni-bo-sho era héroe y semidiós, decidió castigar a la población convirtiéndola en piedra. Y

así las sólidas, imponentes y coloridas rocas del cañón que vemos hoy, son las caras y los cuerpos pintados de las víctimas de la ira del Coyote.

El dominio de Uallallo

(inca)

Había una muy antigua tradición, que antes de que hubiera sucedido algo de lo cual hubieran noticias, vivían ciertos huacas o dioses que tenían forma humana, según se debe suponer. Se llamaban Yananamca e Intanamca, que fueron vencidos y exterminados en una lucha que tuvieron con otro huaca llamado Uallallo Caruincho; Uallallo quedó como señor y dios de la Tierra. Él ordenó que ninguna mujer pudiera parir más que dos niños, de los cuales siempre se debía ofrecerle uno como alimento y el otro, que podía ser escogido por los padres, debía ser criado por ellos. También se dice que en aquel tiempo todos los que murieron fueron despertados al quinto día, y que todo lo que se sembraba en la tierra brotaba al quinto día, crecía y llevaba fruto; que todas las tres provincias eran entonces tierra muy caliente, que los indios llaman Yunga o Andes; y se cuenta además que entonces los frutos del campo maduraban todavía en desiertos y regiones deshabitadas, como por ejemplo en la cordillera del Patriarca, y que había en los Andes una gran cantidad de pájaros bonitos y de todos colores, como lo son los araras y papagayos.

El combate de Pariacaca y Uallallo

(inca)

Los yungas, vecinos del valle de Lima, entraron por esta provincia haciendo guerra y poblaron un pueblo que hoy se llama Lima... En el lago que está al pie de esta alta sierra de nieve de Pariacaca, tenían un ídolo que llamaban Uallallo, al cual sacrificaban algunos tiempos del

año niños y mujeres; y les apareció donde está este alto pico de nieve un ídolo que se llamaba Pariacaca y les dijo a los indios que hacían este sacrificio al ídolo Uallallo, que ellos adoraban: «No hagáis eso de sacrificar vuestros hijos y mujeres, sacrificadme a mí, que no quiero sangre humana, sino que me sacrifiquéis sangre de ovejas de la Tierra, esas que llaman llamas, y corderos, que con esto me contentaré». Y que ellos le habían respondido: «Matarnos ha a todos, si tal hacemos, el Uallallo». Y que el Pariacaca había replicado: «Yo pelearé con él y lo echaré de aquí». Y así, tres días con sus noches peleó el Pariacaca con el Uallallo y lo venció, echándolo a los Andes, que son unas montañas en la provincia de Xauxa, haciéndose el Pariacaca la sierra y alto pico de nieve que hoy es, y el Uallallo otra sierra de fuego. Y así pelearon; y el Pariacaca echaba tanta agua y granizo que no lo pudo sufrir el Uallallo, y así lo venció y echó a donde dicho es; y de la mucha agua que le echó encima, quedó aquel lago que hoy es, que llaman Pariacaca, y que es el camino real que va al Cuzco, desde los Reyes. Y lo tienen hoy creído los indios, y suben a lo más alto de dicho cerro de nieve a ofrecer sus sacrificios al Pariacaca y por otro nombre Yaro, que así dicen que quedó hecho sierra de nieve, después de la dicha batalla, y le hacen estos ofrecimientos...

Tupá, dios conciliador

(guaraní)

Si Añá era el genio del mal, Tupá era el genio del bien. Tupá, después de enseñarle a los guaraníes la agricultura, se retiró a vivir al Sol, y desde él presidía las acciones de los hombres.

Tupá creó los animales y los bosques; y pasaron muchísimas lunas antes de que creara a los hombres. Los hizo al fin, y les dio la inteligencia con que se adueñaron de los bosques, y con los que vencieron a las más feroces bestias.

Pero hubo una región boscosa a la que aún no habían llegado los hombres. I-Yara, ser sobrenatural que servía a Tupá en sus relaciones con los humanos, llevó a éste un trozo de tierra de esa región. Y Tupá, amasándola, le dio las formas de dos figuras humanas y las encendió de vida con chispas del Sol. Así aparecieron hombres en aquella región

en que aún no existían. De estos dos hermanos aunque de color oscuro, ya que de tierra estaban hechos, uno tenía la piel más roja y el otro más blanca. Recibieron por esto los nombres de Pita (rojo) y Morotí (blanco).

Hechos los hombres, Tupá encargó a I-Yara que amasase dos mujeres hermanas, a fin de darles compañeras con quienes ellos prohijasen. (...)

Ambas parejas vivieron en las selvas, alimentándose de los frutos de los árboles; en paz primero, amándose y procreando... Mas he aquí que cierta vez Pita, del choque de dos piedras, descubrió el fuego; y otra vez Morotí, obligado a defenderse del ataque de un pecarí, hubo de matarlo, y se le ocurrió echar al fuego su carne. El olor que de ella se desprendía le pareció apetitoso. Y la comió y la hizo gustar a su mujer e hijos, y a los hijos y mujer de su hermano. A partir de entonces, desdeñando los frutos de los árboles, se dieron a la caza; y como no podían rivalizar ni en ligereza ni en fuerza con ciertos animales, inventaron la lanza y el arco.

Pita y Morotí, con sus mujeres e hijos, vivieron de la caza; pero no ya en paz como antes vivían. La disputa por las presas echaron a los hijos de ambos hermanos unos contra otros; Pita y Morotí riñeron, y poco faltó para que las armas que inventaron contra los animales las usaran para luchar entre ellos. No llegaron a tanto, pero se dividieron, alejando también a sus hijos y mujeres.

Y así fue como los hombres hermanos, a quienes Tupá creara para vivir unidos, se vieron separados por la codicia.

Tupá, entonces, pensó en castigar a ambos hermanos por no haber sabido mantenerse en paz y unidos. Fácil le hubiera sido al omnipotente aniquilarlos, enviarles algún mal terrible; prefirió dejar un ejemplo que perdurara por todos los siglos y se presentase así a los hombres venideros para recordarles que deben vivir en paz y unidos.

Y fue así: una tormenta pavorosa azotó pór tres días y tres noches la selva donde habitaban Pita y Morotí con sus descendientes. Aterrados, todos se guarecían bajo los árboles, enceguecidos por la luz de los relámpagos, ensordecidos por el rugir de los truenos y espantados por el detonar de los rayos. Al fin de los tres días pasó la tormenta, apareció el Sol, y de él los asombrados hombres vieron bajar a I-Yara en la figura de un enano con luenga barba blanquísima.

I-Yara llegóse a muchas tribus y les ordenó que lo siguieran. En silencio y amedrentados los hombres le siguieron. Llegaron así a una abra del bosque, y allí I-Yara les habló:

–Tupá, nuestro padre, está irritado contra vosotros, porque os habéis separado. Hermanos sois e hijos de hermanos; nunca debíais haber reñido entre vosotros. Tupá me envía para uniros de nuevo. ¡Pita! ¡Morotí! ¡Abrazaos! –ordenó I-Yara.

Abrazáronse ambos hermanos y allí, en presencia de sus descendientes amedrentados, fueron perdiendo las humanas formas, compenetrándose el uno con el otro hasta ser sólo un cuerpo. Y este cuerpo fue un tronco, y de éste salieron ramas, y de las ramas hojas y flores. Y estas flores fueron de color rojo morado primero y después, antes de marchitarse y caer, tomaron un color lila que fue debilitándose hasta ser blanco: Pita el rojo y Morotí el blanco daban su colorido a estas flores.

Así nació el arbusto llamado azucena del bosque. Nació del anhelo de Tupá, el Creador, de que los hombres, sus criaturas, permanezcan en paz, fraternalmente.

La estrella de la mañana

(ojibway)

Dos niños, hermana y hermano, manittos, después de vivir algunos años juntos, fueron obligados a separarse. La hermana fue llevada al lugar de la Luz Naciente –Waubunong–, y el hermano a las colinas rocosas.

Cuando estaban a punto de apartarse, la hermana dijo:

–Cuando mires hacia el este y veas unas hermosas nubes rojas, flotando por los cielos, piensa que me estoy pintando y adornando.

El hermano le repuso:

–Yo viviré sobre las rocas que miran hacia el este, me levantaré sobre ellas y me deleitaré viendo tu belleza.

Un sonido como de muchos remolinos se hizo de pronto y los Cuatro Espíritus de los Vientos llegaron y se llevaron a la hermana y la pusieron en el Lugar de la Luz, donde la convirtieron en la Estrella de la Mañana.

El hermano se fue a vivir en las rocas de las colinas que miran hacia el este. Desde allí podía ver, al amanecer, las nubes rojas con que su

hermana se adornaba mientras permanecía entre un círculo de estrellas, muy altas en el cielo.

La estrella errante

(ojibway)

Ocurrió una disputa entre las estrellas cuando una de ellas fue echada de su hogar en el cielo y cayó a la Tierra.

La estrella anduvo errante de tribu en tribu, y fue vista cerniéndose sobre los fuegos de los campamentos cuando la gente se preparaba a dormir.

Entre todos lo pueblos del mundo sólo existía una persona que no le temía a la estrella, y ésta era una hija de un shippewa. No le temía a la estrella, pero la admiraba y la amaba. Cuando se despertaba en la noche, siempre la contemplaba, por lo cual la estrella amaba a la muchacha.

En el verano, la joven, yendo a los bosques por cerezas, perdió su camino al estallar una tormenta. Sus gritos pidiendo que la rescataran fueron escuchados sólo por las ranas. Una solitaria noche se hizo. La joven buscaba su estrella en vano. La tormenta cubría los cielos y, finalmente, cogió a la joven entre sus furias, se la llevó y la lanzó a los montes.

Pasaron muchas estaciones durante las cuales la estrella se veía apagosa y andaba errante por los cielos. Cierta vez, en otoño, desapreció.

Entonces un cazador vio una pequeña luz brillando sobre las aguas del pantano donde se hallaba cazando y corrió a la aldea para anunciar la extraña aparición.

–Esto quiere decir –anunció el viejo sabio– que la estrella ha descendido y ahora vaga, recorriendo la Tierra para buscar a la bella joven de los sbippewas.

La forma de la estrella

(ojibway)

Antiguamente, cuando no había guerras y la América estaba habitada por indios y alfombrada de flores y el aire enriquecido por sus fragancias, los indios se contaban por millones.

Una noche millares de indios vieron una estrella que brillaba con un resplandor mayor que el de las otras. Se hallaba lejos, hacia el mar, cerca del pico de una montaña.

Por muchas noches se la vio, y la gente pensaba que no estaba lejos como parecía. Un grupo de indios salió hacia el sur para aclarar ese misterio. Cuando regresó, contaban los indios que la tal estrella tenía la forma de un pájaro.

Se llamó entonces a los hombres sabios de las tribus para tratar de encontrar la significación de aquel extraño fenómeno. Algunos sabios temieron que podía ser el anuncio de algún desastre que se aproximaba; otros pensaron que la estrella era precursora de un gran bien.

Así pasó el tiempo de una luna y no se llegaba a un acuerdo.

Cierta noche un joven tuvo un sueño, en el cual una linda doncella le dijo:

–He venido, dejando a mis dos hermanas, a esta bella tierra verde que habitas, llena de pájaros y con muchos ríos. Pregunta a los hombres sabios en qué lugar puedo vivir aquí, con ustedes, para ver esta raza feliz continuamente. Pregúntales qué forma tendré para ser amada.

Esto dijo la brillante extranjera. El joven despertó. Al salir de su cabaña vio la estrella relumbrando en su sitio acostumbrado. Temprano al amanecer se escuchó el grito del Gran Jefe llamando a la Cabaña del Consejo. Cuando todos se reunieron, el joven les contó su sueño. Los miembros del Consejo llegaron a la conclusión de que la estrella del sur se había enamorado de la raza humana y que estaba deseosa de habitar entre ellos. La próxima noche, cinco altos y apuestos bravos fueron enviados a darle la bienvenida a la extranjera. Caminaron y caminaron rumbo a la estrella. Cuando estuvieron bajo ella, encendieron sus pipas de paz, llenas de hierbas fragantes, y se sintieron muy felices cuando la estrella fumó con ellos la pipa de paz.

Cuando retornaron a su aldea, la estrella les siguió con sus alas brillantes abiertas, y sobrevoló las cabañas hasta que llegó la luz del alba.

Volvió la noche siguiente en sueños al joven bravo, y le preguntó sobre el lugar donde viviría y qué forma habría de tomar...

La estrella fue complacida. Se le indicó la copa de los árboles, o las flores, o que escogiera ella misma su lugar preferido. Al principio, habitó en la rosa blanca de las montañas; pero el lugar estaba tan lejano que nadie la podía ver. Se fue a las praderas, pero temió a la pezuña de los búfalos. Después pensó en los declives rocosos, pero éstos se hallaban tan altos que los niños, a los que tanto amaba, no podían verla.

–¡Ya sé dónde viviré! –exclamó, al fin–. En un lugar donde vea las hermosas canoas indias, y los niños sean mis compañeros de juego. Los besaré en las aguas de los lagos. Esta raza me adorará donde quiera que yo esté... –dijo estas palabras ante las aguas de un lago donde veía reflejada su imagen.

A la mañana siguiente millares de flores blancas se vieron flotar en las superficies de los lagos, y los indios le pusieron por nombre *wah-be-gwan-nee,* que quiere decir flor blanca.

Por las noches sus hermanas la observaban, altas, en los cielos del sur.

Los niños, cuando veían los lirios del agua, los tomaban en sus manos y los elevaban al cielo, y sus dos hermanas, una la estrella de la tarde y otra la estrella de la mañana, se sentían muy felices al verla tan bella cubriendo los lagos de blancos destellos.

Cómo Rairu perdió su estrellita por un baile

(indios brasileños)

Lo que más le gustaba a Rairu era pasarse la vida en el bosque. Estaba largas horas tumbado bajo un árbol, curioseando las flores a su alrededor o escuchando el canto de los pájaros.

El padre regañaba constantemente al muchacho, porque no le agradaba este género de vida para su hijo. Sin embargo, Rairu seguía en sus escapatorias al bosque.

Cuando fue ya un hombre, salía casi todas las noches de paseo. Vagando bajo el cielo estrellado, se sentía completamente feliz. Noche tras noche, solía sentarse junto a una pequeña catarata, y desde allí

contemplaba el cielo y las primeras estrellas que iban apareciendo. Le gustaba el ruido del agua, que se mezclaba a veces con el canto de pájaros nocturnos.

Una noche, cuando Rairu estaba tumbado bajo un árbol, oyó un maravilloso canto de un pájaro, que le conmovió profundamente. Nunca había oído tan extraño gorjeo, y trató de buscar el ave; pero no la pudo encontrar, aunque seguía cantando muy cerca de él. Le escuchó ensimismado y pensó que aquel pájaro cantaría para alguna estrella, como, a su vez, éstas, probablemente, también cantarían para él. Mientras tanto, contemplaba el cielo, viendo cómo poco a poco iban apareciendo las estrellas. Ya estaba totalmente cubierto y todas parecían, con su tímido centelleo, como emocionadas por el canto del pájaro. Una estrellita, la más brillante de todas, parecía moverse lentamente hacia el este, y centelleaba casi imperceptiblemente, escuchando el canto del pájaro nocturno. Rairu la miraba entusiasmado y toda la noche estuvo espiándola. Al amanecer, cuando la estrellita desapareció, el pájaro dejó de cantar, y Rairu se sintió tan solo y tan triste como en un destierro.

Las noches siguientes, tormentosas y llenas de nubes, no le permitieron ver a su estrellita. Estaba pensando en ella, cuando se encontró con un viejo que lo llamó por su nombre y le preguntó qué era lo que más deseaba en el mundo.

–La estrellita –contestó Rairu–; si pudiera poseerla, la adoraría de noche y de día, y sería el hombre más feliz del mundo.

El viejo le aseguró que, si dormía aquella noche sobre lo más alto del monte, la conseguiría.

Rairu, loco de alegría, echó a andar hacia el monte y subió y subió hasta llegar a la cima.

Se echó bajo un árbol y trató de hacer un verso a su estrellita mientras anochecía.

Las primeras estrellas comenzaron a aparecer en el cielo y Rairu esperaba impaciente la aparición de la estrellita, la más brillante de todas; pero el tiempo pasaba, el cielo se cubrió de estrellas y ésta no aparecía. Pensó que quizá algún árbol la ocultaba, y cambió de sitio; subió a los lugares más altos, pero desde ninguno de ellos logró verla. Cansado de vagar de un lado para otro, se tumbó sobre la hierba y, sin darse cuenta, se quedó dormido.

Mientras dormía, soñó que todo el mundo se había transformado en una luz blanquecina y que no había más que luz y música, mucha

música. A través del inmenso espacio volaban las estrellas. Rairu buscaba a su estrellita; pero no la podía encontrar.

Una fuerza invisible le subió hasta lo más alto del cielo, y allí trató de buscar a su estrella. Pronto notó que él mismo se había convertido en música.

Entonces Rairu se despertó y vio junto a él a una muchacha muy bella, vestida de blanco, que le miraba con amor y le decía: «Soy la estrellita; llévame contigo». Y se hacía cada vez más pequeña, tan pequeña que podía caber en la mano de Rairu. Pero cada vez era más bella. Éste, loco de alegría, buscó algo para acomodar a su estrellita; pero las cáscaras de frutos eran muy duras e incómodas. Entonces se acordó de una calabaza que él tenía. La limpió, la llenó de césped y la colocó en ella. La estrellita se paseó por su nueva mansión y sonreía cariñosamente a Rairu desde allí.

Todo el día vagó por el bosque con su estrellita. Cuando la miraba, le parecía escuchar una música celestial.

Durante la noche y el día, la estrellita contaba a Rairu extrañas historias y éste no se cansaba de adorarla. Pero a veces se entristecía cuando le decía que el día llegaría en que habrían de separarse, pues él, sin duda, apartaría de ella su atención para fijarse en otras cosas del mundo, y entonces ella desaparecería y sólo podría conservar de él un triste recuerdo. Pero Rairu se indignaba al oír estas cosas y aseguraba que nada ni nadie les habría de separar.

Un día que estaban subidos en un árbol, la estrellita le propuso visitar el cielo; ella deseaba pasar allí una temporada.

Rairu aceptó, y entonces ésta, tocando el árbol con una varita mágica, lo hizo crecer tanto que enseguida se encontraron en el cielo. La estrellita le pidió que la esperara allí y echó a volar.

No había pasado mucho rato, cuando apareció ante él una ciudad maravillosa, resplandeciente. Por las calles, hombres y mujeres bailaban y tocaban instrumentos. Le hacían guiños para que les siguiera, y Rairu así lo hizo. Penetraron en un gran salón y comenzó un baile animadísimo, cada vez más vivo y más violento, hasta que se convirtió en algo salvaje.

De repente de todas partes comenzaron a salir cerdos, murciélagos, serpientes y toda clase de sapos, que bailaban frenéticamente. Rairu, atronado por la música y horrorizado de aquel extraño espectáculo, se fue y trató de buscar a la estrellita.

La encontró en el mismo lugar donde la había dejado; pero en sus

ojos ahora no brillaba el amor, las lágrimas las inundaban. Amablemente le reprendió por su desobediencia y se despidió de él, pues ya no podían seguir más juntos.

El sol rojo

(guaraní)

Igtá, llamado así por sus excelentes condiciones como nadador, era un joven pescador de la tribu de los *mocoretás*. Estaba enamorado de la doncella Picazú y había resuelto unirse a ella. Los padres consintieron, y el anciano *tuyá* de la tribu consultó a la Luna. Ésta se mostró de acuerdo, pues según dicho brujo y las antiguas creencias, aquella claridad de la Luna era signo de aprobación. Pero Igtá tenía que demostrar que era digno de una compañera y para ello debía someterse a cierta prueba.

La prueba consistía en arrojarse a las aguas de la laguna, nadar un largo trecho y regresar con presas. Había que estar seguro de que ninguna pareja se uniría en contra de la voluntad del dios Tupá. El Gran Espíritu expresaría su descontento llorando.

Si llovía la noche de la unión, era que Tupá lloraba, y entonces la pareja debía ser echada de la tribu para que fuera a vivir a la isla habitada por quienes se unieron en contra de los deseos del dios. Si ambos eran buenos nadadores, la habitarían en cuerpo; si se ahogaban, la habitarían en espíritu. Pero, de cualquier modo, aplacaban al Gran Espíritu y evitaba su terrible venganza.

Igtá, nadador excelente, y pescador desde la niñez, salió triunfante de la prueba: nadó la distancia exigida y regresó con abundante pesca.

La noche siguiente comenzó la ceremonia del casamiento. Alrededor de una hoguera, la tribu bebió y danzó sin descanso hasta el alba. Confiando siempre en que alguna nube no ocultase la Luna, porque en tal caso ello significaba que la unión no era del agrado del Gran Espíritu.

Ya al amanecer y en medio del regocijo general, la tribu acompañó a los desposados hasta la que sería su choza; pero Igtá y Picazú no eran felices: ellos aún ignoraban la opinión de Tupá. Y pronto la supieron, porque comenzó a llover: Tupá lloraba y ¡ay de la tribu, si permitía que Igtá y Picazú siguiesen entre ellos! Debían huir, entregarse a

las aguas, condenados a habitar la isla desde donde no se volvía jamás.

Y los dos jóvenes, siguiendo la tradición, se arrojarían a las aguas en presencia de toda la tribu, que los injuriaría para aplacar el disgusto del Gran Espíritu.

Todo aquel día lo habían pasado en ayuno, oyendo las maldiciones del tuyá intérprete de los augurios de los dioses y de los odios humanos.

Al siguiente día, después del llanto de Tupá, Igtá y Picazú se echaron al agua.

Al poco rato, Picazú dio muestras de cansancio. Mas Igtá, buen nadador, ayudó a su compañera. Ya habían nadado largo trecho; eran ya una mancha que se movía en la quietud de las aguas... Casi era seguro que se salvarían, y como se amaban, serían dichosos aun en la isla maldita.

Pero Ñautí, en otros tiempos desdeñado por Picazú, y ahora ávido de venganza, lanzó la primera flecha. Otros guerreros lo imitaron, y los amantes, tal vez heridos, desaparecieron de la superficie. Pero en aquel punto el Sol, que ya se hundía, tomó un intenso color rojo, que se esparció por el horizonte. La sangre de ellos lo había teñido.

Y desde entonces, el Sol, antes de perderse en el horizonte, se llena de sangre.

El joven que subió al cielo

(inca)

Había una vez un matrimonio que tenía un solo hijo. El hombre sembró la más hermosa papa en una tierra que estaba lejos de la casa que habitaban. En esas tierras la papa crecía lozana. Sólo él poseía esa excelente clase de semilla. Empero, todas las noches los ladrones arrancaban las matas de este sembrado, y robaban los hermosos frutos. Entonces el padre y la madre llamaron a su joven hijo y le dijeron:

–No es posible que teniendo un hijo joven y fuerte como tú los ladrones se lleven todas nuestras papas. Anda a vigilar nuestro campo. Duerme junto a la chácara y ataja a los ladrones.

El joven marchó a cuidar el sembrado.

Y transcurrieron tres noches. La primera el joven la pasó despierto, mirando las papas, sin dormir. Sólo al rayar la aurora le venció el sueño

y se quedó dormido. Fue en ese instante que los ladrones entraron a la chácara y escarbaron las papas. En vista de su fracaso, el mozo tuvo que ir a la casa de sus padres a contarles lo sucedido. Al oír el relato, sus padres le contestaron:

–Por esta vez te perdonamos. Vuelve y vigila mejor.

Regresó el joven. Estuvo vigilando el sembrado con los ojos bien abiertos, hasta el amanecer. Y justo a medianoche, pestañeó un instante. En ese instante los ladrones irrumpieron en el campo. Despertó el mozo y vigiló hasta la mañana. No vio ningún ladrón. Pero al amanecer tuvo que ir donde sus padres a darles cuenta del nuevo robo. Y les dijo:

–A pesar de que estuve vigilante toda la noche, los ladrones me burlaron tan sólo en el instante en que a la medianoche cerré los ojos.

Al oír este relato, los padres le contestaron:

–¿Ajá? ¿Quién ha de creer que robaron cuando tú estabas mirando? Habrás ido a buscar mujeres, te habrás ido a divertir.

Diciendo esto lo apalearon y lo insultaron largo rato. Así, muy aporreado, al día siguiente, lo enviaron nuevamente a la chácara.

–Ahora comprenderás cómo queremos que vigiles –le dijeron.

El joven volvió a la tarea. Desde el instante en que llegó a la orilla del sembrado estuvo mirando el campo, inmóvil y atento. Esa noche la luna era brillante. Hasta la alborada estuvo contemplando los contornos del papal; así, mientras veía, le temblaron los ojos y se adormiló unos instantes. En esa ráfaga de sueño que tuvo, mientras pestañeaba el mozo, una multitud de hermosísimas jóvenes princesas y niñas blancas, poblaron el sembrado. Sus rostros eran como flores, sus cabelleras brillaban como el oro; eran mujeres vestidas de plata. Todas juntas, muy deprisa, se dedicaron a escarbar las papas. Tomando la apariencia de princesa, eran las estrellas que bajaron del altísimo cielo.

El joven despertó entonces, y al contemplar la chácara exclamó:

–¡Oh! ¿De qué manera podría yo apoderarme de tan bellísimas niñas? ¿Y cómo es posible que siendo tan hermosas y radiantes puedan dedicarse a tan bajo menester?

Pero mientras esto decía, su corazón casi estallaba de amor. Y pensó para sí:

–¿No podría, por ventura, reservar para mí siquiera una parejita de esas beldades?

Y saltó a todo vuelo sobre las hermosas ladronas. Sólo en el último instante, y a duras penas, pudo apresar a una de ellas. Las demás se elevaron al cielo, como luces que se mueren.

Y a la estrella que pudo apresar le dijo, enojado:

–¿Conque erais vosotras las que robabais los sembrados de mi padre? –diciéndole esto, la llevó a la choza. Y no le dijo más acerca del robo. Pero luego agregó–: ¡Quédate conmigo; serás mi esposa!

La joven no aceptó. Estaba llena de temor; y rogó al muchacho:

–¡Suéltame, suéltame! ¡Ten piedad! Mira que mis hermanas avisarán a mis padres. Yo te devolveré todas las papas que te hemos robado. No me obligues a vivir en la Tierra.

El mozo no dio oídos a los ruegos de la hermosa niña. La retuvo en sus manos. Pero decidió no volver a la casa de sus padres. Se quedó con la estrella en la choza que había junto al sembrado.

Entre tanto, los padres pensaban: «Le habrán vuelto a robar las papas a ese inútil; no pueden haber otros motivos para que no se presente aquí».

Y como tardaba, la madre decidió llevarle la comida al campo, y averiguar de él. Desde la choza, el muchacho y la niña atisbaban el camino. En cuanto vieron a la madre, la joven dijo al mozo:

–De ninguna manera puedes mostrarme ni a tu padre ni a tu madre.

Entonces el joven corrió a dar alcance a su madre, y le gritó desde lejos:

–¡No, mamá; no te acerques más! ¡Espérame atrás, atrás!

Y recibiendo la comida en aquel lugar, tras la choza, le llevó los alimentos a la princesa. La madre se volvió apenas hubo entregado el fiambre. Cuando llegó a su casa, contó a su esposo:

–Así es como nuestro hijo ha aprisionado a una ladrona de papas que bajó de los cielos. Es así como la cuida en la choza. Y con ella dice que se casará. No permite que nadie se aproxime a su choza.

Entre tanto el joven pretendía engañar a la doncella. Y le decía:

–Ahora que es de noche, vamos a mi casa.

Pero la princesa insistía:

–De ninguna manera deben verme tus padres ni puedo encontrarme con ellos.

Sin embargo el mozo la engañó, diciéndole:

–Otra es mi casa.

Y durante la noche la llevó por el camino.

De este modo, sin que ella quisiera, la hizo entrar al hogar de sus mayores, y la mostró a sus padres. Los padres recibieron asombrados a esa criatura, de tal manera luminosa y bella que la palabra no es capaz de describirla. La cuidaron y criaron teniéndola muy bien amada. Sin embargo, no la dejaban salir. Y nadie la conoció ni vio.

Y ya hacía mucho tiempo que la princesa vivía con los padres del joven. Llegó a estar encinta y dio a luz. Mas la criatura murió, sin saber por qué, misteriosamente.

La ropa luminosa de la joven la guardaban encerrada. A ella la vestían de ropas comunes; y así la criaban.

Cierto día, el joven fue a trabajar lejos de la casa; y mientras estaba fuera, la princesa pudo salir, haciendo como que sólo iba por ahí cerca. Y se volvió a los cielos.

El mozo llega a su casa. Pregunta por su mujer. No la encuentra. Y como ve que ella ha desaparecido, suelta el llanto.

Cuentan que vagó por los montes, llorando con locura, sonámbulo, enajenado, caminando por todas partes. Y en una de las cimas solitarias adonde llegó, se encontró con un cóndor divino. Entonces el cóndor le dijo:

–Joven, ¿por qué causa lloras de esta suerte?

Y el mozo le contó su vida.

–He aquí, señor, que era mía la mujer más hermosa. Ahora no sé por qué caminos ha partido. Estoy extraviado. Temo que haya huido a los cielos de donde vino.

Y cuando dijo esto, el cóndor le respondió:

–No llores, joven. Es cierto; ella ha vuelto al alto cielo. Pero, si quisieras y es tanta tu desventura, yo te cargaré hasta ese mundo. Sólo te pido que me traigas dos llamas. Una para devorarla aquí, la otra para el camino.

–Muy bien, señor –contestó el mozo–. Yo te traeré las dos llamas que me pides. Te ruego esperarme en este mismo sitio.

E inmediatamente se dirigió a su casa en busca de las llamas. Luego que llegó, dijo a sus padres:

–Padre mío, madre mía: voy en busca de mi esposa. He encontrado a quien puede llevarme hasta el lugar donde ella se encuentra. Sólo pide dos llamas en pago de tan gran favor; y voy a llevárselas ahora mismo.

Y cargó las dos llamas para el cóndor. El cóndor devoró inmediatamente una, hasta el hueso, arrancando las carnes con su propio pico. A la otra la hizo degollar por el joven, para comerla en el camino. E hizo que el mozo se echara la res degollada en las espaldas; luego le ordenó que subiera sobre una roca; cargó al joven, y le hizo esta advertencia:

–Has de cerrar y apretar los párpados; por ninguna causa abrirás

tus ojos. Y cada vez que yo te diga: «carne», me pondrás en el pico un trozo de la llama.

Luego el cóndor levantó el vuelo.

El hombre obedeció y no abrió los ojos en ningún instante; tenía los párpados cerrados y duros. «¡Carne!», pedía el Mallku, y luego el mozo cortaba grandes trozos de llama y se los metía en el pico. Pero en lo más raudo del viaje, se acabó el fiambre. Antes de alzar el vuelo, el cóndor había advertido al joven: «Si cuando diga "¡Carne!" no me pones carne en el pico, donde quiera que estemos, te soltaré». Ante ese temor, el mozo empezó a cortarse trozos de su pantorrilla. Cada vez que el cóndor pedía carne, le servía pequeñas raciones de su propia carne. Así, a costa de su sangre, consiguió que el cóndor le hiciera llegar hasta el cielo. Y se cuenta que tardaron un año en elevarse a tan gran altura.

Cuando llegaron, el cóndor descansó un rato; luego volvió a cargar al joven y voló hasta la orilla de un mar lejano. Allí le dijo al mozo:

–Ahora, mi querido, báñate en este mar.

El joven se bañó enseguida. Y también el cóndor se bañó.

Ambos habían llegado al cielo sucios, negros de barba, viejos. Pero cuando salieron del baño estaban hermosamente rejuvenecidos. Entonces le dijo el cóndor:

–En la otra orilla de este lago, frente a nosotros, hay un gran santuario. Allí se ha de celebrar una ceremonia. Anda, y espera en la puerta de ese hermoso templo. A la ceremonia han de asistir las jóvenes del cielo; son una multitud y todas tienen el mismo rostro que tu esposa. Cuando ellas estén desfilando junto a ti, no has de dirigirle la palabra a ninguna. Porque la que es tuya vendrá la última, y te dará un empujón. Entonces la asirás y por ningún motivo la soltarás.

El joven obedeció al cóndor. Llegó a la puerta del gran recinto, y esperó de pie. Y llegaron una infinidad de jóvenes de idéntico rostro. Entraban, entraban; una tras otra. Todas miraban impasibles al hombre. Él no podía reconocer entre tantas a la que era su mujer. Y cuando estaban ingresando las últimas, de pronto, una de ellas le dio un empujón con el brazo; y también entró al gran templo. Era el resplandeciente templo del Sol y de la Luna. El Sol y la Luna, padre y madre de todas las estrellas y de todos los luceros. Allí, en ese templo, se reunían los seres celestiales; allí iban los luceros para adorar al Sol, día a día. Cantaban melodiosamente para el Sol; cual jóvenes blancas, las estrellas; como innumerables princesas, los luceros.

Cuando terminó la ceremonia, las jóvenes empezaron a salir. El mozo seguía esperando en la puerta. Ellas volvieron a mirarlo con igual indiferencia que antes. Y nuevamente le era imposible distinguir entre todas a la que era su esposa. Y como en la primera vez, de pronto, una de las princesas le dio un empujón con el brazo, y luego pretendió huir; pero entonces la pudo aprisionar. Y no la soltó.

Ella lo guió a su casa diciéndole:

–¿A qué has venido hasta aquí? Yo iba a volver donde tú, de todos modos.

Cuando llegaron a la casa, el mozo tenía el cuerpo frío a causa del hambre. Viéndolo así, ella le dijo:

–Toma este poco de quinua y cocínalo.

Le dio una cucharada escasa de quinua. Entre tanto el joven lo observaba todo, y vio de qué lugar ella sacaba la quinua. Y cuando vio los pocos granos de quinua que tenía en las manos, dijo para sí: «¡La miseria que me ha dado! ¿Cómo es posible que esto aplaque mi hambre de todo un año?». Y la joven le dijo:

–Es necesario que vaya un instante donde mis padres. No debes mostrarte ante ellos. Mientras vuelvo, haz una sopa con la quinua que te he dado.

Apenas salió ella, el joven se puso de pie, se dirigió al depósito y trajo una buena porción de quinua y la echó a la olla. De pronto, la sopa rebosó, hirviente, y se desbordó en chorros. Él comió todo lo que pudo, se hartó hasta donde ya no era posible más, y enterró el resto. Pero aun debajo de la tierra, la quinua empezó a brotar Y cuando estaba en ese trance, volvió la princesa, y le dijo:

–¡No es de esta manera como se debe comer nuestra quinua! ¿Por qué aumentaste la ración que te dejé?

Y se dedicó a ayudar al mozo a esconder la quinua rebosada para que los padres de ella no la descubrieran. Entre tanto le advirtió:

–No deben verte mis padres. Sólo puedo tenerte escondido.

Y así fue. Él vivía escondido; y la hermosa estrella le llevaba alimentos hasta su refugio.

Durante un año vivió de esa suerte el mozo con su esposa. Y apenas cumplido el año, ella se olvidó de llevarle alimentos. Un día salió, diciéndole: «Ha llegado la hora en que debes irte»; y no volvió a aparecer más en la casa. Lo abandonó.

Entonces, con el rostro lleno de lágrimas, el joven se dirigió nuevamente a la orilla del mar del cielo. Cuando llegó allí, vio que desde

la lejanía surgía el cóndor. El joven corrió para darle alcance. El cóndor voló hasta posarse junto a él; y así observó que el Mallku divino había envejecido. El cóndor a su vez vio que el mozo estaba avejentado y marchito. Cuando se encontraron, ambos gritaron al mismo tiempo:

–¿Qué ha sido de ti?

El joven volvió a contarle su vida, y se quejó:

–Así, señor, de este modo triste, mi mujer me ha abandonado. Se ha ido para siempre.

El cóndor lamentó la suerte del mozo.

–¿Cómo es posible que haya procedido de este modo? ¡Pobre amigo! –le dijo. Y acercándose más, lo acarició con sus alas, dulcemente.

Como en el primer encuentro le rogó el joven:

–Señor, préstame tus alas. Vuélveme a la Tierra, a la casa de mis padres.

Y el cóndor le respondió:

–Bien. Te llevaré. Pero antes nos bañaremos en este mar.

Y ambos se bañaron; y rejuvenecieron.

Y en saliendo del agua, el cóndor le dijo:

–Tendrás que volverme a dar dos llamas por mi trabajo de cargarte nuevamente.

–Señor, cuando esté en mi casa te entregaré las dos llamas.

El cóndor aceptó; se echó al joven sobre sus alas y emprendió el vuelo. Durante un año estuvieron volando hacia la Tierra. Y cuando llegaron, el mozo cumplió, y entregó al cóndor dos llamas.

El mozo entró en su casa y encontró a sus padres muy viejos, muy viejos, cubiertos de lágrimas y de pena. El cóndor dijo a los ancianos:

–He aquí que os devuelvo a vuestro hijo, sano y salvo. Ahora debéis criarlo cariñosamente.

El joven dijo a sus padres:

–Padre mío, madre mía: ahora ya no es posible que pueda amar a ninguna otra mujer. Ya no es posible encontrar una mujer como la que fue mía. Así, solo, viviré, hasta que venga la muerte.

Y los ancianos le contestaron:

–Está bien. Como tú quieras, hijo mío, te criaremos, si no es tu voluntad tomar otra esposa.

Y de este modo vivió con una gran agonía en el corazón.

El pueblo submarino

(hitchiti)

Una vez, un muchacho estaba paseando junto al agua, llevando el arco y las flechas, cuando dos mujeres que estaban allí, en la orilla, le dijeron:

–¿Nos sigues?

Entonces el muchacho apoyó su arco detrás de un árbol y, siguiéndolas, se presentó ante ellas, que le dijeron:

–Nosotros nos vamos ahora bajo el agua. Ven con nosotras –diciendo esto se pusieron en marcha y, como habían dicho, se echaron al agua, y el muchacho con ellas.

Cuando entraron en el agua y llegaron al fondo, parecía como si no hubiese agua. Después de caminar mucho llegaron muy lejos, donde estaba el pueblo submarino. Un viejo le dijo:

–Aquí hay una silla. Siéntate.

La silla que le indicaba era una gran tortuga de mar.

–Ellos me hablaron –dijo el joven–, y me senté en ella, y entonces me dijeron: «¿Quieres dormir aquí abajo? Aquí hay una cama. Tú debes dormir aquí abajo. El árbol de cinturón de culebras es la cama», e inmediatamente añadieron: «Puedes ir de caza si lo deseas». «No puedo ir de caza porque no tengo arco.» Pero el anciano me dijo: «Ve de caza, y cuando encuentres algo regresa». Después que me dijo esto, salí, y mientras paseaba por los alrededores se oyó un estrepitoso ruido y caí rodando al suelo. Así permanecí durante un rato, hasta que recobré los sentidos y volví con ellos. Cuando regresé el viejo me dijo: «¿Qué has matado?». «Yo no he matado nada –contesté–, pero me caí y estuve inconsciente durante un rato. Luego regresé pero no he matado nada.» «Llévanos y dinos dónde te caíste», dijo el anciano. Inmediatamente partimos, y cuando llegamos al lugar había una cierta clase de animal muerto. «Es exactamente lo que dijimos», dijeron ellos, y se llevaron el animal. Cuando llegaron al pueblo, se lo comieron. Después que estuve allí un rato, aquel viejo me dijo: «Si quieres irte, puedes hacerlo», y yo le contesté: «Sí, quiero irme». «Llevadlo allí», dijo a alguien, y en cuanto pensé que iban a llevarme perdí el sentido. Después, cuando recobré el sentido, ya fuera del agua, me encontré en el lugar donde estaba antes de entrar en el agua. «Mi arco está apoyado en un árbol», me dije, y fui al sitio y allí estaba,

según lo había pensado. Lo cogí y me puse en marcha. Cuando llegué al pueblo de mi tribu, todos estaban allí y me dijeron: «El que estuvo perdido durante mucho tiempo ha regresado». Mi padre me preparó una medicina, y después de algún tiempo me puse bien –así dijo el muchacho.

La india coqueta

(chocó, Panamá)

Los chocós levantaron sus bohíos y labraron la tierra, después de limpiar los terrenos vírgenes cubiertos de vegetación. Sus pueblos llenaron de vida lugares antes selváticos, en que sólo las alimañas feroces habían gozado de sus paradisíacos encantos.

Al poco tiempo de estar establecida allí la tribu, nació una niña preciosa, que traía especiales dones de los dioses. Al principio, sólo se pudo apreciar su portentosa belleza: era un verdadero don de los dioses. Al verla, la Luna brillaba más intensamente, las aves lanzaban al aire sus más vibrantes gorjeos, la brisa era más sutil y las flores exhalaban sus más penetrantes perfumes.

Al crecer, se dieron cuenta de otro don extraordinario que poseía. Podía mirar al Sol sin cerrar los ojos y conseguir de él cuanto le pidiera. Su alma pura sólo miraba al Sol para pedir algo para todos los suyos. Toda la tribu veía en la niña un hermoso tesoro, una incomparable recompensa a los dolores y desgracias sufridas antes de su nacimiento. Todo cuanto pidieron al Sol por su intercesión fue justo y necesario y jamás la obligaron a pedir nada innoble, ni en contra de los derechos de otros pueblos, ni siquiera en contra de aquellos que les privaron de sus tierras y poblados, los cunas.

Llegó la muchacha a la adolescencia sin darse cuenta de su extraordinaria belleza. Fue una tarde, bañándose en el río, cuando vio su imagen retratada en las aguas y ella misma se admiró de tal prodigio. Su inocente serenidad se perturbó para siempre y dio paso a la inquietud y la vanidad. Los suyos la llamaban Setetule, por la hermosura incomparable de su cuerpo. Desde entonces, ella vivió constantemente preocupada por su belleza y pasaba las horas junto al río, contemplando su figura reflejada en las aguas serenas.

Olvidó su poder de hacer el bien a las gentes y no se preocupó más del dolor ajeno. Su alma se volvió indiferente a todo; su corazón, completamente insensible.

Su belleza se hizo famosa en todos los pueblos cercanos y lejanos. A contemplarla acudían de todos los lugares y los aspirantes a ser amados por Setetule eran incontables. Ella los despedía uno a uno, sumiéndolos en la más desesperada locura. Su única y constante preocupación era el culto a su belleza.

Entre los que llegaron y fueron fascinados por la beldad chocó, estaba Moli Suri, mago poderoso de la raza de los cunas. Ofreció a Setetule cuanto una mujer puede ambicionar. Le prometió traerle las plumas del quetzal y la flor del ambasarú. Ella dudó al oír tales promesas, porque sabía a lo que estaba expuesto quien fuera a buscar aquella extraña flor, que hacía olvidar todos las males. Su corazón, contra su voluntad, se inclinaba a amar a Moli Suri.

Al darse cuenta, quiso cortar, antes de nacer, aquella traicionera pasión. Y con los ojos negros encendidos en cólera, volvió la mirada al Sol, para pedirle que la librara de ella. Pero entonces, sus ojos, antes insensibles a los resplandores del Sol, tuvieron que cerrarse, incapaces de mantener en sus pupilas los rayos fulgurantes que la hacían verter lágrimas de dolor. Al abrir de nuevo sus ojos, vio delante a Moli Suri, que la observaba con irónica sonrisa.

Setetule comprendió que aquel hombre hechicero y poderoso había interpuesto su voluntad para que el dios Sol desoyera su ruego. Él era también un ser excepcional, dotado, como ella, de dones invisibles.

Moli Suri no le perdonaba su desvío. Y pidió para la hermosa e insensible beldad el castigo que merecía por haber pretendido llevarlo a la desesperación y la locura en que todos los demás pretendientes habían sido hundidos.

Los dioses oyeron a Moli Suri. La soberbia y deslumbrante belleza tendría un suplicio eterno.

Y dijo el mago:

–Quedarás dormida profundamente hasta que los dioses cambien su voluntad.

Al oírle, Setetule cayó al suelo, sumida en un sopor indominable. Moli Suri la tomó en sus brazos y corrió sin descanso, atravesando bosques y ríos, hasta llegar a la sierra Talarcuna.

Allí dejó caer en tierra el cuerpo de la muchacha. Y en aquel instante, convertido en piedra, se irguió, entre las montañas, el cerro de

Setetule. Moli Suri, con su gran poder, ocultó en su seno un tesoro de metales preciosos.

Los hombres, llevados por la ambición y la codicia, rompen el cerro cada día, año tras año, buscando los tesoros que oculta celosamente.

Todos ignoran que cada hendidura es una herida en el maravilloso cuerpo de Setetule, condenada a la interminable tortura de ver cómo destrozan su belleza, causante de la muerte de tantos enamorados.

El combate por la coqueta princesa Flor Amarilla

(maya)

En tiempos del Imperio Maya vivía una princesa condenada por su padre a vivir en reclusión, porque era muy frívola y coqueta y jugaba con sus numerosos admiradores.

Por entonces vivía en una profunda cueva en la misma selva en donde se alzaba el palacio de la princesa, el Príncipe del Manto Negro, o, para decirlo en lengua de indios, el príncipe Box Buc, Señor de la Noche, pues por eso vestía así y era sombrío y taciturno... Este príncipe solamente podía salir de su negra mansión cuando ya se hacía la noche, pues destinado estaba a no gozar nunca de la luz del cielo... Decíase de él que era perverso de corazón y que por donde pasaba llevaba la desolación y la muerte, arruinando los montes y las siembras y matando hasta los animales y las gentes que encontraba a su paso.

Dícese que salía a sus perversas excursiones montado en un *ekbalam,* o sea, un tigre negro, y que tenía el don de convertirse en el mismo animal si las circunstancias lo exigían...

Triste y preocupado andaba siempre este Caballero de la Noche ante la amenaza de morir irremisiblemente si la luz del sol llegaba a sorprenderlo fuera de su caverna... Una esperanza, empero, alentaba su alma, el amor... Pero ¿amor a quién...? Sí, sí, había a quién, por lo menos en el fondo de su quimera... Un hermano suyo al morir le había dicho que buscara en el fondo de aquella selva a la muchacha Flor Amarilla, que era una princesa condenada por su padre a vivir alejada del mundo, y tan bella que seguramente llenaría sus ansias.

A buscarla se dio el Señor de la Noche, y tanto escudriñó la selva que una noche encontró al fin el palacio, y a las puertas del mismo la muchacha... Pero ¿cómo llegar hasta ella si su mansión estaba rodeada por un ancho río sin lugar vadeable...? Buscó entonces a la hechicera más anciana de aquellos contornos y le contó su cuita. Escuchólo la vieja y le dijo:

–Sabrás que hay en el río que rodea la casa de esa mujer un puente muy hermoso que las arañas han tendido, pero no debes cruzarlo jamás, pues los hilos cederían bajo el peso de tus maldades, y cayendo al agua te ahogarías al punto.

–Entonces –respondió el otro–, ¿para qué es el puente...?

–Me está vedado el decirlo –contestó la vieja–. Confórmate con saber el peligro de muerte que corres si te aventurases por él... Puedo decirte, en cambio, lo que debes hacer para llegar hasta la princesa...

Arrancóse la hechicera unos cabellos blancos y agregó:

–Toma estos cabellos. Con ellos tenderás un puente sobre el río, y ése será el único que pueda servirte... Tiéndelo de noche ya que te está vedada la luz del Sol, y cuida bien de volver a pasarlo antes del alba.

Y en noche cerrada el príncipe Box Buc fue a tender el puente. Y una vez y otra lo intentó y otras tantas íbasele el tiempo tan presto que se anunciaba el alba antes de concluir el trabajo y tenía que regresar apresuradamente a su cueva. Se le quejó a la hechicera de aquellos contratiempos, y la bruja le enseñó conjuros especiales para detener la luz del Sol hasta concluir de tender el puente pero a condición de no usar del mismo hasta la noche siguiente.

Hízolo así. Consiguió tender el puente, y a la otra noche fue a cruzarlo... Y lo cruzó en efecto, hasta llegar ansioso a la morada de la princesa Flor Amarilla. Y como, aunque malo de corazón, era apuesto y audaz, y la muchacha, como ya se dijo, era no poco casquivana, poco tardaron en concertarse en amores necesariamente nocturnos.

Pero pasó una noche lo que no es raro que ocurra en estos trances, y fue que el tiempo se le fue sin sentir al sombrío galán, y no se dio cuenta de que el alba llegaba... En brazos de la princesa estaba cuando advirtió que ya en oriente se anunciaba la luz y corrió entonces hacia el puente dispuesto a regresar. Fue imposible ya. Al contacto con la primera claridad, el puente se había deshecho, en tanto que el puente formado con hilos de araña lucía como de plata.

Y fue lo más extraordinario del caso que en aquellos momentos vio venir del otro lado a un bellísimo mancebo de traje resplandeciente,

armado de una lanza áurea en cuya punta de pedernal tal parecía arder una gota del mismo Sol. Así brillaba, tan ardientemente.

Diose cuenta de que era nada menos que su contrario, el fastuoso príncipe Zac Buc, o sea el Príncipe del Manto Blanco, Señor de la Luz, cuyos dominios más que en la Tierra estaban en el firmamento, pues tenía a su cuidado encender el día... El cual, en llegando al puente de tela de araña, lo cruzó fácil y gallardamente, llevando en ristre su luciente lanza... Y esto fue lo que la hechicera no había podido descubrir al Señor de la Noche, esto es, que el puente de tela de araña estaba destinado al príncipe Zac Buc.

Presumió el Príncipe de la Noche que tendría que habérselas con un rival, ¿pues para qué podía ir aquel mancebo hasta el palacio de la princesa...? Se dispuso por consiguiente a la lucha, y, regresando hacia su amada, la envolvió con su manto negro para ocultarla, alistando también su lanza que era negra, de madera ruda con una brillante punta de obsidiana... Pero no hubo lugar a lucha alguna. En acercándosele el Señor de la Luz, éste no hizo más que levantar su lanza en que parecía traer aprisionado al Sol, y el brillo hirió tan fuertemente los ojos del príncipe Box Buc que cegó al punto, dándose por vencido. Pero Zac Buc riñó con la princesa, pues se dio cuenta de que coqueteaba con el otro, por lo cual, tornando sobre sus pasos, volvió de nuevo a cruzar el puente de tela de araña y se disolvió al llegar a la otra margen del río en un rayo del sol que en aquellos momentos ya comenzaba a alzarse sobre el horizonte.

Dícese que tras de haber quedado ciego el príncipe Box Buc, allá mismo murió, y que no fue sino al llegar la noche cuando su cadáver desapareció disolviéndose en las sombras, y que la princesa, al verse sola, pues había perdido a sus dos amantes, se dio a llorar copiosamente, y que después su cuerpo fue deshaciéndose como en pétalos amarillos que juntándose luego formaron la hermosa flor indígena del Xkan Lol.

Tal es el mito. Debe entenderse, pues así lo aclaran los viejos indios al contarla, que aquella princesa representaba la Vida; que el príncipe Box Buc, o sea el Señor del Manto Negro, era la noche misma, y que el príncipe Zac Buc, o sea el Señor de la Luz, era el día, y por eso llevaba en la punta de su lanza aprisionado el Sol. Y debe entenderse de todo esto que la Vida es Flor de Amor, y que, así como la princesa Flor Amarilla, el Amor se da lo mismo en la noche que en el día, lo que explica el coquetear de la muchacha con ambos caballeros, y ha de entenderse, por último, que al fin la luz vence siempre a la sombra, esto es, que

el Bien se impone siempre al Mal, y al imponerse ilumina a la misma Vida, tal como el Príncipe de la Luz infundió a la princesa el color del mismo Sol al convertirla en flor.

Guanaroca

(siboney, Cuba)

Al sudeste de la hermosa bahía de Cienfuegos, se extiende una laguna salobre, en la que derrama parte de sus aguas el río Arimao.

Es la laguna de Guanaroca, en cuya tersa superficie se refleja la pálida Luna, la dulce Maroya de los siboneyes, productora del rocío y benéfica protectora del amor.

Según la leyenda siboney, la laguna de Guanaroca es la verdadera representación de la Luna en la Tierra. ¿Conoces la poética tradición, lector? Tiene sabor agreste y primitivo, muy propio de las sencillas creencias de hombres que vivían en contacto directo con la naturaleza bravía, exuberante y cálida.

En los tiempos más remotos, Huion, el Sol, abandonaba periódicamente la caverna donde se guarecía para elevarse en el cielo y alumbrar a Ocon, la Tierra, pródiga y feroz, pero huérfana todavía del humano ser. Huion tuvo un deseo: crear el hombre, para que hubiera quien le admirara y adorase, esperando todos los días su salida, y viese en él al poderoso señor del calor, la luz y la vida.

Al mágico conjuro de Huion, surgió Hamao, el primer hombre. Ya tenía el astro rey quien le adorara, quien le saludara todas las mañanas con respetuosa alegría desde los alegres valles y altas montañas. Esto le bastaba a Huion y no se preocupó más de Hamao, a quien el gran amor que por su creador sentía no bastaba para llenarle el corazón. Veíase solo, en medio de una naturaleza espléndida, dotada de una vegetación exuberante, poblada de seres que se juntaban para amarse. En medio de la universal manifestación de vida y amor, sentía Hamao languidecer su espíritu y le afligía la inutilidad de su vida solitaria.

La sensible y dulce Maroya, la Luna, compadecióse de Hamao, y para dulcificar su existencia, diole una compañera creando a Guanaroca, o sea la primera mujer. Grande fue la alegría del primer hombre. Al

fin tenía un ser con quien compartir goces y penas, alegrías y tristezas, diversiones y trabajos. Los dos se amaron, con frenesí, con inacabable pasión, sin saber todavía lo que era el hastío. De su unión nació Inao, el primer hijo.

Guanaroca, madre al fin, puso en el hijo todo su cariño, y el padre, celoso, creyéndose preterido, concibió la criminal idea de arrebatárselo. Una noche, aprovechando el sueño de Guanaroca, cogió Hamao al tierno infante y se lo llevó al monte. El calor excesivo y la falta de alimento produjeron la muerte de la débil criatura. Entonces el padre, para ocultar su delito, tomó un gran *güiro*, hizo en él un agujero y metió dentro el frío cuerpo del infante, colgando después el güiro de la rama de un árbol.

Notando Guanaroca, al despertar, la ausencia del esposo y del hijo, salió presurosa en su busca. Vagó ansiosa por el bosque, llamando en vano a los seres queridos, y ya, rendida por el cansancio, iba a caer al suelo, cuando el grito estridente de un pájaro negro, probablemente el *judío,* hízole levantar la cabeza, fijándose entonces en el güiro que colgaba en la rama de un próximo árbol. Sea por la innata curiosidad que ya se manifestaba en la primera mujer, o por un extraño presentimiento, Guanaroca sintióse compelida a subir al árbol y coger el güiro.

Observó que estaba perforado y con espanto creyó ver en su interior el cadáver del hijo adorado. Fue tan grande el dolor y tan intensa la emoción que se sintió desfallecer y el güiro se escapó de sus manos, cayendo al suelo; al romperse vio con estupor que del güiro salían peces, tortugas de distintos tamaños y gran cantidad de líquido, desparramándose todo colina abajo. Acaeció entonces el mayor portento que Guanaroca viera: los peces formaron los ríos que bañan el territorio de Jagua, la mayor de las tortugas se convirtió en la península de Majagua, y las demás, por orden de tamaño, en los otros cayos. Las lágrimas ardientes y salobres de la madre infeliz, que lloraba sin consuelo la muerte del hijo amado, formaron la laguna y laberinto que lleva su nombre: Guanaroca.

La india maldita

(siboney, Cuba)

Había una hermosa india llamada Iasiga, legítima esposa de un laborioso siboney conocido por Maitio. Vivían los dos en santa paz y buena armonía, muy de tarde en tarde alteradas por ligeras nubes que empañaban el cielo de la felicidad doméstica. Mientras él se ausentaba para dedicarse a la caza y a la pesca, ella preparaba la comida, cuidaba la siembra, tejía redes y jabas, cumplía todas las obligaciones de una mujer hacendosa.

Iasiga era de temperamento ardiente y apasionado. Amaba a su marido, pero no tanto que sólo tuviera ojos para él. Y tanto era así, que la primera vez que vio a Gaguiano, un apuesto siboney amigo de catar la fruta del cercado ajeno, sintió por él pasión tan abrasadora que, olvidando al confiado Maitio, se entregó sin resistencia, gustando sin tasa los placeres del amor vedado.

Muchas veces, al regresar Maitio, notaba la ausencia de su esposa, quien al volver se disculpaba diciendo que había ido a ofrendar el fruto del bagá a sus familiares muertos; cuando lo cierto era que volvía de sus ilícitas correrías.

Todo tiene fin en el mundo, y lo tuvo la confianza de Maitio. Camino de su bohío al atardecer de cierto día, sospecha cruel mordió su alma candorosa. Al llegar al desierto hogar, no se limitó a esperar paciente. Preguntó por Iasiga a los vecinos, que le informaron haberla visto pasar con una batea llena de bagá, seguro indicio de que iría a visitar a los muertos. No se tranquilizó Maitio. Fue a la cercana orilla y embarcó en su piragua, dirigiéndose al caney. Desde lejos divisó, en la playa, una pareja en tierno coloquio. El corazón le dio un vuelco. Temía que la sospecha se convirtiera en cruda realidad. Bogó con redoblado esfuerzo y al fin logró desembarcar sin ser visto. Avanzó con cautela y de improviso se presentó a los desprevenidos y confiados amantes, que no eran otros que Iasiga y Gaguiano.

Huyó el amante, cobarde, y del pecho de ella se escapó un grito de angustia. Maitio, contraído el rostro por el dolor, se acercó y le dijo:

–Mil veces maldita seas, mujer perjura. Que Mabuya castigue tu infidelidad, condenándote a vagar eternamente por las costas, sin esperanzas de descansar ni de inspirar compasión.

Al instante fue transformada la infiel Iasiga en un monstruo marino, que se aparece de tarde en tarde, mudo, triste y suplicante, a los pescadores solitarios, que en sus botes, piraguas o cachuchas, libran en el mar la subsistencia.

Jagua

(siboney, Cuba)

Hamao, con los celos que en su corazón sembrara el Dios del Mal, había sentido el primer dolor; Guanaroca, con la pérdida del hijo, la pena primera y la más grande que una madre puede sufrir. Hamao comprendió tardíamente lo irracional de sus celos y llegó a vislumbrar el amor de padre. Guanaroca perdonó, y tras el perdón vino su segundo hijo: Caonao.

Tranquila y feliz fue su infancia, bajo la constante protección de la madre cariñosa. El niño se hizo hombre, y comenzó a sentirse invadido de vaga inquietud, de profunda tristeza. No podía darse cuenta de aquel su estado de ánimo, que le hacía indiferente la vida. Un día, al volver a su solitario bohío, detúvose a contemplar a dos pajaritos que en la rama de un árbol se acariciaban. Entonces comprendió el motivo de su pena. Estaba solo en el mundo, no tenía una compañera a la que acariciar y de la cual recibir caricias, a la que pudiera contar sus penas, sus alegrías, sus ilusiones, sus esperanzas.

Sólo existía en la Tierra una mujer, pero ésta era Guanaroca, la que le había dado la existencia.

Vagando por los campos, trataba en vano de distraer su soledad, y se fijó en un árbol lozano, de bastante elevación y redondeada copa.

De sus ramas pendían los frutos en abundancia, frutos grandes y ovalados, de color parduzco. En plena madurez muchos de ellos, se desprendían del árbol y caían al suelo, mostrando algunos al reventar su carnosidad sembrada de pequeñas semillas.

Caonao sintió un deseo irresistible de probar aquel fruto, y cogiendo uno de los más hermosos, le hincó ávido los dientes. Su gusto era agridulce, y siéndole grato al paladar, halló en aquel manjar extraño que de manera pródiga le ofrecía la naturaleza, abundante y regalado alimento.

Tanto le gustó que fue a su bohío en busca de un catauro de yagua, con la intención de llenarlo con los raros y para él sabrosos frutos.

De vuelta, empezó Caonao por reunirlos todos en un montón, e iba a empezar a colocarlos en el catauro cuando un rayo de luna, hiriendo a los frutos en desorden amontonados, hizo brotar de ellos a un ser maravilloso, de sexo distinto al de Caonao.

Era una mujer.

Muy joven, hermosa, risueña, de formas bellamente modeladas; de piel aterciopelada, color de oro; de ojos expresivos, grandes y acariciadores; de boca roja y sonriente; de larga, negrísima y abundosa cabellera.

Caonao la contempló con éxtasis creciente. Como por encanto sintió que de su corazón huían la tristeza y la melancolía, expulsadas por la alegría y el amor. Ya no cruzaría solitario el camino de la vida. Tenía a quien amar y de quien ser amado.

Aquella hermosa compañera surgida, al contacto de un rayo lunar, del montón de la madura fruta, era un presente de Maroya, la diosa de la noche, que del mismo modo que había disipado la soledad de Hamao, el primer hombre, enviándole a Guanaroca, la primera mujer, quería también alegrar la existencia de Caonao, el hijo de aquéllos, haciéndole el regalo de otra mujer.

Caonao la amó desde el primer momento con todo el ardor de que era capaz su joven corazón sediento de caricias. La hizo suya y fue madre de sus hijos.

Aquella segunda mujer se llamó Jagua, palabra que significa riqueza, mina, manantial, fuente y principio. Y con el nombre de Jagua también se designó el árbol de cuyo fruto había salido la mujer, y por cuyo hecho se le consideró sagrado.

Jagua, la esposa de Caonao, fue la que dictó leyes a los naturales, los pacíficos siboneyes, la que les enseñó el arte de la pesca y de la caza, el cultivo de los campos, el canto, el baile y la manera de curar las enfermedades.

Guanaroca fue la madre de los primeros hombres; Jagua la madre de las primeras mujeres. Los hijos de Guanaroca, madre de Caonao, engendraron en las hijas de Jagua; y de aquellas primeras parejas salieron todos los humanos que pueblan la Tierra.

El arquero Buen brazo

(guarao)
Fragmento

Allá arriba, en el cielo, sucedió una transformación. Hubo un cambio. Aparecieron los guaraos y había casas muy largas.

Cerca de las casas crecían las manacas llamadas cigarreras en cuyas palmas se posaban los pájaros. Había un joven guarao a quien llamaban Buen brazo, que tenía su arco y su flecha. A la flecha la llamaba «la silbadora». Cuando él disparaba a un pájaro jamás erraba el blanco: caía del primer flechazo. Por eso a este matador de pájaros lo llamaban Buen brazo.

Pero a este guarao Buen brazo una vez le sucedió que, al flechar a un pájaro, erró la puntería y la flecha se alejó, rozando las plumas del pájaro. El flechero se fijó en la trayectoria de la flecha: comprobó que caía en la orilla del río. Allá se dirigió el flechero y llegó al lugar de la caída.

«¿Dónde habrá caído mi flecha?», se preguntaba. La buscó bien por todas partes, pero no podía encontrarla. De pronto observó un huequito: comprobó que por allí había entrado la flecha y empezó a cavar. Y cavando, atravesó el piso del cielo. Al desfondarlo, contempló la Tierra.

Entonces aquel joven cogió las cabulleras de un chinchorro y las descolgó hasta la Tierra. Por ellas se deslizó hasta abajo. Así, deslizándose, llegó a la Tierra. Observó si había comida: había yuca, moriche, báquiros y toda clase de animales, toda clase, toda clase, toda clase, mucha, mucha. La comida era abundantísima, abundante.

El joven estuvo buscando su flecha, pero no la encontró. Se dispuso a subir de nuevo al cielo para informar a sus congéneres. En cuanto llegó al cielo aquel joven se puso a contar:

–Compañeros: he encontrado muchísima comida en la Tierra...

Entonces todos los guaraos comenzaron a gritar:

–Vámonos: aquí no teníamos comida y la hemos encontrado en abundancia...

Inmediatamente prepararon sus chinchorros para bajar a la Tierra. Aquel joven fue el primero en salir y caer sobre la Tierra. Detrás bajaban cantidad de guaraos. Bajaban sin dificultad pero todavía quedaban muchos guaraos arriba, en el cielo. En esto le tocó bajar a una mujer grávida y llegó al lugar del hueco. Pero quedó atascada por causa de

su preñez y quedaron asomando sus nalgas, que se convirtieron en el lucero de la mañana. Esa estrella brillante es el trasero de aquella mujer grávida.

Así que la mitad de los guaraos se quedaron en el cielo.

Pero los que habían llegado a la Tierra encontraron mucha comida: mucha yuruma, mucho queso de moriche, muchos báquiros, muchos pescaditos de morichal y muchísima fruta de moriche. Los indios eran felices en la Tierra. Había comida en abundancia.

Juego de pelota funesto

(azteca)

–Juega a la pelota Huémac; juega con los dioses de la lluvia y la Tierra.

Le dijeron los Tlaloque:

–¿Qué ganamos al jugar?

Huémac responde:

–Mis jades, mis plumajes de quetzal.

Luego los dioses dijeron:

–Eso mismo ganas tú: Nuestras verdes piedras finas, nuestras plumas de quetzal.

Ya juegan a la pelota: Huémac el juego ganó.

Ya vienen los dioses a cambiar lo que han de dar a Huémac: en vez de plumas de quetzal, le dan mazorcas tiernas de maíz; en lugar de plumas finas, le dan mazorcas con verde hoja, con lo que dentro contienen.

Huémac recibir no quiso:

–¡No es eso lo que aposté! ¿No eran jades? ¿No eran plumas de quetzal? ¡Eso quitadlo de aquí!

Dijeron los dioses:

–Bien, dadle jades; dadle plumas.

Y tomaron sus dones y se fueron llevando sus tesoros.

Y en el camino decían:

–Por cuatro años escondamos nuestras joyas: hambre y angustia han de sufrir.

Y cayó hielo, tan alto que a la rodilla llegaba; se perdieron los sustentos y en pleno estío cayó hielo. Y tal era el ardor del Sol que todo seco quedó: árboles, cactos, agaves, y aun las piedras se partían estallando ante el reverbero del Sol.

Kalahuala, la reina de las perlas

(araucano)

Más vale que digamos de antemano que Kalahuala puede significar «pato del desierto» y también «hierba del lagarto». En realidad, no se conoce bien su significado.

Había una vez un hombre a quien llamaban Chipil (oreja hendida). Cuando nació por primera vez, sus padres lo abandonaron en el bosque porque era defectuoso, debido a aquella oreja. Sus progenitores se avergonzaban de él, y suponían que si moría, al renacer, su oreja sería sana y normal, porque su madre se cuidaría mucho de comer cosas nocivas, ya que durante su gravidez había ingerido carne de un animal contrahecho y moluscos; además, una vecina hipócrita le había regalado un huevo con dos yemas, algo muy perjudicial para las mujeres en estado. Para colmo, había pisado con los pies desnudos un esqueleto de serpiente y mirado figuras aborrecibles grabadas en una roca y que solamente los hombres podían mirar sin temor...

A todas estas circunstancias se debió el que el pobre niño naciera defectuoso y fuera condenado a no seguir viviendo...

A pesar de las muchas precauciones tomadas por su madre, cuando nació por segunda vez, llegó nuevamente al mundo con la oreja hendida, pero entonces le dejaron vivir por consejo de la adivina de la tribu, la cual había profetizado que el niño llegaría a ser un héroe que caería al combatir cuando tratara de entrar en la montaña de fuego, como uno de los gloriosos antepasados. Lo llamaron el Hijo Heroico.

Como había vuelto a nacer, lo consideraban ya el espíritu de la familia: nada le estaba prohibido. Lo criaron sin severidad, con muchos mimos. Pronto se mostró astuto, aborrecible y pérfido: lo odiaban tanto la gente como los animales. Su maldad les causó mucho daño a las gentes de su tribu, que por ser el niño hijo del *lonko* nada podían hacer contra él.

Un buen día, cuando el Sol estaba en lo más alto, el niño fue a las orillas del lago que llaman Chaco, porque vomita hacia sus orillas gran número de conchas de ostras. Estas conchas contenían a menudo unas perlas hermosas y redondeadas, con reflejos de suave brillantez. Los araucanos las llaman *chagan.*

Cuando el niño revolvía un montón de esas conchas arrastradas hasta la orilla por el oleaje, oyó a sus pies un ruido y vio la cabeza triangular de una víbora.

Con un garrote la destrozó rápidamente.

Al día siguiente, cuando revolvía de nuevo el montón de ostras, y después de haber hallado en ellas el número de perlas que cabe en un puño, vio a una muchacha rubia de espléndida belleza que estaba sentada peinándose los cabellos de oro con la escobita que llaman *rna,* que también era de oro.

La muchacha lo invitó a sentarse a su lado, porque se sentía solitaria y triste. Le dijo que se llamaba Kalahuala, y que juntaba allí ostras para coserlas sobre su manto.

Entonces él le regaló las perlas que recogiera poco antes y comenzó a lisonjearla con dulces palabras. Quiso, además, abrazarla y besarla. La muchacha se defendió, resistiéndose a sus lisonjas, pero él le asió la cabeza para besarla...

En este momento, el jovencito vio que la muchacha tenía en el cráneo un agujero, por el cual asomaba amenazadora la cabeza de una víbora, y cuando le preguntó la razón de tan horrenda herida, la dulce muchacha le respondió: «¿No te acuerdas que ayer al mediodía, cuando el Sol estaba en lo más alto, me destrozaste la cabeza? Yo no te había hecho mal alguno. Como el Sol bajó muy tarde, seguí sufriendo hasta que desapareció por completo, y entonces pude morir». Acababa de decir estas palabras, cuando se convirtió en la más grande de las serpientes vistas hasta entonces, y el malvado matador de víboras fue apresado por el monstruo y, al mismo tiempo, por un millar de culebras y lagartos venenosos de vientre azul y verde, que lucharon contra Chipil hasta derribarlo. Lo destrozaron y se lo comieron: Chipil se había ganado la maldición de los reptiles, dada su afición a matar animales inocentes sin tener necesidad de ello. Y como también se llamaba Rey de las Perlas, debía perecer por Kalahuala. Las serpientes y víboras llevan aún hoy las perlas que Chipil le regaló a Kalahuala. Las ostentan en graciosísimos dibujos y bellas líneas grabadas sobre sus cuerpos, hermosas combinaciones de rayas y colores que les transmiten a sus descendientes de generación en generación.

La culebra de las Siete Cabezas[23]

(colombiano)

Mito indígena de La Montaña. Es una gran serpiente que, fuera de la cabeza normal, tiene otras seis que le brotan a lo largo del cuerpo; a ella se debe la peligrosa erosión de los terrenos de El Salado.

Para el indígena, la Culebra de las Siete Cabezas es un poderoso y trascendental mito mayor; para el campesino criollo tiene carácter aleccionador como representación del demonio.

La serpiente juega un gran papel en la mitología de algunos grupos indígenas colombianos. Así, vemos cómo la Culebra de las Siete Cabezas figura en una leyenda de los *catíos* sobre el origen de los *jaibanaes,* como guardiana de las tres hijas de un rey, vencida por un perro, fruto este de la concepción de una diabla.

Entre los *chamí* de Risaralda, dice otra leyenda que un gusano caído del cielo formó una laguna y se convirtió en una gran culebra; de ésta encontramos una variante entre los huitotos. Por otra parte, Juan Tama, legendario e invencible líder de los Páez, nació de una estrella en noche de terrible borrasca, mitad niño y mitad serpiente. Para los muiscas, la culebra fue a la vez símbolo del Mal, como la enorme de color negro relacionada con el origen fantástico del lago de Tota, y del Bien, vinculada a la génesis de la humanidad, cuando la diosa Bachué y su marido, transformados en dos grandes serpientes, se sumergieron en la laguna de Iguaqué, de donde habían salido.

La madremonte

(colombiano)

Es una horrible mujer de pelo color verde musgo muy ensortijado, «como churrusco», el cuerpo cubierto por musgo, hojas y palos, a

[23] Los ocho mitos subsiguientes pertenecen a la misma fuente y son también colombianos. *(N. del E.)*

manera de ropaje que la oculta casi por completo, dejando visible sólo una parte del rostro. Es una vieja caníbal de indecible ferocidad, que, por las noches y en lo espeso de la selva, ataca a los viajeros descuartizándolos después de violarlos. Sólo en medio del ganado, considerado como sagrado por su relación con el nacimiento de Cristo (la mula y el buey), se halla refugio seguro contra ella.

La Patasola

(colombiano)

Es una vieja con cuerpo de hojarasca, unípede. Rapta a los niños que se internan en el monte.

El Viejo Musgo

(colombiano)

Tiene cuerpo de tronco de árbol recubierto de musgo, largas barbas musgosas, ojos terribles y está dotado de una cierta luminosidad o fosforescencia. Moviéndose rígidamente espanta a quienes a deshoras de la noche transitan por guaduales espesos o montecitos. Antiguamente ésta era la advertencia de los mayores: «No vayan a pasar por el guadual de la Calle Muerta de las siete de la noche en adelante porque les sale el Viejo Musgo».

La chichita

(colombiano)

Su morada es el Cerro Ingrumá. En forma de grillo verde gigantesco semejante a una langosta, descendía por las noches al pueblo, dejando oír desde lejos su sonido de «ch-ch», y arañaba durante el sueño a los niños. Está vedado, por superstición, imitar el sonido de las «chichitas» normales.

La viuda alegre

(colombiano)

Es una mujer delgada, enlutada, embozada en una mantilla, de tacón alto; quien se presenta a manera de atractivo señuelo para la conquista amorosa nocturna de los galanes empedernidos. Unas veces es el hombre quien la sigue y trata de seducirla; cuando ha logrado conducirla a un paraje solitario y discreto, ella le dice: «Deme candela pa prender este tabaco (o cigarrillo)», y al resplandor de la llama que ofrece el cortejador se descubre un rostro diabólico con temibles colmillos. Otras veces aparece fumando en una esquina y el don Juan es quien pide fuego. A algunos los ha perseguido varias cuadras.

La mula de tres patas

(colombiano)

Aquellas familias o grupos de amigos que se trasnochan en las casas «rajando» de los demás, dedicándose a la maledicencia, el chismorreo y la difamación, movidos por la envidia, o el odio o la ociosidad, escuchan ciertos toques en la ventana, los cuales interrumpen su charla

nocturna. Uno de los chismosos le dice a otro: «Asómate a ver quién está tocando». Al abrir se hallan frente a frente con una extraña bestia: una mula cuyas larguísimas orejas están levantadas y la cual ha llamado golpeando con el hocico. Ésta se aleja de inmediato, y se descubre entonces que sólo tiene tres patas.

El Tomador de Agua

(colombiano)

A quienes trabajando de noche no se dan punto de reposo con tal de aumentar sus caudales, se acerca un hombre sediento a extremo insaciable. Les pide un poco de agua, la bebe y pide más, lo cual repite un número indefinido de veces, mientras el que provee el agua se siente impelido a repetir dicho socorro en medio de una creciente admiración y temor. Al fin el tomador reprende a su víctima, recordándole que la noche es para descansar y dar gracias a Dios por los frutos del trabajo diurno.

Una señora, acostumbrada a quedarse hasta muy tarde en la noche planchando ropa, una vez, mientras se hallaba enfrascada en su labor, le cayó sobre el tendido de la mesa una uña, que desde ninguna parte, dadas las características de la vivienda, era lógico que cayese. Llena de terror abandonó el trabajo y no volvió a trabajar más que de día.

El mismo efecto tuvo sobre otra un suceso similarmente escalofriante. Ésta se quedaba hasta medianoche y más haciendo oficio (barriendo, cosiendo). Una de tantas noches la sorprendió el ruido que a su lado hizo una ventana que se abría; por ella asomó un hueso mientras se escuchaba una voz que decía: «Trabaja de día que la noche es mía».

La Batea

(colombiano)

Este sorprendente mito pertenece a los sectores de Cambia y Pueblo Viejo. Se trata de un esqueleto con larga cabellera que le baja hasta la cadera, y cuyo tronco es una gran batea. Sorprende a los caminantes solitarios en altas horas de la noche y «los mata a cosquillas». Consumada su acción, la Batea se aleja riéndose a carcajadas.

Mitos mágicos

Los espíritus de la selva

(esquimal)

Si alguien se pierde en los bosques, Nan-Tena (los Espíritus de la Selva) lo toman y lo convierten también en Nan-Tena.

Hace algunos años, Agrafena, sobrina de Simeón, vivía con sus padres en Kastatan, catorce o quince millas más allá de Tyonek. La barca-vivienda de la familia de Agrafena se paró a un cuarto de milla de un banco, y quedó rodeada inmediatamente por una espesa selva.

Agrafena tenía entonces siete u ocho años. Sus padres empezaron a descargar la barca y llevaron los suministros a su casa. Cuando llegaron al hogar, enviaron la niña a la barca para que recogiese un saco de sal que habían olvidado allí. La niña corrió colina abajo hasta la orilla del río, cogió el saco de sal y se puso en marcha hacia su casa. Agrafena sabía perfectamente dónde estaba su casa; sin embargo, iba en dirección contraria.

Mientras caminaba, Agrafena oía como si alguien le murmurase al oído. Se volvió, pero no vio a nadie. Lejos, muy lejos, por los oscuros bosques, iba Agrafena de un lado a otro. La niña sabía que iba en dirección contraria a la de su casa; sin embargo, no tenía prisa ni estaba asustada.

Entre tanto, sus padres empezaron a impacientarse primero y luego a alarmarse. Salieron en busca de su hija, rogaron y quemaron incienso. Finalmente, cuando ya era casi de noche, encontraron a la niña más allá del río.

Aquel río, aunque no era muy ancho, sus aguas eran tan veloces que no se podía cruzar sino mediante un tronco de árbol. Sin embargo, la niña estaba en la orilla opuesta y sus vestidos completamente secos.

El padre le dijo a Agrafena que volviera a casa, pero ella no quiso regresar. Sin embargo, los padres llevaron a su hija a casa. Durante varios días estuvo enferma e inconsciente. Después se recobró.

Nan-Tena, los Espíritus de la Selva, son las almas de aquellos que se perdieron en los bosques. No hace mucho tiempo, unos hombres de Tyonek observaron pisadas de Nan-Tena. Estas pisadas eran grandísimas. Nan-Tena es más alto que un hombre. Vaga por los bosques con sólo un traje sobre los hombros. Su cuerpo es peludo. Sus ojos tienen una triste mirada.

La esposa fantasma

(pawnee)

Una vez, vivían juntos un hombre y su esposa. Tenían un niño. La mujer murió, y el hombre se hallaba muy triste y se lamentaba de la pérdida de su mujer.

Una noche, el hombre tomó en brazos a su hijo y salió del pueblo, dirigiéndose hacia el lugar donde se efectuó la cremación de su esposa. Allí, se sentó en la tierra y siguió lamentándose por la muerte de su mujer. El niño, completamente desamparado, lloraba entre tanto. El corazón del hombre enfermó por la soledad y el dolor.

Aquella misma noche, hacia la madrugada, se despertó. Estaba soñoliento, débil, agotado y lleno de dolor. Al poco tiempo de haberse despertado, se dio cuenta de que junto a él había una forma. La figura estaba acostada donde la mujer había muerto: era su misma mujer. Le habló así a su marido:

–Veo que eres muy desgraciado aquí. Hay, sin embargo, un lugar donde no te sentirás tan desgraciado. Donde yo te digo, no te sucederá nada malo, mientras que aquí nunca sabes qué desgracia puede ocurrirte. Tú y el niño estaréis mejor si venís conmigo.

El hombre le dijo que no quería morir:

–No; será mejor que tú vengas con nosotros. Nosotros te queremos

mucho. ¡Si tú quieres venir con nosotros, dejaríamos de ser desgraciados!

Durante mucho rato estuvieron discutiendo acerca de quién debía ir con quién. Finalmente, el hombre fue más persuasivo y convenció a la mujer, y ella consintió en volver con ellos.

La mujer le dijo a su marido:

–Si yo regreso con vosotros, tú deberás hacer exactamente lo que yo te diga, durante cuatro noches. Durante los primeros cuatro días, una cortina debe estar caída en el sitio donde yo duerma: nadie debe descorrerla ni mirar detrás de ella.

El hombre hizo lo que su mujer le dijo, y al cabo de cuatro días levantó la cortina y la mujer apareció tras ella. Después todo el mundo pudo verla. El hombre y su hijo se pusieron muy contentos y vivieron muy felices.

Pasado mucho tiempo, el hombre tomó una nueva esposa. La primera mujer siempre estaba contenta, pues tenía muy buen carácter, pero la joven tenía muy mal genio, y al poco tiempo empezó a reñir con la primera mujer. Un día en que la joven estaba muy enfadada, llenó de insultos a la mujer más vieja, y finalmente le dijo:

–Tú no debes estar aquí, aún eres un fantasma.

Aquella noche, el hombre se acostó junto a su primera mujer, según su costumbre. Durante la noche se despertó y pudo comprobar que su mujer había desaparecido. Nunca más se le volvió a ver. A la noche siguiente, el hombre y el niño murieron mientras dormían: la mujer se los había llevado consigo. Los tres fueron a un lugar donde había vida.

Morotí y Pita

(guaraní)

Morotí y Pita se amaban: y si él era esforzado, el más esforzado y audaz de los guerreros de la tribu, ella era la más gentil y hermosa de las doncellas. Pero no estaba en los designios de Ñandé Yara, el Gran Espíritu, que fueran felices. Inspiró una mala idea a la joven: acicateó su coquetería.

Una tarde, al caer del crepúsculo, en que varios guerreros y doncellas se paseaban por las orillas del Paraná, Morotí dijo:

–¿Quieren ver lo que es capaz de hacer por mí este guerrero? ¡Miren!

Y, diciendo tal, sacóse uno de sus brazaletes y lo arrojó al agua.

Después, volviéndose hacia Pita, le dijo:

–¡Lo quiero!

El esforzado y fuerte Pita, buen guerrero guaraní y, como tal, excelente nadador, se lanzó al agua en busca del brazalete. Pero esperaron inútilmente que apareciera.

Morotí y sus acompañantes, alarmados, comenzaron a dar gritos... En vano todo: el guerrero no aparecía.

La desolación corrió pronto por la tribu, lloraban y lamentábanse las mujeres, en tanto los ancianos hacían conjuros para que volviese el desaparecido.

Sólo Morotí, muda de dolor y arrepentimiento, ajena a todo, no lloraba siquiera.

El hechicero de la tribu, Arandú, explicó lo que ocurría. Dijo Arandú con la certeza de quien todo lo hubiese visto:

–Pita es ahora el prisionero de I-cuñá-Payé, la hechicera. Hundido en las aguas, Pita se ha visto preso por la propia hechicera, y conducido a su palacio. Allí, Pita ha olvidado toda su vida anterior; ha olvidado a Morotí, y se ha dejado amar por la hechicera, por eso no vuelve. Es necesario ir a buscarlo. Se halla ahora en la más rica de las cámaras del palacio de I-cuñá-Payé. Y si el palacio es todo de oro, la cámara donde ahora Pita se halla en brazos de la hechicera está fabricada con diamantes. Bebe olvido en los labios de la hermosa I-cuñá-Payé, que tantos guerreros nos ha robado. Por eso Pita no vuelve.

–¡Yo lo buscaré! –exclamó Morotí–. ¡Yo lo buscaré!

–Tú debes buscarlo, sí –dijo Arandú–. Tú eres la única que puedes rescatarlo del amor de la hechicera. Tú eres la única, si en verdad lo amas, que puedes con tu amor humano vencer el amor maléfico de ella.

Morotí se ató a los pies un peñasco, y arrojóse al río.

Toda la noche esperó la tribu la aparición de ambos jóvenes: llorando las mujeres; cantando los guerreros; haciendo conjuros vencedores del mal los ancianos.

Con los primeros rayos de la aurora, vieron flotar sobre las aguas las hojas de una planta desconocida: era el irupé. Y vieron aparecer una flor hermosa y rara, tan grande, bella y aromosa como nunca vieron

otra flor sobre la Tierra. Sus pétalos eran blancos los del centro y rojos los del exterior. Blancos como era el nombre de la doncella desaparecida, Morotí; rojos como el sacrificado guerrero: Pita.

El perro guardián

(maya)

Nueve brujos se reunieron porque sus casas necesitaban guardianes. «Yo opino», dijo uno, «que sea un ave». Otro votó por una fiera; pero ganó la mayoría, que votó por que fuera un perro.

Los nueve hechiceros hicieron el perro de caña de maíz, le cubrieron de barro y cera, y le pintaron de negro.

Para darle vida se cortaron el dedo del corazón, y los nueve vertieron su sangre en un agujero que se había practicado en la cabeza del perro y que llegaba hasta su corazón.

El nuevo ser dio señales de vida; pero como tenía sangre de los nueve taimados y traidores brujos, que se odiaban entre sí, el perro arremetió contra ellos, uno por uno. Asustados de lo que habían hecho, y tal vez viendo en el perro un enemigo, trataron de conjurarlo y alejarlo. Y lo consiguieron.

El perro de color negro vaga desde entonces por los campos y es para el caminante señal de desgracia. Cuando un arriero piensa que vio un perro negro en el camino, desunce las mulas que tiran de su carro y espera que llegue el día.

Sabedores los genios buenos de esta perfidia, fabricaron un perro blanco y le dieron su sangre, y la conseja dice que el caminante que logra ver un perro blanco, ya verdadero, o fantástico, en el camino, llegará con felicidad a su destino y sus negocios serán fructuosos.

El indio maya aprecia al perro, pero lo prefiere blanco o amarillo, y tiene la creencia de que el can cuida su alma, que correría peligro si el guardián de los genios del bien no estuviera alerta. Y tiene la idea de que en las noches de lluvia, el *U pek nah men* (el perro de la casa del hechicero) ronda la casa y, cuando logra entrar, le sale al encuentro el perro blanco y aquél, taimado y falso, trata de cambiar el alma de los dueños, por comida. A sus muchos ruegos el perro blanco accede,

pero le pone por condición la muy conocida de: «¡Cuéntame los pelos!».

El genio del mal comienza a contarlos, y cuando va por la mitad, el perro bueno finge ser picado por una pulga y se rasca y sacude, con lo cual pierde la cuenta el otro. Así les sorprende el día, y lleno de ira, el genio malo tiene que retirarse.

El indio quiere al perro cual si fuera un hijo; es su compañero de monte, de siembra y de caza; comparte su comida con él y lo acaricia. El perro le paga con su fidelidad. Y el maya abriga siempre la consoladora esperanza de que el U pek nah men pueda algún día, por arte de magia, convertirse en U pek nah uinic, o perro cuidador de la casa del hombre.

El toro rey

(maya)

La hacienda Ilchí poseía en tiempos pasados ganadería de la buena, y sus rendimientos daban oportunidad a los dueños para ir a la bella Europa cada año, mientras sus hijos se quedaban en buenos colegios.

Los pastos eran abundantes y el ganado se remontaba con toda libertad. Casi siempre dejaba en la selva sus crías, que crecían salvajes y que más tarde eran ejemplares codiciables. Por lo tanto, los dueños pagaban bien al vaquero que las recogía.

Por aquellos lugares corría la conseja de que próximo a la finca y en la sabana de Xcalumkín, un toro negro, con una hermosa mancha gris en el lomo, salía todas las noches a pastar. Sabedor el amo de esto, trató de verlo con sus propios ojos, y una noche salió con sus muchachos. No había caminado mucho cuando allá, en un recodo del camino, sus ojos advirtieron la presencia de un toro cuya hermosura le deslumbró.

El toro clavó en ellos su mirada, y con desprecio y sin dar tiempo a nada, se perdió en el bosque.

«¡Pagaré bien a quien me traiga aquel toro!», dijo el amo, lleno de codicia. Los vaqueros se aprestaron a dar caza a tan magnífico animal, pero no lograron nada.

Pablo Pantí, mozo intrépido, pensó que durmiendo en la sabana

descubriría la guarida del animal, y así lo hizo. Había pasado algunas horas escondido tras una roca, cuando oyó a lo lejos el ruido que producen los pasos del ganado; volviendo la mirada hacia donde venía el ruido, descubrió que ya tenía próximo el animal deseado. Por un instante temió por su caballo, pero el gallardo toro pasó junto a él sin mirarlo. Rápido como el rayo, Pantí salió de su escondite, montó en su caballo y siguió al toro, preparó su lazo y tuvo la dicha de ver cómo el animal entraba en una cueva. Bajó del caballo que amarró a un tronco seco que había en la entrada de la cueva y, con su lazo en la mano, siguió las huellas del animal. El toro corría hacia adentro y Pantí detrás; al fin le tiró el lazo, que fue a caer en los cuernos del animal; pero éste tenía tanta fuerza que el muchacho no pudo sujetarle y hubo de correr tras él. A cada momento el toro le ganaba distancia y Pantí seguía apenas la huella que dejaba la soga.

A mucho andar halló una pila de piedras que tenía en la parte de arriba un dios, también de piedra, de cuyos ojos goteaban lágrimas que se recogían en la pila dicha. Pantí le miró y observó que debajo había una inscripción que no pudo leer, pero que adivinó. «No sigas... Vuelve atrás...»

Mas no hizo caso y siguió su terca persecución. Ya agotado, con sed y hambre y a oscuras, volvió sobre sus pasos y llegó a la boca de la cueva a mediodía. Montó en su caballo, y a poco andar se topó con un grupo de sus compañeros que iban en su busca, pues le creían perdido.

Refirió lo visto y todos se rieron de él; pero, como no llevaba lazo, pensaron que algo había de verdad y concertaron ir al otro día, al caer la tarde.

Encabezándoles Pantí, partieron para el lugar, y, al llegar a la boca de la cueva, su asombro no tuvo límites. Colgada y enrollada magistralmente en el tronco seco donde la noche anterior había amarrado su caballo, se encontraba la soga que el toro se había llevado en las astas. Todos se miraron y pensaron que juntos aclararían el misterio o descubrirían la mentira del compañero.

Esperaron la noche... El toro se presentó, penetró en la cueva y los vaqueros le siguieron llevando en sus manos los lazos. Así corrieron y corrieron, pasaron la pila, tomaron agua y continuaron; la oscuridad era tanta que hubieron de tomarse de las manos para no perderse, y después de mucho caminar escucharon el rumor de muchas voces, y al dar la vuelta en un recodo, sus ojos se deslumbraron viendo al frente de ellos un magnífico mercado, donde la gente pululaba. En medio del

mercado, sobre un pedestal dorado, estaba el toro como si fuera una estatua; la gente, al pasar delante de él, le rendía homenaje. Y para completar el asombro, de la oscuridad salió una voz que les dijo: «Hemos dejado que los ojos humanos se den cuenta de la riqueza del mercado del dios Xcalumkín, mercado donde se compra el alma de las cosas. Xcalumkín es dios de piedra que no morirá nunca y cuyo espíritu puede tomar la forma que desee. Aquí lo tienen presente en forma de toro. Id y decid a las generaciones presentes que Xcalumkín no ha muerto, que su poderío está bajo la tierra; que cuando la noche llega y las estrellas alumbran, toma vida y vuelve a tener su antiguo esplendor».

No oyeron más. Aterrados, emprendieron rápidamente el retorno. Cuando llegaron a la hacienda, contaron al amo lo visto y éste, incrédulo, trató de verlo por sus propios ojos.

Volvieron a recorrer la sabana, el monte..., todo... Nadie encontró la cueva. Se había perdido, como el esplendor de Xcalumkín para los humanos.

Los aluxes

(maya)

Nos encontramos en un campo yermo donde iba a hacerse una siembra. Era un terreno que abarcaba unos montículos de ruinas tal vez ignoradas. Caía la noche y con ella el canto de la soledad. Nos guarecimos en una cueva de piedra y *sahcab*; para bajar utilizamos una soga y un palo grueso que estaba hincado en el piso de la cueva.

La comida que llevamos nos la repartimos. «¿Qué hacía allá?», puede pensar el lector. Trataba de cerciorarme de lo que veían miles de ojos hechizados por la fantasía. Trataba de ver a esos seres fantásticos que según la leyenda habitaban en los *cuyos* (montículos de ruinas) y sementeras: los *aluxes*.

Me acompañaba un ancianito agricultor de apellido May. La noche avanzaba... De pronto May tomó la palabra y me dijo:

–Puede que logre esta milpa que voy a sembrar.

–¿Por qué no ha de lograrla? –pregunté.

–Porque estos terrenos son de los aluxes. Siempre se les ve por aquí.

–¿Está seguro que esta noche vendrán?

–Seguro –me respondió.

–¡Cuántos deseos tengo de ver a esos seres maravillosos que tanta influencia ejercen sobre ustedes! Y dígame señor May, ¿usted les ha visto?

–¿Cómo que si les he visto...?

–Explíqueme, cómo son, qué hacen.

El ancianito, asumiendo un aire de importancia, me dijo:

–Por las noches, cuando todos duermen, ellos dejan sus escondites y recorren los campos; son seres de estatura baja, muy niños, pequeños, pequeñitos, que suben, bajan, tiran piedras, hacen maldades, se roban el fuego y molestan con sus pisadas y juegos. Cuando el humano despierta y trata de salir, ellos se alejan, unas veces por pares, otras en tropel. Pero cuando el fuego es vivo y chispea, ellos le forman rueda y bailan en su derredor; un pequeño ruido les hace huir y esconderse, para salir luego y alborotar más. No son seres malos. Si se les trata bien, corresponden.

–¿Qué beneficio hacen?

–Alejan los malos vientos y persiguen las plagas. Si se les trata mal, tratan mal, y la milpa no da nada, pues por las noches roban la semilla que se esparce de día, o bailan sobre las matitas que comienzan a salir. Nosotros les queremos bien y les regalamos con comida y cigarrillos. Pero hagamos silencio para ver si usted logra verlos.

El anciano salió, asiéndose a la soga, y yo tras él. Entonces vi que avivaba el fuego y colocaba una jicarita de miel, pozole, cigarrillos, etcétera, y volvió a la cueva. Yo me acurruqué en el fondo cómodamente. La noche era espléndida, noche plenilunar. Transcurridas unas horas, cuando empezaba a llegarme el sueño, oí un ruido que me sobresaltó. Era el rumor de unos pasitos sobre la tierra de la cueva: luego, ruido de pedradas, carreras, saltos, que en el silencio de la noche se hacían más claros.

Os juro que pudo mi imaginación hacer real la narración del viejo May.

–Oiga –me dijo casi con un susurro–, han llegado... ¡Silencio!

Mi calenturienta mente vio a los seres pequeñitos, ágiles y alegres correr, subir, bajar, tirar piedras, y luego formar rueda alrededor del fuego, repartirse la comida que May les había dejado, y pelear por la lumbre, con la cual encendían sus cigarrillos. La voz de May me sacó de la dulce fantasía en que vivía en aquellos momentos...

–Salgamos con cuidado para ver si logra usted verles –dijo.

Con el mayor cuidado trepé detrás de él...

–Aprisa –me dijo–, allá van; son aquellos hombrecitos que se levantan del suelo, míreles... Ya van lejos. ¿Los ve?

–Sí –le respondí... Pero mis ojos, profanos tal vez, no vieron nada. Corrimos hacia la hoguera. El fuego casi estaba apagado y la miel había desaparecido; había sólo unos residuos de pozole aquí y allá. May me miró en silencio.

Durante el resto de la noche mi cerebro dio vueltas a lo ocurrido, y al amanecer salimos de la cueva. El frescor de la aurora moderó el ardor de mi frente y me alentó... Junto al fogón había huellas...

Y luego vino la explicación del misterio: el campo quemado dejaba sin alimento a miles de animales, que en el silencio de la noche salían por él. Las huellas eran de ratones o pequeños digitígrados (el indio no sale cuando cree que el alux está comiendo; por esto no se da cuenta de lo que ocurre en realidad).

Ésta es la explicación de la comida desaparecida.

¿Y las pedradas?

Durante el día el monte se quema y el fuego barre y acaba con breña y árboles. Por las noches, la frescura llega al caer el sereno y los troncos carbonizados, al contacto con la humedad, comienzan a reventar. Es tan fuerte esta reventazón que los trozos de corteza saltan a buena distancia y al caer semejan piedras que se tiran. Los pasos son de los animales que, temerosos, corren por aquí y por allá. Y en medio de la noche, cuando todo es misterio, cuando los ojos de las arañas semejan puntitos de luz, cuando el andar de la hormiga arriera hace ritmo, cuando el grito del pájaro silvestre sobresalta el ánimo, el indio despliega su fantasía, que es como una de esas capas de pintadas plumas que lucieron en el cuerpo de los próceres antiguos.

Al preguntarme May si los había visto, le dije que sí.

Pero mentí; mis ojos no vieron nada... No quise ser yo quien rompiera la ilusión... Mis ojos no vieron nada... Pero los suyos, sí.

El alux cautivo

(maya)

Yo fui alojada en la casa de un indígena de nombre Emeterio Chan, que tenía tres hijas, buenas mozas, las que con su charla me hicieron pasar un buen rato. Una de ellas me pidió un espejo que llevaba, y se lo di; a la otra le regalé un collar de cuentas azules, y a la última, un listón rojo. En recompensa recibí un *cauxak* (cesto) lleno de boniatos o camotes. Muy de mañana, uno de los indios ricos del pueblo me invitó a desayunarme con atole de maíz y tamales de gallina envueltos en hojas de plátano.

Las mozas indias me comunicaron cuán próximas estaban las ruinas de Dzibinocac, de las que ya tenía noticias, y después del desayuno, cuando los rayos del Sol no calentaban aún, marchamos a verlas. Poco después dejábamos el poblado, de tejados cónicos, para perdernos en la maleza.

Aquí y allá asomaban entre los corpulentos árboles las cabezas de las gigantes moles de templos y palacios, reliquias de una gran civilización. (...)

Yo pensaba con admiración en los muchos hombres sabios que agotan su vida tratando de descubrir la misteriosa verdad plasmada en la piedra, de muros como de filigrana, ídolos e inscripciones enigmáticas, y que tal vez de noche, cuando todo entra en calma, reviven y cobran una vida extraña. Acompañados de Emeterio caminamos, un poco, mientras admirábamos las majestuosas ruinas. De pronto Emeterio se detuvo y nos dijo:

–¿Ven eso que verdea al lado del poniente? Es mi milpa; está muy bien y rendirá bastante.

–¿Cómo lo sabe? –le pregunté.

–Porque está «curada» –me respondió.

–¿Cómo curada?

–Sí, curada.

–¿Y cómo la curó? A ver, cuénteme –y sentados sobre una piedra grande, labrada, que había caído en un muro, Emeterio comenzó su narración:

–Siendo éste un terreno muy bueno para milpa, sembraba y sembraba y siempre perdía la cosecha; entonces consulté con un *men*

(curandero), el que me dijo que en la milpa había un *kakás alux* (un alux malo), y que tratara de darle caza, como lo hice. Una buena mañana el hechicero se trasladó conmigo a la milpa; en el centro de ella rezó una oración y regó la tierra con un brebaje que llevaba; me dio otro en un *chu* (calabazo) y me dijo que llenara otro con vinagre y sal y un tercero con orines; que con esa *santiguada* que le había hecho a la milpa, el kakás alux no se aproximaría, que se llenaría de rabia y comenzaría a tirar piedras y a hacer ruido; que yo siguiera el ruido y que en el lugar en que se perdiera, arrojara el contenido de los tres chúes. Que inmediatamente tapara el lugar con leña y le prendiera fuego. Que en el acto me alejara del lugar y procurase no mirar al fuego, y que cerrando los ojos, pidiera a los dioses perdón por lo que había hecho.

»–Toma –y me dio un hueso largo de la pata de un zopilote–. Al amanecer vas al lugar donde se refugió el alux malo, y trata de introducir este hueso largo en ese lugar que seguramente será un hueco; si sientes frío al tocar algo, retírate; si no, mete la mano y saca lo que haya dentro. Guarda lo que encuentres y no te separes de ello nunca. Será tu talismán.

»Hice lo que el brujo me aconsejó, y a la mañana siguiente fui por el lugar donde había prendido el fuego; la leña estaba sin encender, y en el hueco donde había regado los líquidos introduje el hueso; en un principio no toqué nada; mas luego sentí una cosa que se movía, pero no experimenté nada de frío. Entonces metí la mano y saqué algo.

–¿Qué sacó? –pregunté con impaciencia.

–Un alux... un alux muerto.

–¿Cómo es? ¿Lo tiene usted? ¿Me lo enseñará?

Viendo que Chan callaba, le conté que yo creía en los aluxes, le narré la historia de éstos y le dije con dolor que les había visto.

–Ésta es mi casa y se lo enseñaré –me dijo–. Hoy sólo es un *chichan tunich alux* (un alux de piedra chiquito). Pero es mi talismán y no me separaré de él nunca. Desde ese día mis siembras son bellas y mis cosechas magníficas; tengo casa, carro, mulas y maíz, todo se lo debo a él porque le tengo cautivo. Cada año le hago su *hanlicol* (comida de milpa) y le enciendo velas.

Recorrimos infinidad de montículos, y ya el Sol había pasado de medio cielo cuando retornamos.

Con el misterio del indio y cuando descansaba en una hamaca y estaba sola en la habitación, entró Emeterio, abrió su cofre y del fondo

de él sacó un bulto de franela roja. Al desenvolverlo hizo que me tapara los ojos y la nariz.

–Abra los ojos –me ordenó. Y al hacerlo así vi que sostenía entre sus manos un magnífico ídolo gris. Su rostro tenía una expresión de serenidad y llevaba un collar de cuentas de piedras; lucía una especie de huipil y sus brazos caían rígidamente a los lados del cuerpo. El pelo estaba recortado sobre la frente y encuadraba el rostro, el cual llevaba como adorno una cinta que ataba a los cabellos.

El indio tenía el ídolo envuelto entre hierbas, como ruda, albahaca, etcétera, las que sirven a los hechiceros para hacer sus brujerías.

La codicia me invadió y ofrecí a Emeterio mucho dinero por el ídolo; pero él me dijo:

–No, señorita. No. Éste es mi talismán. No puedo separarme de él. Cuando sienta que vaya a morir, lo devolveré a la madre tierra y a sus campos; ellos le darán nueva vida...

Mankantún

(maya)

En un lugar lejano y perdido en la selva, debía llegar alguna vez a perturbar la paz y el buen vivir el Genio del Mal.

Época tras época el hechicero había predicho muchas cosas buenas y malas y siempre había acertado. Para los crédulos indios su palabra era, y sigue siendo, divina. De modo que cuando anuncio calamidades, el vecindario se aprestó a desagraviar a los dioses de piedra, con ofrendas y festejos.

«Mas de todas maneras, el tiempo tenía que llegar y de él nadie se salva», dice el indio.

Y el día llegó, el cielo se cubrió de gris y el dios Kin (Sol) negó su luz.

En las afueras del pueblo los árboles estaban cuajados de ollitas de barro, donde ardían hierbas e incienso. Se llevó a los ídolos a las bocacalles de la plaza y se hicieron ceremonias, comidas y oraciones.

En el centro de la comunidad, bajo el árbol de la vida, la ceiba, ardía una especie de fuego sagrado, y a él se arrojaban puñados de maíz, semillas de calabaza, jicaradas de miel y granos de sal.

El fuego era alimentado y vigilado por un grupo de mujeres jóvenes, que, dispuestas en rueda, cantaban oraciones y pedían a los vientos buenos que desviaran el camino del Malo.

Mientras tanto, el hechicero pasaba el día y la noche en sus bailes diabólicos y ritos extravagantes, y arrojaba a los cuatro vientos sus filtros y preparados, para evitar que la comunidad fuera presa de las calamidades.

Su mandato último fue: «¡Que nadie salga del poblado; quien lo haga será castigado tremendamente!».

Un hombre de apellido Kantún, desobedeciendo las órdenes, salió a medianoche en busca de una vaca... Y como el men lo había predicho, fue sorprendido por un fuerte viento, que le dejó sin sentido.

Al amanecer del siguiente día, el Sol brilló con todo su esplendor. En los altares, las ofrendas estaban muertas y todos los fuegos apagados; por los barrios corría la conseja de que, a la medianoche, una terrible carcajada había estremecido al pueblo. El Genio del Mal había sido conjurado. Todos ignoraban la salida de Kantún, que había sido nueve días antes del carnaval.

El hechicero llamó al pueblo y le dijo:

–Entre ustedes hay un desobediente que está condenado.

Todos se miraron con asombro.

–Dentro de breves días diré quién es –agregó el men.

Y mientras tanto, el pueblo daba gracias a los dioses.

Kantún se dedicó entre tanto a la bebida, y a los nueve días justos, domingo de carnaval, se convirtió en fiera que bramaba y acometía.

–¡He aquí el desobediente! –dijo el brujo, y por orden suya se le toreó y encadenó, pues cada día aumentaba su fiereza.

El miércoles siguiente, Kantún rompió sus cadenas y se fue a refugiar en una cueva que se encontraba a la salida del pueblo. Esa cueva, según la conseja, se prolonga hasta abarcar una gran parte del subsuelo de los *chenes*.

Una bruja decrépita y asquerosa pidió permiso para acompañar a Kantún, pues decía que ése era su destino.

Anciana y monstruo fueron sepultados vivos en la cueva, cuya boca se tapó con piedras. Delante de ella se levantó un adoratorio a los dioses del bien...

Cuando el caminante indio atraviesa la selva chiclera, oye mil ruidos, quejas, lamentos, cadenas que se entrechocan y llamadas que parecen salir del centro de la Tierra.

Para él se trata del Genio del Mal que está encadenado a Mamá Luum (la Tierra).

Para nosotros, es el eco de la selva.

Bécal

(maya)

Allá en tiempos lejanos, tan lejanos que ya casi no se recuerdan, un pueblo se llamaba Bel-Ha (camino de agua). Y se llamaba así porque de norte a sur era recorrido por un bello río, en cuyas márgenes se mecían airosas y finas las palmas del jipi. Era tan cristalina el agua que ese lugar era el balneario de los reyes y los príncipes, y por las noches las ninfas formaban coro y bailaban a la claridad de la Luna. Todo era alegría y amor en la dichosa Bel-Ha.

En el pueblo también vivía un hombre enano, de cara horrible y aspecto repugnante, que se ocultaba siempre de la gente con el fin de esconder su fealdad. Por las noches buscaba la oscuridad, y cuando alumbraba la Luna, se cobijaba bajo la sombra de los árboles para quedar oculto siempre a las miradas indiscretas.

Acudía de continuo por las noches al río, donde era costumbre que fuera a bañarse con sus esclavas, la Princesa Kiichpam, que se ocultaba a la mirada de los hombres por su belleza sin par, pues los oráculos habían predicho que el primer hombre que la viera debía contraer matrimonio con ella.

El rey, temeroso de esto, la tenía oculta para cuando llegara el príncipe, su prometido, que venía de las lejanas tierras de Aztlan.

Por eso la princesita, para tener libertad de correr, jugar y refrescar su cuerpo, era llevada de noche a que recibiera la caricia del río.

Box-Uinic, que así llamaban las gentes del poblado al enano, pues además de ser chico y feo era negro, oculto entre los jipis, vio a la bella princesa y se enamoró locamente de ella.

Y en su pensamiento brotó la idea de que como los oráculos lo habían predicho, él había sido el primer hombre que había visto a la Kiichpam, por lo tanto debía ser su esposo. Pero viéndose en el agua, observó su repugnante rostro y su cuerpo contrahecho, y una oleada de sangre pasó

por su cerebro. Y en su corazón brotó un surtidor de odio, el que puede haber en un corazón despreciado y enamorado de un imposible...

–¡Mía será, es mandato de los dioses... Soy rico, muy rico, y sin embargo, no puedo llegar a ella, pero será mi mujer! ¡Tengo sed de venganza! ¡Será mía y humillaré con esto a los magnates y obtendré su amor! –gritaba su enardecido corazón.

Al anochecer del otro día se encaminó hacia el bosque, pero no en la dirección del río, sino del cementerio.

Pasó frente a éste, y caminó un poco más. De pronto distinguió una luz débil y escuchó varios gritos de cuervos y lechuzas. Una sonrisa de contento se dibujó en sus labios. Estaba frente a la casa del hechicero, quien salió a la puerta, y apartando a los búhos que le cerraban el paso, murmuró:

–Para bien o para mal, vienes a mi casa. Si es para mal, te conjuro a que no avances; mis centinelas te sacarán los ojos. Si es para bien, di lo que deseas; pero no trates de cruzar la cerca de espinosos cactos.

–Soy Box-Uinic –respondió el enano–. Vengo a pedir de tu sabiduría, gran hechicero, un favor. A cambio de ello te daré toda mi fortuna.

El brujo sabía cuán grande era la fortuna de Box-Uinic y salió a su encuentro para llevarle a su cueva.

La codicia creció cuando Box-Uinic, antes de comenzar a decirle nada, puso en sus manos una bolsa llena de oro.

–Tengo un enemigo poderoso que me odia, que me persigue por todos lados, que no me da vida –exclamó el monstruo–, y deseo destruirlo. Tú me ayudarás. Espero que tu magia sea bastante para aniquilarle. Mi fortuna es cuantiosa y te la daré íntegra. Necesito tu filtro, tan grande como mi enemigo.

–Bien –dijo el brujo–. Mañana al anochecer vendrás por él, pero trae contigo toda tu fortuna, toda.

–La tendrás, pero no trates de engañarme –le dijo Box-Uinic.

–Si has venido aquí por mis secretos, será obra del destino –replicó el brujo–. Ve tranquilo; tu enemigo no vivirá.

Al otro día oscurecía cuando Box-Uinic tomó el camino del cementerio; llevaba varios animales cargados, que caminaban trabajosamente con un tesoro sobre sus lomos. Así llegó a la infernal pocilga. El brujo le esperaba...

–Aquí la tienes... Pero dame pronto tu filtro, que la noche avanza... –murmuró anhelantemente Box-Uinic.

Como hambriento, el hechicero se precipitó sobre el oro, y ya en

posesión de él, se aproximó a un cántaro y dijo al enano: «Mira», y derramando unos polvos en el contenido del cántaro, prontamente hizo salir de él un humo que tomó la forma de una persona. El brujo estremeció la cueva con una carcajada y tapó el cántaro. Y así dijo a Box-Uinic:

–Te entrego en este cántaro al genio más poderoso del mal; él te ayudará a destruir a tu enemigo; pero ten presente que el cántaro no puede tocar el agua, porque entonces... nos destruirás a todos nosotros.

Como el avaro que ha conseguido una fortuna, Box-Uinic tomó entre sus brazos el cántaro y salió a la carrera, rumbo al escondite que le brindaban las matas de jipi.

El brujo tuvo miedo al ver la cara que puso el enano y la dirección que tomó; pero ya era tarde...

Cuando el horrible contrahecho llegó al escondite, empezó a murmurar:

–¡Me las pagarás, mundo maldito...! Mía será la princesa, mía. Los dioses así lo desean. He sido el primer hombre que la ha visto y he contemplado sus desnudeces... Nadie me la disputará. Tengo el mundo en las manos. Moriremos todos si toca el agua el cántaro –y reía al abrazar éste.

De pronto las hojas comenzaron a moverse y de entre ellas apareció la princesa Kiichpam, más bella que nunca. La seguían varias esclavas, y mientras ella arrojaba granos a los patos que allí nadaban, el intruso salió de la maleza y corrió hacia la princesa que, aterrorizada, comenzó a gritar al ver delante de ella a tan horrible hombrezuelo. No se aturdió el enano: con la rapidez del rayo la tomó del talle, y ya llegaban sus asquerosos labios a los de Kiichpam, cuando llegaron las esclavas, y a sus gritos acudió gente, que vio cómo la bella princesa se había desmayado en los brazos del monstruo.

Nadie podía dejar que se la llevara y menos que se cumpliera el mandato de los dioses. Y todos se precipitaron sobre él para arrancársela; pero el contrahecho retrocedió y les dijo:

–¡Atrás! ¡Soy el dueño del mundo! ¡Ella es mía..., mía...!

La gente acudió por todas partes y, en el momento en que iba a cogerle, el malvado lanzó el cántaro con tal fuerza que fue a dar al río y se produjo una terrible explosión que sacudió a más de diez ciudades.

Nadie supo luego nada de aquel pueblo...

Pasados los siglos, unos caminantes mayas dieron con una llanura y bajaron a ella. Por un camino arenoso y seco, en forma de serpiente, caminaron todo el día. Al caer la tarde se detuvieron, y un viajero muy

anciano se encontró con ellos y les informó que en el camino que habían traído existió un río, y les contó la historia.

Serpenteante era el camino, y, relacionándolo con el alma del enano, los caminantes llamaron al lugar, Bel-Can (camino de culebra).

Se establecieron allí y formaron otro pueblo, que fue creciendo prósperamente. Cuando los españoles, en son de conquista, pasaron por allá, les informaron que el poblado se llamaba Bel-Can y ellos pronunciaron Bécal, como se llama hoy día.

Curupí[24], el enano

(guaraní)

El enano Curupí, que tiene sus pies hacia atrás, sorprendió a un cazador extraviado que dormitaba bajo un árbol y le pidió:

–Dame tu corazón, tengo hambre.

El cazador le dio el corazón de un mono que acababa de matar. Lo devoró Curupí y dijo:

–Está bueno.

–Entonces –dijo el cazador–, debes darme el tuyo ahora.

Curupí, ingenuamente, tomó su hacha y se dio un golpe para abrirse el pecho. Cayó. El indio lo observó bien y, dándole por muerto, se alejó, alegre.

Pasó más de un año. Una noche se le ocurrió al cazador que los dientes de Curupí le servirían para hacerse un collar, y se dirigió al sitio donde lo dejara muerto. Allí lo encontró, siempre tirado. Levantó su hacha el hombre y dio un golpe en la quijada del monstruo para hacerle saltar los dientes. Pero lo único que consiguió fue despertarlo, porque Curupí es inmortal; su muerte es un sueño más o menos largo. Se levantó Curupí, y dijo al hombre:

–Gracias, amigo, por haberme despertado. Te pagaré el servicio que me has hecho regalándote esta flecha que no yerra tiro; pero no cuentes nada a tu mujer, porque ella lo contará a otros y en cuanto lo sepa otro hombre, te costará la vida. ¡Adiós!

[24] Genio protector de los bosques y los enamorados. *(N. del E.)*

Se fue Curupí, y el cazador probó su flecha en un urubú que pasaba volando. Tiró casi sin apuntar y el urubú cayó herido en el corazón.

Alegre, corrió a su casa y contó a su mujer lo sucedido, recomendándole el secreto. La mujer, a la mañana siguiente, aunque pidiendo secreto, lo contó a otras mujeres y éstas a sus maridos...

Cuando la mujer del cazador volvió a su choza, halló a éste muerto: tenía la flecha de Curupí clavada en el corazón, y no pudieron arrancársela de él, a pesar de que lo intentaron los hombres más fuertes de la tribu.

Curupí, amante

(guaraní)

Una mujer se halló sola de noche y perdida en el bosque. Rompió a llorar. Atraído por sus llantos, apareció Curupí. Le preguntó:

–¿Por qué lloras, linda muchacha?

Ésta se hincó ante él, suplicante:

–¡No me devores, Curupí! Soy viuda. No tengo más que a mi madre vieja. Si yo muero, ella morirá de hambre.

–Ven a mi casa –respondió Curupí–. Te juro que no te haré ningún mal.

La mujer aceptó. A la mañana siguiente, en la puerta del albergue de Curupí, halló un gran canasto con tapires, ciervos, pecaríes, agutíes y *tayasú güirás.*

Después Curupí la acompañó hasta la salida del bosque, la despidió besándole la mano, y le dijo:

–No temas por tu madre. Cada vez que necesites comida, búscame en la selva. No tienes más que tocar esta flauta –y le dio una flauta rústica.

La mujer se dirigió a su choza, contenta, pero al llegar la vio habitada por otras gentes.

–¿Y mi madre? –preguntó.

–¿Y tu madre? –le respondieron–. Tú la abandonaste y se murió de hambre.

–Pero si yo he estado sólo una noche fuera de casa.

–¡Qué dices! ¿Una noche? Hace un año que saliste. ¿Dónde has estado? Seguramente con Curupí, mírate los pies.

Y la mujer vio que tenía ella también los pies para atrás, como Curupí.

Desesperada, echó a correr hacia el bosque...

No se volvió a saber más de ella.

El hombre que se volvió pez

(pienegro)

Hace mucho tiempo, en las riberas del Gran Río, en Dakota, invernaban numerosos indios. Como había buena caza por los alrededores, los indios habían escogido aquel lugar para campamento de invierno. En este campamento vivía un anciano que no agradaba a la tribu. Aunque era atento y de buen corazón, era despreciado por todos menos por sus familiares. Un día, mientras pensaba en esto, el anciano decidió ir a hablarle al Gran Espíritu.

Era la costumbre en aquellos días que, cuando alguien deseaba comunicarse con los espíritus, marchaba a un apartado lugar, y allí estaba por tres días y tres noches. En la última noche el espíritu venía. Así es que el anciano subió las colinas y allí permaneció tres días y tres noches.

A la tercera noche el Espíritu se le apareció con la forma de un pez que tenía piernas y brazos. El anciano le contó sus penas y le pidió al Espíritu que le diera poder para vengarse de su tribu.

Después de una larga conversación, el Espíritu le dijo que marchara a su casa, y que siete días después de esa noche, fuera antes del alba a la orilla del río. Allí, le dijo, entraría en las aguas con él para ser convertido en un pez. Entonces podría realizar lo que quisiera.

El anciano regresó a su casa y contó a sus familiares cuanto le había ocurrido. Les dijo que estaba decidido a destruir la tribu entera, excepto sus familiares, y que fueran hasta el río, en la fecha acordada, para salvarles.

Antes del alba del séptimo día, el anciano se fue al río y allí encontró el Gran Espíritu. Lo siguió río adentro y pronto se halló convertido en un gran pez con piernas. Mientras más se movía, más largo y más largo se ponía, hasta que se quedó como un pez muy largo.

Entonces se arrastró y subió hasta la orilla del río, dobló su larga

cola y ésta llegó al campamento donde estaba la tribu. Cuando los indios vieron aquella larga y enorme cola se acobardaron, pero no pudieron salir de sus casas.

Entonces sus familiares se fueron a la orilla del río tal como se había acordado, y el gran pez los dejó pasar.

Así se salvaron estos pocos indios. El resto pereció, pues el gran pez con su larga cola los destrozó. Después el pez se transformó en una roca, y ésa es la larga piedra que se halla en cierto lugar del Gran Río, donde ocurrió la venganza del anciano burlado injustamente.

El hombre que se transformó en gallinazo

(chocó, Colombia)

Una vez era un hombre que había estado en una casa donde había chupado mucho. Cuando regresó a casa, castigó a su mujer y la mató. Tomó un poco de fuego consigo, abandonó a sus hijos y huyó al monte. Hizo un nuevo rancho en la cabecera para vivir en él. Con las flechas de su cerbatana, que envenenaba con el veneno de la rana *poyá*, mataba monos. Venían gallinazos a comer los restos de su caza. Al cabo de ocho días el hombre dijo:

–Si yo pudiese volar como vosotros, iría con vosotros.

Vino una mujer gallinazo y habló al hombre en esta forma:

–Vivo sola y pediré permiso a mi papá y a mi mamá, y si dicen que sí, volveré mañana.

Al día siguiente, muy de mañana, regresó la mujer gallinazo y lo elevó en los aires para mostrarle cómo podía llevarlo. Después volvió a dejarlo en su rancho. Al otro día volvió volando, cogió al hombre y voló con él. Ella le dijo que no abriera los ojos para que no se asustara cuando mirase hacia abajo. Voló con él dando vueltas y más vueltas, y le decía que el viento era muy fuerte y bueno. Ahora habían llegado a la casa de los gallinazos. Lo escondió y lo tapó bien. Por la tarde vinieron los hombres gallinazos y preguntaron a su madre:

–¿Qué cosa tan fragante hay aquí?

Ella contestó:

–No tengo nada que pueda comerse.

Al otro día, la madre y la hija fueron a bañarse. Al hombre le salieron plumitas como vellos por todo el cuerpo. Desde entonces se parecía enteramente a un gallinazo. A las ocho, el cuñado le dijo:

–Vamos a montear.

El hombre tenía miedo de bajar del cielo. Su cuñado le dijo:

–Me dejo caer, haz lo mismo.

El hombre se animó. Recibió un traje para volar.

Se fueron y, cuando estuvieron encima del cerro, el cuñado dijo al hombre:

–Cuando yo abra los brazos, tú tienes que hacer lo mismo, y así te caerás.

El hombre dijo después a su cuñado:

–Quiero ver a mis hijos.

Fue a verlos, y éstos estaban jugando en el río. Entonces descendió, se quitó su camisa y fue a verlos. Entonces les dijo:

–Hijos míos, yo me he vuelto gallinazo rey. En lo sucesivo, si veis un gallinazo manso, sabréis que soy yo.

Y se fue otra vez para no volver más.

La babosa que se convirtió en hombre

(iroqués)

En las orillas del río Missouri vivió cierta vez una babosa, muy contenta, porque encontraba allí abundante comida, y satisfacía todos los deseos que una babosa suele tener.

Pero el desastre la alcanzó un día. Las aguas del río crecieron y cubrieron las orillas, y a pesar de que el pequeño animalito se subió sobre un tronco, la corriente se los llevó a los dos, y así flotó sin socorro alguno durante varios días, hasta que las aguas cedieron y abandonaron a la pobre babosa en una ribera extraña toda cubierta del lodo que el río había dejado.

Agotada por el calor y medio ahogada por el fango, y hambrienta y sin alimentos, desesperada, la babosa se resignó con su suerte y se preparó a morir. Pero, de pronto, nuevos sentimientos la invadieron, y un

vigor renovado sostuvo su cuerpo. Abrió sus conchas; su cabeza poco a poco se elevó sobre el suelo; sus extremidades inferiores se le convirtieron en piernas y pies; dos brazos surgieron de sus costados, y en sus extremidades halló manos y dedos. Bajo la influencia de un sol benigno la babosa se convirtió en un hombre, alto y apuesto.

Por un rato, quedó asombrada del cambio. Al principio no tuvo energía ni pensamientos, pero poco a poco su cerebro entró en actividad y decidió regresar a su lugar nativo.

Desnudo e ignorante y medio muerto de hambre, el nuevo hombre comenzó a caminar hacia sus tierras. Por el camino halló bestias y aves que excitaban su apetito, pero, no sabiendo cómo capturarlos, su hambre no podía ser aplacada. Poco después, se sintió tan débil que rodó por el suelo casi desmayado, desesperado y pensando que iba a morir. No habían transcurrido unos breves instantes, cuando escuchó una voz que lo llamaba:

–¡Wasbashas! ¡Wasbashas...!

Miró a su alrededor y halló al Gran Espíritu, sentado sobre un animal blanco. Sus ojos eran como estrellas y sus cabellos brillaban como el Sol.

Temblando de pies a cabeza, Wasbashas inclinó su cabeza. No podía mirar hacia arriba. De nuevo la voz le habló en un tono suave:

–Wasbashas, ¿por qué te hallas aterrorizado?

–Estoy temblando –repuso Wasbashas–, porque estoy delante de quien me levantó de la Tierra. Pero estoy desmayado, no he comido nada desde que dejé mi cubierta de caracol en las orillas del río.

Entonces el Gran Espíritu cogió en sus manos un arco y unas flechas. Y diciéndole que se fijara bien, puso una flecha en el arco, la lanzó al aire y tumbó un pájaro, que cayó muerto al suelo. Al momento apareció un venado, y el Gran Espíritu le lanzó una flecha que lo atravesó.

–Aquí tienes tu comida, y éstas son tus armas –le dijo, y le entregó a Wasbashas el arco y las flechas.

El Gran Espíritu le enseñó entonces a quitarle la piel al venado y a prepararla como abrigo.

–Estás desnudo y necesitas de un vestido para cuando vengan la lluvia y la nieve.

Después de dicho esto, le enseñó al hombre cómo hacer fuego y cómo asar la carne del venado y del pájaro. Después puso sobre su cuello un collar de conchas de mejillones y le dijo:

–Este collar es el título de autoridad que te doy sobre todas las bestias.

Dicho esto, el Gran Espíritu se elevó por el aire y desapareció. Wasbashas se reconfortó con la comida y después siguió su camino, hasta llegar a la tierra natal.

El cenote de la gallina negra

(maya)

Un día una muchacha india fue por agua al cenote, y en los momentos en que hacía descender su cubo, vio cruzar por el centro del depósito una gallina negra seguida de sus polluelos que eran blancos. Cruzaba las aguas caminando sobre ellas... Violentamente quiso retirar su cubo, pero ya no pudo, pues una mano como de fuerza superior a su voluntad sintió que la retenía, de tal modo que tuvo que soltar la cuerda que sostenía, en tanto que en la caverna comenzó a soplar un fuerte ventarrón...

La mujer logró salir llena de espanto y corrió al pueblo, y al primer hombre con que tropezó le narró, azorada, la aventura. El otro no le dio importancia al hecho creyendo que simplemente se trataba de una gallina extraviada, aunque ella le hacía notar el caso extraordinario de haberla visto caminar sobre las aguas...

–Pues si quieres –contestó el hombre para dárselas de guapo–, yo iré a buscar la gallina negra y tendré mucho gusto en ofrecértela.

La mujer trató de disuadirlo, pero insistió el hombre dirigiéndose al cenote, resuelto a coger la gallina negra...

Pero como transcurriera mucho tiempo sin haber vuelto, registróse el cenote, aunque fue en vano, pues no se hallaron sus huellas. Pero el adivino del lugar expresó su creencia de que el hombre seguramente vivía en la caverna, secuestrado por algún mal espíritu... Dispuso que se hicieran las invocaciones a los vientos y que se preparase el *kex* para ofrecerlo a cambio de la restitución del desaparecido.

Entiéndese por kex, en idioma de indios, «cambio», y consiste en comidas especiales que se preparan mediante el sacrificio de algunos animales, para ofrecer al espíritu que se invoca. Dichas comidas dispónense en un altar cerca del lugar de la invocación y no pueden ser

tocadas por hombre alguno. Los alimentos así dispuestos han de consumirse por sí solos, lo que es el mejor indicio de que el espíritu invocado está propicio...

Se dispuso, pues, el kex cerca del cenote, se hicieron las ceremonias, se dejaron las comidas abandonadas en aquel lugar, y cuando al siguiente día se vio que habían desaparecido, entonces se conjeturó que los vientos habían aceptado la ofrenda, y el hechicero pudo anunciar que la gallina negra no era otra que el monstruo Kakazik, en forma de viento malo, el cual, irritado seguramente por la temeraria intención de aquel que había pretendido atraparla, lo había capturado y por castigo lo tendría oculto en el cenote... Dijo que los vientos buenos, a quienes se había ofrecido el kex, se mostraban anuentes en ayudar a recuperar al capturado, y para el caso se designó al nadador más experto y resuelto, para que intentara su rescate... Lo instruyó el adivino haciéndole conocer las palabras que habría de pronunciar en los momentos de peligro, y diole la piedra *zaztún,* o sea, la piedra de virtudes mágicas.

Y he aquí lo que ocurrió con el hombre que se aventuró a tal empresa.

Entró a la caverna mas no vio ninguna gallina, ni nada extraordinario... Arrojóse entonces resueltamente a las aguas, hasta nadar bajo las mismas con el zaztún sujeto entre los dientes. Y nadando, nadando, pudo llegar hasta un enorme hueco que había bajo las aguas, perforado en las paredes de la caverna... Pero el hueco estaba cerrado por el cuerpo de una enorme tortuga, inmóvil allí, al parecer para impedir el paso.

Al ver al hombre, la tortuga salió de su inmovilidad y, furiosa, trató de acometerlo, pero pronunció aquél las palabras mágicas que había aprendido y golpeó con la piedra la cabeza del animal, el cual, como movido por una mano invisible, hizo un movimiento y quedó tendido boca arriba, que es como se inutiliza a las tortugas. Sin embargo, le dijo:

–Traté de acometerte, porque yo soy el guardián de este cenote, pero tú puedes pasar, pues vienes armado de las armas que te hacen invulnerable... Entra y verás en el interior de este gran hueco a varios animales que querrán devorarte, pero que no harán tal cuando les muestres el zaztún... Pregúntales por Kakazik, que es el Viento Malo, y él te dará razón de la persona a quien buscas.

Quedó franco el paso y el hombre se adelantó por el hueco hasta llegar al lugar en donde vio, en efecto, muchos disformes animales pululando sobre la superficie de las aguas y sobre las paredes de la caverna, y los cuales no eran otra cosa que vientos menores... Comenzaron

a revolverse como queriendo atacar al intruso, pero éste los calmó con la piedra mágica, y preguntándoles por Kakazik, lo llevaron a su presencia...

Irritóse el Viento Malo al ver al hombre, pero éste hizo los conjuros, logró golpearlo con el zaztún, y le explicó los motivos que lo habían inducido a llegar hasta allí; y aunque todavía enojado, Kakazik entró en plática con él.

–La persona a quien buscas –le dijo– está en mi poder. Cometió una torpe imprudencia al pretender atrapar a la gallina negra, pues es como si me hubiese querido atrapar... Eso lo castigo con la muerte, pero aún vive esa persona y voy a entregártela, pero esto no impedirá el castigo, porque ya me pertenece... Ve a buscarla, la hallarás en aquel hoyanco del fondo, perdido el conocimiento, pero la tocarás con el zaztún y volverá en sí... Podrás llevártela, pero tendrá que morir dentro de poco, y no sólo ella sino también la mujer que habiendo visto la gallina negra fue a contarlo, siendo la causa de que el otro se aventurase a venir hasta aquí.

Efectivamente, en el hoyanco se encontraba exánime el infeliz, pero volvió en sí al sentirse tocado por la piedra sagrada y salió del cenote juntamente con su salvador... Al salir el hombre rescatado vino la gallina negra, que, caminando, atravesaba las aguas seguida de sus polluelos. No la vio, afortunadamente, pues de haberla visto hubiera también perecido, pues es fama que es muy difícil sobrevivir a esa visión.

Los dos hombres contaron lo que le había acontecido a cada quien, pero tanto el temerario que intentó apoderarse de la gallina como la muchacha se sintieron poco después atacados del mal de viento, o como dicen los indios, de Kakazik, del cual perecieron ambos el mismo día.

Mitos del agua

(incas)

El agua toma figura humana tan viva y graciosa que a veces confunde a los propios hombres.

En Chiquián, Ancash, la laguna de Yarpín, se apareció a un cazador en la forma de una muchachita que sostenía con una mano un cuenco de oro y con la otra un peine, también de oro. Llenó con agua el cuenco

y con el peine se puso a ordenar su larga cabellera; luego invitó al cazador a bajar al fondo del agua, en donde todo era de oro.

El agua se estremece también con enconos y amores. La laguna de Sausagocha montó una vez su caballo blanco y armada de brillante espada, guerreó con el lago Guallasgón. En San Marcos, las lagunas Antamina y Condorgocha se casaron. El Arco del Cielo las casó; los cerros más altos inclinaron sus cabezas para que el arco pasara sin quebrarse.

En Ticlacayón, Junín, se puede oír contar la historia de una fuente que se enamoró de un pastor. El agua cuidaba la choza y la comida del joven mientras éste conducía sus animales hacia los fríos prados de la cordillera. Deseoso de penetrar el misterio, esperó escondido y pudo ver cómo salía del manantial una niña que enderezaba hacia él sus menudos pasos. Entonces le salió al encuentro y preguntó: «¿Quién eres?». Dijo ella: «Soy la fuente», y se quedó a vivir con el pastor.

Madre de Agua I

(indios colombianos)

En las corrientes de los ríos de Tolima se escucha un murmullo plañidero, se percibe una especie de alucinación, algo que es como el influjo misterioso de la inmensidad, creando en la mente de nuestros abuelos esa creencia en seres sobrenaturales (...). Ellos llamaban y aún llaman Madre de Agua a ese influjo que ejercen sobre ellos las grandes corrientes, la belleza y profundidad de las aguas explayadas, el hechizo y bonanza de las fuentes dormidas, y le dan forma física y lo rodean de relatos y leyendas que vienen a ser para ellos ciertas.

Es una niña muy linda, de cabellos áureos y fulgurantes, casi blancas; sus ojos son grises, claros como dos gotas de agua del más puro manantial, parece un ángel de lo puro bella. Pero en el fuego de sus ojos hay hipnotismo, una fuerza de atracción que es imposible resistir; el único defecto en su angelical figura es que tiene la característica de tener los piesecitos volteados hacia atrás, por lo cual deja los rastros en dirección contraria a la que ella sigue. Persigue únicamente a los niños, sabre los cuales ejerce una influencia perniciosa. Se puede decir que hay niños que nacen con esa «ilusión», predispuestos a la persecución

de la Madre de Agua, y desde bebés son atraídos y molestados por ella. El niño perseguido por la Madre de Agua habla siempre de una niña linda que lo llama; sueña con ella, se despierta asustado y vive predispuesto siempre a ausentarse solo, atraído par algo extraño. Cuando se le lleva a la orilla de las aguas se le ve intranquilo, cree ver flores muy bellas flotando en la superficie; se abalanza sobre lo que cree ver dentro del agua e insiste en que tiene que irse, pues una niña lo llama con sus blancas manecitas; le da fiebre y diarrea, y la conmoción lo enferma perniciosamente, y muchas veces muere, fuèra de otras, en que, por un ligero descuido, se pierde o se ahoga, raptado por la Madre de Agua.

Madre de Agua[25] II

(indios brasileños)

Era un hombre muy pobre. Entonces, siempre que él iba a la roca, encontraba a la Madre de Agua sentada en una piedra a la orilla del río, con los cabellos sueltos. Un día, él fue bien despacio y la agarró por la espalda. Después de un trabajo enorme, consiguió llèvarla a casa y se casó con ella. Pero ella le recomendó, antes de casarse, que nunca maldijera a la gente de abajo del agua. Desde el día en que el hombre se casó con la Madre de Agua, las cosas comenzaron a marcharle tan bien que era de admirar. Hizo una casa de altos muy linda, tuvo muchos esclavos, mucho ganado y muchas tierras. Al comienzo vivió en armonía con su mujer, pero cuando ella tuvo ganas de irse, comenzó a aborrecerlo todos los días, por todos los medios y modos. La casa estaba

[25] En Brasil, Olavo Bilac recogió un mito de idéntica agresividad para con el ser humano. En esta ocasión no persigue niños, sino hombres y mujeres. Se la denomina «La Yara».

Es una ninfa de las aguas, tanto mujer como hombre: mujer para seducir a los hombres, y hombre para seducir a las mujeres. Quien al desgaire se mira en el espejo del río o de la laguna, ve a La Yara, en su radiante hermosura. Ella abre los brazos, en pérfida invitación. La víctima es atraída y llevada al fondo de su palacio encantado, y ella la mata en las funestas nupcias. *(N. del C.)*

siempre desarreglada y sin barrer, la comida mal hecha, los niños andaban sucios y no escuchaban sus consejos ni los criados le obedecían. Había un desorden tal en la casa que hasta daba miedo. Todo sólo para hacer que él se enojara. Un día el hombre no pudo aguantar más callado aquel infierno y, enojado con tanta mortificación, dijo bien bajito:

–¡Maldigo a la gente de abajo del agua!

Al mismo instante, la moza levantóse de la silla donde estaba sentada, y él oyó un estampido muy fuerte, «¡traco!», abriéndose un enorme agujero en el medio de la sala. Ahí, ella se puso a cantar:

Mi gente toda,
lo que ocurrió es «de rechupete»;
vamos todos a irnos.

Y esta vez, todos los que estaban dentro de la casa, hijos, esclavos y sirvientes, fueron arrimándose a la orilla del pozo y cayendo dentro de él. Cuando acabó de caer aquel montón de gente, ella cantó:

¡Este dinero todo!, etcétera.

El dinero que había en la casa, monedas de oro, de plata y de cobre, se fue cayendo al pozo: «¡Tlin!, ¡tlin!». Después cantó:

Estos bichos todos, etcétera.

Allá van los bueyes, vacas, chanchos, corderos, gallinas, todo cuanto era animal, en fin. Ahí ella cantó:

Estos trastos todos, etcétera.

Se fueron todos los muebles, lozas, baúles y otros trastos. Por último ella cantó:

También esta *casa, etcétera.*

La casa cayó al pozo y ella cayó detrás de la casa. Todo se transformó en suelo, desapareciendo el pozo. El hombre quedó pobre, como lo era antes.

Fuentes

La creación de los dioses, la Tierra y el hombre

Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, edición Caecilie Seler-Sach, Stuttgart 1927, e *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, vol. III, edición Joaquín Mortiz, en Nueva colección de documentos para la historia de México, Imprenta de F. Díaz de León, 5 vols., 1886-1892, citados en Walter Krickeberg, *Mitos y leyendas de los aztecas, incas, mayas y muiscas*.

La creación del mundo, de los animales, de las plantas y del primer hombre

Popol Vuh. Las antiguas historias del quiché, edición de Adrián Recinos, Casa de Las Américas, La Habana 1969.

La creación del segundo hombre

Popol Vuh. Las antiguas historias del quiché, ed. cit.

La creación I

Pedro Simón, *Noticias historiales*, vol. II, Ministerio de Educación Nacional, Ediciones de la revista *Bolívar*, Bogotá 1953, cit. en Walter Krickeberg, *Mitos y leyendas de los aztecas...*

La creación II

Bernardino de Sahagún, ob. cit., cit. en Walter Krickeberg, *Mitos y leyendas de los aztecas...*

La creación III

Relación de la religión y ritos del Perú, hecha por los primeros religiosos agustinos, Colección de documentos inéditos... del Real Archivo de Indias, vol. II, Madrid 1865, cit. en Walter Krickeberg, *Mitos y leyendas de los aztecas...*

La creación IV

Pedro Simón, ob. cit., cit. en Walter Krickeberg, *Mitos y leyendas de los aztecas...*

La creación de la Tierra I

En aquellos mitos, como en éste, donde no aparece la fuente se debe a que el traductor o el recopilador no lo hizo constar.

La creación de la Tierra II

Traducción del inglés de Samuel Feijóo del mito recogido en Ellen Russell Emerson, *Indian Myths. Legends, Traditions...*, Trübner, Londres 1884.

La creación de la Tierra III

Traducción del inglés de Samuel Feijóo del mito recogido en Ellen Russell Emerson, ob. cit.

Cosmogonía (Los dioses, Los bacab, Los arbolarios)

Miguel Ángel Espino, *Mitología de Cuscatlán*, Ministerio de Cultura, San Salvador 1955.

La creación del cielo, la Tierra y el inframundo

Juan Requejo Salcedo, «Relación histórica y geográfica de la provincia de Panamá», 1640, págs. 3-136 de *Colección de libros y documentos referentes a la historia de América*, vol. I, Librería General de Victoriano Suárez, Madrid 1908, cit. en Walter Krickeberg, *Mitos y leyendas de los aztecas...*

La matriz del mundo

No consta la fuente.

La creación del mundo I

Versión castellana de Demetrio Sodi, utilizando la versión paleográ-

fica maya de Roys del *Chilam Balam de Chumayel*, en *Study of Maya Colonial Documents*, Carnegie Institution of Washington, Year Book, Washington 1935.

La creación del mundo II

Recogido por Hugo Niño.

La creación del mundo III

No consta la fuente.

Mito de Quetzalcóatl

Alfonso Caso, *El pueblo del Sol*, Fondo de Cultura Económica, México 1953.

Con, dios creador

Francisco López de Gomara, *Historia general de las Indias*, en Enrique de Vadía, *Historiadores primitivos de Indias*, vol. II, Rivadeneyra, Madrid 1852-1853, cit. en Walter Krickeberg, *Mitos y leyendas de los aztecas...*

La creación del mundo y el hombre I

Antonio de la Calancha, *Crónica moralizada del orden de san Agustín en el Perú*, Barcelona 1638, cit. en Walter Krickeberg, *Mitos y leyendas de los aztecas...*

La creación del mundo y el hombre II

George B. Grinnell, *Blackfoot Lodge Tales*, Nueva York 1916, cit. en José Alcina, *Floresta literaria de la América indígena.*

La creación de los hombres

José María Arguedas, *Mitos, leyendas y cuentos peruanos*, Lima 1947.

La creación del hombre I

Histoyre du Mechique. Manuscrit Française inédit du XVIème siècle, publicado por Edouard de Jonghe, *Journal de la Société des Americanistes de Paris*. N. S., vol. II, París 1905, cit. en Walter Krickeberg, *Mitos y leyendas de los aztecas...*

La creación del hombre II

Memorial de Sololá, *Anales de los cakchiqueles*, Edición Casa de Las Américas, La Habana 1972.

La creación y decadencia del hombre

No consta la fuente.

La creación del hombre por el coyote

No consta la fuente.

La creación de la mujer

Julia Krenov, *Legends from Alaska. Journal de la Société des Americanistes de Paris*, N. S., vol. XL, París 1951, cit. en José Alcina, *Floresta Literaria...*

La creación del fuego y nuevo origen del hombre

Historia de los mexicanos por sus pinturas, ed. cit., e *Historia de los reynos de Colhuacán y de México*, Traditions des Anciens Mexicains, publicado por Walter Lehmann, *Journal de la Société des Americanistes*, N. S., vol. III, París 1906, cit. en Walter Krickeberg, *Mitos y leyendas de los aztecas...*

La creación del diablo

Traducción del inglés de Samuel Feijóo del mito recogido en Ellen Russell Emerson, ob. cit.

El nacimiento del diablo

Bernardino de Sahagún, ob. cit., vol. I, cit. en Walter Krickeberg, *Mitos y leyendas de los aztecas...*

Las maldades del diablo

Traducción del inglés de Samuel Feijóo del mito recogido en Ellen Russell Emerson, ob. cit.

La primera batalla entre el Bien y el Mal

Traducción del inglés de Samuel Feijóo del mito recogido en Ellen Russell Emerson, ob. cit.

Los cielos

Historia de los mexicanos por sus pinturas, ed. cit., cit. en Walter Krickeberg, *Mitos y leyendas de los aztecas...*

Los cuatro cargadores del cielo

Diego de Landa, *Relación de las cosas de Yucatán*, introducción y notas por Héctor Pérez Martínez, Editorial Pedro Robredo, México 1938, cit. en Walter Krickeberg, *Mitos y leyendas de los aztecas...*

El origen del Sol

Johannes Wilbert, *Textos folklóricos de los indios waraos*, Latin American Center, University of California, Los Angeles 1969.

La muerte del cielo y del hombre

Historia de los mexicanos por sus pinturas, ed. cit., cit. en Walter Krickeberg, *Mitos y leyendas de los aztecas...*

El dios Oba, su hijo el Sol, la creación del mundo, del árbol que llegó al Sol, de los hombres y relato de los amores entre la Luna y el Sol

No consta la fuente.

La creación de soles y gigantes

Anales de Cuahutitlán, Instituto de Historia, *Códice Chimalpopoca. Anales de Cuahutitlán, y leyendas de los soles*, traducción directa del nahuatl de Feliciano Vázquez, Imprenta Universitaria, México 1945, cit. en Walter Krickeberg, *Mitos y leyendas de los aztecas...*

La creación de los gigantes

Pedro de Cieza de León, «La crónica del Perú», en Enrique de Vedía, *Historiadores primitivos de Indias*, vol. II, Rivadeneyra, Madrid 1877, cit. en Walter Krickeberg, *Mitos y leyendas de los aztecas...*

El dios maya

Diego López Cogolludo, *Historia de Yucatán*, vol. III, Edición de la Comisión de Historia, Campeche 1954, cit. en Walter Krickeberg, *Mitos y leyendas de los aztecas...*

Los dioses de los indios nicaragüenses

Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, *Historia general y natural de las Indias*, vol. IV, Imprenta de la Real Academia de Historia, Madrid 1851-1855, cit. en Walter Krickeberg, *Mitos y leyendas de los aztecas...*

El dios Quetzalcóatl

Histoyre du Mechique, ed. cit., cit. en Walter Krickeberg, *Mitos y leyendas de los aztecas...*

Huitzilopuchtli

No consta la fuente.

Quetzalcóhualtl

No consta la fuente.

Las diosas Toci

Códice Ramírez, en Agustín Yánez, *Mitos indígenas*.

La cabeza de Incardi

José M. Arguedas, *Mitos, leyendas y cuentos peruanos*, Casa de la Cultura del Perú, Lima 1947.

El origen de las estrellas

Recogido por Ernesto Morales.

Los muertos en el Sol

Bernardino de Sahagún, ob. cit., vols. I y II, cit. en Walter Krickeberg, *Mitos y leyendas de los aztecas...*

El mensajero del Sol

José M. Arguedas, ob. cit.

El Sol enlazado

Traducción del inglés de Samuel Feijóo del mito recogido en Ellen Russell Emerson, ob. cit.

El viento que hizo mover al Sol

Bernardino de Sahagún, ob. cit., vol. II, cit. en Walter Krickeberg, *Mitos y leyendas de los aztecas...*

La creación de la Luna

P. Reinburg, «Légendes des Záparos de Cururay et de Canelos», *Folklore Amazonien*, en *Journal de la Société des Americanistes de Paris*, N. S., vol. XIII, París 1921, cit. en José Alcina, *Floresta indígena...*

El Sol y la Luna I

Recogido por Karsten.

El Sol y la Luna II

Bernardino de Sahagún, ob. cit., vol. II, cit. en Walter Krickeberg, *Mitos y leyendas de los aztecas...*

El hijo del Sol

Pedro Simón, ob. cit., cit. en Walter Krickeberg, *Mitos y leyendas de los aztecas...*

Los hijos del Sol

Antonio de la Calancha, ob. cit., cit. en Walter Krickeberg, *Mitos y leyendas de los aztecas...*

El inca Yupanqui y el dios del Sol

Cristóbal de Molina, «Relación de las fábulas y ritos de los ingas», *Revista Chilena de Historia y Geografía*, año III, vol. V, Santiago 1913, cit. en Walter Krickeberg, *Mitos y leyendas de los aztecas...*

El pastor y la doncella hija del Sol

Martín de Morúa, *Los orígenes de los incas*, Crónica sobre el antiguo Perú, escrita en el año 1590, Lima 1946, cit. en Walter Krickeberg, *Mitos y leyendas de los aztecas...*

La Luna y el Sol dan origen al Imperio Inca

José M. Arguedas, ob. cit.

La Luna y las estrellas

Antonio de la Calancha, ob. cit., cit. en Walter Krickeberg, *Mitos y leyendas de los aztecas...*

El montón de estrellas

Popol-Vuh, Manuscritos de Chichicastenango, edición de Sánchez y Guise, Guatemala 1927, cit. en Walter Krickeberg, *Mitos y leyendas de los aztecas...*

El diluvio I

No consta la fuente.

El diluvio II

Francisco de Ávila, «A Narrative of the Errors, False Gods, and Other Superstitions and Diabolical Rites in which the Indians of the Province of Huarochiri Lived in Ancient Times», págs. 123-171, en *Narratives of the Rites and Laws of the Yucas*, reimpreso en Nueva York 1873, cit. en Walter Krickeberg, *Mitos y leyendas de los aztecas...*

El invierno y la primavera

Traducción del inglés de Samuel Feijóo del mito recogido en Ellen Russell Emerson, ob. cit.

El agua de la vida

Traducción del inglés de Samuel Feijóo del mito recogido en Ellen Russell Emerson, ob. cit.

Viaje al infierno

Popol Vuh, Manuscritos de Chichicastenango, ed. cit., y Bernardino de Sahagún, ob. cit., vols. III, V, VII y VIII, cit. en Walter Krickeberg, *Mitos y leyendas de los aztecas...*

La adopción de la raza humana

John R. Swanton, *Myths and Tales of the Southeastern Indians*, Smithsonian Institution, *Bureau of American Ethnology, Bulletin*, 88, Washington 1929, cit. en José Alcina, *Floresta literaria...*

El crimen de Giayalael

No consta la fuente.

El origen de los indios nishinam

Traducción del inglés de Samuel Feijóo del mito recogido en Ellen Russell Emerson, ob. cit.

El origen de las tribus

Manuel J. Andrade, *Quileute Texts*, Columbia University Press, Nueva York 1931, cit. en José Alcina, *Floresta literaria...*

El origen de las tres razas

Traducción del inglés de Samuel Feijóo del mito recogido en Ellen Russell Emerson, ob. cit.

El Doctor de la Tierra creó cuatro razas humanas

Traducción del inglés de Samuel Feijóo.

Monaira Jitoma, el socorro de su pueblo

Recogido por Hugo Niño.

El origen de la langosta

Luis Rosado Vega, *El alma misteriosa del mayab*, Ed. Botas, México 1954.

El origen de la luciérnaga I

Recogido por Ernesto Morales.

El origen de la luciérnaga II

Versión de Fariña Núñez.

El origen del sapo

Versión de Fariña Núñez.

El origen del mono I

Versión de Oriol Solé Rodríguez.

El origen del mono II

Versión de Teresa Lamas.

El origen del mono *pwácari*

Lubio Cardozo, *Cuentos indígenas venezolanos*, Universidad de los Andes, Mérida 1968.

El origen del venado I

Relación de Michoacán: Relación de las ceremonias y ritos y... de la provincia de Michuacán, hecha al señor don Antonio de Mendoza, virrey y gobernador de esta Nueva España, por S. M. (?) G. Morelia, 1903, cit. en Walter Krickeberg, *Mitos y leyendas de los aztecas...*

El origen del venado II

Jorge Basadre, *Azucenas quechuas. Literatura inca*, París 1938, cit. en José Alcina, *Floresta literaria...*

El origen de los tigres

Lubio Cardozo, *Cuentos indígenas venezolanos*, ed. cit.

El origen de los pájaros

No consta la fuente.

El origen del petirrojo

Traducción del inglés de Samuel Feijóo del mito recogido en Ellen Russell Emerson, ob. cit.

El origen del cardenal

Elsie E. Medina, *El alma de Campeche en la leyenda maya,* México, D. F. 1947.

El origen de la paloma blanca

Ernesto Morales, *Leyendas guaraníes*, Ediciones Futuro, Buenos Aires 1960.

El origen de la garza blanca

No consta la fuente.

El origen del pájaro urutaú

Ernesto Morales, *Leyendas guaraníes*, ed. cit.

El ave chajá

Ernesto Morales, *Leyendas guaraníes*, ed. cit.

El origen del halcón wyrohueté

Recogido por Nimuendajú.

El origen de los buitres

Rosado Vega, ob. cit.

Yóii, el padre de los frutos y de los peces del río

Lubio Cardozo, *Cuentos indígenas venezolanos*, ed. cit.

El origen de los frutos

Lubio Cardozo, *Cuatro cuentos de los indios cariñas*, Edición Axial, Venezuela 1966.

Can-Tim, el creador de la yuca

Lubio Cardozo, *Cuentos indígenas venezolanos*, ed. cit.

La creación del maíz

Histoyre du Mechique, ed. cit., cit. en Walter Krickeberg, *Mitos y leyendas de los aztecas...*

El pájaro dziú salva el maíz

Luis Rosado Vega, ob. cit.

La creación del algodón

C. Loukotka, *Nouvelle Contribution a l'étude de la vie et du langage des Kaduveo. Journal de la Société des Americanistes de Paris*, N. S., vol. XXV, París 1933, cit. en José Alcina, *Floresta literaria...*

El fruto que da olvido a amores

Versión de Oriol Solé Rodríguez.

La abuela de la hierba mate (Caá-Yarí)

Versión de Valdovinos.

El árbol izapí

Recogido por Ernesto Morales.

Mitos sobre el origen del fuego (coleccionados por Frazer)

América del Sur

1. W. B. Grubb, *An Unknown People in An Unknown Land*, Londres 1911.

2. K. von den Steinen, *Unter den Naturvoelkern Zentral-Brasiliens*, Berlín 1894.

3. Curt Nimuendajú, *Sagen der Tembé-Indianer. Zeitschrift für Ethnologie*, vol. XLVII, 1915.

4. Theodor Kock Grünberg, *Vom Roroima zum Orinoco*, vol. IX, parte II, University of Pennsylvania, Anthropological Publications, Berlín 1916-1917.

5. W. E. Roth, *An Inquiry into the Animism and Folklore of the Guiana Indians. Thirtieth Annual Report of the Bureau of American Ethnology*, Washington 1915.

6. Rafael Karsten, *Mitos de los indios jíbaros del oriente del Ecuador. Boletín de la Sociedad Económica de Estudios Americanos*, vol. I, 1919.

América del Norte

1. K. Th. Preuss, *Die Nayarit Expedition*, vol. I, Leipzig 1912.

2. Matilda C. Stevenson, *The Sia. Eleventh Annual Report of the Bureau of Ethnology*, Washington 1884.

3. Mayor E. Backus, «An Account of the Navajoes of New Mexico», en H. R. Schoolcraft, *Indian Tribes of the United States*, Philadelphia 1853.

4. Frank Russel, *Myths of the Jicarillas Apaches. Journal of the American Folk-lore*, vol. XI, Washington 1898.

5. John R. Swanton, *Myths and Tales of the Southeastern Indians, Bureau of the American Ethnology, Bulletin* 88, Washington 1921.

6. John R. Swanton, ob. cit.

7. George, B. Grinnell, *Some Early Cheyenne Tales, Journal of the American Folk-lore*, vol. XX, 1907.

8. François-Vincent Badin, *La Propagation de la Foi. Annales de l'Asociation...*, vol. IV, París 1830.

9. James Monney, *Myths of the Cherokee. Nineteenth Annual Report of the Bureau of American Ethnology*, vol. I, Washington 1915.

10. Stephen Powers, *Tribes of California, Contributions to North American Ethnology*, vol. III, Washington 1877.

11. Stephen Powers, ob. cit.

12. Roland B.Dixon, *Maidu Myths, Bulletin of the American Museum of Natural History*, vol. XVII, parte II, Nueva York 1902.

13. George Hunt, «Myths of the Nootka», en *Tsimshian Mythology*, de Frank Boas, *Thirty-First Annual Report of the Bureau of American Ethnology*, Washington 1916.

14. Frank Boas, *Indianische Sagen. Von der Nord Pazifischan Küste Amerikas*, Berlín 1895.

15. Frank Boas, ob. cit.

16. James Teit, «The Lilloet Indians», en *The Jesup North Pacific Expedition*, vol. VIII, parte II, Leyden-Nueva York 1912.

17. Frank Boas, ob. cit.

18. Marian K. Gould, «Sampoil Tales», en *Folk-Tales of Sahaptin Tribes*, editado por Frank Boas.

América Central

La creación del fuego

Juan de Torquemada, *Primera, (...), tercera partes de los veinte i un libros rituales y monarchia indiana... distribuydos en tres tomos*, Edición Nicolás Rodríguez Franco, Madrid 1723, cit. en Walter Krickeberg, *Mitos y leyendas de los aztecas...*

La lagartija, el tigre y el fuego

H. Wassen, *Mitos y cuentos de los indios cunas. Journal de la Société des Americanistes de Paris*, N. S., vol. XXII, París 1934, cit. en José Alcina, *Floresta Literaria...*

El origen del fuego I

José María Reverté, *La literatura de los indios cunas*, Primer premio Ensayo, concurso Miró 1967, Panamá 1968.

El origen del fuego II

George M. Dawson, *Report on the Queen Charlotte Islands*, Montreal 1878, cit. en José Alcina, *Floresta literaria...*

El origen del fuego III

Johannes Wilbert, ob. cit.

El origen de la noche

No consta la fuente.

El origen de las piedras

Traducción del inglés de Samuel Feijóo.

El origen del vino

Histoyre du Mechique, ob. cit., cit. en Walter Krickeberg, *Mitos y leyendas de los aztecas...*

El origen de la sal

No consta la fuente.

El origen del mar

Lubio Cardozo, *Cuatro cuentos de los indios cariñas*, ed. cit.

El origen del trabajo

Lubio Cardozo, *Cuatro cuentos de los indios cariñas*, ed. cit.

El origen de la guerra I

Traducción del inglés de Samuel Feijóo del mito recogido en Ellen Russell Emerson, ob. cit.

El origen de la guerra II

Historia de los mexicanos por sus pinturas, ed. cit., vol. III, cit. en Walter Krickeberg, *Mitos y leyendas de los aztecas...*

El origen del verano

Traducción del inglés de Samuel Feijóo del mito recogido en Ellen Russell Emerson, ob. cit.

La piedra de Callca

José M. Arguedas, ob. cit.

La piedra de la laguna

José M. Arguedas, ob. cit.

Montes que se casan y piedras que hablan

Versión al castellano de Arturo Jiménez Borja.

El cerro de Oyocco

José M. Arguedas, ob. cit.

Anchicara y Huaillama

Resumen y traducción de un fragmento del *Códice de Francisco de Ávila* por Jesús Lara, cit. en *La literatura de los quechuas*, Ediciones Canelas, Cochabamba 1960.

Las islas de Pachacamac

José M. Arguedas, ob. cit.

Sinulú

Gusinde, *Die Fenerland-Indianer...*, vol. II, págs. 1209-1214, *Mödling bei Wien, 1937*, cit. en Lehmann-Nitsche, *El gigante de piedra en la Tierra del Fuego y Norteamérica.*

Tawiskaron

Hewitt, «Troquoian Cosmology», en *Annual Report of the Bureau of American Ethnology*, vol. XXI (1899-1900), págs. 294-295, Washington 1903, cit. en Lehmann-Nitsche, *El gigante de piedra...*

Sus-ten-ha-nah

Beauchamp, «Onondaga Tales», en *Journal...*, vol. II, págs. 264-265, cit. en Lehmann-Nitsche, *El gigante de piedra...*

Nûñ yunu'wi

Mooney, «Myths of the Cherokee», en *Annual Report...*, vol. XIX (1897-1898), págs. 319-320..., 1900, cit. en Lehmann-Nitsche, *El gigante de piedra...*

El gigante de piedra

Mathews, «Navaho Legends», en *Memoirs of the American Folklore Society*, vol. V, 105, págs. 232-233, Boston y New York 1897, cit. en Lehmann-Nitsche, *El gigante de piedra...*

El dios del cielo y sus rebeldes hijos

Bertha Koessler, *Cuentan los araucanos*, Buenos Aires 1954.

Yum Chaac castiga a sus hijos

Luis Rosado Vega, ob. cit.

Tepozton, hijo de un dios, matador del gigante

No consta la fuente.

Kuniraya y Kahuillaca

Resumen y traducción de un fragmento del *Códice de Francisco de Ávila* de Jesús Lara.

Kuniraya y el inca Huaina-Chapac

Resumen y traducción de un fragmento del *Códice de Francisco de Ávila* de Jesús Lara.

Llujllayhuancupa

Resumen y traducción de un fragmento del *Códice de Francisco de Ávila* de Jesús Lara.

Ni-ni-bo-sho

Traducción del inglés de Samuel Feijóo del mito recogido en Ellen Russell Emerson, ob. cit.

Ni-ni-bo-sho cazador

Traducción del inglés de Samuel Feijóo.

El banquete que Ni-ni-bo-sho dio a los animales

Traducción del inglés de Samuel Feijóo del mito recogido en Ellen Russell Emerson, ob. cit.

La huida de los abismos

No consta la fuente.

El huerto de la tumba

No consta la fuente.

La reina de los abismos

No consta la fuente.

Las doncellas del maíz

No consta la fuente.

Hiawatha y el hombre serpiente

No consta la fuente.

La proeza del cuervo

No consta la fuente.

El espíritu del búfalo

No consta la fuente.

La danza dentro del pez

No consta la fuente.

Los animales de piedra

No consta la fuente.

El dominio de Uallallo

Francisco de Ávila, ob. cit., cit. en Walter Krickeberg, *Mitos y leyendas de los aztecas...*

El combate de Pariacaca y Uallallo

Diego Dávila Brizeño, «Descripción y relación de la provincia de los Yuyos», en Marcos Jiménez de la Espada, *Relaciones geográficas de los Indios-Perú*, Ediciones Atlas, Madrid 1965, cit. en Walter Krickeberg, *Mitos y leyendas de los aztecas...*

Tupá, dios conciliador

Ernesto Morales, *Leyendas guaraníes*, ed. cit.

La estrella de la mañana

Traducción del inglés de Samuel Feijóo del mito recogido en Ellen Russell Emerson, ob. cit.

La estrella errante

Traducción del inglés de Samuel Feijóo del mito recogido en Ellen Russell Emerson, ob. cit.

La forma de la estrella

Traducción del inglés de Samuel Feijóo del mito recogido en Ellen Russell Emerson, ob. cit.

Cómo Rairu perdió su estrellita por un baile

No consta la fuente.

El sol rojo

Recogido por Ernesto Morales.

El joven que subió al cielo

Recogido por Jorge A. Lira y traducido por José María Arguedas, cit. en *Canciones y cuentos del pueblo quechua.*

El pueblo submarino

John R. Swanton, *Myths and Tales of the Southeastern Indians*, Smithsonian Institution, *Bureau of the American Ethnology, Bulletin* 88, Washington 1929, cit. en José Alcina, *Floresta literaria...*

La india coqueta

No consta la fuente.

El combate por la coqueta princesa Flor Amarilla

Luis Rosado Vega, ob. cit.

Guanaroca

Adrián del Valle, *Tradiciones y leyendas de Cienfuegos*, Imp. El Siglo XX, La Habana 1919.

La india maldita

Adrián del Valle, ob. cit.

Jagua

Adrián del Valle, ob. cit.

El arquero Buen brazo

Johannes Wilbert, ob. cit.

Juego de pelota funesto

Códice de Cuahutitlán, en Ángel M. Garibay, *La literatura de los aztecas*.

Kalahuala, la reina de las perlas

Bertha Koessler, ob. cit.

La culebra de las Siete Cabezas / La madremonte / La Patasola / El Viejo Musgo / La chichita / La viuda alegre / La mula de tres patas / El Tomador de Agua / La Batea

Mitos acotados por Julián Bueno Rodríguez, de su artículo «Folklore demosófico de Riosucio», revista *Aleph*, octubre-diciembre, 1980.

Los espíritus de la selva

Julia Krenov, *Legends from Alaska,* ed. cit., cit. en José Alcina, *Floresta literaria...*

La esposa fantasma

George Bird Grinnell, *Pawnee Hero Stories and Folk-tales*, Nueva York 1889, cit. en José Alcina, *Floresta literaria...*

Morotí y Pita

Recogido por Ernesto Morales.

El perro guardián

Elsie E. Medina, ob. cit.

El toro rey

Elsie E. Medina, ob. cit.

Los aluxes

Elsie E. Medina, ob. cit.

El alux cautivo

Elsie E. Medina, ob. cit.

Mankantún

Elsie E. Medina, ob. cit.

Bécal

Elsie E. Medina, ob. cit.

Curupí, el enano

Ernesto Morales, *Leyendas guaraníes*, ed. cit.

Curupí, amante

Ernesto Morales, *Leyendas guaraníes*, ed. cit.

El hombre que se volvió pez

Traducción del inglés de Samuel Feijóo.

El hombre que se transformó en gallinazo

H. Wassen, *Cuentos de los indios chocós. Journal de la Société des Americanistes de Paris*, N. S., vol. XXV, París 1933, cit. en José Alcina, *Floresta literaria...*

La babosa que se convirtió en hombre

Traducción del inglés de Samuel Feijóo del mito recogido en Ellen Russell Emerson, ob. cit.

El cenote de la gallina negra

Luis Rosado Vega, ob. cit.

Mitos de agua

Versión de Arturo Jiménez Borja.

Madre de Agua I

Recogido por J. de Silva Campos.

Madre de Agua II

Recogido por J. de Silva Campos.

Bibliografía

Alcina Franch, José, *Floresta literaria de la América indígena. Antología de la literatura de los pueblos indígenas de América*, Editorial Aguilar, Madrid 1957.

Anales de los cakchiqueles, trad. de Adrián Recinos, prólogo y notas de Manuel Galich, Casa de las Américas, La Habana 1972.

Arguedas, José M., *Mitos, leyendas y cuentos peruanos*, selección y notas de José M. Arguedas y Francisco Izquierdo Ríos, 2.ª ed., Casa de la Cultura del Perú, Lima 1970 [Siruela, Madrid 2009].

Campbell, Joseph, *El héroe de las mil caras. Psicoanálisis del mito*, trad. de Luisa J. Hernández, Fondo de Cultura Económica, México 1959.

Cardozo, Lubio, *Cuatro cuentos de indios cariñas*, Ediciones Axial, Mérida 1966.

–, *Cuentos indígenas venezolanos*, Centro de Investigaciones Literarias, Facultad de Humanidades y Educación, Universidad de los Andes, Mérida 1969.

Díaz del Águila, Juan, *Folklore amazónico*, Lima 1959.

Emerson, Ellen Russell, *Indian Myths. Leyendas, tradiciones y símbolos de los aborígenes de América, comparados con las de otros pueblos...*, Trübner, Londres 1884.

Espino, Miguel A., *Mitología de Cuzcatlán*, Departamento Editorial del Ministerio de Cultura, El Salvador 1955.

Frazer, James, *Mitos sobre el origen del fuego*, Emecé Editores, S. A., Buenos Aires 1942.

Gandía, Enrique de, *Historia crítica de los mitos de la conquista americana*, Ediciones Roldán, Madrid 1929.

Garibay Kintana, Ángel M., *La literatura de los aztecas*, Editorial Joaquín Mortiz, México 1964.

Haskell Institute, *Indian Legends and Superstitions*, Lawrence, Kansas 1932.

Koessler-Ilg, Bertha, *Cuentan los araucanos*, Editorial Espasa Calpe, Buenos Aires 1954.

Krickeberg, Walter, *Mitos y leyendas de los aztecas, incas, mayas* y *muiscas*, trad. de Johanna Faulhaber y Brigitte von Mentz, Fondo de Cultura Económica, México 1971.

Laourcade, Alicia N., *La creación del hombre en las grandes religiones de la América precolombina*, Editorial Cultura Hispánica, Madrid 1970.

Lara, Jesús, *La literatura de los quechuas. Ensayo y antología*, Ediciones Canelas, Cochabamba 1960.

Lahmann-Nitsche, R., *El Caprimúlgido con cuatro ojos* (Guayana Británica), Imprenta y casa editora Coni, Buenos Aires 1927.

–, *El gigante de piedra en la Tierra del Fuego y Norteamérica*, Imprenta y casa editora Coni, Buenos Aires 1937.

Libro de los libros de Chilam Balam de Chumayel, traducción del maya por Antonio Mediz Bolio, México 1973.

Medina, Elsie E., *El alma de Campeche en la leyenda maya*, Secretaría de Educación Pública, México 1947.

Morales, Ernesto, *Leyendas guaraníes*, Editorial Futuro, Buenos Aires 1960.

Reverté, José M., *La literatura oral de los indios cunas*, Panamá 1968.

Rosado Vega, Luis, *El alma misteriosa del mayab*, Tradiciones, leyendas y consejas, Ediciones Botas, México 1954.

Séjourné, Lourdes, *Pensamiento y religión en el México antiguo*, Fondo de Cultura Económica, México 1957.

Sodi, Demetrio, *La literatura de los mayas*, Editorial Joaquín Mortiz, México 1964.

Spence, Lewis, *The Mythologies on Ancient Mexico and Peru*, Casa Editorial Constable, Londres 1921.

Valle, Adrián del, *Tradiciones y leyendas de Cienfuegos*, Imprenta El Siglo XX, La Habana 1919.

Yánez, Agustín, *Mitos indígenas. Estudio preliminar*, selección y notas de Agustín Yánez, Edición de la Universidad Nacional Autónoma, México 1942.

LAS TRES EDADES

BIBLIOTECA DE CUENTOS POPULARES

1. **CUENTOS POPULARES DE LA INDIA**
   Edición de A. K. Ramanujan

2. ***EL CUARTO DE LAS HADAS***
   Madame d'Aulnoy
   Prólogo de Luis Alberto de Cuenca

3. **PENTAMERÓN**
   El cuento de los cuentos
   Giambattista Basile
   Introducción de Benedetto Croce
   Epílogo de Italo Calvino

4. **CUENTOS POPULARES ESPAÑOLES**
   Edición de José María Guelbenzu

5. **CUENTOS POPULARES GITANOS**
   Edición de Diane Tong

6. **CUENTOS POPULARES DEL MEDITERRÁNEO**
   Edición de Ana Cristina Herreros

7. **CUENTOS COMPLETOS (1826-1828)**
   Wilhelm Hauff

8. **CUENTOS CHINOS DEL RÍO AMARILLO**
   Edición de Imelda Huang Wang y Enrique P. Gatón

9. **CUENTOS POPULARES IRLANDESES**
   Edición de José Manuel de Prada-Samper

10. **CUENTOS POPULARES ALEMANES**
    Edición de Marianne Henn, Paola Mayer y Anita Runge

11. **MITOS, LEYENDAS Y CUENTOS PERUANOS**
    Edición de José M.ª Arguedas y Francisco Izquierdo Ríos

12. **CUENTOS POPULARES DE LAS TIERRAS ALTAS ESCOCESAS**
    Edición de José Manuel de Prada-Samper

13. **CUENTOS Y LEYENDAS POPULARES DE MARRUECOS**
    Recopilados en Marrakech por la doctora Légey
    Edición de Antonio González Beltrán

14. **CUENTOS ESPAÑOLES DE ANTAÑO**
    Felipe Alfau
    Prólogo de Carmen Martín Gaite

15. **LEYENDAS ESPAÑOLAS DE TODOS LOS TIEMPOS**
    Una memoria soñada
    José María Merino